

HOUSTON, TENEMOS UN BOMBÓN

SPACE

Junk

AEROSPACE
ENGINEERING



SARA L HUDSON

SPACE JUNK

HOUSTON, TENEMOS UN BOMBÓN

SPACE SERIES

LIBRO 1

SARA LYNN HUDSON



Copyright © 2024 by Sara Lynn Hudson

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Traducción de Paula Dip

ÍNDICE

1. [Operación ‘Intento’](#)
 2. [Big Bang](#)
 3. [Evento Horizon](#)
 4. [Arranque del motor principal](#)
 5. [Bandera verde](#)
 6. [Línea de visión](#)
 7. [Con bandera negra](#)
 8. [Ciclo de potencia](#)
 9. [Arranque de emergencia](#)
 10. [Resonancia orbital](#)
 11. [Cuenta atrás](#)
 12. [Despegue](#)
 13. [Metadatos](#)
 14. [Emersión](#)
 15. [Parada en boxes](#)
 16. [Bandera amarilla](#)
 17. [Contingencia crítica](#)
 18. [A prueba de fallos](#)
 19. [El final de la cuenta regresiva](#)
 20. [Diagnóstico](#)
 21. [Bandera negra](#)
 22. [Tiempo real](#)
 23. [Motor detenido](#)
 24. [Ascenso](#)
 25. [Recapitulación](#)
 26. [Inyección de combustible](#)
 27. [Desmodulación](#)
 28. [Bandera a cuadros](#)
 29. [Misión Completada](#)
- [Epílogo](#)

[Siguiente en la Space Series](#)
[Sobre la autora](#)

UNO

OPERACIÓN 'INTENTO'

JACKIE

JACKIE DARLING LEE es un nombre rudo. Mis padres lo hicieron bien, otorgándome un nombre que prometía intrepidez, atractivo y/o genialidad en general para mí. Con un nombre como Jackie Darling Lee debería ser una estrella de cine, una autora superventas de picantes novelas eróticas o, como mínimo, una socialité sureña que vive en una mansión georgiana y puede lucir un sombrero igual de bien que cualquiera de la realeza británica. Pero no, no soy nada de eso. Ni de lejos. Soy una nerd. Y no una de esos nerds irónicos y rockeros que llevan botas de combate y lentes estilo Buddy Holly, sino de los que llevan una calculadora en el bolsillo.

Okay, en realidad no llevo una calculadora encima. En serio, hay una aplicación para eso hoy en día. Sí tengo anteojos estilo Buddy Holly, pero los tengo desde mucho antes de que estuvieran de moda. Tuve suerte. Aún así, estos lentes no son hacedores de personas geniales.

Trabajo en la NASA, al menos; algo es algo. Pero no te emociones demasiado. Sólo soy otra cara más detrás de un cubículo que amontona papeles al respecto. No soy astronauta ni nada parecido. Eso sí que sería genial.

Estoy en Órbita 2, en el turno de siete de la mañana a cuatro de la tarde en el Centro de Control de Misión. El CCM siempre está tranquilo, porque todos estamos con los auriculares escuchando un flujo constante de órdenes y charlas. Yo soy DOV, que significa que trabajo para la Dirección de Operaciones de Vuelo. Soy responsable de todas las tareas, equipos y planes relacionados con los trajes y los paseos espaciales. Una oficial de Actividades Extra Vehiculares, en inglés EVA. No lo confundas con los EVAs, los paseos espaciales, esos que los astronautas realizan en el espacio.

Es un trabalenguas, lo sé. A la NASA le encantan los acrónimos.

Empecé mi revisión del EVA llamando a la Estación Espacial Internacional (o ISS, por sus siglas en inglés). Una caminata espacial está programada para mañana, para realizar tareas de mantenimiento e investigar por qué ha estado fallando una de las cajas externas de transmisión de datos multiplexor-demultiplexor (EXT-MDM). Los EXT son como las placas base de la ISS. Sin embargo, hay dos de estas cajas, por lo que nadie está entrando en modo pánico... todavía. Pero a la NASA no le gusta operar sin una copia de seguridad activa, y ahora mismo estamos pilotando *solo* con la copia de seguridad.

—Estación a Houston, ¿tienen alguna pregunta antes del EVA?

—Houston, Estación dos. Creo que estamos bien. Vamos a echar un vistazo a los enlaces ascendentes y el cronograma final de nuevo, pero deberíamos estar bien para partir.

—Estación, Houston. Muy bien, conferencia completa.

Y así termina mi último repaso para el EVA del día siguiente con la astronauta Julie Starr. Sí, ese es su nombre. Y sí, definitivamente está a su altura. Es la astronauta más joven que tenemos y la Especialista de Misión de la tripulación. Además, a todos los hombres de la NASA les gusta comentar lo atractiva que es. Se rumorea que Jules ascenderá pronto a Comandante y, además, el Departamento de Relaciones Públicas la ha apodado la Novia de la NASA. Pensarías que sería divertido odiarla, especialmente porque tiene el trabajo de mis sueños, pero Jules es tan increíble personalmente como profesionalmente. Y por alguna extraña razón, le agrado. Cuando ella está realmente *en* el Planeta Tierra, su misión es conseguirme una vida social.

Un timbre interrumpe la charla en mis auriculares. Tardo un minuto en darme cuenta de que el teléfono de mi consola de mando está sonando. Nadie me ha llamado antes. No soy como los otros aquí, con parejas o hijos que llaman para chequear cómo va todo. Y no es mi cumpleaños ni Navidad, por lo que no puede ser mi papá. E incluso si lo fuera, mi papá es bastante estricto con respecto a las llamadas telefónicas en el trabajo, sin importar la ocasión. Heredé mi ética de trabajo de él, supongo.

Preparándome para decirle a alguien que se ha equivocado de número, atiendo.

—Zona de mando EVA, Jackie al habla.

—¿Vas a salir?

Parpadeo varias veces ante la pantalla del ordenador.

—¿Jules?

—Sí, Jules. Vamos, Jackie, ¿vas a salir o qué? — La voz de Jules se oye con claridad, pero todavía me sorprende que esté a más de 400 kilómetros de distancia en el espacio y moviéndose a más de 17,000 millas por hora. Y que ella me está llamando.

—Jules, ¿qué haces llamándome? —Miro alrededor de la habitación con nerviosismo. No va contra las normas atender llamadas personales, pero yo nunca lo he hecho—. Deberías estar preparándote para el EVA de mañana.

—¿Querías que te preguntara por tu vida social en el bucle público? —Se ríe como si pudiera verme encogiéndome desde el espacio.

—No, supongo que no. —Suspiro—. Y no, no voy a salir. Estoy de guardia durante tu EVA de mañana. —Además de los turnos normales programados, también hay gente de guardia por si alguien se pone enfermo o para emergencias.

—Necesitas algo de sexo.

Suelto una carcajada sin poder evitarlo. Ahora todos en el Centro de Control *están* mirándome. Se me calienta la cara. Sean, el director de vuelo, frunce el ceño. Se supone que el CCM debe permanecer silencioso.

—Por favor, Jules. Estamos un poco ocupados aquí abajo —digo en voz baja.

—Siempre estás ocupada. Tienes las manos en tantos proyectos y tu mente siempre está tan ocupada calculando o haciendo referencia a alguna cosa cuantificable que terminarás muriendo virgen.

El calor me corre por el cuello.

—Por el amor de..., Jules, no soy virgen —susurro.

—¿Y yo qué sé? Desde que te conozco, no has tenido ninguna aventura y eso fue en tu primer día en la NASA. No sé cómo puedes aguantar tanto tiempo. Debes de tener un vibrador espectacular.

Doy gracias por el tamaño de la consola de mando que tengo delante, que me ayuda a ocultar mi vergüenza. Honestamente, he empezado a sudar.

Jules continúa.

—Lees esas novelas románticas de vaqueros, así que sé que no estás muerta en la zona de allí abajo.

—Jules —refunfuño al teléfono—, me pasé mi primer año en la NASA viviendo con la cabeza metida en libros de consulta y manuales para poder estar aquí sentada hablando contigo desde el Centro de Control.

—No uses ese tono conmigo. —suelta— ¿Qué hay de ahora? Terminaste no una, sino las *tres* certificaciones en tu primer año. En un tiempo récord, te has convertido en un especialista en tu campo, incluso siendo ascendida. Ahora estás sentada en el CCM con un montón de subordinados para cumplir tus órdenes.

—¿Subordinados? —Vuelvo a reírme, ganándome otra mirada fulminante de Sean.

—Bueno, no voy a llamarlos minions, eso sería demasiado maleducado.

—Yo no...

—No quiero oír más excusas, amiga. No puedo soportar saber que estás ahí abajo, viviendo en ese apartamento de mierda, sin hacer nada más que leer sobre todas cosas sucias que deberías estar probando *tú misma*.

—No son sucias y mi apartamento no está *tan* mal. Además, mi contrato de alquiler está por terminar. Estoy pensando en comprar una casa.

—Pensar sobre eso y hacerlo son dos cosas diferentes. —Suelta un suspiro—. Prométeme que saldrás esta noche.

Empiezo a imaginarme la multitud, el calor del lugar, el ruido y la música del bar, y, de repente, mi sonrojo no es lo único que me hace sudar.

—No Jules, no voy a salir. Te lo he dicho, estoy de guardia mañana. No puedo beber. —Y tampoco tengo a nadie que me acompañe para asegurarse de que no me desmaye por los nervios o la repentina ansiedad social.

—Jackie, ¿qué voy a hacer contigo? Eres preciosa. Tienes ese pelo rubio que les encanta a todos los tipos. Ni siquiera usas maquillaje y los hombres coquetean contigo. Y cuando están coqueteando contigo, no tienes ni idea. O te pones roja como un camión de bomberos y tiesa como la fibra de carbono de nuestro escudo térmico. O sea, ¿qué diablos, mujer? Espera, me estás poniendo los ojos en blanco, ¿verdad?

Me detengo a la mitad de la rodada ojos.

—Uh, ¿no?

—Ugh. No iba a hacer esto, pero no me dejas otra opción. O sales esta noche, o llamaré a Ian, y casualmente sé que está ahí trabajando esta noche, y le diré que tú me dijiste que te lo quieres coger. Duro.

El Centro de Control de la Misión está atendido veinticuatro horas al día, siete días a la semana, divididos en tres turnos de ocho horas. El personal siempre está aquí brindando apoyo y más. Así que, aunque hoy he tenido suerte de que me toque el turno normal de 7 am a 4 pm, Ian, también especialista en EVA, me sustituirá después.

—Jules. No puedes seguir haciéndome ésto. —Giro la cabeza rápidamente y vislumbro a Ian, detrás del cristal, en la habitación contigua, esperando para tomar el relevo.

Ian es un compañero de trabajo que Jules considera que es lindo. A Jules le gusta utilizarlo para chantajearme cada vez que le apetece. Ian resulta estar bueno y soltero. Viendo que cuando hablamos es siempre sobre trabajo, pero no me quedo tiesa y tampoco me convierto en una

estatua muda y nerd, esto hace que Jules piense que seríamos perfectos juntos. Él es realmente su única apuesta, ya que la mayoría de los ingenieros aquí están casados, tienen una relación o han estado aquí desde los días del Apolo 13.

La última vez, me chantajeó para que fuera a un bar con ella amenazando con enviarle flores a Ian de mi parte durante una de nuestras reuniones de EVA. Y así fue como acabé ebria, contándole a Jules sobre mi vicio con las novelas románticas en medio de una bulliciosa y borracha multitud en un bar.

Una petición de resumen de operaciones de vuelo llega a mis auriculares.

—Tengo que irme, Jules, CCM llama. —Salvada por la campana del Centro de Control, por así decirlo.

—Muy bien, Jackie, pero ¿qué será entonces? ¿Saldrás o te empataré con Ian a las malas?

O tal vez no. —Jules... —No se me escapa el tono lastimero con el que hablo.

—Tic, tac, cielo. No tengo nada más que tiempo para flotar y maquinar hasta las diecisiete horas, tiempo central terrestre.

La petición del operador de vuelo se repite en mi oído. Más alto.

—¡Bien! Saldré. Pero eso es todo lo que prometo.

—Así me gusta, zorra. Eso es suficiente.

CUATRO HORAS MÁS TARDE, me encuentro sentada en la taberna Big Texas, bebiendo una Coca-Cola, rodeada de un aluvión de gente que está bailando y divirtiéndose. Mi taburete está en el lugar perfecto para observar la multitud: detrás de la barandilla que rodea la pista de baile de madera ovalada y encajado junto a un poste de madera. Las parejas giran, las hebillas de los cinturones relucen y los diamantes de imitación brillan.

Una hora entera transcurre de esta manera. Ni siquiera una sola persona me pide sacarme a bailar. Lo cuál es bueno, porque en realidad no sé bailar. Pero, aun así, habría estado bien tener la opción de rechazar a alguien. Incluso a uno de esos viejos con enormes sombreros de vaquero.

En el lado positivo, no hiperventilé ante el tamaño del gentío. Me siento ruborizada, pero voy a culpar de ello al calor del lugar y no a mi factor de rubor incontrolable.

—¿Otro ron con cola, señora?

Sobresaltada, miro detrás de mí a una camarera menuda con una camiseta de tirantes negra ajustada, una falda vaquera recortada y botas vaqueras negras. Su cabello castaño negruzco está recogido en la parte superior de su cabeza, asegurado con lo que parece un suministro entero de oficina de bolígrafos. Froto las puntas de mis zapatillas mientras observo su lápiz labial rojo expertamente aplicado. Suspiro, hasta la camarera se ve mejor que yo. Y me ha dicho *señora*.

—Sólo una Coca-Cola, por favor. Y no hace falta lo de ‘señora’.

La comisura de la boca de la chica se levanta.

—Lo siento, es una costumbre sureña. Le digo «señora» a todo el mundo, incluso a los que celebran su veintiunavo cumpleaños. —Me indica con la cabeza hacia un lado. Allí, en medio de un grupo numeroso y tan alborotado que me da escalofríos solo de mirarlo, hay una chica joven, con la cabeza hacia atrás riendo, una diadema en el pelo rubio y una banda cruzándole el pecho en la que se puede leer *Legal*.

Sonrío.

—Aceptaré ser llamada ‘señora’ si eso me iguala a ella. Ella parece saber cómo pasar un

buen rato.

—No sé por cuánto tiempo más te sentirás así. —Su acento sureño es como la lenta trayectoria de un cohete hacia el espacio, cada palabra de una sílaba se dilata en dos—. Por la forma en que está tomando, no va a terminar bien.

—Pero esa es la magia de cumplir veintiuno, ¿no? —No era como si yo pudiera saberlo. Mi cumpleaños número veintiuno consistió en estudiar para rendir unos exámenes y un mensaje de *Feliz Cumpleaños* de parte de mi padre.

Vuelvo a mirar a la camarera, que ya no parece estar observando a la cumpleañera. Una vez más, siguiendo su mirada, me giro hacia el grupo y lo veo.

Santa mierda.

Todos los pensamientos racionales me abandonan. Él siendo el cliché ‘último vaso de agua en el desierto’. Se para hacia la parte de atrás del grupo, con una botella de cerveza en la mano, apoyado contra la pared. Debe haber algún tipo de manual técnico que todos los hombres lean, tipo ‘Capítulo uno: Cómo apoyarse en una pared sin lucir como un idiota’.

Tiene que medir más de dos metros, el pelo corto en ambos lados pero aún lo bastante largo arriba como para que me encante recorrer con mis dedos entre él. No es como que eso pudiera ocurrir. Pero una chica puede soñar.

Hay luces intermitentes alrededor de la barra, así que no puedo distinguir bien los detalles, pero *puedo* distinguir el bloque macizo de músculos bajo la camiseta manga larga Henley - mangas largas arremangadas hasta los antebrazos-. Aunque no ajustado, su jean es entallado. Y, por supuesto, botas vaqueras.

Suspiro.

Me recuerda a una de esas estrellas parpadeantes que te llaman la atención por la noche. Incluso ahora, con todos nuestros telescopios y tecnología, no tenemos ni idea de cuántas estrellas existen. Son incontables, el universo es tan vasto. Y, sin embargo, siempre hay alguna que centellea y llama la atención en medio de ese mar de millones. Este tipo es como una de esas estrellas.

—Mierda.

—Usted lo ha dicho, señora. —La camarera se ríe, haciendo que su precario peinado se tambalee.

Me encojo, sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

La camarera me sonríe, así que decido no avergonzarme demasiado. En lugar de eso, me lo aguanto y pienso: «¿Qué haría Jules?».

Enderezo los hombros.

—Vale, retiro lo dicho, no más eso de decirme ‘señora’. Soy Jackie. —Extiendo la mano. Mi padre siempre insistió en la importancia de un buen apretón de manos. La chica parece sorprendida, pero se mete la bandeja de bebidas bajo el brazo y extiende la suya.

—Trish. —Nos damos un apretón de manos rápidamente.

—Encantada de conocerte, Trish.

Retira la mano e inclina la cabeza, mirando por encima mis Converse blancas, mi pantalón de jean y mi camiseta de Stanford, antes de observar al taburete vacío que hay a mi lado.

—¿Has quedado con amigos o algo, cielo?

—Eh, no. —Miro mi vaso vacío—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me sorprende ver sola a una chica tan linda. ¿Eres nueva por aquí?

Se me calientan las mejillas. *Linda*. En ese momento, decido que me agrada Trish.

—Más o menos. Vivo aquí desde hace casi un año, pero no he salido mucho. He estado

ocupada en el trabajo. Pero supongo que, si voy a empezar la Misión Vida Social, será mejor que haga algunos cambios. Tal vez incluso conseguir unas botas.

—¿Misión Vida Social? —pregunta Trish, sin apenas mover los labios.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Acabo de inventar eso. Mi amiga Jules dice que estoy atascada. Estática. —Le echo un vistazo a la gente bailando en la pista.

—¿Estatica?

—Sí, inmóvil, estacionada, un cuerpo en reposo, por decirlo de alguna manera. —Me vuelvo hacia Trish, que ahora parece estar conteniendo la risa—. ¿Qué? —Miro hacia mi camiseta—. ¿Me derramé algo encima?

—No, no, cielo. Sólo me gusta la forma en que hablas. —Cuando sonrío, no es la sonrisa de alguien que se ríe de mí (y créeme, las conozco), sino *conmigo*. Y eso me hace sentir bien.

—También me gusta cómo hablas. Es como imagino que sonaría un código binario con un ancho fijo.

—Eh, ¿gracias? —Trish cambia su peso para acomodar a un hombre que le pasa por detrás, con una cintura tan ancha como el ala de su gran sombrero—. ¿Dónde está esta tal Jules, entonces? ¿No debería estar aquí inaugurando tu nuevo plan social?

—En el espacio.

—¿Cómo dices? —Me mira un poco confusa.

—En el espacio. Mi amiga. Jules. Está en el espacio. En el espacio exterior. —Trish sigue mirando, pero ahora sus cejas se encuentran en la mitad de su frente. Dios, se me da fatal hacer conversación. Tomo un respiro, dispuesta a no quedarme ahí tiesa y empiezo de nuevo—. Jules es astronauta de la NASA. Ahora mismo está en la Estación Espacial Internacional.

Trish parece un poco estupefacta ante esto, pero se recupera al segundo siguiente.

—Bueno, maldita sea. Es la mejor excusa que he escuchado para dejar a tu amiga salir sin acompañante de apoyo—. Mira por encima del hombro a la creciente multitud—. Tengo que ir a hacer la ronda, pero volveré con esa Coca-Cola y podrás explicarme la Misión Vida Social con más detalle. —Su sonrisa es grande y brillante cuando dice—: Tengo la sensación de que vas a ser la cliente más interesante de la noche. —Con un guiño, Trish se marcha a sus mesas.

Mi mirada se desvía nuevamente hacia la sección de la cumpleaños, pero el bombón macizo ya no está.

FLYNN

ME SIENTO SUCIO.

Y viniendo de un mecánico, eso es algo.

Todos los amigos de Rose beben chupitos, piden rondas y presumen como pavos reales en celo, con sus disfraces del Oeste de diseño. Como si a este enjambre de vaqueros le importara lo que cuestan sus tacones de quince centímetros o sus mocasines italianos.

¿Y qué me hace sentir aún peor? Que yo solía ser como ellos.

Unas cuantas veinteañeras con demasiado dinero se dirigen a la pista de baile. Detengo a una cuando pasa dando tumbos.

Miro a la rubia que ha preparado el cumpleaños de Rose.

—Pam. —Parpadea varias veces, como si estuviera mirando doble—. Creía que eras la

conductora designada.

Se tambalea sobre sus pies, su cabeza se balancea sobre sus hombros mientras mira mi mano alrededor de su brazo y de nuevo a mi cara. Lo siguiente que sé es que está pegada contra mí, con su mano libre deslizándose por mi costado.

Qué bien. Algo más por lo que sentirme sucio.

—No pasa nada, grandulón. Nos conseguí una limusina que estará aquí en un rato. —Intenta sacarme a bailar, pero todo su cuerpo se inclina hacia el suelo, mi brazo siendo lo único que la sostiene—. Vamos a bailar un poco para sacudirnos la borrachera. —Intenta restregarse contra mí, pero cuando le suelto el brazo tropieza con uno de los chicos del grupo. Ni siquiera le pregunta si está bien, solo sigue coqueteando con la mesera.

—Adelántate. —Exudar el alcohol de su cuerpo tiene que ser mejor que desmayarse en la mesa, lo cual es probablemente su otra opción en este punto—. Me iré a casa en un rato.

Se endereza y se pasa las manos por el cuerpo.

—¿Quieres compañía? He oído que has estado muy solo.

Frunzo el ceño, pero Pam, borracha como está, no se da cuenta. En lugar de eso, intenta acercarse. Y yo me alejo de su alcance de nuevo.

Hace un puchero. Como una niña. Que supongo que es exactamente lo que es. Ninguna de las personas de este grupo crece nunca. Son demasiado ricos y complacientes. Y ahora tengo miedo de que Rose se vuelva como ellos. Igual que yo hice en su momento. Frustrado, desvío la mirada más allá de los amigos de mi hermana.

—No puedes en serio preferir a toda esta basura de clase baja antes que a mí —suelta Pam, apuntando a la multitud en general.

De forma involuntaria, mis ojos se desvían hacia la pista de baile, donde la rubia de las gafas gruesas lleva sentada toda la noche. La había pillado antes mirándome y, si no hubiera estado tan ocupado comparando a mi yo del pasado con esos idiotas, quizá me habría levantado e ido hacia allá a saludar.

—Quiero decir, en serio, Flynn —continúa Pam, siguiendo mi mirada—, recuerda quién eres de una vez por todas.

Eso me devuelve al momento y la ira, que ha estado hirviendo a fuego lento toda la noche, sale a la superficie. Mi enfado está más dirigido hacia mí mismo, y estoy lo bastante consciente de ello como para reconocerlo, pero eso no me detiene de estar cabreado con el mundo en general ahora mismo. Especialmente cuando vine aquí a desearle feliz cumpleaños a mi hermana pequeña, solo para encontrarme a sus amigos de mierda arruinados y a Rose siendo virtualmente ignorada. Mismo tipo de amigos de mierda que resultaron inútiles cuando murieron mis padres y que me ignoraron olímpicamente después de que una de ellos me jodiera la vida. Pero supongo que les debo un favor. Sin esa patada final en las pelotas, nunca habría madurado.

—Sé quién soy, Pam, y me gusta muchísimo más este yo que el niño rico mimado sin dirección en la vida que era antes.

—Argh. *Señor Alto y Poderoso*. Beth hizo bien en dejar tu culo tirado. —Una sonrisa perversa se dibuja en su cara antes de continuar—. Lástima que Holt resultó ser igual de aburrido. Parece que ninguno de los hermanos West son nada divertidos ya.

Por un momento siento que literalmente estoy mirando todo en color rojo, hasta que me doy cuenta de que las luces rojas parpadeantes del techo simplemente están reflejando mis emociones.

A la mierda.

Me encojo de hombros, sabiendo que lo peor que podría hacerle a ella, o a cualquiera de

estos farsantes, es no preocuparme.

—Bueno, este tipo aburrido se va a casa. Solo. —Le apunto con el dedo a la cara, sin importarme lo muy idiota que ese movimiento me hará parecer—. Se supone que eres amiga de Rose, Pam. Así que ponte sobria de una jodida vez, y trae a mi hermana a casa sana y salva.

No espero a que responda. En realidad, a estas alturas cualquier cosa que diga no hará más que cabrearme. La esquivo y me acerco a la mesa donde se encuentra Rose.

—¿Rose?

Cuando mi hermana me ve, sonrío y levanta los brazos para abrazarme. De repente me siento transportado a cuando éramos niños, cuando parecía que Rose siempre tenía los brazos levantados, deseando que alguien la sostuviera o la abrazara. Cualquiera que llenara el vacío que habían dejado nuestros padres.

Pero, en realidad, mamá y papá no habían estado mucho cuando vivían, así que no creo que hubiera cambiado mucho para ninguno de nosotros, los niños West.

Me agacho y rodeo a Rose con los brazos, estrechándola en un fuerte abrazo. Es lo que debería haber hecho siempre en el pasado, pero había sido demasiado engreído como para mostrarle a mi hermana el afecto que se merecía.

—¿Qué tal se sienten los veintiuno? —pregunto, mientras me enderezo y doy un paso atrás.

Tiene los ojos pesados cuando responde:

—Mismo día, diferente mierda.

Sus palabras confusas me hacen mirar más de cerca. Sus piernas están enganchadas en los peldaños del taburete, la espalda ligeramente inclinada hacia adelante, el codo apoyándola sobre la mesa.

—Me iba a casa, pero quizá sea mejor que me quede. No te ves muy bien.

—Es mi cumpleaños veintiuno. —Resopla—. No se supone que esté bien. De hecho, creo que declararíamos categóricamente un fracaso de proporciones épicas el vigésimo primer cumpleaños de cualquier persona si todos estuvieran «bien».

Utiliza comillas al final, lo que me hace sonreír. Se me quita parte de la tensión que llevaba encima. Rose es su propio tipo único de chica. Debería confiar en que no cometa los mismos errores que yo cuando era más joven. Es mucho más inteligente de lo que yo nunca fui. Y Rose era muy pequeña cuando murieron nuestros padres, así que no le habían jodido tanto la cabeza como a Holt y a mí.

Al menos, espero que no.

Le doy un golpecito en la nariz con el dedo y me río cuando me fulmina con la mirada.

—Comprendo. —Corro el taburete de junto al de ella para sentarme, pero cuando voy a hacerlo me bloquea.

—Flynn, es genial que hayas venido a desearme feliz cumpleaños. *Por eso* quería celebrarlo aquí en vez de en el centro, pero no hace falta que te quedes. De verdad. Ya soy mayorcita. —Señala la cinta que lleva en el pecho y que proclama su mayoría edad para que lo sepa todo el mundo—. Ya soy una adulta hecha y derecha.

—Siempre serás mi hermanita, Rose.

—Sí, sí, ya lo sé. —Rueda los ojos—. Ahora deja de entorpecer mi estilo con tantas meditaciones. Consigue una cogida o algo, ¿quieres?

—Por Dios, Rose. No digas cosas así.

—Amigo. Alguien tiene que hacerlo. El palo que tienes clavado en el culo no puede ser tan cómodo.

La risa brota de mi garganta y sacudo la cabeza.

—¿Seguro que estás bien? —Me inclino y le beso la mejilla—. ¿Has terminado de beber por esta noche?

—Sí, señor. Pam y yo tendremos nuestros culos siendo llevados al centro. Iremos a mi apartamento en un rato.

—De acuerdo. —La tensión disminuye a números negativos una vez que mi mente asimila que pronto estaré libre de esta gente—. Te quiero, Rose. Cuídate.

—Yo también. Te dejé preservativos en la despensa de la cocina. —Ella sonrío burlonamente—. Y recuerda: sin globo no hay fiesta.

—Por Dios.

JACKIE

NUNCA HABÍA TENIDO que llevar a una chica borracha a casa. Esto no es lo que tenía en mente para la Misión Vida Social, pero aquí estoy, intentando arrastrar a una semi-comatosa cumpleañera a través del bar. Jules va a pensar que soy lesbiana cuando me haga el interrogatorio sobre mi salida nocturna. Primero hablando con la camarera y ahora llevando a una chica a casa.

Diez minutos antes, me encontré a Rose inclinada sobre el lavabo del baño, manteniendo una conversación consigo misma en el espejo. Algo sobre conseguirse nuevos amigos. Al parecer, todos los que tenía se fueron sin ella. Estaba intentando llamar a un Uber cuando le dije que la llevaría a casa. No sé por qué. Quizá porque sé lo que se siente al acabar sola el día de tu cumpleaños.

Pero más allá de eso, parece que tengo poco en común con Rose. La chica borracha.

Es el tipo de chica que siempre me imaginé como heroína cuando leo mis novelas románticas de vaqueros sobre las que a Jules le gusta acosarme. Rose lleva el pelo largo y una falda vaquera corta rematada con una camisa de cuadros con botones de perlas auténticas. La parte delantera de la camisa está anudada, convirtiéndose más en un crop top que otra cosa. Con sus botas vaqueras de tacón, la chica es la quintaesencia del country.

—Pasa tu brazo por sobre mis hombros —resoplo.

Rose está recostada contra mí y en este momento es peso muerto. No pesa demasiado, ni siquiera con sus botas de tacón grueso, pero tampoco es una pluma. Mi único pensamiento es que necesito hacer más ejercicio. Eso y que un sistema de poleas o de palancas sería realmente útil justo en este momento.

—¿Jackie?

Me giro demasiado rápido y Rose cae al suelo.

—Mierda. —Miro a la pila de belleza vaquera que gimotea a mis pies.

—Sabía que serías la clienta más interesante de la noche. —Por la risa apenas contenida que sacude su cuerpo, sé que Trish está disfrutando de mi actual situación.

Me pongo las manos en las caderas.

—Tenías razón. La cumpleañera se descuidó. —Hago un gesto con la mano en dirección a donde Rose había estado celebrando—. Y sus amigos se han largado.

Trish mira en esa dirección y luego se vuelve a mí.

—Qué desgraciados. —Mira a Rose—. ¿Necesitas ayuda?

—Sí, por favor.

Me agacho para sujetarle un brazo, pensando que Trish le agarraría el otro, pero se da la vuelta y silba por encima de un portero al que he estado estudiosamente intentado evitar.

—¡Espera! ¡No quiero que la arresten!

Trish hace una pausa en las señas que le estaba haciendo al grandote para que se acerque.

—¿Que la arresten?

—Sí. ¿No arrestan a la gente por intoxicación pública?

Trish frunce los labios un momento, luchando todavía para no reírse.

—Oh, cielo, si eso fuera verdad no nos quedaría ningún cliente. —El portero al que había llamado aparece, asomándose por encima de Rose.

Mi cara debe de ser un poema, porque Trish pierde la batalla y suelta una carcajada.

—Tranquila, Jackie. Jimmy no va a arrestarla, pero puede llevarla a tu auto.

DESPUÉS DE ALGUNOS gruñidos por parte de Jimmy y risas por parte de Trish, Rose está ahora desparramada en el asiento trasero de mi auto.

Abre un ojo, observando su posición.

—Sé que estoy borracha. Pero incluso en mi estado, puedo decir que tu auto es un pedazo de mierda. —Luego se desmaya. Jimmy se aleja sin decir palabra.

—Bueno, no se equivoca. —Trish se echa a reír de nuevo.

Mi coche es viejo. Mi padre me lo regaló por mi decimoctavo cumpleaños y estaba usado cuando lo compró. Un compacto de cuatro puertas que tiembla como una hoja cuando voy a más de ochenta kilómetros por hora.

Trish deja de reírse lo suficiente para preguntar:

—¿Sabes dónde llevarla?

—Sí, me dijo dónde vivía antes de que tuviera que sacarla del baño.

—De acuerdo. Y como no has bebido nada más que gaseosa en toda la noche, ¿asumo que te encuentras bien para conducir?

—Síp.

Ambas miramos en silencio a la chica del coche. Yo con las manos en las caderas, Trish con la boca contraída.

—Dame tu teléfono. —Trish alza la mano.

—¿Eh?

Trish solo mueve los dedos y espera. Saco mi teléfono del bolsillo trasero y se lo doy.

Ella mira hacia abajo, suspira y me lo devuelve.

—Pero desbloquéalo, tonta.

—Ah, sí. —Presiono el botón con el pulgar y veo cómo se activa la pantalla. Trish me lo quita de las manos y empieza a golpear la pantalla con sus pulgares.

—Me he añadido a tus contactos y he llamado a mi celular, así que ahora tengo tu número.

—Me lo devuelve—. Envíame un mensaje cuando la cumpleañera y tú estén ambas en sus casas, ¿de acuerdo?

Noto que se me ilumina la cara y miro el teléfono que tengo en las manos para que Trish no vea la sonrisa ridícula que se me ha dibujado en la boca. Que Trish quiera mantener el contacto me hace mucho más feliz de lo que debería.

Dios, qué pringada soy.

—Claro. Gracias —le respondo sonriendo.

Echa otro vistazo a mi vestimenta.

—Y si quieres unas botas, podemos conseguirte unas botas. —Una vez más, me guiña un ojo y se marcha.

Un gruñido me hace volverme hacia mi auto.

—¿Rose? —pregunto, asomándome por la puerta trasera.

—¡Más despacio! Vas demasiado rápido.

—Eh... no nos estamos moviendo, Rose. Seguimos en el estacionamiento.

Sus pestañas se agitan, como si intentara abrir los ojos, pero su cuerpo se resistiera.

—Joder. —Se las arregla para volver a abrir un ojo—. Será mejor que cojas un cubo entonces. Esto no va a estar bueno.

Increíble. Simplemente increíble.

—¿ROSE? ¡Rose! ¡Despierta! —Estoy conduciendo por Clear Lake Forest, uno de los mejores vecindarios en la zona alrededor de la NASA. Todos los grandes astronautas solían vivir aquí: John, Gus, Alan y la mayoría del resto de los *Mercury Seven*. Incluso algunos de los tripulantes del Apolo. Es uno de los pocos barrios de la zona lo bastante antiguos como para tener árboles gigantes alineados en los costados de las calles.

—¡Rose! ¿Cuál era el número de la casa?

Ella se mueve un poco desde atrás y se tambalea en posición vertical. Me preparo para el vómito, pero es una falsa alarma.

Rose mira a la izquierda, luego a la derecha, luego al frente.

—Joder. ¿Dónde estoy?

—Estás en mi auto —le digo, mirándola por el retrovisor—. Te llevo a casa. ¿Cuál es el número de la casa?

—¿Eh? —Empieza a parpadear—. Espera, ¿por qué me llevas? ¿Quién eres?

—¿En serio? —Aprovecho la señal de stop para apoyar la cabeza en el volante.

—Nah, solo estoy jugando contigo. —Ella se ríe y señala entre los dos asientos delanteros—. Está unas casas más arriba a la derecha. Al final de la calle sin salida. —Se echa hacia atrás.

Llego a una casa de una sola planta. Tiene un tejado a dos aguas, un gran ventanal en la fachada y unas volutas de metal a los lados de la puerta que son un clásico moderno de los años sesenta. Me encanta.

—Tu casa es increíble —susurro por alguna razón. Al no obtener respuesta, aparco el coche y salgo.

Pero antes de que pueda abrirle la puerta, la abre empujándola con tanta fuerza que creo que se va a desencajar. Rose se levanta y se pone a mi lado.

—No es mi casa. —Se tambalea hacia delante, dejándome cerrar la puerta.

—¿Estás bien ahora? —En cuanto termino de decirlo, se cae de cara en la hierba. Por suerte, le ha errado al camino de losas.

DESPUÉS DE UNOS minutos de resoplar, consigo quitarle las llaves a Rose y la empujo al vestíbulo y por el pasillo a la habitación que, según sus balbuceos, es suya. Lástima que esté tan oscuro. Me encantaría ver la casa a plena luz. Apuesto a que tiene elementos originales de mediados de siglo. Tal vez incluso baldosas de terrazo. Con un último tirón, Rose está boca abajo, una vez más, pero esta vez en su cama. Con las botas puestas.

—¿Qué diablos...?

Me giro y veo a un tipo en la puerta. Y no un tipo cualquiera, es el *bombón* del bar.

Y. Está. Sin. Camiseta.

Su mirada se centra en la cama, donde Rose se da la vuelta para poder mirarle.

—No estabas así de borracha cuando me fui, Rose. ¿Qué hiciste?

—Me tomé unos chupitos. —Rose suelta una risita y empieza a canturrear—: Chupitos, chupitos, chupitos, chupitos...

Aprieto los labios para no reírme.

—Por Dios. —El bombón pone los ojos en blanco y mira al techo—. Dijiste que ya habías terminado de tomar. Pam dijo que iban a bailar hasta que se les pasara un poco la borrachera y se irían. —Vuelve a bajar la cabeza y mira al suelo como si quisiera molerlo a golpes—. Debería haber sabido que no debía escuchar a ninguno de tus amigos.

Rose resopla.

—Sí, mis amigos son una desgracia. —Arruga la frente—. Pero también solían ser los tuyos.

—Y ahora no lo son. Ya sabes por qué. —Ensancha la postura y cruza los brazos, lo que solo sirve para realzar sus bíceps. Esto debe ser lo que la gente entiende por «buenas armas».

—Sí. Lo siento. —Rose cierra los ojos un momento, casi compungida. Luego los abre de par en par—. Joder. Todo da vueltas.

El bombón gruñe, pero sus ojos se suavizan y juraría que sus labios se crispan.

Pasa un minuto con Rose y el tipo mirándose fijamente. Y yo ahí en medio, siendo una rara *voyeur*. Hora de irse.

—Eh... Yo voy a... —Estúpida movida. No debería haber hablado. Porque ahora la mirada del bombón apunta hacia mí.

—¿Y tú qué haces aquí? —Se gira para mirarme de frente y baja los brazos. Sus pectorales duros sobre unos gloriosos abdominales. Mi cuerpo se paraliza por completo, excepto mis ojos, que se abren grandes y lo recorren entero.

—Cállate, Flynn. —Rose se levanta sobre los codos—. No seas un imbécil. —Está despeinada, tiene rímel bajo los ojos y su boca tiene una mueca que solo una chica vaquera podría hacer y seguir pareciendo tierna—. Jackie me ayudó a llegar a casa.

—Esta no es tu casa, Rose. Es la mía. —Se acerca más a ella—. Y quita tus malditas botas de la cama.

Pronto los dos se están gritando y tengo que admitir que estoy sorprendida. Rose se puso sobria lo bastante sobria como para soltarse contra el bombón llamado Flynn. No estoy segura de que yo sería capaz de formular dos palabras juntas para decirle, borracha o sobria. Mirándolo al otro lado de la barra estaba bueno. ¿De cerca y en persona? Necesito cambiarme la ropa interior. Con un dedo apunta en dirección a Rose y con cada golpe los músculos de su espalda y hombros se tensan. Tiene el pelo revuelto, como si acabara de levantarse y lleva desabrochado el botón superior de los vaqueros. Las llamas corren bajo mi piel y sé que acabo de ponerme roja. Santo Mercurio, tengo que salir de aquí. Rose puede arreglárselas sola. Empiezo a avanzar hacia la puerta.

—Y escucha, tú. —Me quedo helada al darme cuenta de que el bombón de nombre Flynn me

está hablando a mí. Mi piel se siente a temperatura nuclear—. Será mejor que no estés borracha. Porque si me despierto y descubro que condujiste ebria y atropellaste a alguien de camino a cualquiera sea la estúpida fiesta universitaria a la que estás yendo ahora, personalmente te patearé el culo. —Con eso, sale de la habitación.

El tiempo pasa. No estoy segura de cuánto, ya que me disocié un poco, mirándolo fijamente, incapaz de formar pensamientos. Lo cual es una ocurrencia relativamente nueva para mí. La parte de no pensar. En entornos sociales me congelo con regularidad.

Cuando por fin me espabilo, Rose está roncando. Y todavía lleva puestas sus botas.

DOS

BIG BANG

FLYNN

A ESO DE las siete de la mañana entro en la habitación de invitados. Rose está boca arriba, con la cabeza inclinada y roncando. Fuerte y alto. Trato de reunir algo de enojo, pero estoy cansado. No sé por qué mi hermana pequeña sigue juntándose con esa gente. Son como sanguijuelas. Se aferrarán a ti mientras los buenos ratos y el dinero sigan bombeando como aceite a través de un motor. Pero una vez que dices que no, se acabó el juego. Simplemente pasan a presas más fáciles. Intentaron aferrarse a mi hermano mayor Holt, pero él siempre ha estado demasiado obsesionado con el rancho como para preocuparse. A mí, me clavarón los anzuelos. Después de la muerte de nuestros padres, beber y gastar el dinero del petróleo de la familia sonaba como una forma mucho mejor de pasar el tiempo que revolcarme en el dolor.

Resoplando como un cerdo, Rose se pone boca abajo. Sigue llevando la banda de cumpleaños cruzada sobre el pecho. Miro hacia abajo y suspiro.

También lleva sus botas.

Como tengo una taza de café en cada mano, le doy un puntapié.

—Rose. —Otro, un poco más fuerte—. Despierta. —Me rindo, dejo una de las tazas en la mesa de noche y me voy.

Más tarde, estoy sentado en la encimera de la cocina cuando Rose entra arrastrando los pies, con las manos alrededor de la taza y balbuceando. Lo único comprensible es un ronco «Gracias por el café», y luego apoya el culo en el segundo taburete. Al menos se ha quitado las botas.

La saludo con mi propia taza.

Ella suspira.

—Mira, siento haberte despertado anoche.

¿De verdad piensa que estoy enfadado *por eso*?

—Rose. —Sale más firme de lo que pretendo—. No me importa una mierda ser despertado. Me importa el hecho de que estabas ida de la borrachera y tus amigos te dejaron tirada. Has estado de fiesta con esa gente desde que tenías dieciséis años. Son unos malditos.

Su cara me dice que he tocado una fibra sensible.

—¿Crees que no lo sé? ¿Con quién se supone que tengo que salir? Son las únicas personas que conozco con tanto dinero como nosotros. Es... más fácil.

—Sé todo sobre tomar el camino fácil, Rose. ¿Y sabes dónde estaría si hubiera seguido por

él?

Ella sonríe.

—¿Con la perra de Beth?

Me río.

—Eso ha sido un poco feo, pero probablemente sea verdad. Sé con toda la maldita seguridad que no habría montado mi propio negocio. Y una vida lejos de todos esos farsantes me hace mucho más feliz que estar con ellos. —La miro a los ojos—. Necesitas nuevos amigos.

—Anoche hice una nueva amiga. —Frunce el ceño—. Al menos, creo que lo hice.

—Escucha, no sé quién era la hermosura que te trajo a casa anoche, pero ten cuidado. No necesitas hacer más amigos del mismo tipo.

—¿Hermosura? —Rose ladea la cabeza.

Mierda. Me remuevo en mi asiento.

—Ese no es el punto que estoy intentando establecer, Rose. Ninguna de tus amigas es fea.

—Sí, pero esta es la primera vez que hablas de alguna de ellas con un término tan descriptivo.

—Rose. Céntrate. —Me paso la mano por el pelo y suelto otro suspiro—. ¿Quién organizó tu fiesta? ¿Quién pagó la cuenta de la taberna anoche?

Ella mira su taza de café.

—Maldita sea, Rose, era *tu* puto cumpleaños.

—Lo sé, pero no tenía a nadie más con quien salir. —Suena tan pequeña que me mata.

—Sé que grité mucho anoche, pero en realidad estaba furioso conmigo mismo por haberme ido antes de que las cosas se descontrolaran. —Respiro hondo—. Creía que Pam había pedido una limusina. ¿No se suponía que te llevaría de vuelta a tu apartamento?

Rose no me mira a los ojos.

—Bueno, Pam dijo que iba a engancharse a un tipo —empieza a arrastrar su dedo índice sobre la mesada—, y que quería el lugar para ella sola.

Por un minuto me quedo sentado y parpadeo. Lo que Rose está diciendo no tiene sentido, pero cuando se conectan los circuitos de mi cabeza, toda mi ira vuelve.

—Tienes que estarme jodiendo. —Golpeo la taza contra la encimera y parte del café cae al suelo—. ¿Te dejó en un bar, el día de tu cumpleaños, después de que pagaras la cuenta, y te dejó afuera de tu propia maldita casa? ¿Para coger con un desconocido? —Con cada pregunta, los hombros de Rose se encogen más, como si quisiera desaparecer de la cocina.

Mierda, soy un imbécil.

—Rose. —Respiro hondo y le pongo la mano en el hombro, esperando a que se ponga recta y pueda mirarme a los ojos—. Lo siento. Debería haberme tragado el orgullo y haber llamado a Holt para organizar una cena familiar de cumpleaños en vez de dejarte salir con esos gilipollas. Debería haberme quedado anoche. Yo... —Me aclaro la garganta—. La cagué.

Rose sacude la cabeza y sonríe antes de acercarse para poner su mano sobre la mía.

—No la has cagado, Flynn. No tendrías que haberme acompañado. Habría sido un fracaso de proporciones épicas aún más grande si todo el mundo a mi alrededor estuviera babeando por mis hermanos mayores. —Rueda los ojos.

Ahí está. Una de las razones por las que quiero a mi hermanita. Sabe que me siento fatal y, aunque *me merezco* sentirme así, de todas formas intenta aligerar mi ánimo. De pequeños, cuando Holt obtuvo nuestra custodia a los dieciocho años, él se ocupó del rancho y yo intenté ayudar a criar a Rose. Aunque la mitad del tiempo siento que ella me ha criado a mí.

—Y sí me divertí bastante cuando estaba borracha en el auto de Jackie. —Se ríe,

recordándome otra de las razones por las que quiero a mi hermana. El noventa y nueve por ciento del mundo conoce a mi hermana como la chica que va a por todas, malhablada y segura de sí misma. Solo unos pocos selectos la ven cuando deja de lado esa actuación. Aunque, a decir verdad, creo que mi hermana es bastante ruda todo el tiempo, incluso cuando está triste.

Me alegro de que esté mejor y cedo a mi curiosidad.

—¿Y quién es Jackie? Nunca la había visto por aquí. ¿Va a tu clase o algo así? —Intento sonar indiferente, pero hasta yo noto que mi voz suena rara.

Rose ladea la cabeza. Es demasiado perspicaz cuando quiere.

—No importa. —Agarro mi taza de café—. Estoy seguro de que es otra de tus parásitos. —Pero, mientras tomo una servilleta para limpiar el café del suelo, la imagen de todo ese pelo rubio y ondulado recogido, dejando al descubierto un cuello largo, y esos ojos marrones grandes y sin pestañear, detrás de unos gruesos anteojos de montura negra viene a mi mente clara como el cristal.

—No todas las mujeres son Beth, Flynn. —Rose me palmea la espalda—. O mamá.

Hago una pausa a medio golpe. Rose y yo nunca hemos hablado de la mujer que me incendió. Y, sin embargo, Beth fue una de las razones por las que me fui temprano anoche. Los amigos de Rose, los de la alta sociedad que solían ser los míos, no dejaban de mencionarla, pensando que querría saber qué ha estado haciendo de su vida desde que me la encontré en la cama de mi hermano. Pero en realidad, no me importa. Ella me hizo un favor. Ahora solo es la mujer que me jodió por el dinero de la familia y luego jodió a mi familia por si acaso.

¿Y mamá? Ella solo estaba jodida. Y después, murió.

JACKIE

—¿QUÉ pasó cuando te fuiste? —pregunta Trish.

Trish llamó para llevarme de compras, como dijo que haría. Estamos paseando por Cavender's, una tienda del oeste, a media tarde. Nunca había estado aquí, a pesar de que este lugar es un punto de encuentro popular entre los texanos.

Verás, en la oscuridad del Big Texas Saloon puedo fingir que encajo, aunque sé que no soy una vaquera. Pero a la brillante luz del día, con la ayuda de filas de luces fluorescentes en el techo, sé que no hay forma de que pueda hacer las compras aquí por mi cuenta. Los estantes del piso al techo adornan las paredes exteriores y los estantes que están a la altura del centro forman pasillos, en todos los cuales se exhiben varios estilos y colores de botas.

También hay mesas repletas de pantalones con bolsillos tan brillantes que Liberace podría ir de vaquero y mantener su estilo. Y ni hablar de las camisas con broches de perlas y flecos, o los joyeros llenos de hebillas de cinturón del tamaño de un ladrillo.

Hoy, mientras estoy con Trish en sus jeans ajustados, con bolsillos de brillantes y un bolso de cuero tan grande que creo que han sacrificado una vaca entera para hacerlo, creo que encajo solo por asociación.

Respondo a la pregunta de Trish con otra pregunta.

—¿Qué quieres decir?

Hace una pausa en su búsqueda de hebillas de cinturón.

—Quiero decir que he estado esperando, pacientemente debo añadir, a que me cuentes cómo

llevaste anoche a casa a la Señorita Cumpleaños.

—Ah, eso.

Ahora mismo estoy acariciando un par de botas vaqueras de piel de serpiente con la parte superior de cuero marrón oscuro. Son increíbles. Como si Cocodrilo Dundee se hubiera tirado a una vaquera ruda. Paul Hogan está en mi lista de celebridades masculinas favoritas. Pero ya sabes, el Paul Hogan *joven*.

—Sí, eso —dice Trish, con las manos en las caderas.

Me agacho y busco mi talla en la estantería. Como de costumbre, un esfuerzo inútil. Me enderezo en señal de derrota y vuelvo a dejar el zapato en su sitio.

Trish hace un gesto a toda mi persona y continúa:

—Llegas, tan linda como es posible, pides una Coca-Cola en un bar, hablas de la Misión Vida Social y lo siguiente que sé es que te estoy ayudando a meter a una rubia borracha en la parte de atrás de esa chatarra que llamas auto. —Vuelve a poner las manos en las caderas—. ¿Qué más?

—¿Linda? ¿No viste mis Converse y mi camiseta? —Me miro y me doy cuenta de que hoy llevo lo mismo, solo que mi camiseta tiene un diseño de la tabla periódica. Hum... Puede que haya que añadir ropa nueva a la agenda de la Misión Vida Social.

Trish sacude la cabeza.

—No todo el mundo en Texas necesita botas y melena. —Mira la coleta—. Aunque tengo la sensación de que, si te sueltas el pelo, podrías estar un paso más cerca del country.

Trish me cae bien. Es tan genial ahora como lo fue en el Big Texas, así que eso disipa mis temores de que se hubiera estado trabajando una propina anoche. Y también es algo refrescante para mí hablar con alguien ajeno al mundo de la NASA.

—Mi trabajo es bastante demandante... —Me detengo, la excusa habitual se queda corta—. En realidad, más bien soy yo quien hace tan exigente mi trabajo.

—Bueno, trabajas en la NASA. Eso es un poco más exigente que atender a borrachos detrás de la barra.

—Seguro que ser camarera es un trabajo duro —digo con rapidez. Ya estoy roja de nuevo.

—Relájate, cariño. Ser *barwoman* es algo que se adapta a mi modo de vivir. Soy muy feliz. —Me da una palmadita en el hombro antes de volverse hacia los estantes de las botas—. Solo digo que la NASA requiere un poco más de dedicación, seguramente.

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí. Pero yo... bueno, me he dado cuenta de que mi falta de habilidades sociales puede estar afectando de forma negativa a mi trayectoria profesional.

Trish hace una pausa al coger un par de botas rojas de piel con flecos a los lados y tacón súper alto.

—¿Cómo dices?

—Eh... ¿que necesito una vida fuera del trabajo?

Ella asiente, el pelo oscuro ondeando.

—Comprendo. —Se quita los zapatos y se calza las botas rojas. Se veían ridículas en el estante, así que de inmediato me puse celosa cuando ella se pone de pié, da una caminata de prueba y se ve increíble luciéndolas.

—Creía que eras amiga de Julie Starr. ¿O solo es una compañera de trabajo? —Con estas botas, sus ojos están al mismo nivel que los míos.

—Sí y no. Ella es realmente genial, pero está bastante ocupada. Ya sabes, ya sea en el espacio o haciendo algunos viajes de relaciones públicas en Washington. Y no es que no me

agraden el resto de mis compañeros, es sólo que soy un poco...

—¿Tímida?

—Bueno, iba a decir una introvertida al extremo con nulas habilidades sociales, pero nos quedaremos con tímida.

Trish se ríe.

—Incluso con los que sí hablo, soy sólo yo explicando la relación de peso proporcional necesaria para lograr una fuerza de flotación mínima óptima. O los efectos secundarios negativos del tiempo de arrastre en el agua frente a la gravedad cero del espacio.

Trish sustituye las botas rojas por las suyas y vuelvo a ver con claridad por encima de su cabeza.

—Eres como un genio o algo así, ¿verdad?

Mi coleta cae sobre mi hombro cuando miro hacia mis pies. No me gusta hablar de ser inteligente. Es decir, no soy estúpida, obviamente, pero cuando la gente oye hablar de mis títulos y de lo que he hecho, tienden a pensar en mí de otra manera. He estado ahí, he pasado por ello y tengo el corazón roto como evidencia.

—El caso —digo, desechando su pregunta con la mano—, pensé que esto podía ser como un experimento. Cambiar mi entorno natural para ver si un cambio tan simple sería suficiente catalizador para provocar una reacción. Una especie de Big Bang de mi propia vida social, por así decirlo.

—¿Big Bang?

—Sí, el Big Bang, la explicación científica más aceptada del nacimiento de nuestro universo. La singular explosión que actuó como catalizador en la creación del universo.

—Ah, ese Big Bang —exclama Trish.

No sé si me está tomando el pelo o no.

—Sí, ese. Luego cometí el error de contarle a Jules mi experimento social. —Cojo un par de botas negras. Hasta las costuras son negras. Muy a lo Johnny Cash.

—¿Por qué fue un error?

—¡Porque la estúpida astronauta empezó a chantajearme! —Golpeo las botas contra el suelo, haciendo caer la estantería de plástico.

—Bien, ya me perdiste de nuevo —dice Trish, ayudándome a recoger las botas mientras ordeno la estantería.

—Me dijo que, si no salía de fiesta y probaba mi hipótesis, le iba a decir a Ian que quiero tener sexo duro con él.

Y es entonces cuando Trish estalla en una carcajada tan fuerte que tiene que agacharse y apoyar su peso en el banco que hay en medio del pasillo. Finalmente se sienta en el suelo. Mientras se recupera, compruebo que las botas de Johnny Cash tampoco están disponibles en mi talla. Me lo imaginaba.

—Te gusta el sexo duro, ¿eh?

Ambos nos giramos para ver a Rose en el pasillo de al lado. Trish se levanta con dificultad.

—¿Rose?

—En carne y hueso, cariño. —Se inclina hacia delante, con los codos en la parte superior de la estantería—. Gracias por traerme anoche.

—De nada. —Miro a Trish y luego a Rose—. Esta es Trish.

—Lo sé. Te ayudó a meter mi borracho culo en tu auto anoche.

—¿Te acuerdas de eso? —Trish pregunta. Ella suena tan sorprendida como yo me siento. ¿Quién sabía que Rose no había estado completamente en coma la noche anterior?

—Sí. La gente rara vez piensa que presto atención cuando estoy intoxicada. Pero lo hago. — Lleva unas grandes gafas de sol negras y su pelo está a un paso de que los pájaros puedan habitarlo.

—¿Cómo sabías que estaríamos aquí? —le pregunto.

—Como dije, estaba prestando atención. Las oí hablar anoche sobre salir de compras. Y como este es *el* mejor lugar para conseguir unas botas, me arriesgué.

Levanto las cejas.

—La probabilidad de que nos encontremos aquí al mismo tiempo es casi nula. O sea, ¿cómo sabías qué día quedaríamos, o a qué hora venir? ¿O si Trish al final me llamaría? —Hago números en mi cabeza, pero hay demasiadas variables y posibles resultados para calcular.

—Bueno, nena, la probabilidad aumentó por el hecho de que le pagué cien dólares al caballero de la caja registradora si me llamaba cuando aparecieran una morocha bajita y una rubia alta con anteojos geek-chic. —Se levanta las gafas de sol, revelando un rostro reluciente y sin maquillaje—. Yo diría que fue dinero bien gastado solamente por ver esas expresiones en sus caras.

—No soy bajita. —Trish hace un puchero—. Solo soy una pequeña sureña.

—Ey, no hay nada malo en una mujer pequeña. Las cosas buenas vienen en envoltorios pequeños. Sobre todo, si ese envoltorio es azul Tiffany. —Rose frunce los labios y mira al techo—. Retiro lo dicho. *Algunas* cosas buenas vienen en envases pequeños. Si eres un tipo y tu paquete es minúsculo... Eso sí sería bastante triste.

Su conversación se desvanece mientras contemplo el enfoque de Rose para encontrarnos a los dos.

—Resolviste un problema complejo con una multitud de resultados probables, debido a variables casi no cuantificables, al introducir el concepto de plusvalía.

Ambas me miran durante un latido. Jugueteo con mis gafas.

—¿No te encanta la forma en que ella habla? —le pregunta Trish a Rose.

—La verdad es que sí. —Rose asiente, se quita las gafas y apoya la cabeza en las manos. Con la cara sonrojada de nuevo, cambio de tema.

—En fin, espero que tu novio no se haya enojado demasiado contigo esta mañana.

—¿Novio? —Rose arruga la frente.

—El *Señor Bombón* sexy del bar. —Mi cuerpo se pone rígido—. Es decir...

Trish y Rose estallan en carcajadas.

Rose se recupera primero.

—¿Acabas de decir...?

—Da igual, no lo repitas. —La corto y miro a Trish, murmurando—: Era el tipo que estaba apoyado en la pared detrás del festejo de Rose anoche.

—¡Oh! —chilla mientras vuelve los ojos hacia Rose—. Bien hecho, cariño. —Sostiene su mano hecha un puño en el aire hacia Rose.

—¿Te refieres a Flynn? —Rose choca el puño con el suyo de tal manera que no parece ridícula—. Así que crees que está bueno, ¿eh? ¿Incluso después de que te gritara, aunque no te lo merecieras, si puedo añadir?

—Espera, ¿qué? ¿Cómo me acabo de enterar yo de eso? —Trish me mira de forma acusadora—. Te pregunté qué pasó y no mencionaste ningún drama con un bombón sexy. —Hace una pequeña mueca en dirección a Rose—. Quiero decir, Flynn.

Rose le hace una seña a Trish mientras levanta las cejas mirándome.

—Uhhh... Ahora, ¿por qué no mencionarías al querido viejo Flynn?

—No es nada. No fue nada. No es para tanto. —Maldita sea, mi cara debe verse como si me hubiera dado una insolación—. De todas formas, me alegro de haberte llevado bien a casa.

—En su mierda de auto, nada menos.

—Gracias por el apunte, Trish.

—Oh, hablando de tu auto. Puede que haya un problema —dice Rose mientras se acerca a nuestro lado de la estantería.

—¿Qué quieres decir? ¿Te dejaste algo?

—Definitivamente me dejé algo.

—Yo no noté nada, pero quizás rodó debajo del asiento. ¿Era tu teléfono? ¿Billetera? Podemos ir a echar un vistazo ahora si quieres. Mi auto está ahí mismo. —Paso junto a ella hacia la puerta, pero Rose me detiene con una mano y me da una tarjeta de visita con la otra.

—¿Qué es esto? —le pregunto. Me ha dado la tarjeta de un taller mecánico—. ¿West Auto?

—Sí, ¿sabes eso que me dejé? No fue anoche, sino hace diez minutos. —Por alguna razón, parece bastante satisfecha de sí misma—. Es una abolladura gigante.

EL AUTO PARECE que se va a desmontar cuando lo aparco en el garaje que Rose me indicó. Había golpeado el lateral de mi automóvil, justo al lado de la rueda trasera izquierda. Aún no comprendo cómo hizo eso intentando estacionarse en el espacio junto al mío. Habría tenido que chocar directamente contra mi auto. Cuando le expliqué que su versión de los hechos no coincidía con la trigonometría básica del ángulo del accidente, Rose se limitó a encogerse de hombros.

A mi lado hay un carísimo auto blanco de lujo que no hace más que resaltar lo decrepito de mi propio vehículo. Puede que sea hora de comprar uno nuevo. Tomo mi bolso y salgo. Quizá me compre un todoterreno para no sentirme siempre como si estuviera saliendo de un agujero. Paso junto a lo que ahora veo que es un BMW y un deportivo antiguo con un cartel de «Se vende» en el tablero. Ahora, no sé mucho sobre autos, pero sé que este auto en particular es genial. Es un descapotable rojo cereza. Tiene ese aspecto clásico y cuadrado, con las iniciales GTO en la parrilla delantera.

Una bestia.

Me acerco al lado del conductor y miro dentro. Asientos de cuero blanco con el tablero rojo. Palanca de cambios. Mmm..., no sé conducir con marchas. ¿Quizás Trish o Jules puedan enseñarme? Con la forma en que aparentemente Rose conduce, no creo que sea una buena idea preguntarle.

Un fuerte ruido me devuelve la atención al garaje. Está saliendo de la carretera 1 de la NASA, a unos dos minutos del camino desde mi apartamento. Aunque está en dirección contraria al trabajo, debo de haber pasado por aquí bastantes veces. Es curioso lo que te pierdes cuando no miras.

El taller se compone de varios garajes abiertos, la mayoría de los cuáles tiene más autos de lujo dentro. Incluso con mis limitados conocimientos, sé que mi monovolumen no pertenece a este lugar.

Entro en la oficina acristalada situada a la derecha de todas las puertas de los garajes. Un chico de más o menos mi edad, quizá más joven, está de pie detrás de un escritorio a la altura de la cadera trabajando en la computadora. Me espero un momento a que levante la vista, pero no lo

hace. En lugar de eso, sigue tecleando, que en realidad es él aporreando el teclado con dos dedos índice. ¿Quién no sabe mecanografiar hoy en día?

—¿Hola?

Toca un par de letras más y levanta la vista. Es entonces cuando una sonrisa se dibuja muy despacio en su cara mientras su mirada baja hasta mis pies y sube hasta mis ojos. De nuevo, lentamente. No es el momento más seductor de mi vida, pero como tiene una sonrisa agradable y no me mira de manera grotesca, agradezco el gesto. Jules siempre dice que una mirada de inocente apreciación ajena de vez en cuando le hace bien al cuerpo.

—Hola. —Se inclina hacia adelante, con ambos antebrazos en el mostrador. Sus bíceps se flexionan para soportar parte de su peso.

—Hola, sí. Soy Jackie. Rose me envió. Me dijo que preguntara por el dueño, un tal señor West. Dijo que él sabría quién era yo.

—Rose, ¿eh? —Sus ojos me recorren y su ceja se arquea cuando llega a mis Converse—. Inusual.

Antes de que pueda entender qué significa, se retira. ¿Qué diablos pasa? Me quedo allí unos minutos y estoy a punto de irme a buscar mi propio mecánico cuando se abre la puerta de la oficina y entra él.

No puedo tener tan mala suerte. O tanta suerte, supongo, según como lo mires.

Ya parece enojado. Me pregunto si siempre está enojado o si hay algo en mi apariencia general que lo dispara. Tal vez los chicos calientes sólo son amables con las chicas hermosas. Y definitivamente es un chico atractivo. ¿Por qué Rose no mencionó que su novio es dueño del lugar?

Flynn, así había dicho ella que se llamaba, tiene puesto un mono manchado de grasa. Overoles que son universalmente poco favorecedores para cualquier hombre, mujer o niño, y sin embargo ahí está luciendo como sexo. Solo sexo directo. Miro por encima del mostrador para ver si tiene botas de vaquero cuando habla.

Me pregunto si estar cabreado es su estado natural o si hay algo en mi aspecto que le echa para atrás. Quizás los macizos solo son amables con las modelos y las actrices. ¿Por qué Rose no mencionó que su novio es el dueño?

Flynn, que es como ella había dicho que se llamaba, lleva un overol manchado de grasa. Overoles que son universalmente poco favorecedores en cualquier hombre, mujer o niño y, sin embargo, ahí está él, el sexo personificado. Sexo puro y duro. Estoy mirando por encima del mostrador para ver si tiene botas de vaquero, cuando habla.

—¿Querías verme?

Levanto la mirada. Me atrapó mirándolo. Mierda. Al menos ya no parece enfadado.

—Eh, sí. Quiero decir, sí. Lo siento. —Me relajo lo suficiente como para rebuscar en mi bolso y sacar la tarjeta que me dió Rose—. ¿Eres el señor West?

—Me sorprende que no lo sepas, ya que estuviste en mi casa anoche. —Coloca las palmas de las manos sobre el escritorio y se inclina hacia delante. Aguanto otro examen de mi persona. Este en particular me deja sin aliento.

Oigo una risita y me doy cuenta de que el otro tipo de antes está detrás de él. Me ruborizo.

—Bueno —me aclaro la garganta—, solo llevé a Rose a casa. Nunca te presentaste, ¿o sí? —No me gusta cómo me mira. Es... No sé, confuso. No me gusta que me confundan.

—Oh, te recuerdo muy bien. Otra universitaria que vuelve a casa durante el verano, estoy seguro. Saliendo, emborrachándose, siendo estúpida. —Sacude la cabeza como un padre regañando a una niña.

Yo *no* soy ninguna niña.

—¿Disculpa? Creo que fui *yo* quien llevó a Rose a casa anoche. No tú, su *novio*, que estaba en el bar y luego convenientemente se fue cuando era más que obvio que ella necesitaba irse a su casa. —Pongo las manos en las caderas y me inclino hacia él.

Parece que se queda pausado ante ésto, así que sigo hablando antes de que me coman mis nervios.

—Aquí están mis llaves. —Las dejo sobre la encimera entre sus palmas—. Mi coche está aparcado enfrente—. Hago un gesto con el pulgar hacia el aparcamiento—. Al parecer, gracias a Rose, que fue más amable conmigo en su estado de completa intoxicación de lo que tú has sido hasta ahora estando fríamente sobrio, tengo una buena abolladura en el costado del auto. Me dió tu tarjeta y me dijo que viniera aquí, que sería..., ¿cómo fue que dijo? «Atendida amablemente», como favor por haberla llevado bien a casa anoche. —Incluso uso las comillas. Estoy encendida.

Flynn tiene la decencia de encogerse ante mis palabras. Es como si estuviera teniendo una experiencia extracorpórea. Mi mente no puede procesar que de hecho estoy hablándole a un tipo tan caliente. Con rabia. Con bastante elocuencia. Sin tartamudear ni quedarme paralizada. Y, aun así, sigo.

—Ahora no me importa si lo arreglas o no, pero lo que no voy a hacer es quedarme aquí y escuchar cómo me culpas por no hacer nada más que cuidar de tu novia mientras tú estabas en casa haciendo Dios sabe qué.

Sus cejas se fruncen y abre la boca para decir algo, pero yo levanto la mano.

En. Su. Cara.

No tengo ni idea de lo que me ha pasado, pero soy una zorra con suerte y lo estoy disfrutando. Agarro el bolígrafo del escritorio que está sujeto a una cadena y le doy la vuelta a la tarjeta que me dio Rose.

—Ahora. —Estampo el bolígrafo sobre el mostrador y le extiendo abruptamente la tarjeta—. Aquí tienes mi número. Si quieres el trabajo, bien, avísame cuando esté hecho. Si no, estupendo, avísame cuándo puedo recogerlo. —Cuando Flynn no agarra la tarjeta, lo rodeo y se la doy al otro chico, que ahora me mira con una amplia sonrisa. Recibe la tarjeta con un guiño. Si no estuviera ya enojecida de rabia, me habría ruborizado.

Flynn emite un gruñido. Puede que haya bufado. No puedo estar segura, ya que está mirando al otro tipo. Pero sé que ya he tentado demasiado a la suerte. Giro sobre mis pies y salgo de allí a toda prisa.

TRES

EVENTO HORIZON

FLYNN

—¿ACABAS de gruñirme?

—Cállate. —Le arrebató la tarjeta a Mike y agarro el llavero del auto que Jackie ha tirado al suelo. Hay al menos dos kilos de llaves. ¿Quién tiene tantas? Y anillas. De hecho, una de ellas tiene un lector digital. Una cosa más que añadir a la lista de enigmas que tengo de esta chica.

—Lo hiciste. En serio me gruñiste —dice Mike, riendo—. Eres tan gracioso.

Lo fulmino con la mirada.

—Yo no era el que le guiñaba el ojo a la chica, ¿verdad?

—Yo siempre coqueteo. Por eso me tienes como administrativo atendiendo a los clientes. —Hincha el pecho—. Las mujeres me aman.

—Seguro que no es por tus habilidades mecanográficas —digo, señalando el ordenador.

Mike me enseña el dedo.

—Ten cuidado, princesa, ese es tu dedo bueno para teclear.

—Ja, ja. —Mike hace una mueca—. Será mejor que te vayas si quieres alcanzarla. Ser un imbécil con un cliente no es bueno para el negocio, amigo.

Tendría que haber sido más que agradecido con Jackie cuando llevó a Rose a casa sana y salva. No sé por qué esta chica saca el idiota que hay en mí. Pensando en el rubor que se extendía por su cuello cuando se enfadó, digo:

—¿Aunque esa chica estuviera a segundos de arrancarme algo?

—¿A unos segundos? —Mike suelta otra carcajada—. Amigo, todo lo que tengo que decir es que será mejor que te lo tomes con calma la próxima vez que te sientes, tal vez deberías invertir en conseguirte uno de esos almohadones redondos... No necesitaba más tiempo. Ella te arrancó una buena.

—Da igual. —Me guardo su número y salgo por la puerta. Solo Rose podía estrellarse contra el auto de su salvadora y enviarlo a reparación. Maldita sea. ¿Cuándo diablos tuvo tiempo de abollar el auto de la chica? Ahora seguro que tengo que arreglar la puerta de un auto de lujo y correr por mi cuenta con los gastos de mano de obra en adición a tener que disculparme.

Sobre todo, sin embargo, el hecho de que Jackie se piense que Rose es mi novia es lo que más me enoja. Porque es incestuoso, perturbador y asqueroso. No por algo más.

En el aparcamiento delantero hay tres coches. Un BMW M3 Manhart, un Pontiac GTO de

1957 que restauré con mis propias manos y un Honda oxidado de antigüedad indeterminada, *ancestral* podría ser. El BMW es de un ejecutivo de SpaceX que vino antes para que le cambiara los neumáticos. Queda la chatarra.

Un mal presentimiento empieza a revolverse en mi estómago. Ninguna de las amigas ricachonas de Rose sería vista ni muerta conduciendo este pedazo de chatarra. Tal vez no es el suyo. Pero cuando me acerco a la puerta del conductor e inserto la llave, la cerradura se abre.

Mierda.

Bien, el lado bueno, Rose no está haciendo amistades con más culos de ricos privilegiados. La contra, una vez más fui un completo imbécil con Jackie, asumiendo que era otra chica rica privilegiada.

Miro por la autopista a la derecha. No veo nada. A la izquierda veo una coleta rubia balanceándose ida y vuelta a unas cuadras de distancia. Maldita sea, la mujer se mueve rápido. Me guardo sus llaves y saco las mías propias, trotando hacia el GTO.

De todas formas, esta preciosidad necesita que la conduzcan. Es conveniente y práctico llevarla a dar una vuelta.

Nada que ver con impresionar a esta enigmática chica de anteojos jodidamente sexis.

JACKIE

MI RABIA dura dos minutos afuera en el calor de Texas. Puede que esté más fresco de lo que es normal para el mes de Junio, pero ‘fresco’ en Texas significa veintiocho grados. Sin contar mi propia temperatura corporal. Encima, tengo que caminar unos cinco kilómetros hasta mi apartamento. Seré estúpida.

Primero, no puedo creer que le grité al bombón. Hurra por mí.

Segundo, a partir de ahora solo me referiré a él como «el bombón», o mejor aún, El Imbécil Que No Debe Ser Nombrado. No se merece un nombre. Sobre todo, no uno tan genial como Flynn West. O sea, ¿quién se llama Flynn West? Es casi tan ridículo como Jackie Darling Lee.

Tercero, él, al menos, ha vivido para estar a la altura del potencial de su nombre. Es un mecánico caliente que tiene su propio negocio y vive en una casa digna de John Glenn.

Argh.

Enfadada de nuevo, me paro una calle antes de llegar a mi apartamento. Un claxon suena detrás de mí.

Me giro y veo a El Imbécil Que No Debe Ser Nombrado manejando el deportivo de chico malo que estaba en el estacionamiento del taller.

Por supuesto.

Entra en el estacionamiento del Burger por el que estoy pasando. Algunos dicen que pueden oír el ronroneo de un auto, pero este auto no ronronea. Gruñe. Y siento ese gruñido tan fuerte en mis entrañas que me estremezco.

EIQNDSN sale del deportivo y trota hacia donde estoy parada.

Primero, ¿por qué me está siguiendo?

Segundo, ¿quién puede correr con un overol atado a la cintura sin sufrir un malfuncionamiento de vestuario?

Tercero, ¿por qué me siento tan decepcionada cuando el malfuncionamiento de vestuario no

ocurre?

Cuatro, ¿por qué sigo relatando estas cosas?

—Ey.

Así es como me saluda. No un «Siento haber sido un completo idiota», ni un «Por favor, deja que te lleve a tu casa porque hace un calor infernal afuera y eres demasiado linda como para estar sudando», ni siquiera un educado «Hola». No, todo lo que consigo es un «Ey».

Cruzo los brazos y dejo que mi ceja arqueada hable por mí.

—Yo... —Su boca se detiene.

Estoy a punto de invocar a la perra despiadada en mi interior que afloró más temprano, pero me distraigo cuando se pasa la mano por el pelo. Eso en serio hace maravillas por sus brazos.

El pelo que echa hacia atrás vuelve a caer hacia delante cuando su brazo cae por el costado.

—Mira. Lo siento, ¿de acuerdo?

Me sorprende un poco que tenga el gesto de disculparse, y casi respondo «está bien» por algún tipo de hábito adquirido, pero no lo hago. Porque su cara de disculpa también está reflejando enojo, y aunque la expresión no hace nada por atenuar su atractivo, me molesta que parezca sentirse enojado por tener que disculparse. Malditos sean esos brazos magníficos.

¿Estoy razonando siquiera todavía?

Se acerca, dejando nuestra proximidad reducida a unos angustiosos sesenta centímetros. Mi atrevimiento desaparece y mi cuerpo se congela.

—Olvidaste esto. —Me tiende el llavero.

Miro su mano extendida durante un minuto, hasta que me doy cuenta de lo que significa el gesto, y abro la boca.

—Bien. No quieres arreglar mi auto que *tu* novia abolló, genial. Muy bien. —Le arrebato las llaves y fuerzo a todas las neuronas de mi cerebro a que sigan funcionando al sentir su piel. Hago un giro para rodearlo y volver al taller. Al menos ahora no tendré que caminar.

Sus dedos se envuelven con mucha suavidad en la parte superior de mi brazo para frenarme.

—No, no es eso.

Mi aliento se atora en mi garganta al sentir esos dedos callosos sobre mi piel. Su mano es lo bastante grande como para rodear mi bíceps. Por alguna razón, esto me resulta increíblemente erótico. Debe de ser el calor.

—Le quité la llave del auto al llavero. No deberías dejarle las llaves de tu casa a otra persona. No es seguro. —Alarga la mano y toca uno de los anillos de mi llavero—. Además, esto parecía importante.

Oh, no. Me había dejado mi dispositivo de la NASA, la llave de seguridad de acceso externo. Habilita una autenticación de dos factores que me permite acceder a información gubernamental clasificada de forma remota. Es decir, a menos que alguien sepa cómo acceder al servidor seguro de la NASA, es probable que sea inútil en manos de otra persona, pero, aun así, nunca debí haberlo dejado.

—Sí. —Lo rodeo con mi mano, rozando la suya—. Es importante.

Desvío mi atención de las llaves a la cara de Flynn y de inmediato deseé no haberlo hecho. Sin la expresión de enojo a la que estoy tan acostumbrada, es insoportablemente atractivo. Es como ver cobrar vida a uno de los vaqueros calientes de las portadas de alguna de mis novelas románticas. Los costados de sus ojos se arrugan mientras una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Sacudo la cabeza. ¿Por qué mi cerebro no puede funcionar correctamente?

—G-gracias. —Me muevo para apartar las llaves de su alcance, pero sus dedos se cierran sobre los míos y me acerca a él.

Oh. Sus ojos no sólo son azules. Tienen franjas verdes y un fino anillo ámbar alrededor del iris, como un evento horizon alrededor de un agujero negro. Siempre me han atraído los agujeros negros. Nadie los entiende. La gente se piensa que son destructores, orbes ominosos que succionan la vida hacia las profundidades de la inexistencia. Pero los agujeros negros no son la nada. Lo son *todo*. Son aguas tranquilas y profundas. Su fuerte atracción gravitatoria atrae estrellas, partículas y radiación. Es tan fuerte la atracción de un agujero negro que las estrellas llegan a orbitarlo, acercándose a su fuerza. Aunque el ojo humano no pueda captarlo, cuando un agujero negro y una estrella se acercan, se produce una luz de alta energía. Desde un telescopio, esta luz es espectral en su propia belleza. Mirando a Flynn a los ojos, me siento como si yo fuera la estrella, intentando hundirme en la atracción de su singularidad gravitatoria. Irradiamos calor, y por una vez, no creo que sea del sol de Texas.

—¿Jackie?

Respiro hondo, intentando despejar mi cabeza. Pero los olores a aceite, sudor y almizcle no hacen más que agravar mi delirio.

Es el sonido de David Bowie cantando lo que me devuelve a la realidad.

—Es mi teléfono —murmuro, alejándome de Flynn para sacar el móvil de la mochila. *Space Oddity* es mi tono de llamada para el trabajo. Me aclaro la garganta—. Jackie al habla.

Las palabras que me llegan me sacan del hechizo de Flynn y vuelven a poner en marcha mi cerebro.

—Comprendo. ¿Cuándo es la reunión informativa de emergencia? Ya veo. Sí. Allí estaré. —Demonios. Diez minutos. Contemplo el largo camino hasta el trabajo. No hay manera de que llegue a tiempo. Pero *Jules*. Cierro los ojos y respiro hondo. No, *llegaré*.

—¿Jackie?

Salto, sobresaltada. Su despeinado pelo oscuro cae sobre sus preciosos ojos que siguen mirándome.

Parpadeo alejando todos mis pensamientos sobre su atractivo para centrarme en el deber que tengo entre manos.

—Escucha, odio tener que pedirte esto, pero hay una emergencia en el trabajo y necesito estar ahí ahora mismo. ¿Hay alguna forma de que me lleves?

Se queda callado, sus ojos exploran los míos.

Mi pánico aumenta.

—Te pagaré —añado.

A juzgar por la cara de disgusto que pone, puede que no sea lo mejor que podía haber dicho.

—¿Crees que aceptaría tu dinero por un simple aventón? ¿Qué clase de tipo crees que soy?

Bueno, eso es *definitivamente* algo errado para decirme *a mí*. La ira se mezcla con mi frustración y mi pánico. Siento cómo se levanta la mujer en la que me había convertido en el taller y le cedo el lugar porque es más fácil, y más eficaz, que ceder ante otros.

—¿Qué clase de tipo? No sé, ¿de la clase que, en lugar de dar las gracias a la persona que llevó a Rose sana y salva a casa, le grita y luego amenaza con violencia injustificada? ¿La clase de tipo que le hace pasar un mal rato a esa misma persona cuando viene a pedirle ayuda con su auto después de que su novia lo abollara? ¿Ese tipo de persona? —Resoplo—. No importa, no tengo tiempo para esto. Haré autostop.

Giro sobre mis talones y me dirijo hacia la carretera. Pero antes de que me dé tiempo a sacar el pulgar, me levantan del suelo y me tiran por encima de un hombro musculoso.

—¡¿Qué demonios...?!

—Cálmate. Te llevaré al trabajo. —El brazo de Flynn está anclado bajo mi culo en pompa

que se sacude a cada paso que da hacia su coche.

Estoy siendo manipulada. Nunca me han manejado.

No tengo ni idea de qué hacer. Así que no hago nada. Esto parece encajar bien para Flynn también. Cruza el estacionamiento, abre la puerta del pasajero con su mano libre y me deja caer en el asiento. Cómo se las arregla para hacer todo eso sin sudar, ni golpearme la cabeza contra el auto, está más allá de mí.

Flynn se pone al volante y no pierde el tiempo en encender el vehículo. Me mira, con una ceja levantada. Él reflejando mi expresión anterior no se me escapa.

Cuando consigo controlarme y a mis partes femeninas ante la repentina vibración por el zumbido del motor, respondo a su pregunta silenciosa.

—Sigue la NASA 1 por el paso elevado hacia Saturno Drive.

Mientras Flynn maniobra para salir del aparcamiento, hago uso de mi celular. También hago uso de mis ejercicios de Kegel mientras el coche sigue rugiendo.

—¿Ian? Soy Jackie. Sí, ya me lo han dicho. Escucha. Necesito que vengas a buscarme a la oficina de acreditación. El... uh... chico que me está llevando no tiene autorización. —Dirijo mi mirada hacia Flynn. Él levanta las cejas al escucharme decir «autorización». Gracias.

Ian no suena contento. Parece que hoy estoy siendo un inconveniente para todo el mundo.

—Gira a la izquierda en Saturno, luego mantente en el carril derecho.

—Pero ¿dónde trabajas?

No respondo, aunque él hace lo que le pido.

El auto está en silencio. No me molesto en intentar llenarlo haciendo conversación, estoy demasiado ocupada tratando de contener el vuelo de mi pelo por el viento que azota el descapotable.

—Gira aquí.

—¿LA NASA? ¿Trabajas en la NASA? —Clay, uno de los agentes de seguridad, se acerca a la ventanilla de Flynn, impidiéndome reaccionar ante su aparente conmoción. Saco mi placa de seguridad del bolso y me inclino sobre Flynn para enseñársela al guardia.

—Solo me está trayendo. —Hago un gesto a Flynn con el pulgar—. Me recoge otro empleado de la NASA, pero tenemos que ir a la entrada. —Clay asiente y nos hace señas.

La oficina de acreditación está justo al lado del puesto de seguridad. Es el protocolo habitual para los no empleados. Todo el mundo debe llevar una placa para entrar más allá en la NASA, incluso los invitados.

Me echo hacia atrás y me paso el cordón de la tarjeta por la cabeza, recogíendome el pelo. Flynn se dirige a la derecha, hacia el estacionamiento, y me mira confuso de reojo. Ian ya está allí, apoyado en su auto. Nunca me había fijado tanto en los autos hasta ahora. Quizá sea porque he pasado de llegar conduciendo mi chatarra a montarme en el deportivo de chico malo de Flynn. ¿Quién sabe? Pero ahora mismo, mientras abro la puerta con un distraído «gracias» y me bajo, me doy cuenta de que Ian también tiene un auto muy bonito. Mientras que el de Flynn es todo macizo, el de Ian es lo que yo llamaría elegante. Los autos parecen una combinación perfecta para sus dueños.

—¿Quién es éste? —Ian señala a Flynn con la cabeza.

Hum. Puede que los hombres atractivos sean incapaces de saludar de forma educada.

Miro hacia atrás y veo que Flynn ha salido del coche. Camina decidido al lado del maletero hasta colocarse a mi lado, con los brazos cruzados y el overol todavía atado a la cintura.

Le hago un gesto con la mano.

—Este es Flynn. Es el dueño de West Auto. Está reparando mi auto. —Me doy cuenta de que

puede que eso no sea verdad después de mi pequeño exabrupto. Justificado exabrupto, pero aun así... La duda debe de haberse hecho evidente en mi voz porque él, aunque mantiene la mirada fija en Ian, asiente. Me aclaro la garganta—. Sí, bueno, acababa de dejar mi coche para que lo arreglaran cuando recibí la llamada sobre los problemas del EVA —continúo—, Flynn ha tenido la *amabilidad* de traerme. —No creo que a nadie se le haya escapado el sarcasmo implícito *ahí*.

Flynn sonrío. Tengo que apartar la mirada para que mi cerebro no vuelva a apagarse.

Y aunque Ian es un tipo guapo, mi cerebro parece funcionar bien a su alrededor, incluso cuando no estamos hablando de trabajo. Aunque ahora parece molesto. Lo cual es comprensible, ya que le he llamado fuera de la oficina durante una emergencia. Los resultados del EVA deben ser peores de lo que pensaba.

Me toma un segundo, pero me doy cuenta de que ninguno de los dos hombres está interesado en mí, o siquiera conscientes de mi presencia. Se ponderan uno al otro como boxeadores antes de la campana.

Hombres (inserte ojos en blanco aquí). Juro que la Teoría de Cuerdas es más fácil de comprender.

Me acerco al coche de Ian e intento romper la batalla de contacto visual.

—Deberíamos irnos. Quiero ver las imágenes de las cámaras de la ISS. Necesito averiguar el alcance de la corrosión para que podamos poner en marcha una caminata espacial de emergencia lo antes posible.

Ian por fin me mira. Es lo que yo llamo el prototipo de modelo de las publicidades de Ralph Lauren. El típico modelo del hombre norteamericano. Pelo rubio arena dorado, ojos azules, dientes blancos perfectamente derechos. Nunca he dejado que mis pensamientos se desvíen demasiado hacia él, ya que es mi compañero de trabajo, por mucho que Jules diga lo contrario. Pero si lo que dice es verdad y le gusto... Tengo que admitir que sería bastante halagador.

—Claro, cielo. —Ian mueve el brazo en dirección a su coche. Nunca me había llamado ‘cielo’. Es poco profesional. Decido que es mejor no pensar en eso y ocuparme de asuntos más urgentes.

Me giro hacia Flynn.

—Eh, ¿gracias? —Vuelve a sonreír y algo raro me pasa en el estómago—. Llámame. —*Mierda*—. *Quiero decir*, llámame cuando tengas un estimado del presupuesto por lo de mi auto.

El calor me está afectando. Es la única excusa que acepto para mi estúpido comportamiento.

En respuesta, Flynn se acerca. Me pone las manos en los hombros, se inclina y me besa.

Me. Besa. A mí.

Es leve. Apenas algo. Prácticamente como un susurro. Casi puedo fingir que no sucedió. Casi.

—Sí, te llamaré.

Y entonces se mete en su coche y ruge su camino fuera del estacionamiento.

EL CORTO trayecto hasta el CCM en el coche de Ian es tranquilo. Él debe estar preocupado por la ISS. Yo también debería estarlo, pero en realidad estoy pensando en ese beso. Todavía puedo sentir un ligero rastro de sus labios en los míos. ¿Por qué haría eso? Espera, ¿qué pasa con Rose? Cierto, la chica no ha sido nada más que puros problemas hasta ahora, pero me agrada, y he

dejado que su novio me besara. La culpa hace que intente centrarme de nuevo en el reciente EVA.

—Todo irá bien, Ian, arreglaremos el ordenador central. Seguro que podemos acceder a través del cable principal, o incluso sustituirlo por otro.

—¿De qué estás hablando?

—La corrosión que descubrió el EVA de Jules. —Observo su mandíbula tensa—. ¿No es por eso por lo que estás enfadado?

—No, Jackie. No es por eso por lo que estoy enfadado. Debería ser por eso. Pero no lo es.

—¿Es porque te pedí que vinieras a buscarme? Lo siento mucho, es que yo...

—¿En serio?

Bien, ahora estoy empezando a enojarme... otra vez. Ian parece estar proyectando su mal humor en mí.

Toda esta ira es desconcertante. No soy una persona irritable. De hecho, rara vez levanto la voz. No suelo maldecir. Soy racional. Lógica. Pero desde que entré en una mansión de la época de la carrera espacial y un mecánico digno de babear se metió con mi culo por error, mi ira parece estar hirviendo a fuego lento constantemente.

—ENTONCES, ¿por qué me miras así? —resoplo, y me doy cuenta demasiado tarde de que cruzar los brazos después de esa pregunta me hace parecer una niña armando una rabieta tonta.

Sus labios tienen una leve sacudida.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Molesto. Disgustado. Irritado. —Miro al frente y bajo los brazos cuando entra en el aparcamiento del CCM—. No me gusta.

Un largo suspiro se escapa de su boca antes de apagar el contacto con un botón. Un único botón, sin llaves de contacto. Qué genial. Quizá mi nuevo coche, que por lo que veo está en mi futuro cercano, tenga un arranque por botón. Pero el de Ian no gruñe como el de Flynn. De hecho, es extrañamente silencioso. Lo que hace que la inspección que Ian me hace ahora sea aún más incómoda.

—Eres una mujer preciosa, Jackie.

Sobresaltada con el comentario de Ian, respondo:

—Tú también. Quiero decir, *hombre*. Un hombre precioso. —Siento que se me frunce el ceño. ¿Puede un hombre ser hermoso?

Ian se ríe.

Sonrío, sintiendo cómo se disuelve parte de la tensión.

—¿Qué tiene que ver nuestras apariencias con el fallo del EVA?

Sin dejar de sonreír, Ian niega con la cabeza.

—¿Sabes qué? No importa. Ten cuidado, ¿vale?

Hum. Usualmente no soy buena captando implicancias, pero la evidencia podría sugerir que Ian se refiere a Flynn y no al EVA cuando dice «ten cuidado». Supongo que, si lo miro con lógica, tiene sentido, si lo que dijo Jules sobre que Ian quería invitarme a salir es cierto. No estoy segura de cómo me siento al respecto. No es que Ian no sea atractivo. Lo es. Mucho. Como se puede deducir de mi comentario anterior sobre que podría ser modelo para Ralph Lauren.

Pero me he involucrado con alguien con quien trabajé antes. No terminó bien. E incluso con todo lo guapo que es Ian a menos de un metro de mí, sigo pensando en ese beso casi nulo de un tipo del que estaba tan segura de que yo no le gustaba.

—Claro que sí —acepto, ya que parece que necesito decir algo para que nos olvidemos de...

lo que sea esto.

Ian pone los ojos en blanco.

—Vamos a la reunión de los Equipos de Investigación de Vuelo.

En nuestro camino hacia el edificio cinco, trato de concentrarme en la reunión que tenemos por delante.

Pero *ese beso*.

Sacudo la cabeza con fuerza. Rose es mi amiga. Creo. Y como amiga, debería indignarme por ella. Simplemente ignoraré la réplica del cosquilleo en la zona baja que estoy experimentando actualmente. Deben ser por el rugido del motor del auto macizo. No el beso.

Mi teléfono vibra mientras paso mi placa por la puerta de seguridad atrás de Ian. Aparece un mensaje de texto de un número desconocido.

«Por cierto, gracias por traer a mi hermana sana y salva a casa anoche.»

¿*Hermana*? ¿Rose es su *hermana*?

Y el cosquilleo ya no puede ser ignorado.

CUATRO

ARRANQUE DEL MOTOR PRINCIPAL

JACKIE

SEAN NO PARECE CONTENTO. Como Director de Vuelo a cargo del EVA que explica por qué está fallando el EXT-1, él es el fanático que golpea con la mierda proverbial. Todos están sentados a la mesa menos Sean. Mientras estampa bajando la que debe haber sido su quinta taza de café, maneja la presentación de diapositivas de fotos que Jules pudo tomar mientras estaba en el EVA esta mañana.

—Se suponía que iba a ser un EVA de mantenimiento. —Pulsa el teclado con fuerza y la diapositiva cambia—. Y ahora estamos lidiando con esto.

Jules hizo un gran trabajo enfocando bien el manojo de cables que subía por uno de los paneles principales. Los astronautas en EVA llevan unos guantes especiales unidos a sus trajes. Su objetivo principal es proteger a los astronautas de la presión y las condiciones del espacio. Eso significa mucho volumen y poco margen de maniobra. Tomar fotografías detalladas con un traje de malvavisco gigante es un trabajo duro, pero Jules lo ha hecho y lo ha hecho bien. Se pueden apreciar bien unos pequeños agujeros en algunos de los cables, y uno parece tan doblado que podría estar a un momento de romperse. Eso significa que un meteorito o algún trozo de basura espacial impactó contra la ISS.

La NASA vigila las toneladas de basura espacial que flotan alrededor de la Tierra. Algunos son creación propia del hombre: piezas de satélites, herramientas lanzadas por astronautas durante paseos espaciales y restos de pruebas de *Star Wars* en el espacio. Luego están las partículas naturales: los meteoritos. Los meteoritos pequeños pueden viajar más rápido que una bala.

—Sabíamos que EXT-1 estaba empezando a dar fallos y los propulsores no reaccionaban a los comandos, así que enviamos toda la energía a EXT-2. —Sean observa toda la sala—. Por desgracia, durante el paseo espacial, la astronauta Starr descubrió que la solución no era tan sencilla como cambiar el ciclo de potenciamiento.

Los EXT-MDM son los ordenadores externos instalados en el armazón de la ISS. Controlan la funcionalidad de los componentes de la estación, como los paneles solares, los radiadores, los circuitos de refrigeración y otros sistemas.

Ian toma la palabra.

—¿EXT-2 funciona sin problemas?

—Sí. EXT-2 está funcionando a pleno rendimiento. Por eso no hablamos de evacuación. Tenemos al grupo CHRONUS monitoreándolos. —Sean pasa más diapositivas y sacude la cabeza—. La estación simplemente recibió un impacto en un mal lugar.

La ISS es tan grande como un campo de fútbol. Y aunque, al principio, muchos cables habían quedado al descubierto y recorrían el exterior de la estación, la mayoría de ellos, sobre todo en el lado estadounidense, fueron movidos al interior. La falla de la computadora debido a un golpe de basura espacial es relativamente baja en la escala de probabilidad. Y en el gran esquema de las cosas, cables golpeados no es tan malo como si la basura espacial le hubiera dado a una ventana o penetrado el casco.

Pero esto sigue siendo malo. No una amenaza para la vida de los tripulantes. Al menos no todavía.

Sean pasa a otra imagen. Muestra una pequeña sección de cables aislados en el exterior de la ISS.

—¿Prevé ADCO la necesidad de alguna maniobra complicada en el corto plazo? —pregunto.

—Han hablado con el TOPO y el Mando Espacial y dicen que no habrá problemas en un futuro próximo. Los rusos también están ayudando —responde Sean.

La ADCO (siglas en inglés para referirse a la Oficina de Determinación y Control de Actitud) gestiona la orientación de la estación y calcula las maniobras necesarias para evitar grandes escombros. He trabajado con ellos varias veces durante la planificación de las EVA. El Oficial de Operaciones de Trayectoria (al que nos referimos como TOPO) y el Comando Espacial son responsables de la trayectoria de la estación y del mantenimiento de los datos relacionados con la posición orbital de la estación.

Otro clic en el ordenador de Sean.

—En las fotos de Starr, podemos ver que, lo que creemos que era un meteorito, demasiado pequeño para ser detectado por TOPO, golpeó la estación espacial aquí. —Señala el centro de la pantalla, donde se puede ver el daño a los cables—. Esta sección sólo tiene unos treinta centímetros de largo, pero hay cables que van a los ordenadores de Estados Unidos. Tenemos un viejo EXT a bordo de la estación. Pondremos a la tripulación a trabajar en su reacondicionamiento con las piezas disponibles para que podamos reemplazarlo por el dañado. —Sean nos mira a Ian y a mí—. La tarea principal del próximo paseo espacial será la retirada y sustitución de una caja de retransmisión de datos. Mientras tanto, la EXT-2 está operativa y todos los componentes de la ISS están funcionando en orden.

Ian y yo nos miramos y asentimos.

—Escuchen —continúa Sean, dirigiéndose ahora a toda la sala—, sé que los EXT son cruciales, vitales incluso para mantener la vida en la ISS, pero aún no estamos en estado de alarma. Todavía tenemos una computadora operativa, seis de los astronautas más inteligentes con títulos en mierdas que ni siquiera puedo pronunciar, una computadora vieja que podemos instalar y siempre tenemos la opción de partir. Pero la discusión sobre eso todavía está a unos cuantos fracasos de distancia.

El «bote salvavidas» Soyuz siempre está acoplado a la estación. En caso necesario, los astronautas pueden evacuar al interior de la cápsula rusa y abandonar la estación en circunstancias de emergencia. De momento, tenemos algunos fallos críticos, pero la NASA siempre tiene más de un sistema de seguridad.

Deberíamos estar bien.

DURANTE LAS SIGUIENTES horas no hay más que planos, presentaciones de diapositivas y conferencias. Los rusos están en las telecomunicaciones, llamando desde su sala de control de vuelo en Moscú.

Entre todo esto, Rose me ha mandado un par de mensajes.

No tengo ni idea de cómo se enteró de que Flynn me trajo, ni de que Ian, mi compañero de trabajo, está buenísimo. Para alguien que luce tan joven y dulce, da un poco de miedo.

Mis ojos siguen secándose. Los edificios gubernamentales sellados y protegidos son conocidos por su aire seco y reciclado. Es como trabajar en un avión. Tampoco ayuda que haya tenido un día muy largo. Después de una noche igual de larga. Y odio el café.

Sean no tiene ese problema. Se sirve otra taza. He perdido la cuenta de cuántas ha tomado, pero la cafetera se ha rellenado más de una vez.

—Mira, un EVA normal lleva semanas de planificación, si no meses. Así que sé que esto es mucho que manejar, pero no nos precipitemos para no cometer errores. Los astronautas están durmiendo en este momento. Volvamos a reunirnos mañana temprano para hablar con ellos. — Se levanta y se estira. Oigo crujir sus huesos desde el otro lado de la habitación—. Por ahora, seguimos con el plan de cargar la *Progress* con software de reemplazo cuando se lance para reabastecer la estación en dos semanas.

A pesar de lo que dicen muchas películas o libros, un astronauta no puede ponerse el traje y salir por la esclusa de aire al espacio abierto. Hay que recargar los trajes y conectar los tanques de oxígeno. Las caminatas espaciales necesitan planificación y los equipos de ingeniería deben ser consultados. Diez días es más o menos lo más rápido que se puede programar con seguridad una caminata espacial. En la NASA, nadie jode con los procedimientos de seguridad.

ME TOCA CAMINAR OTRA VEZ.

Y aunque es de noche, todavía hace calor. No me sentía bien pidiéndole a Ian que me llevara a casa. Se sentó a mi lado durante toda la reunión y la sesión de intercambio de ideas. Eso es normal, pero no se sentía normal. No desde aquel extraño momento entre Ian y Flynn.

Salto sobre un bordillo y paso la mano a lo largo de la cerca de cadena de tres metros y medio de alto, coronada con alambre de púas, que marca el perímetro de la NASA. Solo hay dos salidas y entradas al sitio. Uno en el lado este y otro en el oeste. Mi departamento está al oeste, así que estoy caminando de regreso a la entrada de seguridad con mi credencial.

Doblo a la izquierda en la carretera junto a las casetas de seguridad y toco la acera. Los guardias están ocupados con los autos que van y vienen. La NASA nunca duerme.

Giro a la izquierda en la carretera junto a las casetas de seguridad, subiendo a la acera. Los guardias están ocupados con autos que vienen y van. La NASA nunca duerme.

—Ey.

Me detengo a medio paso. *No puede ser*. Despacio, dejo que mi pie caiga al pavimento y pivoteo, las desgastadas suelas de mis zapatillas hacen suavemente el giro.

Pero sí es. Flynn está apoyado en un auto, con los brazos cruzados. No es el mismo de esta mañana. Este es verde, pero también una bestia. Un poco más impresionante, en realidad. Más grande. Es otro coche antiguo, y reconozco el emblema de Mustang en la parte delantera. Eso lo sé. Aunque la inscripción *BOSS 429* en el lateral no significa nada para mí.

Ni siquiera está funcionando. Ningún gruñido para desencadenar mi hormigueo. Y, sin

embargo, el centro de mi cuerpo está completamente despierto con sólo mirarlo. ¿Quién diría que iba a tener una fijación por los autos?

Me acerco a Flynn.

—¿Qué haces aquí?

Se endereza junto a la carrocera.

—Escuché de un pequeño pajarito que ibas a irte caminando a casa. —Se adelanta, borrando la distancia que nos separa—. De noche.

—Rose —suspiro. Continuó mensajeándome durante todo el día, queriendo actualizaciones sobre cuándo terminaría de trabajar. Debería haber sabido que tendría motivos ocultos.

—Sí.

—Escucha —empiezo, intentando encontrar coraje para mirarlo a los ojos y fallando—. Fue muy amable de tu parte venir hasta aquí —le agradezco a su hombro—. Pero soy una chica grande. Puedo caminar un par de kilómetros hasta casa.

—Ajá. —Señala al auto provocador de cosquilleos—. Entra.

Su actitud arrogante atrae por fin mi mirada hacia la suya.

—¿Perdona?

Nos miramos hasta que rompe el contacto visual para pasarse la mano por el pelo, claramente exasperado conmigo.

—Siento haber sido tan imbécil antes, ¿de acuerdo? —Cuando todavía no me muevo, esta vez por la falta de palabras, saca la mano en dirección al auto y agita las llaves—. ¿Por favor?

—Está bien. —Agito la mano en señal de asentimiento y golpeo por accidente su brazo extendido. Las llaves salen volando de su mano.

Y caen por una alcantarilla.

—Eso no acaba de pasar. —Miro de la rejilla a Flynn y luego de vuelta—. Esto no puede haber pasado.

Flynn levanta los ojos al cielo y suspira.

Hay un momento de silencio antes de que mi cerebro se ponga en modo resolutivo.

—Llamaré a la grúa —digo, pescando en mi bolso en busca de mi celular.

Flynn vuelve a bajar la barbilla y arquea una ceja, observándome hurgar en mi bolso.

—Si ibas a caminar a casa, tu teléfono ya debería haber estado en tu mano. En caso de que algo sucediera.

—¿Quieres decir como un hombre descontento al acecho en el estacionamiento? —pregunto.

Flynn me sorprende soltando una breve carcajada.

—*Descontento* —resopla—. Sí, eso me resume.

Luego sonrío, sonrío de verdad.

Y, oh, dulce Neptuno, si lo había deducido como un tipo crónicamente enojado en base a todas nuestras interacciones anteriores, esta nueva evidencia destruye por completo esa conclusión que alguna vez fue lógica. Porque la sonrisa de Flynn supera a sus dos autos combinados en la creación de cosquilleos en mi entrepierna, alegres y danzantes cosquilleos. Estoy tan concentrada en su sonrisa que no me doy cuenta de que se ha acercado hasta que sus dedos rozan el costado de mi mandíbula.

—*Touché* —dice, con voz grave. No llega a ser un susurro, pero su timbre resuena en mi pecho y crea un calor interior que ni siquiera el calor de Texas podría imitar. Su sonrisa se vuelve más suave, su tacto permanece un momento, antes de dar un paso atrás y caminar hacia su coche—. Guarda tu teléfono, cariño. Soy mecánico. Herirías gravemente mi ego ya golpeado si llamaras a esa grúa.

Da la vuelta a la parte delantera y abre la puerta del acompañante. Lo sigo mientras me tomo un momento para reflexionar sobre el hecho de que, uno, me ha llamado cariño, y no me importa. En absoluto. Y dos, el Flynn sonriente es tan desconcertante para mi mente como el Flynn enfadado. En realidad, bastante más.

Se recuesta sobre los asientos, luego gira, metiendo la parte superior de su cuerpo debajo del volante del otro lado, mientras esquivo magistralmente la palanca de cambios. Mientras se estira sobre su espalda, su camiseta se desliza hacia arriba. Sus abdominales son dorados, bronceados por el sol.

Creo que renunciaría voluntariamente a mi camiseta de la NASA firmada por Buzz Aldrin por ver a Flynn sin la suya.

Una pequeña línea de pelo oscuro desciende por detrás de la hebilla plateada de su cinturón hasta sus jeans. Un impulso repentino de seguir ese rastro con mis dedos asoma en mi cabeza.

—Entonces... ¿qué estás haciendo?

—Le estoy haciendo un puenteado.

Echo un vistazo al estacionamiento y al puesto de vigilancia.

—¿Un puenteado? —susurro—. ¿Eso no es ilegal?

Se ríe otra vez.

—Solo si no es tu auto, cariño.

—Ah. —Me alegro de que esté escondido bajo el tablero del auto y no pueda ver cómo la vergüenza sube por mi cara. Puede que sea la reina de los nerds, pero parece que mis conocimientos callejeros necesitan trabajo. Debería agregar eso como una meta en mi Operación Vida Social.— ¿Cómo se hace un puenteado en un automóvil? — Siempre que te sientas perdido, concéntrate en lo académico, ése es mi lema.

Flynn se incorpora y el movimiento contrae todos los músculos de su estómago.

—¿Quieres aprender?

Mi cerebro tarda en recuperarse una vez más.

—¿De verdad? ¿Me enseñarías?

—Claro que sí. Es lo menos que puedo hacer. —Su cara de bochorno le hace parecer más joven, menos intimidante.

—Sería genial, ¡gracias! —Y, de nuevo, me doy cuenta un poco tarde de que saltar y aplaudir no es la acción más madura.

Pero me hace ganar otra de sus sonrisas.

—Santo Mercurio —susurro.

FLYNN

NO PUEDO EVITAR la sonrisa que se dibuja en mi cara ante la evidente excitación de Jackie. O el hecho de que su pequeño salto puso en movimiento ciertas partes de su cuerpo. Así que, incluso teniendo que cortar los cables de mi Mustang Boss 429 de 1969, no logro enojarme.

Sobre todo, porque parece que estoy perdonado por haber sido un idiota con ella hoy. Y anoche.

Juro que había estado planeando ser un tipo normal y agradable cuando la recogí del trabajo. Incluso pasé el viaje hasta aquí pensando en disculpas encantadoras y formas de demostrarles a

Jackie y Rose que no soy un completo idiota. Pero entonces la vi. Una cola de caballo rubia balanceándose, caminando sola, de noche, sus pies calzados con zapatillas rebotando como una niña que va al jardín de infantes, sin preocuparse por nada en el mundo. Algo acerca de que ella no se tomara en serio su seguridad me hizo rechinar la mandíbula y estallar.

Otra vez.

Jackie abre la puerta del lado del conductor y se arrodilla en el pavimento. Lo diferente que es Jackie de todas las mujeres que he conocido antes realmente me maravilla. Ella trabaja, para empezar. Y en la NASA. Además, ni siquiera se inmuta al ensuciarse los pantalones.

—¿Qué hacemos primero? —Se lame los labios y se inclina hacia delante.

Jackie de rodillas con una expresión ansiosa en la cara me hace olvidar la tarea que tengo entre manos. Respiro profundamente antes de empezar.

—Vale —empiezo, centrándome en el coche—, como es del 69, es bastante fácil de puentear. Nada está informatizado. —Retiro el panel bajo el volante mientras hablo—. Al girar la llave se conectan tres cosas: la batería, el encendido y el motor. Puentear un auto solo significa que tenemos que hacer todo eso manualmente. —Separo los cables que necesitamos—. El rojo es siempre la batería. Los demás pueden variar según la marca y el modelo de tu coche. Aunque la mayoría de las veces, en autos tan antiguos, el cable de arranque es amarillo.

Me meto la mano en el bolsillo y busco mi navaja, conteniendo un siseo cuando mi mano roza mi pene. Pene que ha estado en un perpetuo estado de semi-dureza desde que rocé mis labios contra los de ella antes y que sólo se puso más duro desde que Jackie hizo un gesto hacia mi auto, las gafas deslizándose por su nariz, tirando mis llaves por la alcantarilla. Básicamente, mi pene necesita calmarse.

—Tienes que cortar y pelar un centímetro en los tres cables —narro y trato de que mi cabeza de arriba piense más que la de abajo.

Lo cual no es fácil. Hay una especie de rico aroma emanando de su pelo. Probablemente de cualquiera que sea el shampoo que usa. Además, como es verano en Texas, hay un ligero olor a sudor en su piel. Sudor limpio. Me hace pensar en el sudor del sexo. Mi entrepierna se pone más dura.

No me ayuda.

Se acerca todo lo que puede sin tocarme, pero eso no impide que los mechones de pelo que se han escapado de su coleta me hagan cosquillas en la piel. *Tan suaves.*

—¿Y ahora qué?

Vuelvo a concentrarme en lo que estoy haciendo.

—Los cables de la batería y del encendido se enrollan juntos. —Le hago un gesto levantando la cabeza—. Enciende las luces, para ver si está bien conectado.

Jackie levanta la mano izquierda, acercando su cuello a mi cara. Todo lo que tendría que hacer es arquearme, tal vez estirarme un poco, y podría besarlo. Nunca he sido un fetichista de cuellos antes. Porque honestamente, ¿quién lo es? Hay hombres amantes de tetas, hombres amantes de piernas y hombres amantes de culos. Siempre me ha gustado pensar en mí mismo como un oportunista igualitario cuando se trata del cuerpo de una mujer; me gusta todo. Pero por alguna razón, la vista del cuello largo y delgado de Jackie me provoca tantas cosas.

—¡Están encendidas!

—¿Eh?

Me mira.

—Las luces. Están encendidas.

—Ah, sí. Bien. —Me muevo en el asiento, deseando que mi polla se comporte de una vez—.

Entonces, el siguiente paso es unir el cable de arranque con el de la batería y el encendido. Pero tienes que tener cuidado. El cable de arranque está siempre encendido. No quieres que toque nada de metal o podría darte la corriente. Y dado que se trata de una transmisión manual, debe presionar el embrague.

—Este es el embrague, ¿verdad? —Apoya sus largos y delicados dedos en el pedal izquierdo.

—¿No sabes conducir un auto con palanca de cambios manual?

—No. —Frunce el ceño al decirlo. Tengo la sensación de que a Jackie no le gusta no saber las cosas. Aprieta la mandíbula—. Pero quiero aprender. Parece algo que uno debería saber.

Sonríó ante la expresión seria que nubla su dulce rostro.

—Te enseñaré a conducir con cambios.

—¿De verdad? ¿Lo harías? — Su cara se ilumina.

Su entusiasmo me pone contento, porque significa que no le importaría pasar más tiempo conmigo, y también me hace sentir como un maldito, ya que parece tan sorprendida por mi oferta. Bueno, si ya estás en el baile...

—Por supuesto, me encantaría poner tus manos en mi palanca.

Se pone de un rojo furioso.

No puedo evitar reírme. Aún con lo hermosa que es, puedo decir que no está acostumbrada a coquetear. No debería ponerla nerviosa, especialmente después de haber sido un idiota. Pero, maldita sea, cuando se sonroja, el color se extiende por su bonito cuello y todo lo que quiero hacer es seguir su rastro con la lengua. Por qué estoy teniendo una reacción tan fuerte hacia esta mujer es un poco misterioso. Incluso cuando pensaba que era una de las amigas sin dirección de Rose, todavía me llamaba la atención la forma en que se veía y se movía.

Dándonos a ambos un respiro, vuelvo manos a la obra.

—Ahora, necesito tocar el cable de arranque con el manojito del de la batería y el encendido. Con los cables expuestos y listos para funcionar, ya puedo sentarme en el asiento del conductor. Tengo que pisar el embrague y acelerar el motor para que no se detenga.

—Bien.

Me enrosco y salgo del auto. Intercambiamos lugares y nos subimos.

—¿Hay algún orden en el procedimiento? ¿Hay que cortar y exponer un cable antes que el otro? ¿Hay que pisar primero el embrague y luego unir los cables, o el embrague es como el acelerador y basta con revolucionarlo?

Siento que mis labios se tuercen en una sonrisa. Es tan jodidamente tierna.

—¿Orden en el procedimiento?

Se sonroja de nuevo y se mira los pies.

—No importa.

Joder. Hice que se avergonzara de nuevo.

—Oye... —Ella no dice nada, así que me estiro y paso dos dedos por debajo de su barbilla, levantando su cara hacia la mía. Su sonrojo se intensifica, pero puedo decir que no es por vergüenza cuando sus ojos apuntan a mi boca, lamiéndose el labio inferior con su lengua.

Estoy a punto de inclinarme, atraído hacia esta chica que ha irrumpido en mi vida tan inesperadamente, cuando una luz parpadeante en el auto interrumpe el momento.

Un guardia de seguridad está parado en mi ventana baja del lado del conductor. Una de sus manos está en su linterna, cegándome momentáneamente, la otra en el arma que lleva en su costado. No parece feliz. Y en Texas, un hombre infeliz con la mano en un arma no significa nada bueno.

Primero, levanto las manos para que vea que estoy desarmado. Cuando estoy a punto de

hablar, Jackie se me adelanta.

—¡Eh, Clay! —El agente se agacha y dirige la linterna hacia Jackie, que se lleva una mano a los ojos—. Soy yo, Jackie.

—Hola, doctora Lee. —Baja la luz y quita la otra mano de su pistola—. ¿Estás bien? —Sus ojos van de Jackie a mí.

—Estoy bien, Clay. Este es mi amigo Flynn. Me llevará a casa. —Se acerca y me baja los brazos.

El jefe de seguridad se ríe.

—¿Problemas con su auto otra vez, doctora Lee? Ya le he dicho que debería deshacerse de esa chatarra.

Jackie pone los ojos en blanco.

—Sí, sí. —Dirige su mirada hacia mí—. No eres el único que piensa eso, estoy segura.

Clay se despide con la mano y se marcha.

—¿*Doctora Lee*? —pregunto cuando Clay ya no me oye.

Otro sonrojo.

—Eh, sí —murmura.

—Eso es bastante genial.

—¿Lo es?

No entiendo por qué le sorprende.

—Sí, lo es. Yo sólo hice los cuatro años básicos. —No recuerdo ni una sola cosa de lo que aprendí en Baylor. Había estado demasiado ocupado aprovechándome del nombre de mi familia con la bebida, las mujeres y gastando lo opuesto a dinero merecidamente ganado—. Pero después, me metí a la Escuela de Comercio. Los autos eran más lo mío que los libros.

—Eso es genial. —Jackie asiente con la cabeza mientras habla—. Creo que la formación comercial está muy infravalorada.

No sé si se está metiendo conmigo o no. Parece sincera, pero estoy hablando con una doctora. Pensé que recibiría una mirada condescendiente cuando he mencionado la Escuela de Comercio. Estoy seguro de que mis antiguos amigos me miraron así.

Asiento con la cabeza y vuelvo a meter la mano bajo el tablero mientras presiono el embrague.

—¡Espera! —dice Jackie, poniéndome la mano en el brazo, con la cabeza agachada para ver lo que estoy haciendo—. ¿Qué es lo siguiente?

—Lo siento, lo había olvidado—. Me vuelvo a sentar para que pueda ver mi pie izquierdo en el embrague—. El embrague debe estar presionado hasta el fondo antes de juntar los cables. —Luego me estiro debajo del tablero, con el volante presionándome en los hombros y el pecho, para juntar el manojito y el cable de arranque. El motor se enciende, haciendo que la expresión de Jackie se ilumine. Toco el acelerador unas cuantas veces para testear, lo que hace que el motor ruja y haga vibrar todo el auto—. Entonces aceleras el motor seguidamente para que no se pare.

La primera vez que acelero, sus labios se entreabren. La segunda vez, sus ojos se cierran y parece a punto de venirse. Sin pensarlo, vuelvo a pisar el acelerador.

Gime tan suave que casi no la oigo. Pero el rubor que se extiende por su cara y su cuello me dice que no me lo estoy imaginando.

Me encantan los coches antiguos. Verlos, olerlos y sentirlos. Mi sangre bien podría ser aceite de motor. Por eso me bajé del caballo del rancho, me despedí de los trabajos de traje y me metí en el negocio de la restauración de automóviles. No me he arrepentido desde que tomé esa decisión.

Pero ahora, con esta chica tímida, esquiva y difícil de descifrar, a punto de alcanzar el éxtasis con el motor de ocho cilindros en V que yo mismo reconstruí... Estoy agradecido de nuevo.

Algo me dice que a Jackie podría gustarle algo más que una lección sobre cómo conducir un auto manual.

CINCO
BANDERA VERDE

FLYNN

JACKIE NO MENTÍA cuando dijo que su apartamento estaba cerca. Pero no había comentado nada sobre que es un agujero de mierda. El cartel de la entrada dice Regatta Apartments, pero los lugareños lo han apodado Reghetto. Atravieso la puerta de seguridad rota, mis manos apretándose al volante.

—¿*Aquí* es donde vives?

Parpadea un par de veces, como si despertara de una sesión de hipnosis.

—Sí.

—¿Por qué aquí?

Frunce el ceño, como confundida por la pregunta.

—¿Por qué *no* aquí?

—¿Le has dado un vistazo a este sitio últimamente? —pregunto, apartando una mano del volante para señalar el exterior.

Mueve la cabeza a izquierda y derecha, sus ojos observan los edificios de apartamentos desgastados que tiene delante.

—Oh. —Echa otro vistazo y suspira—. Hacía tiempo que no le echaba un buen vistazo. *Sí* está un poco deteriorado, ¿verdad?

No parece disgustada por la falta de cuidado del complejo, sino más bien sorprendida de que su naturaleza decrepita le haya pasado desapercibida. Es difícil imaginar a la preciosa ingeniera de la NASA viviendo aquí. O quizá es que no quiero. Puede que Jackie no lleve toda esa facha ostentosa que tenía Beth, ni siquiera maquillaje, pero nadie puede ignorar el tipo de hermosura que es. O trata de ocultarlo, o ni siquiera sabe que lo tiene. Yo apuesto por lo segundo.

Nada puede ocultar sus pómulos altos, sus ojos grandes y sus labios carnosos. Ni siquiera sus lentes. De hecho, las gruesas monturas no hacen sino resaltar la delicadeza de su estructura ósea. Es como un coche de carreras bien hecho, cuyas elegantes líneas se acentúan con las rayas de competición que recorren el capó. Luego está su cerebro. Trabaja con algunas de las mentes más inteligentes del país. Aunque no fuera así, por su forma de hablar, no necesito que me diga que ha sido bien educada hasta el culo.

—*Deteriorado* es una palabra para describirlo. —Peligroso es otra. Pero estoy tratando de refrenar a mi cavernícola interior, así que lo dejo hasta ahí.

—Cuando me mudé aquí desde la costa este, mi auto apenas consiguió hacer el viaje. Así que pensé que sería apropiado vivir en algún lugar cerca del trabajo. —Se encoge de hombros—. Ya sabes, en caso de que necesitara caminar.

Antes de que pueda responder, me hace señas para que estacione en un espacio vacío. Tan pronto como paro el auto, tiene la puerta abierta. Sale antes de que apague el motor.

—No hace falta que salgas. Aquí está bien. —Se inclina hacia el interior del coche—. Gracias. Nos vemos. —Con un portazo, cierra la puerta y me deja atrás.

Eso es nuevo. Estoy acostumbrado a que las chicas hagan toda la jugada de "No puedo encontrar mis llaves" o comiencen una conversación vacía, demorándose el tiempo suficiente para que yo haga una movida. Y sé que Jackie y yo empezamos mal... Está bien, yo empecé mal, pero pensé que habíamos tenido un momento especial. Varios de ellos, en realidad.

Maldita sea. Sueno como una niña.

Todavía perplejo y un poco divertido, mis ojos siguen a Jackie mientras se aleja. Sus jeans son un poco holgados y su camiseta sin forma, pero hay algo en ella que hace sonar mis campanas.

Quizá sea porque no se parece en nada a la mujer que me crió. Tan distinta a mi ex y a sus amigas.

Estoy pensando en cuál podría ser mi próximo movimiento cuando veo a dos hombres apoyados en un poste de luz más adelante en el camino de Jackie. Uno tiene una bandana atada en la cabeza, una camiseta sin mangas y jeans tan bajos que estoy bastante seguro de que el tipo tiene que andar como un pato para que no se caigan cuando camina. El otro tipo está vestido más o menos igual. No hay mucha actividad de pandillas en estas partes, pero reconozco suficientes colores y símbolos tatuados en sus brazos y cuello para saber que estos tipos han cumplido algún tiempo en prisión.

Ya no tan entretenido, salgo de mi auto y troto hacia Jackie. La alcanzo justo cuando está pasando a los hombres. Está tan preocupada por sacar las llaves que no los nota. El golpeador de mujeres se aleja del poste de luz y yo me tensó.

—Hola, Jackie.

—¿Eh? —Ella levanta la vista—. Oh, hola, Paulie. ¿Cómo está Tiffany?

Espera un momento. ¿*Los conoce*?

—Bien, gracias. Te manda saludos. Fue genial de tu parte ayudar a Alex con su tarea. Sacó un 9 en la asignatura.

—Eso es genial. Dile a Alex que venga a buscarme si necesita más ayuda. —Vuelve a sonreír a Paulie. No me gusta. Le pongo la mano en la parte baja de la espalda, causando que ella dé un respingo.

Paulie me mira fijamente, con las cejas fruncidas.

—¡Oh! Chicos, este es Flynn. —Se vuelve hacia mí—. Flynn, este es Paulie y su hermano Jorge.

Nos saludamos con la cabeza, sin sonreír ni darnos la mano.

—Bonitos tatuajes —digo.

Paulie sonríe y Jorge entrecierra los ojos.

—A veces hago de profesora particular para el hijo de Paulie —dice Jackie.

—Sí, la consideramos parte de la *familia*. —Me mira a los ojos y entiendo lo que quiere decir. Por lo visto, en el Reghetto cuidan muy bien de Jackie.

Jorge le da un codazo en el hombro a su hermano.

Paulie sonríe a Jackie, mira hacia mi coche y vuelve a ella.

—¿Necesitas ayuda con tu auto otra vez?

—Esta vez no. —Jackie le sonríe—. Esta vez no fue culpa de mi coche. Alguien lo embistió dando marcha atrás.

Paulie frunce el ceño.

—¿Viste bien quién lo hizo?

—Sí, mi hermana —digo, sin saber muy bien por qué, salvo que no me gusta que me dejen fuera de la conversación.

—Pero ella se está ocupando bien de eso —añade Jackie, apoyando la mano en el brazo de Paulie. Eso no me gusta *nada*.

Paulie se queda callado un rato, antes de asentir con fuerza.

—Bien, chica. Pero avísame si necesitas ayuda. —Termina esto mirándome fijamente. Me da la sensación de que su versión de «ayuda» podría ser esconder mi cadáver—. Cuídate, dulzura. —dice antes de marcharse, y su hermano le sigue sin decir palabra.

Jackie sigue caminando hacia una escalera sin luz, como si no acabara de tener una agradable conversación con exconvictos y posibles pandilleros.

—Así que profesora particular, ¿eh? — Esta chica. Cuanto más descubro, más preguntas tengo. Quiero entenderla, abrirla el capó y descubrir qué la hace correr. Estaba tan seguro de que sería como todas las otras mujeres de la cadena de montaje que he conocido en el pasado. Sin embargo, a cada paso, Jackie demuestra que es un modelo único. Y siempre me han gustado los modelos exclusivos.

Se encoge de hombros.

—Un montón de niños viven aquí. A veces necesitan ayuda.

—¿Das clases particulares a más de uno? ¿De qué?

—Alex necesita ayuda con ciencias. A Diego y a mí nos gusta hablar de astronomía, pero él no tiene remedio en matemáticas, así que estamos trabajando en eso. Y a veces Amy necesita ayuda con historia. Es la novia de Jorge. Está estudiando para reunir todos los requisitos previos para entrar en San Jacinto College, y las clases de historia la marean con todas esas fechas. —Se adentra en las sombras junto a la escalera y se detiene—. Tienen un grupo bastante unido de amigos y familiares que viven aquí. Me encontré con Alex y algunos de sus amigos afuera un día, luchando con un proyecto de ciencias. Tenían que crear un transportador que sostuviera y protegiera un huevo cuando fuera lanzado desde 4 metros de altura. Cuando les pregunté si necesitaban ayuda, se rieron de mí. —Jackie sonríe—. Así que me fui a mi apartamento, hice el mío y diez minutos después me colé en el tejado. Los doce huevos que dejé caer desde más de diez metros estaban intactos. —Se sube las gafas por el puente de la nariz—. Después ya no se rieron tanto —dice, con una carcajada.

Nos quedamos en silencio un momento. Ella sacude la cabeza y da un paso atrás.

—Bueno, mi apartamento está ahí arriba, así que no hace falta que camines más. —dice señalando.

La luz tenue lo hace todo un poco más íntimo, un poco más real. Su coleta al hombro, el extremo del pelo descansa sobre su pecho, donde, sin bromear, lleva impresa una imagen de la tabla periódica en la camiseta. Se sube las gafas por la nariz y algo dentro de mí cambia. Lo que empezó como un intento de demostrar que no soy un imbécil se ha transformado en algo enteramente distinto.

En el pasado, las mujeres bellas siempre han sido sinónimo de alta sociedad, lujo y ascenso social. Pero Jackie es un tipo diferente de belleza. Lleva a universitarias borrachas a sus casas, trabaja con astronautas y le gusta ayudar a los niños con sus deberes.

—Escucha, no quiero ser insistente, pero las luces rotas encima de la escalera me están poniendo nervioso. —Una vez más levanta la vista, como si viera su edificio por primera vez—. Lo menos que puedo hacer es asegurarme de que llegues segura a casa, después de que anoche básicamente te echara de la mía.

Arruga las cejas y se toquetea las gafas.

—Bueno, pero está en el tercer piso.

Lo dice como si fuera algo negativo, pero la verdad es que me alegro. Los pisos altos suelen ser los últimos en los que entran a robar, porque los delincuentes tienen que bajar dos con los objetos robados antes de poder huir. Supongo que podría ser engorroso arrastrar comestibles por tres pisos, especialmente porque estoy seguro de que este basurero no tiene ascensor. Pero la seguridad primero.

Le hice señas para que avanzara y dejé que Jackie guiara el camino. O hace ejercicio, o ha estado caminando mucho debido a su auto destartado, porque la chica no sube las escaleras caminando, casi lo hace saltando. Hace cosas tan maravillosas con su culo mientras su coleta se balancea como un péndulo que ni siquiera me importa el ardor de mis muslos al subir las escaleras con mis botas de trabajo. Pero no puedo apreciarlo del todo, ya que mi mente está atascada en algo.

—¿Dejas que Paulie trabaje en tu auto?

—Sí. Le habría pedido que me reparara la abolladura, pero Rose se empeñó en que lo pagaría si lo llevaba a tu taller.

Algo que tendré que agradecerle a Rose más tarde.

—Además, no estoy segura de que Paulie tenga el equipo para arreglar la pintura. —Hace una pausa en el primer rellano, con la cabeza ladeada, como si estuviera pensando esta revelación más a fondo—. Tal vez lo tiene. Hum... Debería preguntarle...

—¿En qué taller trabaja? —interrumpo. No quiero que lleve su auto a otra persona. Y menos a alguien que podría haber estado en la cárcel.

—¿Eh? —Parpadea y vuelve a mirarme—. Oh. En ningún sitio por el momento. Tiene problemas para conseguir trabajo por sus antecedentes.

Eso lo confirma.

—Escucha. —Me apoyo en la barandilla debajo de ella—. Estaré encantado de arreglarte el auto cuando lo necesites. No hace falta que se lo lleves a un exconvicto.

—No es solo un exconvicto. Es mi amigo. —No parece enfadada, solo perpleja.

Lo que me hace sentir como el imbécil elitista que solía ser. El que creía haber dejado atrás.

—Bueno, aún así —murmuro—, la oferta está abierta, si alguna vez tienes problemas con el auto.

Ella asiente una vez, sus lentes de nuevo bajando por su nariz.

—Gracias. —Se los pone en su sitio con el dedo índice y sigue subiendo las escaleras.

—Además, si alguna vez quieres aceptar mi oferta de aprender a conducir un auto con transmisión manual —me señalo con los dos pulgares— soy tu hombre.

Se ríe y parte de la tensión se disipa.

—Es bueno saberlo. —Jackie alcanza el rellano superior—. Y gracias por enseñarme a puentear un auto y por traerme a casa. Lo aprecio. —Se acerca a la puerta con las llaves en la mano—. Buenas noches. —Desbloquea el único cerrojo y abre la puerta—. Gracias por traerme.

Me inclino y le beso la mejilla, que al instante se pone roja.

—Cuando quieras, cariño.

Con los ojos muy abiertos tras los anteojos, Jackie mantiene el contacto visual hasta que se

cierra la puerta. Espero a oír el pestillo antes de darme la vuelta y bajar los escalones.

SEIS
LÍNEA DE VISIÓN

JACKIE

DESGLIZÁNDOME en la silla de mi escritorio después de una reunión brutal en la que Sean obviamente había estado pasando por una abstinencia de cafeína, reviso la pantalla de mi teléfono. Este es un nuevo hábito mío desde que comenzó la Operación Vida Social. Por lo general, mi teléfono no hace aparición a menos que necesite ajustar mi horario o revisar los correos electrónicos del trabajo sobre la marcha.

Tengo dos mensajes de texto de Flynn.

Uno a las 16:55.

«El auto no estará listo aún.»

Otro a las 5:15.

«Será mejor que me avises cuando estés por volver a tu casa.»

—¿Qué te tiene sonriendo así? —pregunta mi compañero de cubículo, James—. Escuché que Sean le pateó el trasero a la mayoría de los miembros del equipo de EVA en la reunión. No pensé que nadie fuera a ser capaz de sonreír por un tiempo.

Es cierto. Sean estaba tan tenso como siempre. Solo unos pocos selectos parecen ser inmunes a sus tendencias exigentes, y yo soy una de ellos. Probablemente porque tengo la misma ética de trabajo que él. Desafortunadamente, ha estado aún más nervioso que de costumbre, ya que EXT-2 tuvo un mal funcionamiento aleatorio. Probablemente sea algo excepcional, pero sin un respaldo o la capacidad de reinvertir la fuente de poder, todos están estresados.

James me mira expectante. Supongo que eso significa que su pregunta no es retórica.

Dejo mi teléfono en mi escritorio y guardo mis cosas en mi bolso.

—Eh... nada. Solo un video de YouTube.

—¿Qué, otro video de gatos que se hace viral? —resopla.

Hago un sonido evasivo, en algún lugar entre un gruñido y un murmullo, pero parece funcionar, ya que él se regresa a su propio escritorio. James es un buen compañero de trabajo. Nunca come comida olorosa en nuestro espacio y mantiene su escritorio bastante ordenado. Aún así, no voy a decirle que estoy sonriendo como una idiota porque un mecánico súper caliente me envió un mensaje de texto. Y ha estado haciéndolo *todo el día*.

Aunque, curiosamente, de verdad, de verdad quiero hacerlo.

—No te olvides, hay sobras de kolaches en la sala de descanso —dice con los ojos fijos en la

pantalla de su computadora.

Otro gruñido y salgo de nuestro cubículo con el celular en la mano.

«Voy saliendo».

Flynn me responde con un emoji de pulgar hacia arriba.

Uf. Emojis. Otro idioma que tendré que aprender a descifrar. Soy buena con los acrónimos de la NASA, el ruso y el francés. Espero que esta nueva versión moderna de la escritura jeroglífica sea más fácil de manejar que la de los egipcios.

Por suerte, «pulgar hacia arriba» parece bastante aclaratorio.

Unas cuantas personas me saludan al pasar, algunas me recuerdan lo de las sobras. Asiento con la cabeza, pero, aunque reduzco la velocidad para que me llegue el dulce olor de los kolaches, sigo avanzando.

Cuando le dije a Flynn, a través de un mensaje de texto, sobre mi elección habitual de comidas, si es que se le puede llamar así a alimentarme en base a comida sobrante que dejan mis compañeros, insistió en llevarme a cenar después del trabajo esta noche.

Estaba demasiado sorprendida de que él hubiera aparecido para llevarme a casa como para discutir.

No quiero decir que no pensé que no aparecería cuando dijo que lo haría, pero aún así... Me cuesta creer que los talleres de reparación de automóviles hagan que los servicios de chófer personal sean de rigor. Y definitivamente no la cena. No estoy segura de lo que Flynn está tramando, si es que trama algo. Tal vez solo es un buen tipo haciendo una buena acción. ¿Por qué siempre debo cuestionar los motivos de los hombres? Odio que mi pasado me haya vuelto tan paranoica.

Aún así, abro la puerta de seguridad y me dirijo hacia la entrada oeste de la NASA con una sonrisa en la cara.

El sol está bajo en el cielo, ascendiendo sobre la NASA mientras cruzo el campus. Todavía hay luz, así que no sé por qué Flynn quiere recogerme. No es como si fuera a ser asaltada a plena luz. O incluso cuando está empezando a ocultarse el sol. El área alrededor de la NASA suele ser bastante segura.

Pero no voy a señalar eso. Uno, estoy segura de que descartaría mi argumento válido por alguna razón u otra. Dos, en el remoto caso de que no lo hiciera, me estaría negando otro viaje en su fabuloso auto. Y tres, ya sabes, *Flynn*.

La alta humedad hace que una ligera neblina de sudor me cubra la piel y agradezco que estemos a menos de treinta grados. No seré un completo desastre sudoroso cuando llegue a Flynn. Sólo un lío un poco sudoroso.

Los árboles del monumento conmemorativo Challenger arrojan sombra sobre mí mientras camino.

—Jackie. ¿Necesitas que te lleve? —Un elegante auto plateado frena a mi lado. Ian se ve muy bien con su camisa blanca abotonada, corbata plateada y lentes estilo aviador.

Hago un gran esfuerzo para no perder el contacto visual, pero no puedo evitar el rubor que me recorre la piel.

—Eh, no, gracias. Yo... me encontraré con Flynn. —Le hago señas con la mano—. En la zona de acreditación.

—¿Es en serio? —Las fosas nasales de Ian se inflan mientras lucha contra una sonrisa. Pero pierde la batalla.

—Oh, cállate —murmuro.

Ian se ríe.

—Conduzcan con cuidado.

Antes de que pueda responder, se aleja y dobla la esquina.

Desde el episodio de Ian y Flynn el otro día, Ian ha estado mucho más relajado en el trabajo. No estoy segura de qué se trata todo eso, pero me ha dado una sensación de alivio, ya que ya no estoy buscando signos inexistentes de atracción. Puedo solamente concentrarme en mi trabajo. La estúpida de Jules y sus estúpidas insinuaciones y chantajes. Sabía que a Ian no le gustaba de esa manera.

Doblando la esquina, tengo que hacer una pausa y recuperar el aliento. No debido a mi caminata poderosa o al calor, sino porque mis ojos se llenan de la vista ridículamente impresionante de Flynn apoyado en su auto, con los brazos cruzados sobre el pecho y los bíceps abultados. La misma pose en que lo encontré en la otra noche.

—¡Ey! —me llama, haciendo que mi sonrisa se ensanche.

—Hola, Flynn. —Argh. Tengo que luchar contra el impulso de poner los ojos en blanco por lo jadeante que suena. Esperemos que Flynn lo atribuya a mi caminata.

—Te ves bien, cariño. —Se aparta de su coche y camina hacia mí. Su olor me envuelve cuando se inclina para besarme la mejilla.

El calor que irradia debajo de mi piel no tiene nada que ver con la temperatura, pero voy a fingir que sí. Últimamente le echo mucho la culpa al clima en Texas. Tampoco estoy segura de si se está burlando de mí. Ciertamente, cambié mi camiseta y jeans habituales por una camisa abotonada y pantalones de color beige, pero sigue sin ser glamoroso de ninguna manera. Todavía estoy usando mis queridas zapatillas.

Toma mi bolso de mi mano, me lleva al lado del pasajero y abre la puerta. Espera hasta que me haya sentado y acomodado antes de colocar mi bolso a mis pies, cerrar la puerta y rodear el auto nuevamente para deslizarse detrás del volante. Debo ser una feminista bastante mala, porque encuentro su caballerosidad tremendamente atractiva.

—Todavía no has comido, ¿verdad? —me pregunta con las manos en el volante.

—No. Me he acordado.

Asiente con la cabeza y baja una mano hasta el contacto. Me siento erguida, con las piernas perpendiculares al asiento, los pies apoyados en la alfombrilla y las palmas de las manos sobre los muslos. La posición óptima para aprovechar al máximo este momento.

Su mano gira la llave y el estruendo del motor se filtra por cada punto de contacto que tengo con el auto. La vibración me provoca escalofríos, es como la propulsión a chorro del transbordador espacial en su despegue.

—¿Te gusta el sushi?

—¿Eh? —Parpadeo, teniendo que moverme en el asiento para no tener un orgasmo aquí mismo, en su auto, estacionado en mi trabajo. *Contrólate, Jackie.*

Sus labios hacen ese tic que Ian tenía antes cuando luchaba contra una sonrisa. Me entra la paranoia. Cada persona que conozco anda haciendo ese gesto alrededor mío, y yo no soy *tan* graciosa.

—Te pregunté si te gustaba el sushi.

—Oh, ah, no. —Maldición. ¿Tendría que haber dicho que sí?

—Gracias a Dios.

Su respuesta es tan ilógica que no puedo evitar reírme.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

Se encoge de hombros, avergonzado.

—No sé, a las chicas que conocía usualmente preferían el sushi.

—Ah. —Bueno, ahí van todas las buenas sensaciones del motor.

Se aclara la garganta.

—No importa eso, entonces. Esto es Houston, hay cinco restaurantes en cada esquina. ¿Qué te gustaría? ¿Francesa? ¿Italiana? Podríamos ir a Perry's. Es martes, estoy bastante seguro de que no tendremos problemas para conseguir una mesa.

Me miro el pantalón. De ninguna manera quiero ir a esa parrilla tan exclusiva en mi ropa de trabajo. Flynn está en jeans y no parece importarle, pero ¿hola? ¿Por qué alguien se opondría a que usara jeans cuando los usa de la forma en que lo hace? Todo sexy y esas cosas. ¿Yo, en pantalones beige? No tanto.

—¿Qué tal Jimmy Johns? —le pregunto.

—Jimmy Johns —repite despacio—. ¿No es de comida rápida?

Cada vez me convence más la idea.

—Sí, tienen Hoagie italiano matador. —Sigue mirándome. *Mierda*. ¿Ahora qué hice? —Quiero decir, antes mencionaste comida italiana— murmuro en mi regazo, entrelazando los dedos.

Su risita me hace levantar la vista. Su mano se levanta de la palanca de cambios y la miro mientras sube. Sus dedos largos y masculinos rozan mi mejilla antes de volver a bajar.

—Hoagie italiano será entonces.

FLYNN

—QUIERO EL NÚMERO OCHO, por favor, con papas fritas con sal y vinagre y una gaseosa tamaño pequeño —dice Jackie, rebotando sobre las puntas de sus zapatillas.

Es cierto que nunca he salido con nadie. Jamás me tomé el tiempo necesario para conocer a alguien y saber cómo encajaríamos juntos. Al crecer, era más como si me hubiera relacionado sólo con personas de mi grupo social, y algunas conexiones duraron más que otras. Y los únicos requisitos eran el apellido y el patrimonio neto de cada uno. Pero hubiera pensado que las citas de adultos al menos significarían un restaurante elegante con meseros, no un menú de pizarra y un cajero adolescente con la cara llena de granos.

Jackie mira el exhibidor de papas fritas frente a ella, sin darse cuenta de la forma en que el adolescente en el mostrador la observa. Agarra la bolsa y se vuelve hacia mí.

—¿Tú también querías un Hoagie italiano o viste algo que te guste más?

Lo dice con la cara seria, frunciendo el ceño al ver que sonrío. No creo que Jackie se esté insinuando. Pero aún así me hace sonreír, porque *sí veo* otra cosa que me gusta más: ella. No sé mucho de su familia, cuánto gana, qué heredará, y aún así me gusta.

—Yo también quiero un número ocho. Papas fritas normales, gaseosa grande —le digo al adolescente. Y me acerco a Jackie para que pueda dibujarse la correcta conclusión de que estamos en una cita.

Y ahí es cuando sé que me tiene mal, cuando siento la necesidad de transmitir el hecho de que estoy en una cita a un adolescente púber con bigote apenas empezando a asomar.

Jackie busca en su bolso su billetera, pero la detengo con mi mano.

—Espero que no te parezca atrevido, pero donde yo crecí, las damas no pagan en las citas.

Jackie parpadea mientras le doy mi tarjeta al chico.

—¿Esto es una cita?

El chico se ríe, pero es lo bastante amable como para intentar disimularlo con una tos. Maldita sea, esta chica sí que sabe cómo cortarle las piernas a un hombre.

—Sí, Jackie, esto es una cita. —Mi voz es un poco más áspera de lo que pretendía.

—Oh. —Me mira durante un minuto antes de que la sonrisa más grande, más sexy y preciosa, ilumine su cara—. ¿De verdad?

Toda la vergüenza se desvanece ante la ingeniera genio más despistada que he conocido.

—Sí. —Me inclino y rozo mis labios contra los de ella, saboreando su jadeo al contacto—. De verdad.

Nos miramos y el momento se interrumpe cuando el chico me tiende la tarjeta de crédito y el recibo con el número de pedido. Pareciendo envidioso ahora en lugar de divertido, nos hace un gesto hacia el mostrador lateral.

Solo demoran un minuto en llamarnos. Jackie acapara la última mesa libre y yo lleno nuestras bebidas.

Comemos en un cómodo silencio hasta que atrapo a dos chicos al otro lado del lugar mirando sin pudor a Jackie mientras ella lame la sal de las papas fritas de sus dedos. Cuando se inclina hacia delante para dar un sorbo a su bebida, rodeando la pajita con sus labios carnosos, sé que no soy el único aquí con un trozo de madera en la entrepierna. Me río de lo ajena que parece estar a la atención que recibe.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta, limpiándose la boca con una servilleta. Se mira la camisa como si buscara algún resto de comida que se le hubiera caído.

—Sólo estaba pensando en algo que solía decir mi abuelo.

Se levanta los lentes con el dedo índice.

—¿Qué decía?

—Le gustaba decirle a mi padre que no podía ver más allá de la punta de su nariz.

Ella asiente mientras saca otra papa frita de la bolsa.

—Ah, del *Ensayo Sobre el Hombre*, de Alexander Pope.

Parpadeo.

—¿Eh?

—Ese dicho. —Se mete la papa en la boca, mastica despacio antes de continuar—. Se deriva del *Ensayo Sobre el Hombre* de Alexander Pope. Creo que la cita es: «Hacia adelante va, pero nunca mira más allá de su nariz».

No sé por qué su cerebro sigue sorprendiéndome. Me contó sobre sus dos maestrías, una en física y la otra en aeronáutica y astronáutica, que luego complementó con un doctorado. Todo antes de los veintinueve años. Pero cada vez que abre la boca me deja atónito con sus conocimientos. Es tan jodidamente sexy.

Intento acomodarme debajo de la mesa, sin resultado.

—Creo que el abuelo estaría muy enojado porque no se le ocurrió a él mismo, por mucho que presumiera lo contrario.

Jackie se ríe y el sonido alivia las asperezas de mi agitado día en el taller. Estar con Jackie es relajante. Sin drama, sin juegos. Solo Jackie.

—A menos que tu abuelo estuviera por aquí a principios del siglo XVII, no creo que pueda atribuirse el mérito. —Sonríe y agarra otra papa—. Tendrás que decepcionarlo sutilmente la próxima vez que lo mencione.

—Mi abuelo falleció. Pero estoy seguro que ahora mismo debe estar refunfuñando en su tumba.

—Oh. —Sus manos se quedan quietas—. Lo lamento.

Aparto su disculpa —No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. Se fue como quería, montando a caballo. El viejo nunca supo cuándo dejarlo. A los setenta y ocho seguía intentando domarlos. Fue arrojado del lomo de un semental particularmente enojado llamado Angus, que no apreció los intentos del abuelo por domarlo.

Guarda silencio un rato antes de preguntar:

—¿Tuviste que sacrificar al caballo?

—¿Angus? Oh, mierda que no. El viejo habría odiado eso. —Doy un largo sorbo a mi pajita—. El bueno de Angus vagó por el rancho hasta que falleció.

—¿Rancho?

—Sí. Mi familia... es dueña de un rancho. Al noroeste de Houston.

Mierda. El pavor se agolpa en mi estómago. No me había dado cuenta hasta ahora de las ganas que tenía de que Jackie me conociera sin saber mi apellido ni mi carga familiar.

—Wow —expira Jackie, con los ojos redondos, y la pesadez en mi estómago crece. La mesa tiembla mientras ella rebota una pierna a mil por hora. Espero a que sume mi apellido y el rancho y llegue a la conclusión del millón de dólares. Me preguntará por los derechos sobre el petróleo, el precio de la carne y...

—¿Sabes montar a caballo entonces? ¿O enlazar a un novillo?

La miro inexpresivamente, mi mente sin funcionar.

Ella se sonroja y el color le recorre el cuello.

—Yo, eh... me preguntaba si eras, ya sabes... ¿un vaquero?

Me río, la liberación de todo ese miedo me hace sentir más ligero y feliz de lo que creía posible. Mi risa se corta abruptamente cuando Jackie baja la vista hacia su regazo, encorvando los hombros.

—Lo siento —consigo decir, intentando disimular la risa con una tos—. Lo siento. Es que... —Me cuesta encontrar las palabras, no quiero sacar a relucir el dinero o mis experiencias pasadas con las mujeres—. Aquí en Texas, ser vaquero no es gran cosa. Tu entusiasmo me ha desconcertado por un segundo. —Agacha la cabeza. Me inclino hacia ella y le levanto la barbilla con la mano, esperando a que me mire a los ojos—. No me reía de ti, cariño. Te lo prometo.

Asiente una vez, pero desvía la mirada en cuanto retiro la mano. *Maldita sea.*

Le cojo la mano de nuevo y ella me deja, aunque mantiene la mirada baja.

—Si tu definición de vaquero es alguien que sabe montar a caballo y enlazar novillos, entonces claro, puedes decir que soy un vaquero.

Incluso con la mirada perdida, veo que se muerde el labio inferior y lucho contra un gemido mientras mi pantalón me aprieta aún más.

—¿En serio? —Con la mano que tiene libre, se sube los anteojos por el puente de la nariz.

—Sí. —Doy otro sorbo a mi gaseosa, intentando calmar la oleada de lujuria que me provoca su nerviosismo.

Vuelve a levantar la vista, con asombro en los ojos.

—Es tan genial —dice.

Y luego se va, haciéndome preguntas sobre equitación, lazada y ganado. Incluso preguntando si uso un sombrero de vaquero cuando monto. Trato de mantener el ritmo de su mente rápida y las preguntas que dispara lo mejor que puedo.

Cuando por fin ha agotado todas sus dudas, respira de forma entrecortada y tiene el labio inferior hinchado por hincarse los dientes. Y me doy cuenta.

Santa mierda. A Jackie la calientan los vaqueros.

Puedo trabajar con eso.

SIETE CON BANDERA NEGRA

JACKIE

Wow. Flynn es un vaquero. Un jodido *vaquero*.

Ni siquiera le importó que me pusiera en modo *fangirl* con él. En cambio, sus ojos se suavizaron y su boca se ensanchó al sonreír, dispersando los pensamientos cohibidos de mi mente como una lluvia de meteoritos a través del espacio. Fue casi pacífico perder el sentido por un momento. Como una merecida siesta para mi cerebro.

—¿Todos los hombres en tu familia son vaqueros?

—Mi hermano es el mayor vaquero entre todos en mi familia. Él dirige el rancho. —Flynn se pasa una mano por el pelo—. Me crié atando ganado y montando a caballo, pero al crecer seguí los pasos de mi padre y me enamoré de los *caballos de fuerza* de los motores en su lugar.

—¿Tu padre también es mecánico?

La cara de Flynn se oscurece por un momento.

—No. No lo era. Era piloto de carreras, en realidad.

Se me revuelve el estómago.

—¿Era?

—Sí, mi madre y él murieron en un accidente automovilístico hace un tiempo.

Cierro los ojos y suspiro. ¿Cuántas veces puedo meter la pata en una sola cita? Mi cara debe de reflejar mi caos interior, porque Flynn se apresura a tranquilizarme.

—De verdad, no pasa nada. No lo sabías. —Me aprieta la mano—. No éramos tan cercanos, en realidad. Siempre estaban fuera, por el circuito de carreras. Mi abuelo fue quien nos crió. Después de la muerte del viejo y de mis padres, Holt dio un paso al frente y se hizo cargo de la custodia.

El silencio se profundiza por un instante.

—Mi madre murió justo después de que yo naciera —suelto—. Cardiomiopatía. No sabían que la tenía. Los médicos se dieron cuenta cuando le falló el corazón doce días después de que yo naciera.

Flynn se queda callado un momento y vuelve a apretarme la mano.

—Jackie. Lo siento mucho.

Asiento con la cabeza. No suelo decírselo a la gente, pero supongo que, si yo sé sobre sus padres, él debería saber sobre los míos.

—No pasa nada. Es difícil extrañar a alguien cuando no tienes ningún recuerdo de esa persona.

—Pero igual puedes lamentar el no haber tenido una mamá. —Me roza la cara con los dedos y me pasa un mechón por detrás de la oreja.

—Supongo. —No estoy segura de qué más decir. Déjenme a mi el sacar a relucir las cosas más deprimentes en mi primera cita de toda la vida.

—¿Y tu papá?

—¿Mi papá? Es genial. Quiero decir, no hablamos mucho ni nada, pero tenemos reuniones programadas. Él es *muy* reglamentario. Una vez cada dos semanas, con llamadas adicionales en nuestros cumpleaños y Navidad si caen en semanas alternas. De lo contrario, sólo por emails. —Me mira y me apresuro a explicarle—. Está muy ocupado con su trabajo. Es ingeniero químico en el Este, donde yo crecí. —Sonrío, esperando que no piense que mi relación con mi padre es rara. Entiendo que otros puedan pensar que lo es, pero funciona para mi papá y para mí. Y realmente, Flynn no necesita pensar que soy más rara de lo que probablemente ya lo hace—. Puede que no hablemos tanto como otras familias, pero nunca me ha hecho sentir mal por ser diferente.

—¿Diferente? ¿Quieres decir superinteligente? —pregunta, su lengua deslizándose afuera para atrapar la pajilla en su boca. Mi mente se queda en blanco durante un segundo.

—¿Eh? Sí, supongo que ése es un buen calificativo —Me concentro en doblar el envoltorio de mi sándwich. Preguntándome si sería demasiado extraño hacer origami con él.

—¿Era un problema ser tan inteligente? —alcanza otra patata frita. —No puedo imaginarlo.

Hablo mientras doblo las esquinas del envoltorio.

—Al principio era solamente frustrante. Era como si supiera todo antes de que mis maestros me lo enseñaran. Era, y *sigo siendo*, una lectora voraz. Siempre he tenido la nariz metida en un libro. —Doblo los lados derecho e izquierdo hacia arriba, formando un rombo—. Y cuando los profesores me atrapaban leyendo en vez de escucharlos, intentaban llamarme la atención, haciéndome preguntas sobre lo que estaban explicando un momento antes. Pero yo solo los hacía enojar más porque podía responder bien cualquier cosa que me preguntaran. —Hago una pausa para volver a subirme los anteojos y luego presiono los pliegues, dando forma a los bordes—. O sea, no es que sea *tan* inteligente. Yo...

—Jackie.

La voz de Flynn me sobresalta y miro su expresión seria.

—Sí eres *tan* inteligente. Y no hay nada malo en eso. Deberías estar orgullosa, porque es genial. —Las yemas de sus dedos acarician mi pómulos—. Y muy sexy.

Me ahogo sobre mi propia inhalación empezando a toser como la persona súper fluída que soy, y vuelvo a concentrarme en doblar el envoltorio.

—Bueno, no es tan genial cuando te saltas dos grados y nadie quiere ser amigo de la niña de doce años que los excede en inteligencia a ellos. Y no es tan sexy cuando cada baile, partido de fútbol y fin de semana, estaba sola en casa porque no tenía una cita ni amigos. —Me encojo de hombros y doblo la parte inferior del envoltorio para que quede a la altura del rombo, luego le doy la vuelta a todo—. Después, cuando entré en la universidad a los dieciséis, la gente me confundía con la hija de algún profesor, cuando en realidad yo era la auxiliar. —Meto los pliegues superiores en el bolsillo que hice con el pliegue inferior y le doy la vuelta una vez más.

—Wow, Jackie. —Flynn agarra lo que ahora es un envoltorio grasiento de sándwich en forma de corazón, pero doblado con pericia—. ¿Puedo quedármelo?

—Eh, claro. —Me encojo de hombros, mi vergüenza disipándose ante la cara de admiración

de Flynn por un poco de origami sencillo—. Aunque puedo hacerte uno mejor, si quieres. Ya sabes, con un papel que no tenga manchas de grasa y eso.

Flynn se echa hacia atrás y saca su billetera del bolsillo. —No —dice, mientras guarda con cuidado el corazón en su interior—. Este es perfecto.

Sonrío. En verdad lo es. Perfecto.

DE VUELTA en mi complejo de apartamentos, mis nervios resurgen. Flynn tiene la capacidad de calmar mi mente y activar mis sinapsis eléctricas, todo al mismo tiempo. Es un don suyo único que desafía toda lógica científica y me deja, francamente, desconcertada. Él está excepcionalmente dotado de esa manera.

No ha sido más que un caballero. Llevándome a casa, acompañándome hasta la puerta, yéndose después de lo que estoy segura fue un beso platónico en mi mejilla. Pero esta noche mencionó una cita. Que definitivamente estábamos en una cita. Eso cambia las cosas. Una vez que clasificas un objeto, hay ciertos detalles y suposiciones que se deben hacer en función de la definición de esa clasificación.

Como los besos. Las citas suelen tener besos, ¿no? Y no del tipo que se dan en la mejilla.

Debería haber leído sobre esto.

—Espera —dice, saltando los dos últimos escalones hasta el descanso.

Hago una pausa, sin darme cuenta de que prácticamente había subido corriendo las escaleras hasta mi puerta.

—Oh. Lo siento. —Vuelvo a quedarme sin aliento. Subo estas escaleras todo el tiempo sin problemas, pero igual la culparé por mi falta de oxígeno ahora.

Flynn se acerca a mí, su mano acaricia los mechones que caen de mi coleta. Se me pone la piel de gallina.

—Me gustaría volver a verte.

—¿De verdad? —¿Acaso no había estado en la misma cita que yo? Estoy bastante segura de que sacar a relucir múltiples muertes familiares, traumas de mi infancia y hacer manualidades con basura en la mesa no son los estándares que Flynn debería exigir de sus citas.

Da un paso atrás y se pasa la mano por el pelo.

—Quiero decir, si quieres. No quiero forzarte a tener otra cita, sobre todo porque no parecía que supieras que estabas en la primera.

—¡No! —grito, mientras doy un salto sobre las puntas de mis pies. Su cabeza se echa hacia atrás—. No, quiero decir, sí —digo en voz más baja—, me gustaría tener otra cita contigo. —De alguna manera, mi cabeza se balancea al ritmo de mis pies.

Santo Mercurio. ¿Qué está *mal* conmigo?

Una gran sonrisa se dibuja en la cara de Flynn y no podría importarme menos si estoy bailando la Macarena frente a él ahora mismo. Tiene la *más increíble* sonrisa.

—Bien. —Se acerca de nuevo—. Eso es bueno.

Entonces su nariz me acaricia el cuello y me roza la oreja.

—¿Así está bien? —susurra.

Asiento con la cabeza una vez y me recuerdo que debo respirar.

—Hueles tan bien, Jackie.

—Feromonas.

Flynn hace una pausa y retrocede un poco.

—¿Perdón?

—Feromonas. —Miro al techo, intentando centrar mis pensamientos—. Hombres y mujeres envían y reciben señales subconscientes de olor. Estas señales se llaman feromonas, que son como mensajeros químicos transportados por el aire y liberados por el cuerpo que tienen un efecto físico o emocional en otro miembro de la misma especie.

Por el rabillo del ojo veo a Flynn inclinar la cabeza hacia un lado.

—¿Estoy oliendo feromonas?

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Es probable que percibas mis feromonas a través del órgano vomeronasal, que las transmite al hipotálamo, que, como sabes, es responsable de las emociones, las hormonas y el comportamiento sexual.

—Ah, sí. —Flynn vuelve a bajar hasta mi cuello, inhalando de nuevo—. El hipotálamo.

Me estremezco. No sé si sabe que lo está haciendo, pero desde que ha invadido mi espacio personal, el acento sureño de Flynn se ha acentuado. Entre su proximidad, las vibraciones de su acento y el suave roce de su barba contra mi cuello, voy a tener que cambiarme la ropa interior cuanto antes. Mi hipotálamo definitivamente está trabajando horas extras en este momento.

Su mano izquierda me acuna la cara, el toque obligándome a mirarlo.

—Voy a besarte ahora.

Siento que se me abren los ojos. Estoy noventa y nueve por ciento segura de que no se refiere a la mejilla.

—¿Está bien que te bese?

No encuentro la voz para pedir aclaraciones sobre el lugar del beso, así que me limito a asentir.

Se inclina lentamente, sus ojos no se apartan de los míos hasta el último momento, justo antes de que nuestros labios se encuentren, y yo cierro los ojos. El beso es suave, ligero, como los que he sentido antes. Pero luego presiona más profundo y todo mi cuerpo se sacude, poniéndose rígido por la conmoción. Él retrocede, con una pregunta en sus ojos.

—Lo siento... —digo, sin saber muy bien por qué me disculpo, excepto por el hecho de que probablemente ha besado a más chicas que yo a chicos. Chicas que no piensan demasiado y que tampoco se paralizan cuando se excitan. Chicas que *saben* lo que están haciendo.

En lugar de molestarse, o peor aún, reírse de mí, Flynn sonríe, con ojos amables. Luego me hace reír cuando frota la punta de su nariz contra la mía. Me encantan los besos esquimales.

—¿Quieres intentarlo otra vez, cariño?

Con sus besos juguetones y sus amables palabras, parte de la tensión se desvanece de mis hombros y mis nervios desaparecen. Quiero esto. Lo quiero *a él*. De alguna manera necesito mostrarle cuánto lo quiero, aunque sea una inexperta con esto de besar.

Manteniendo mis ojos en los suyos, dejo caer mis llaves, el metal golpea contra el suelo. Lentamente, pero con firmeza, arrastro mis manos por sus brazos, a lo largo de su cuello y hasta su pelo, mis dedos se clavan ligeramente en su cuero cabelludo, inclinando su cabeza hacia abajo.

—Sí —susurro antes de acercar mi boca a la suya. Mi tacto carece de toda delicadeza, pero a Flynn no parece importarle. Y cuando su lengua se desliza por el borde de mi boca, algo se rompe dentro de mí y gimo.

De repente, mis manos están por todas partes. Agarrándolo por los hombros, bajando y subiendo por debajo de su camiseta. Dios mío, el tacto de su piel es indescriptible. No tengo uñas largas, y creo que eso es algo bueno para Flynn, de lo contrario ahora tendría marcas de garras en

todo el torso.

Flynn me lleva una mano al culo y me empuja contra él. Esta vez el gemido sale de su garganta. Mis anteojos están torcidos para cuando él se aparta de nuestro beso. Suavemente, usando las puntas de sus dedos, los endereza antes de volver a tocar su nariz con la mía.

—Nunca imaginé que una genio pudiera besar así.

Todas las buenas sensaciones se desvanecen. De repente me veo transportada de vuelta a la universidad, oyendo a los chicos de mi clase preguntarle a mi nuevo novio si la nerd con la que se acostaba era buena en la cama. Cómo se rió y había dicho:

—Todavía no, pero lo será cuando acabe con ella.

No había habido ninguna duda sobre de quién estaban hablando. Quién era esa nerd. Siempre era yo la nerd. La genio. La rara.

Miro las puntas de mis Converse, que asoman por el dobladillo de mis pantalones beige.

—Ya veo. —Mi voz se escucha forzada, mi cuerpo vuelve a estar rígido.

Al notar el cambio, Flynn frunce el ceño y se agacha para intentar mirarme a los ojos.

No se lo permito. En lugar de eso, me agacho, recojo las llaves del suelo y me levanto de un salto.

—Ahora que satisfaciste tu curiosidad, estoy segura que tienes cosas más importantes que hacer que besar a la nerd. —Abro la puerta, agradecida de haber acertado con la llave al primer intento. Entro y me doy la vuelta, la visión de Flynn grabada a fuego en mi mente justo antes de dar un portazo.

Entrando en mi habitación, me siento en el borde de la cama, escuchándolo llamar a mi puerta y decir mi nombre un par de veces, murmurando algo sobre que esto no ha terminado. Por suerte, pronto oigo sus botas alejándose del departamento.

En ese momento todo lo que puedo pensar es que realmente debería moverme y hacer algo pronto, ya que las puertas no parecen muy seguras si puedes escuchar tan bien a través de ellas.

Pero más tarde, cuando estoy en la cama, repasando toda la cita, buscando las señales que pude haber pasado por alto sobre Flynn siendo deshonesto, no encuentro nada. En cambio, veo su cara, justo antes de que le estampara la puerta de un portazo.

No se había visto engreído o satisfecho. Parecía confundido y molesto.

Y tengo la horrible y hundida sensación de que no soy tan inteligente como creo que soy.

OCHO

CICLO DE POTENCIA

JACKIE

—HOUSTON, tenemos un problema.

Suspiro. La voz de Tom Hanks de una de mis películas favoritas, que convertí en mi notificación de texto, se está volviendo rápidamente en el sonido más molesto del universo. Este es el segundo día desde que nos besamos que Flynn está bombardeando mi celular. No he terminado ningún trabajo hoy. Flynn, al parecer, no sabe cuándo renunciar. Y todavía no sé qué hacer con nuestro beso.

Los mensajes de texto comenzaron bastante inocuos. «¿Qué hice mal?» y «Lo siento».

Cuando no contesté, los mensajes cambiaron. «La Tierra es el planeta más grande, ¿verdad?», «Elon Musk debería dirigir la NASA».

Se está volviendo cada vez más difícil no responder.

Flynn: *¿Cuál es tu planeta favorito? El mío es Plutón.*

Tiene que estar bromeando. Tom Hanks vuelve a hablar.

Flynn: *En inglés se dice 'Pluto'. Fue nombrado así en honor a mi personaje favorito de Disney.*

De acuerdo. Eso es demasiado.

Jackie: *Plutón o Pluto fue descubierto en 1930, mucho antes de que Walt Disney creara al perro de Mickey Mouse. Además, Plutón fue despojado de su estatus planetario en 2006 y reclasificado como planeta enano por la UAI.*

Jackie: *Deja de mandarme mensajes.*

No lo entiendo. Si tenía razón y él solo estaba jugando conmigo cuando me besó, ¿por qué molestarse en enviarme mensajes de texto? ¿Su orgullo se vió golpeado porque lo atrapé en su juego de 'besar a la nerd'? Y si estaba equivocada, lo cual es altamente improbable pero estadísticamente posible, entonces ¿por qué querría hablar con la chica loca que lo besó como una estrella porno y luego le cerró la puerta en la cara? No hay forma de que un tipo como él, alto, sexy e inmensamente genial, quiera estar con una geek sin experiencia y sin idea como yo. Simplemente no tiene sentido. No me gustan las cosas que no tienen sentido.

Mi teléfono vuelve a sonar.

Flynn: *¿UAI? ¿La Universidad de Astronautas Interestelares?*

Pongo los ojos en blanco. Tiene que estar tomándose el pelo.

Jackie: *No. Unión Astronómica Internacional.*

Jackie: *Y deja de mandarme mensajes.*

—Jackie, ¿qué te pareció la propuesta de EVA que te envié por correo?

Sobresaltada, brinco en mi asiento, haciendo que mi silla ruede hacia atrás unos metros del escritorio. Ian está apoyado contra el borde de mi cubículo.

Otra razón para estar enfadada con Flynn. Me está quitando el tiempo y el espacio mental que necesito para trabajar. Uso mis tacones para llevar mi silla de regreso a mi escritorio y me dirijo a Ian.

—Lo siento. No tuve oportunidad de leerlo aún. ¿Qué decía?

Una de las cejas de Ian se arquea.

—Lo envié esta mañana a primera hora.

Viendo que ya pasó la hora de almorzar, tendría que haberlo leído.

—Lo siento, he estado, eh, muy ocupada con el...

—No te preocupes. Se lo comentaré a Sean.

—Lo siento, de verdad. Estoy un poco... preocupada.

Ian sonríe y entra en mi cubículo. O, como me gusta pensarlo, en mi centro de comando personal. James no se encuentra por ninguna parte. Otra razón por la que es un gran compañero de trabajo.

Tengo la suerte de que nuestro cubículo da a una ventana real. Las ventanas en la NASA son como un raro eclipse híbrido. Existen, pero nadie lo cree hasta que ve una. Especialmente en los edificios más antiguos, los de la carrera espacial, cuando Estados Unidos pensaba que los rusos les espiaban. Que, por supuesto, lo hacían. Pero, aún así, ahora es como trabajar en la Batcueva.

—Estaba pensando en el transbordador de suministros *Progress*, que pronto despegará —explica Ian—. Sé que tenemos un nuevo software para instalar en el viejo EXT, pero he hecho un plan EVA adicional por si queremos incorporar un procedimiento para fijar un panel protector para blindar los cables externos.

—Sí. —Asiento con la cabeza, pensando en su idea—. Totalmente de acuerdo. Las probabilidades son astronómicas en contra de que esto vuelva a suceder, pero pensábamos eso mismo antes de que los cables de la computadora principal fueran golpeados. De hecho, me sorprende que quede algo de cableado externo en la estación, por no hablar de estos dos ordenadores vitales. Deberíamos reposicionar el cableado, trasladarlo al interior.

Ian asiente mientras hablo. A menudo coincidimos en las actualizaciones relacionadas con el espacio.

—Pero suerte convenciendo a Sean de subir a bordo, o que los altos mandos financien los materiales o los EVAs necesarios para lograrlo —continúo, dejando entrever mi exasperación.

Se ríe entre dientes y suspira.

—Sí, ya lo sé. Las probabilidades de que eso ocurra son seguramente menores que las de que los cables sean alcanzados por más basura espacial.

Compartimos una sonrisa cómplice. Es agradable tener a alguien que hable mi idioma, por así decirlo. Pero mirando la cara bonita de Ian, no puedo evitar preguntarme si sabe cómo hacerle un puenteado a un auto.

Finalmente le he dado a Flynn su propio tono de llamada y mensajes. Ha estado destruyendo mi amor por una de las mejores películas jamás creadas y la voz de uno de los mejores actores. No puedo permitir que eso continúe. No veo películas de carreras automovilísticas. O no lo he hecho. Todavía. Puede que haya comprado algunas en Amazon esta semana. *Fast and Furious*. *American Graffiti*. *Gone in Sixty Seconds*. Para investigación. No hay correlación alguna con cierto mecánico. Nop.

En fin. No conozco ninguna frase famosa de películas de autos. Así que Flynn se consiguió una bocina de auto como su tono de llamada.

Flynn: *El alunizaje fue un engaño montado.*

Él. No. Dijo. Eso.

Jackie: *Las fotos de alta definición tomadas por el Lunar Reconnaissance Orbiter han mostrado evidencia del lugar de aterrizaje del Apolo y las huellas reales dejadas por los astronautas. Además, la evidencia fotográfica también revela que cinco de las seis banderas colocadas por la tripulación del Apolo 11 todavía siguen en pie en la Luna al día de hoy.*

Flynn: *Photoshop.*

Jackie: *En serio. Deja de mandarme mensajes.*

ROSE Y TRISH han estado en contacto toda la semana. Aunque tengo cuidado de no decirle a Rose a qué hora salgo del trabajo, por si decide contárselo a Flynn. No necesito que vuelva a aparecer. Al menos, eso me digo, aunque echo de menos su auto. Únicamente su auto.

Creo que los mensajes de texto son más seguros que el contacto cara a cara. Aunque sea el más fastidioso del universo mensajeando.

De hecho, tuve que llamar a mi empresa de celular y cambiar mi plan a mensajes de texto ilimitados. El chico del teléfono estaba sorprendido de que no tuviera ya ese plan. Como si yo fuera el último resquicio remanente afuera del mundo de los mensajes de texto continuos entre gente menor de treinta años.

Rose dice que está pasando página, lo que incluye deshacerse de sus amigos tóxicos. No estoy del todo segura de lo que eso significa, excepto que no debo ser tóxica, ya que nos ha declarado nuevas mejores amigas. Esto me deleita y me asusta a partes iguales. Trish es nueva en esta área y parece entretenida de ser amiga de una estudiante de veintiún años y de una geek de la NASA.

Supongo que yo misma estoy pasando página también. Comencé a buscar casas en venta en la zona e incluso llamé a mi planificador financiero para liquidar algunas de mis inversiones. Un auto y una casa nuevos no son baratos.

Jules estaría muy orgullosa de mí si no estuviera demasiado ocupada siendo distraída por los posibles fallos de la ISS. Por suerte, no ha habido más fallos aleatorios con la EXT-2 desde nuestra última reunión.

Sigo pensando en el GTO rojo cereza y en el Mustang de Flynn. Investigué un poco y, aunque no son necesariamente costosos de comprar, el mantenimiento de los autos antiguos es una molestia. Mi investigación también muestra que, aunque es relativamente nuevo en el área, el taller de Flynn es el mejor reseñado y el más confiable en un radio de noventa kilómetros a la redonda para la reconstrucción y el mantenimiento de autos antiguos. No estoy segura de que ningún auto valga la pena lo suficiente como para ponerme en las manos de Flynn de nuevo,

aunque sea mecánico, en el futuro.

Rose nunca menciona a Flynn. Una parte de mí quiere preguntarle: «¿Qué demonios le pasa a tu hermano?». Pero una parte aún mayor no quiere ponerla en posición de tener que tomar bandos. Porque estoy bastante segura de que la lealtad familiar triunfará por sobre la chica que te llevó a casa cuando te cagaron. Declarada mejor amiga o no.

El trabajo es estresante, pero las chicas me mantienen entretenida a través de mensajes en grupo.

Trish: *Al final, ¿te compraste las botas?*

Jackie: *No.*

Rose: *¿Cómo es que no tienes botas?*

Trish: *Es una ingeniera. Los ingenieros no usan botas vaqueras.*

Rose: *Eso es racista.*

Jackie: *Estoy bastante segura de que esa no es la definición de racista.*

Rose: *Debería serlo.*

Trish: *Puedo prestarte las mías. A ver qué te parecen.*

Jackie: *No hace falta.*

Trish: *¿Qué? ¿Mis botas no son lo suficientemente buenas para ti?*

Jackie: *No. No es eso.*

Trish: *¿Entonces qué es? ¿No te gusta mi estilo?*

Rose: *Tuviste que ir y enojar a la enana sureña, Jackie.*

Trish: *¡No soy enana, maldición!*

Rose: *Dime la verdad, diste un pisotazo con tu pequeño pié después de mandar ese mensaje, ¿verdad?*

Trish: *Te detesto.*

Jackie: *¡Cálmense, ambas!*

Jackie: *Tengo el pié grande, ¿de acuerdo? Así que no me entrarán.*

Trish: *Oh.*

Rose: *Si fueras un chico, los pies grandes serían sinónimo de un falo grande.*

ME DUELEN LOS PULGARES. De mandar tantos mensajes.

No puedo decidir si estar disgustada conmigo misma u orgullosa. Estirando los brazos por encima de la cabeza, me empujo más profundamente en el sofá, mientras flexiono mis doloridos pulgares. Las puertas se cierran de golpe, la gente sube y baja las escaleras... El ruido blanco de mi complejo de apartamentos me inunda, permitiendo que el estrés de mi día se desvanezca.

Bip. Bip.

Cierro un ojo y miro mi teléfono, que está boca abajo sobre la mesa de café. Puedo sentir que mi ritmo cardíaco se acelera.

Los estudios han demostrado que cada vez que una persona recibe una llamada o un mensaje de texto, su cerebro libera una inyección de dopamina en su sistema. La dopamina se crea de forma natural en varias partes del cerebro y es fundamental para pensar, moverse, dormir, el estado de ánimo, etc. La dopamina también hace que quieras, desees, persigas y busques. Aumenta tu nivel de excitación y se estimula más poderosamente cuando se le dan pequeñas cantidades de información que no satisfacen completamente al sistema, es decir, como un

mensaje de texto. Los mensajes de texto son similares a beber alcohol, consumir drogas y tener relaciones sexuales.

Así que no es mi culpa que en seis días haya pasado de la frustración a la emoción por el sonido del tono de llamada de Flynn. Y que, aunque sé que no debería, estiro la mano y lo recojo de mi mesa de café, con los ojos pegados a la pantalla.

Es ciencia.

Flynn: *Me encanta cuando me hablas inteligentemente.*

Estoy perdiendo cualquiera que sea el juego que él esté jugando. Porque una gran parte de mí realmente quiere creerle. Otra parte de mí sabe por experiencia que está tan fuera de mi alcance que es astronómicamente irreal.

Bip. Bip.

Flynn: *Me pone duro.*

Yyyyy... apagado cerebral.

Puedo hacer nerdeadas. Puedo dar conferencias sobre astronomía y combatir las reflexiones de extraños teóricos de la conspiración. Pero, ¿qué se supone que debo hacer con *eso*?

Apago el volumen de mi teléfono y lo meto entre los cojines de mi sofá.

NUEVE

ARRANQUE DE EMERGENCIA

JACKIE

UNAS CARICIAS dóciles lamen mi cuerpo.

—Por favor —suplico.

—Por favor, ¿qué? —Su voz es suave, pero dura. Me recorren escalofríos por el cuello.

—Por favor. —Levanto los brazos, quiero tocarlo. Pero no está ahí.

—Dime lo que quieres. —Su voz es más dura ahora, exigente.

—Flynn...

¡Pam, pam, pam!

Me siento tan rápido que casi ruedo afuera del sofá. ¿Qué es ese ruido? ¿Mi corazón? Podría ser. Quiero decir, puedo sentirlo latiendo contra mi caja torácica, audible incluso con toda la respiración pesada que estoy haciendo. Ese sueño. Diablos, *todos* esos sueños. Mis fantasías de Flynn dejaron a mi vibrador fuera de servicio.

¡Pam, pam, pam!

Oh, no es mi corazón. Es la puerta.

—¡Abre, zorra! —Una voz familiar acompaña otra ronda de golpes en la puerta.

—¿Rose? —pregunto.

—Sí, y vengo con la Trish-teza.

—¿Me llamarás así ahora? ¿Es en serio?

—¿Prefieres ‘enana sureña’?

Lucho por levantarme del sofá mientras su discusión, clara incluso a través de la puerta del apartamento, ayuda a ahuyentar los restos de mi fantasía. Respiro hondo y suelto el aire lentamente, ralentizando mi acelerado corazón. Una vez que estoy satisfecha de que no sueno como un corredor de maratón, abro la puerta. Antes de que pueda abrirla un centímetro, es empujada directo a mi cara y tanto Rose como Trish marchan adentro.

—Hum, ¿hola? —pregunto, dando un paso atrás.

—Nena, hemos venido a rescatarte. —Trish sostiene varias bolsas de compras en cada brazo. Se vuelve hacia un lado y luego hacia el otro, mirando mi apartamento y casi me derriba de regreso al sofá en el proceso.

—Qué buen sofá —dice Rose, señalando el cómodo mueble moderno de mediados de siglo en el que acabo de echarme la siesta.

No tengo mucho en mi apartamento. Supongo que siempre he pensado en este lugar como algo temporal, a pesar de que he estado demasiado ocupada con el trabajo para mudarme. Pero lo que tengo fue todo un derroche. El sofá de tweed verde es algo en lo que John Glenn se habría sentado, y mi mesa de tulipanes circular blanca con cubierta de mármol apenas cabe al lado de la cocina. Pero es increíble, así que la tengo.

—¿Qué haces en este barrio si puedes permitirte cosas así? —Trish acaricia la mesa de la cocina.

—No lo sé. Nunca anduve mucho alrededor como para encontrar otro lugar, supongo. —Paso la mano por el brazo del sofá—. Pero siempre pensé que cuando lo hiciera, luciría como... —Me callo, no queriendo admitir la verdad, mi cara calentándose de vergüenza.

—¿Que parecería algo de la época de la carrera espacial? —pregunta Rose, que claramente se da cuenta.

Agacho la cabeza, estudiando la alfombra limpia pero sucia.

—Um, sí.

—Genial. Muy tú —dice Trish.

Levanto la cabeza, preguntándome si se está burlando de mí, pero la habitual expresión sincera de Trish alivia esa preocupación.

—Entonces te encantaría la casa de mi hermano —comenta Rose.

Esto despierta mi interés. No pude ver bien el interior de la casa de Flynn la noche que dejé a Rose. Todas las luces estaban apagadas y, sinceramente, estaba demasiado distraída por un Flynn sin camiseta.

Pero antes de que pueda encontrar una forma inteligente de preguntar qué quiere decir Rose sin ser completamente obvia, ella cambia de tema.

Rose apunta un dedo en mi dirección.

—Llevas toda la semana trabajando y dejando pasar nuestros mensajes.

Parpadeo, no preparado para la acusación.

—No es cierto. Te he contestado. —Muestro mis pulgares doloridos como prueba.

Trish pone los ojos en blanco.

—¿Qué hay sobre los de hoy? Nunca nos respondiste.

Me doy la vuelta y saco el móvil de debajo de los cojines del sofá. Diez mensajes y cuatro llamadas perdidas. Ninguna de Flynn.

No es que esté llevando la cuenta ni nada.

—Lo siento. No los había visto.

—Sí, bueno, para que lo sepas, tu complejo de apartamentos es un agujero de mierda. Combina con tu auto. —Rose abre la puerta de mi habitación y se inclina para apretar el interruptor.

—¡Espera!

Pero es demasiado tarde.

—Santa mierda, Jackie —dice, de pie en la puerta de mi habitación, mirando hacia dentro.

—¿Qué? —Trish deja las bolsas de compras y se apresura hacia Rose, que ya ha entrado en la habitación.

Estupendo. Simplemente maravilloso. Las sigo.

Cuando me mudé, sabía que no era el mejor apartamento. Pero estaba cerca del trabajo y parecía que le caí muy bien al propietario, lo que podría deberse a que pagué el alquiler de un año por adelantado. Una cosa menos en que pensar y todo eso. Esto, a su vez, había hecho a mi casero delirantemente feliz. Lo suficientemente feliz como para dejarme redecorar un poco.

Con su permiso, me dispuse a hacer de mi dormitorio mi refugio. Mi refugio nerd, irremediablemente romántico.

Casi todo es blanco. Paredes blancas, cortinas blancas, almohadas blancas y el edredón de plumas blanco más esponjoso que pude encontrar.

—¿Te dejaron pintar el techo? —pregunta Trish.

Me encojo de hombros.

Todo es blanco menos el techo. Que pinté de negro, arremolinado con el azul medianoche más oscuro y profundo que pude encontrar, con un toque de borgoña y un ligero remolino de plata. Luego salpicado con pintura de alta calidad que brilla en la oscuridad. Me tomó una semana lograr que los colores se fusionaran de la manera que quería. Y otra para sacar toda la pintura fluorescente de mi pelo.

La investigación demuestra que las personas que duermen bien por la noche tienen una capacidad de memoria más fuerte. Cuando tu cerebro descansa, las regiones para crear y almacenar recuerdos se comunican entre sí. Dormir bien promueve la consolidación, el proceso de transferencia de recuerdos del almacenamiento de memoria temporal en el hipocampo al almacenamiento a largo plazo en la neocorteza. Es por eso que gasté tanta energía en mi dormitorio.

Y tal vez también porque la paleta de colores completamente blanca me facilita fingir que soy un astronauta en la Estación Espacial Internacional, mirando hacia el abismo del espacio.

Rose está mirando las múltiples pilas de libros que tengo en la habitación. Además del techo, son el único toque de color que hay aquí. Tengo libros apilados en forma de mesita de noche junto a mi cama, así como la estantería grande que va del piso al techo a lo largo de una pared. Trish se acerca a ella y empiezo a sudar mientras examinan mi colección de libros en silencio.

Este es el único lugar donde dejo que mi bandera de nerd ondee libremente. Me encantan los libros. Amo aprender nuevas cosas. Muchos de mis libros tratan sobre temas como la astronomía, las matemáticas y la ingeniería. Pero, sobre todo, me encantan todas las fantasías sexuales sucias y sudorosas de vaqueros entre las páginas de mis novelas románticas.

Los dedos de Trish se demoran en una de mis series románticas favoritas de Audrey Cole. Me mira, con la mano todavía en los romances, y me guiña un ojo. No puedo descifrar la expresión de Rose. Puede que ella sea joven. Puede que ella parezca una niña dulce. Aunque tengo la sensación de que todo eso es solo una fachada, y Rose es la arquitecta de muchas maquinaciones.

—Maldición, amiga —repite y sonrío medio de lado.

Dejo escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. No estoy acostumbrada a tener a nadie en mi apartamento. De hecho, estoy bastante segura de que nadie ha estado en mi apartamento desde que me mudé hace más de un año. Y nadie en esta tierra verde sabe acerca de mis novelas románticas. Jules no cuenta, ya que actualmente está en órbita.

Rose me mira de esa manera calculadora otra vez, pero mientras me preparo para lo que sea que pueda decir, se da la vuelta y se dirige a mi armario.

—Veamos con qué tenemos que trabajar —dice, abriendo las puertas. Me mira por encima del hombro y niega con la cabeza—. ¿En serio?

—¿Qué?

Trish se coloca junto a Rose.

—Oh, cariño, esto es muy triste.

—¿Qué? —repito. Tengo ropa. Buena ropa. Todas mis camisetas están en mi cajonera. El armario está reservado para la ropa de trabajo. He gastado una buena cantidad de dinero en

algunos de esos pantalones de vestir. Incluso tengo un lindo vestido que la señora de Joseph A. Banks llamó “clásico”. Quiero decir, nunca lo he usado, las etiquetas probablemente todavía estén puestas, pero Rose y Trish no saben eso.

—Es como un cruce entre *Secretaria Ejecutiva* y *La venganza de los Nerds* —susurra Rose.

Trish sale de la habitación y vuelve con las bolsas de compras.

—No te preocupes, hemos venido preparadas —canturrea Trish, todo sol y rosas, mientras deja las bolsas sobre la cama.

—¡Cambio de imagen! —Rose y Trish exclaman juntas, como si lo hubieran ensayado o algo.

Mi reacción inmediata es esconderme. Mi reacción inmediata es esconderme. Literalmente entrar en mi armario, cerrar las puertas y esperar a que se vayan. Pero eso sería raro. ¿Verdad?

Me obligo a pensar en la Operación Vida Social. Entonces miro el montón de lentejuelas, botas, cosméticos, tirantes finos, y... ¿Eso es...? Sí, es una tanga.

Flexiono mis doloridos pulgares, pongo una sonrisa en mi cara y me las arreglo para decir:

—Sí. Cambio de imagen. Yupi.

Los convictos condenados a muerte sonarían más animados, estoy segura.

—ASÍ QUE, ¿cómo te sientes sobre los blow jobs? —pregunta Rose.

Toso con el sorbo de ron con cola que acabo de tomar.

—¿O el sexo en la playa? —continúa.

Miro a Trish, pensando que la pregunta iba dirigida a ella, pero me mira expectante. Bueno, que así sea.

Enderezo los hombros, me ajusto las gafas y respondo.

—Creo que tal vez la logística de tener sexo en la playa sería contradictoria con el objetivo final. Pensaría que la intimidad sería difícil de lograr si uno tuviera dolor por la fricción abrasiva de la arena en las regiones inferiores.

Rose parece confusa durante un segundo y luego se echa a reír.

—Me refiero a tragos. Ya sabes, un *Blow Job*, ¿el que lleva Baileys y crema batida? ¿O el *Sex On The Beach*, con vodka y aguardiente?

Estamos de vuelta en el Big Texas Saloon. Estoy teniendo una noche de chicas de buena fe. La Misión Vida Social está teniendo éxito. No puedo creerlo. Es suficiente para hacerme olvidar con qué me vistieron mis dos nuevas amigas. Bueno, casi. Es difícil olvidar cuando tienes un trozo de encaje metido en el trasero.

Esta noche he descubierto algo completamente inesperado: las tangas son el demonio.

—Oh. —Se me calienta la cara—. Nunca había escuchado sobre ellos.

Rose se queda con la boca abierta.

—¿Nunca? —Se vuelve hacia Trish—. Tú trabajas aquí, ¿por qué no hay tragos en esta mesa?

—Es mi noche libre, doña pantalones atrevidos.

—¿Y qué? Usa tus contactos. Por el amor de Dios, esto es una emergencia.

—¿Cómo es ésto una emergencia?

—Porque esta chica —Rose me señala con el pulgar— ha rechazado no a uno, sino a *dos* hombres que la invitaron a bailar. No para de acomodarse su nuevo outfit y está decidida a

ignorar a mi hermano, que la ha llamado y le ha enviado mensajes como un millón de veces esta semana. —Golpea la mesa con la mano—. Necesitamos tragos.

No sé si debo responder o no, pero siento la necesidad de defenderme.

—No sé bailar.

Me guardaré el hecho de que Rose sabe sobre mi situación con Flynn para más tarde.

—Bien. —Trish se sube al peldaño más alto de su taburete, lo que es toda una proeza teniendo en cuenta los tacones de diez centímetros que lleva, y agita los brazos como un agente de rampa que hace señas para que baje un avión en la pista. Llama la atención de los camareros y de todo el bar—. Necesitamos tres Blow Jobs y tres Sex On The Beaches por aquí —grita con los brazos en alto.

Uno de los camareros se ríe y nos hace un gesto con la cabeza.

Trish vuelve a sentarse, ignorando la conmoción que acaba de causar. Me mira el pecho.

—Te digo que si hubiera sabido lo que había debajo de esas camisetas y jeans que usas, Jackie, me habría puesto mi sostén *push-up*. —Trish mete la mano en su vestido y se sube los pechos en el sujetador. Algunos hombres tropiezan al pasar.

Yo me río.

—Trish, creo que acabas de provocarle un infarto a ese hombre.

Trish guiña un ojo.

—Entonces todavía no he perdido mi encanto.

—No creas que no me he dado cuenta de cómo has ignorado el comentario de Flynn —dice Rose, redirigiendo la conversación—. Y sé que no eres lesbiana, porque incluso mi culo de zorra estaba muy interesada en las cochinadas que tenías en tus estanterías.

—¡No son cochinadas! Y no te llames ‘zorra’ a ti misma. Te juro que entre Jules y tú están haciendo retroceder décadas a la población femenina. —Miro por encima del borde de las gafas e intento parecer intimidante. Pone los ojos en blanco, así que creo que necesito trabajar más en eso.

—A Jackie la calientan los vaqueros —dice Trish—. No me extraña que te guste este lugar.

—Estos tipos no son realmente vaqueros. —Rose señala en dirección al bar y la pista de baile—. Te llevaré al rancho alguna vez. Estarás en el cielo.

—¿Rancho? —pregunta Trish.

—Sí, el rancho de mi familia, que está como a unas dos horas de aquí.

—Espera. —Trish levanta la mano—. ¿Tu familia tiene un rancho? —Su expresión despreocupada ha cambiado a una de concentración. Quizás Trish también tiene algo por los vaqueros—. West. Rose West. —Los ojos de Trish se abren redondos—. ¿Quieres decir que tu familia es dueña de *el Rancho West*? —Ante el leve asentimiento de Rose, Trish se queda con la boca abierta. Por primera vez desde que la conozco, Rose parece incómoda. Y una vez más, estoy confundida.

Rose parece aliviada cuando el camarero se acerca con nuestra bandeja de tragos.

—Señoritas, solo tienen que avisarme si se les vuelve a antojar un Blow Job o Sex On The Beach. Estaré encantado de complacerlas.

Reponiéndose del incómodo momento, Rose se ríe y le da una palmada juguetona en el brazo.

—Serás el primero en saberlo, cariño. —Le mira el culo mientras se aleja.

Trish hace una mueca.

—Puaj. Ese es Craig. No hay un agujero que no haya probado por aquí.

—Entonces estoy segura de que sabe lo que hay que hacer —murmura Rose en voz baja

cuando otro hombre se acerca a la mesa. Es alto y bien parecido, a la manera de un hombre mayor.

Sin preguntar, toma mi mano y amaga con llevarme a la pista de baile.

—Lo siento, pero yo no bailo. —Le quito la mano de encima. Su bonita sonrisa desaparece antes de que se marche.

—Menudo imbécil. Ni siquiera te preguntó, sólo asumió que querías bailar con él. —Rose resopla—. Hombres.

Me divierte demasiado como para molestarme. Me hace gracia cómo, en solo una semana, pasé de estar sola en un bar, sin amigos y sin que nadie me saque a bailar, a rechazar hombres y sentarme con amigas.

La Misión Vida Social es todo un éxito.

—¿En qué estás pensando con esa sonrisa? —pregunta Trish.

Agarro el trago que se ve menos peligroso de la mesa, las luces del techo iluminan el líquido rojo.

—Sólo estoy pensando que tendré que darle las gracias a Jules por haberme chantajeado la próxima vez que hablemos.

—Diablos que lo harás. —Rose levanta su propio trago de Sex On The Beach y lo choca con el mío—. ¡Beban, perras!

La veo a ella y a Trish tragarse el contenido de un trago.

—¿Por qué no bebiste? Da mala suerte brindar y luego no beber —me dice Trish.

—¿Lo hace?

—Bueno, si no lo hace, debería ser así. —Trish señala mi bebida—. Hasta el fondo.

—¡Toma, toma! —Rose me acerca el vaso a los labios.

Huele a jarabe para la tos, así que lo dudo. Aun así, respiro hondo, inclino la cabeza hacia atrás y dejo que el licor se deslice por mi garganta. Me lloran un poco los ojos, pero aparte de eso, tiene un sabor dulce y pegajoso.

—Puede que tenga que replantearme esto del Sex On The Beach —digo, relamiéndome los labios—. Está delicioso.

Rose se ríe.

—Chica, solo necesitas sexo, ya sea en la playa o contra la pared de ahí.

—Lo que necesito es un vibrador nuevo —murmuro.

Trish y Rose se ríen tan fuerte que apoyan la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa para intentar recuperar el aliento.

Trish levanta un poco la cabeza y se seca las lágrimas de debajo de los ojos.

—Escucha, soy la primera en celebrar la invención del vibrador: tengo tres, con formas y ajustes diferentes. Uno para cada ocasión, por así decirlo. Pero, cariño, eres inteligente y encantadora. No veo ninguna razón para no dejar que un hombre, un hombre que sabe lo que hace, se encargue de ese trabajo de vez en cuando.

El calor que se extiende por mi cuerpo es probablemente una combinación de vergüenza y licor. Pero estoy bastante segura de que es sólo el licor lo que me hace compartir:

—Los hombres sólo saben jodernos.

—Bueno, si se los pides amablemente, a veces hasta lo hacen bien. —La boca de Trish se curva hacia un lado.

—Tan bien que podrías terminar agradeciéndolo. —Rose guiña un ojo.

—Da igual —resoplo.

—¿Acabas de ningunearnos? —Rose mira a Trish—. La gran y gloriosa ingeniera sabelotodo

de la NASA nos acaba de ningunear.

Esta vez estoy segura de que el calor proviene de la vergüenza.

—No importa.

—Era broma, Jackie —interviene Trish—. He estado esperando tu historial con hombres desde que te vi sentada sola en este bar. Dámelo ahora, chica.

—¿Historial con hombres?

—No evadas —me regaña ella.

Suspiro y le doy un gran sorbo a mi bebida.

—No hay nada que contar, realmente. Solo no veo el atractivo de los hombres.

—Te das cuenta de que es un montón de mierda, ¿verdad? Especialmente después de que vimos esos libros chanchos que te gustan —dice Rose.

—¡No son libros chanchos! Sólo es *romance* —dice Trish, sonando sorprendentemente defensiva en mi nombre.

Rose levanta las manos.

—Bueno, bueno. Ixnay en lo dicho sobre ellos.

Estudio el remolino de crema batida sobre los otros tragos en la mesa. — ¿Sabías que el Pig Latin es anterior a Shakespeare? Pero solía llamarse Dog Latin— Rose y Trish me miran parpadeando. —En fin. Soy lo suficientemente inteligente como para saber reconocer la diferencia entre el sexo fantástico de las novelas románticas y la realidad.

—Oh, nena. Si te piensas que el sexo bueno de verdad es solo una fantasía, entonces realmente necesitas coger. Lo antes posible. —Rose se inclina y me da una palmadita en la mano—. Pero antes tienes que contárselo todo a la tía Rose.

—Vamos a pedir más tragos— alargo la mano hacia uno de los Blow Jobs, pero Rose me aparta la mano de un manotazo—. ¡Oye!

—Ningún trago hasta que lo escupas.

—Está bien. —Enderezo los hombros—. Cuando estaba en la escuela de posgrado, yo era una A.d.C.

—¿Una Amante de los Culos?— Rose jadea.

—¡Una Ayudante de Cátedra! *Dios*— empujo mis lentes hacia arriba. —En fin, me pusieron a dar lo que mucha gente llama ‘la clase de los atletas’: matemáticas de recuperación. Es el curso que todos los atletas cursaban con la esperanza de un Aprobado fácil.

Rose sonríe.

—¿Estaban calientes por la profesora?

Trish le empuja el hombro.

—Deja que la chica termine.

—Lo siento. —Rose me hace señas para que continúe.

—No pasa nada. Supongo que se podría decir que sí lo estaban, o al menos yo pensaba que uno de ellos lo estaba. —Hago una pausa, recapacitando.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Rose.

—Al crecer, siempre fue difícil hacer amigos. Me salté dos cursos, así que siempre fui mucho más joven que mis compañeros. Pero en esta clase en particular, tenía más o menos la misma edad que todos los alumnos. —Miro la bola disco girar sobre la pista de baile—. Él era un jugador de béisbol llamado Brian Hampson.

—Santa mierda. —Trish da un manotazo en la mesa—. ¿El Brian Hampson?

—¿Lo conoces? —No había tomado a Trish por una fanática del béisbol.

—Conozco *acerca* de él. Los Astros de Houston acaban de ficharlo como campocorto. ¿Y

viste el anuncio de ropa interior que hizo para Nike? —Se abanica la cara—. Está *bueno*.

—Sí. Definitivamente está bueno —murmuro.

—¿Y qué pasó? —Rose nos devuelve a la historia.

—Fue la primera persona con la que me acosté.

—¿Le entregaste tu virginidad al maldito Brian Hampson? —grita Rose.

—¡Shhhhh!

—Diablos, chica, si ibas a esperar tanto, yo digo que Brian Hampson era el perfecto fin para despedirte de ella. —Trish brinda en mi dirección—. Bien hecho.

—Supongo que sí, si lo miras de esa manera. Pero todo fue un juego para él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rose.

—Antes de llegar a eso, parecía sincero. Me llevó a salidas. Me presentó a sus amigos. Me tomaba de la mano en las fiestas. Fue... fue genial. Me sentí como...

—¿Como qué, cariño? —La voz de Trish se suaviza.

—Nada. —Las dos abren la boca para hablar, pero las corto—. Era una broma. Una apuesta con sus compañeros de equipo. Al día siguiente de acostarnos, lo oí hablando con ellos antes de clase. Le preguntaron si la nerd era buena en la cama. Era el objetivo de la apuesta. Consiguió que la nerd se abriera de piernas.

Durante un segundo, nadie habla. La música sigue sonando, los chicos siguen girando, pero nuestra mesa está en silencio. Miro fijamente a la pista de baile, incapaz de mirar a mis amigas a los ojos. Intento concentrarme en no avergonzarme aún más llorando.

—Como ya he dicho. No es nada —digo, parpadeando con fuerza.

—Bueno, pues yo creo que eres una idiota —dice Rose.

Trish mueve la cabeza en su dirección.

—¿Qué demonios, Rose?

—Ese tío era un maldito. Un auténtico imbécil —dice Rose, sacudiendo la cabeza mientras habla, balanceando su gran melena—. De hecho, creo que todas podemos estar de acuerdo en que es el rey de los malparidos, ¿no?

Rose mira a Trish, que asiente, y luego a mí. Estoy demasiado sorprendida para decir nada.

—Bien, ese tipo era una mierda. Estamos de acuerdo —continúa Rose—. Pero Jackie, ¿cuántos hombres hay en el mundo?

Su pregunta me pilla desprevenida, pero permite que mi mente vuelva al presente, repasando números.

—Hay unos siete mil millones de personas en el mundo. Así que, a grandes rasgos, y en ningún caso debe tomarse como un dato irrefutable, podría decirse que hay unos 3.500 millones de hombres en la Tierra.

—Y de esos 3500 millones, ¿cuántos están en un rango de edad aceptable para salir en citas?

—¿Rango de edad aceptable? Eso es más complicado. En general, sé que la generación de los Baby Boomers provocó un shock en la población mundial, y a su vez creó la Generación X y luego, a su vez, los Millennials. Creo que te refieres a ellos cuando dices «aceptable», ¿no? Sin embargo, también debería tenerse en cuenta que...

Rose interviene:

—Cariño. Me encantas. Eres superinteligente y arrasas con esa vibra de nerd sexy totalmente. Pero hazme una estimación, ¿quieres?

—Oh, bien, claro. Veamos, yo diría que, teniendo en cuenta que solo estaríamos considerando a hombres de Estados Unidos en edad de citas, podría dar una estimación segura, y quiero dejar constancia de que realmente no me gusta adivinar, de alrededor de cuarenta millones

de hombres en edad de citas. —Trish sonríe y Rose me pone los ojos en blanco. Deben darle dolores de cabeza a menudo de lo seguido que hace eso.

—Y, sin contar a Flynn, ¿con cuántos hombres te has acostado o has salido? —pregunta Rose.

—Hum, ¿uno?

—Y tú, que amas la probabilidad y las cosas matemáticas...

—¿Matemáticas?

—Sí, matemáticas. No interrumpas. —Rose me mira—. Como iba diciendo, tú que amas todas las cosas matemáticas, decidiste que dejarías que un hombre, aunque fuera una enorme mierda de hombre, hablara por el resto de los cuarenta millones de tipos de este planeta.

Me quedo con la boca abierta.

—Ahora, ¿eso suena como un buen razonamiento lógico y racional para ti?

Cuando sigo mirándola, se vuelve hacia Trish sin decir nada más.

—¿Otro Blow Job?

DIEZ

RESONANCIA ORBITAL

FLYNN

ENTRO EN BIG TEXAS pensando que necesito comprarle a Rose un segundo regalo de cumpleaños. Tal vez unas botas de montar nuevas para ir a juego con la silla de montar que le había regalado. Se lo merece por mandarme un mensaje de texto con el paradero de Jackie. He estado tratando de conectarme con ella toda la semana, pero a menos que cuente las veces que respondió a mis mensajes de texto por pura exasperación, me está resultando difícil sacarle algo.

Hablando de duro.

La veo al otro lado de la barra, sentada en una mesa con Rose y una morocha que debe ser Trish.

Jesús.

Un idiota se acerca a su mesa y toma la mano de Jackie. Veo rojo por un minuto antes de que Jackie tire de su mano y sacuda la cabeza. Solo cuando el chico se aleja, libero el aliento que estuve conteniendo.

Cuando Rose me envió un mensaje (*«Estoy con Jackie y Trish en el bar. Ayúdame a combatir a todos estos babosos que rondan a tu chica»*), pensé que estaba bromeando o quería ponerme celoso. No sabía que lo decía de manera literal.

Quiero decir, no es que Jackie no esté jodidamente buenísima. Lo está. Pero muchos hombres son estúpidos, solo les interesa si hay suficiente piel a la vista. Jackie se presenta de una manera que no llama la atención, pero me encanta. Quiero decir, ¿quién lleva camisetas con la tabla periódica? Jackie lo hace, esa misma. Es original, como ella. También es malditamente inteligente, y algunos hombres carecen de la confianza para romper ese escudo de "tengo mejores cosas en mente" que Jackie probablemente ni siquiera sabe que lanza.

Menos mal que tengo experiencia mirando debajo del capó e incluso después del desastroso final de nuestro beso la otra noche, nunca me ha faltado confianza.

Sin embargo, esta noche, incluso con ese escudo en su lugar, los hombres vienen hacia ella. Y no es de extrañar. Su cabello está recogido hacia atrás de la cara en la parte delantera, el resto suelto y largo por la espalda. Aunque las luces multicolores cambian con cada giro, sé que esos mechones son una mezcla cautivadora de blanco, rubio, dorado y chocolate, que se arremolinan juntos como el brillo iridiscente del aceite de motor. Los extremos ondulados se arrastran suavemente sobre el asiento de su taburete. Sus antojos a la vista en todo su esplendor.

Está usando un vestido. Y tiene que ser corto, porque sentada como está, se eleva sobre sus muslos, dando a los chicos aquí una mirada a esas piernas largas y tonificadas. Es probable que las piernas estén tonificadas por todo lo que camina cuando su auto la abandona y por los tres tramos de escaleras que sube trotando. También tiene puesta una chaqueta de cuero. Parece una chaqueta de motociclista, pero está ceñida alrededor de su cuerpo. Eso, además de las botas vaqueras negras de tacón alto con tachas, es suficiente para que cualquier hombre empiece a fantasear con bibliotecarias atractivas.

Dios sabe que he pasado los últimos días con suficientes fantasías propias sobre cierta chica inteligente.

Sus labios brillan por el gloss que tiene bajo esas cascadas de luces sobre la barra. Labios que quiero mirar mientras explica algún asunto científico complejo. O gimiendo mi nombre. O envuelto alrededor de mi polla. Me pregunto si me daría una lección sobre la historia de las mamadas si se lo pido. Maldita sea, probablemente lo llamaría ‘felación’, todo correcto y académico, mientras se acomoda los anteojos sobre la nariz.

Vuelvo a ajustarme el pantalón.

La cabeza de Jackie se inclina hacia atrás, probablemente riéndose de algo inapropiado que dijo Rose. Su risa me hace extrañamente feliz. Jackie parece una persona tan seria, o, mejor dicho, una persona acostumbrada a ser seria. Rose no me dijo demasiado sobre Jackie estos últimos días, alegando algo sobre el código de chicas o algo así, pero he averiguado lo que pude desde que Jackie dejó de hablarme. Es una adicta al trabajo, recientemente buscando ampliar su vida social. Por lo que parece, Rose la encuentra hilarante y encantadora, y por una vez, estoy de acuerdo con la elección de amigos de mi hermana. Ojalá supiera qué hice para conseguir que se enojara conmigo.

Me dirijo al bar, tomo asiento y pido una cerveza. Evaluar el terreno podría ayudarme en este caso. Eso y dejar que las chicas tomen otro trago. No tengo miedo de jugar un poco sucio; quiero decir que ha pasado un tiempo desde la última vez que hice algo como esto. Y nunca he estado interesado en alguien como Jackie. Ella está tan lejos de las mujeres tontas, mimadas y autoindulgentes de mi pasado.

Gracias a Dios.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, sigo mirando. Debo parecer un bicho raro, pero viendo que la mayoría de los hombres de aquí también miran a la mesa de Jackie, no soy el único. Afortunadamente, las chicas están demasiado absortas en su conversación como para darse cuenta.

Jackie parece iluminada esta noche: agita las manos, su larga melena balanceándose, su dedo índice levantando sus lentes. A veces parece avergonzada, otras como si estuviera dando una clase.

Profesora Darling Lee. Oh, definitivamente podría ver eso.

Por otro lado, los asientos de madera de los taburetes de bar *no* se sienten bien cuando tienes una situación con tu polla en pleno proceso.

Rose le dice algo a Trish, la morocha sonríe y asiente con la cabeza. Rose deja caer los brazos a los lados y grita:

—¡Más Blow Jobs!

Mierda. Las van a echar antes de que pueda hacer mi jugada. Busco a los porteros en la

barra, pero, aunque han oído a mi hermana (¿quién no?), se limitan a sacudir la cabeza y sonreír. Supongo que incluso ellos pueden ver que las chicas les traen dinero disfrazados de hombres bebiendo mientras las miran, por lo que están dispuestos a dejar pasar algunas cosas.

Rose y Trish saltan de sus taburetes y se paran junto a la mesa, con las manos a la espalda. Le indican a Jackie que las siga. Ella lo hace, deslizándose con cuidado de su asiento y pasándose las manos por el cuerpo hacia abajo. Ninguna cantidad de estiradas va a hacer que ese vestido sea más largo, pero Jackie seguro que lo está intentando.

Rose comienza a gesticular sobre echar la cabeza hacia atrás, pero no es hasta que veo los tragos cubiertos de crema batida en la mesa que me doy cuenta de lo que realmente está sucediendo. *Santa mierda no.*

Me pongo en pie, saco la billetera del bolsillo trasero para pagar por mi bebida e ir a detener esta tontería.

Maldita Rose. Esto tiene que ser idea suya. Nada de botas para ella. Tendrá suerte si le dejo conservar la maldita silla de montar después de esto.

Se oye una ovación. Levanto la vista a tiempo para ver a Trish y Rose limpiándose la boca con el dorso de la mano. Dejo caer unos billetes junto a mi botella de cerveza y maniobro alrededor de la barra en su dirección. A través de una abertura en la multitud que se ha formado a su alrededor, veo a Jackie inclinada sobre el borde de la mesa, con las cejas fruncidas en señal de concentración. Luego levanta el cuello alineando sus labios directamente sobre la parte superior de la crema batida.

Baja la cara, con la boca abierta, inhala la crema y rodea con los labios el borde del vaso de chupito.

Me congelo en mi sitio.

En un movimiento, inclina la cabeza hacia atrás, arqueando el cuello y la espalda en la dirección opuesta, girando el vaso de chupito 180 grados y vaciando el contenido en su boca. Desde donde puedo ver su cuello esforzándose por tragar.

Jesús.

Suelta las manos de detrás de la espalda, se saca el vaso de chupito de la boca -¿he oído un pop?- y lo estampa contra la mesa. Rose y Trish se quedan boquiabiertas, al igual que el resto de los presentes. La sonrisa de Jackie es radiante. Y yo no utilizo palabras como radiante.

Cuando todo el mundo se queda mirando, su sonrisa vacila.

Hasta que Rose grita:

—¡Sí, joder, zorra! Así terminas un Blow Job.

El bar estalla en un pandemónium de vítores, miradas lascivas y cervezas.

Y ahora no sé si matar a mi hermana o comprarle un puto poni.

JACKIE

SANTO MERCURIO. Eso. Fue. Asombroso.

Mi corazón late con fuerza, mi cara se siente sonrojada y, según la reacción de Rose, estoy bastante seguro de que jodidamente arrasé con ese Blow Job. Fue complicado: la montaña de crema batida, además de la altura de la mesa, lo convirtió en un desafío. Pero midiendo el ángulo, ayudada por la inclinación hacia adelante de los tacones altos de mis botas nuevas, pude

inclinarse la pelvis hacia adelante y, oh, mierda. ¿A quién le importa la ciencia? ¡Los Blow Job son lo mejor!

Además, podría estar ebria.

Desafortunadamente, no lo suficientemente ebria como para olvidarme del trozo de encaje estrangulando mis regiones inferiores. Esta tanga tiene que irse.

No es que no esté agradecida con Rose. Según Trish, Rose la secuestró hoy y la llevó de compras para actualizar mi apariencia. El catalizador es que mis pies son demasiado grandes para sus botas y nadie quiere compartir ropa interior. Eso sería raro.

Trish dijo que Rose ni siquiera había mirado las etiquetas de precios, solo fue recorriendo mientras agarraba cosas y sacó su tarjeta de crédito. Es dulce que Rose quisiera ayudarme con mi aparente falta de vestuario, pero una parada en el cajero automático definitivamente está en mi agenda para poder deslizar algo de efectivo en su bolso. No voy a permitir que una estudiante universitaria se endeude porque mi atuendo habitual grita más *La Venganza de los Nerds* que *Sex in the City*.

Y ahora tengo botas. Botas vaqueras de verdad.

De acuerdo, no he visto exactamente a ninguna de las heroínas de las portadas de mis novelas románticas con botas de motociclista/vaquera con tachas... pero aún así. Cuentan. Rose las compró y ella creció en un rancho. Eso las hace legítimas.

Saludo a la multitud reunida a nuestro alrededor y les digo a las chicas que iré al baño. Trish salta para seguirme, pero Rose la detiene. Está señalando algo detrás de mí, pero cuando me giro para mirar todo lo que veo es un borrón de caras desconocidas.

Empujo a los extraños y llego al baño. Por una vez, no hay fila de espera. Eso es un alivio.

No, lo retiro. El verdadero alivio es cuando cierro la puerta del cubículo y me quito el hilo dental de encaje.

Mucho mejor.

Lo meto en el bolsillo de mi chaqueta y salgo del cubículo, deteniéndome cuando me veo en el espejo de cuerpo entero.

Me inclino hacia un lado y luego hacia otro mientras miro mi reflejo. Si evito inclinarme mucho o agacharme para tocarme los dedos de los pies, que estoy bastante segura de que no son maniobras normales de salidas nocturnas de chicas, creo que puedo limitar las lecciones de anatomía gratuitas que serían posibles al haberme quitado la ropa interior.

Busco mi teléfono en mi otro bolsillo. Todavía no hay mensajes de texto de Flynn. Eso es bueno, me digo. Eso es lo que quería.

¿Verdad?

Abro mis mensajes y veo nuestra conversación. Su último mensaje, "*Me pone duro*", me mira fijamente. El alcohol vibra en mis venas al ritmo de la música country que se escucha por los altavoces. Mis pulgares vuelan por la pantalla.

Jackie: ¿*Qué tan duro*?

Uy. ¿A esto se refiere la gente cuando advierte que no se debe beber y enviar mensajes de texto?

La elipse de tres puntos aparece bajo mi texto. Dios mío, Flynn acaba de leer mi mensaje.

El pánico aumenta hasta que me miro en el espejo. Cierro los ojos. Puede que esté fuera de mi elemento y en un entorno desconocido. Pero soy una mujer que, si me creo al menos un mínimo de lo que dicen Trish, Rose y Jules, es al menos medianamente atractiva. Puedo mandar mensajes a un hombre sexy. Puedo ser sexy. Puedo *sextear*.

Puede que el alcohol y los tacones se me hayan subido a la cabeza.

Me siento bastante satisfecha después de mi charla motivacional, me miro en el espejo y abro la puerta con un poco más de contoneo. Al cruzar el umbral, el calor del bar y el ritmo de la música me golpean y me hacen detenerme.

—Hola, cariño.

Me doy la vuelta con la mano en el pecho.

Flynn está apoyado contra la pared, recordándome inquietantemente a la primera vez que lo vi. Excepto que esta vez se fija en mí. Esta vez me habla de verdad. Cuando me ve fijarme en el teléfono que tiene en la mano, se le dibuja una sonrisa burlona en la cara.

—Recibí tu mensaje.

Me olvido de mis palabras de ánimo sobre ser una mujer segura de sí misma. Me arde todo el cuerpo de humillación. Me aclaro la garganta, tratando de encontrar palabras que me hagan querer morir un poco menos. Incapaz de mirarle a los ojos, me dirijo a un punto por encima de su hombro derecho.

—Sí, bueno, el atractivo de ese texto en particular era que carecía de la complejidad y el desorden de una interacción personal cara a cara. —Me muevo para ajustar mi mirada, pero me detengo cuando Flynn se acerca un paso. El olor de su colonia, sutil pero embriagador, me llena los pulmones, y odio decirlo, pero puede que me esté arrepintiéndome de haberme deshecho de ese tanga cuando me siento empapada. Feromonas. Esas malditas feromonas.

Flynn extiende una mano, inclinando mi cara hacia la suya con dos dedos.

—Sí, pero el atractivo de la interacción cara a cara es la sencillez de que pongas tus manos sobre mí para que puedas sentir exactamente *lo duro que estoy*.

Abro la boca. Cierro la boca. Mi mente se queda en blanco.

—Necesito una copa. —Me doy la vuelta y me dirijo a nuestra mesa. Rose y Trish están allí, sonriendo como idiotas—. ¿Más tragos? —pregunto al llegar.

—Cariño, puede que ahora mismo necesites estar sobria —dice Trish.

Miro hacia atrás y veo a Flynn caminando detrás de mí.

—No lo sé. Mi ingenio nunca parece ayudarme en estas situaciones.

Inútiles, Trish y Rose se limitan a sonreír.

Dos manos se posan en mis hombros.

—Permíteme quitarte la chaqueta. —Flynn me la quita de los brazos antes de que pueda impedírselo.

Intento levantar los codos para detener la progresión, pero es demasiado tarde. El cuero cae en sus manos.

—Dios, Jackie.

—Has conseguido que se quite la chaqueta; bien hecho, hermanito. —Rose levanta el puño para que lo golpee, pero él no responde.

Solo puedo imaginar que es porque sus ojos todavía están pegados a la parte particular de mí que ahora se exhibe por cortesía del vestido que Rose y Trish me hicieron llevar. La única razón por la que había aceptado usarlo era porque me habían prometido la chaqueta de cuero. Uno, porque siempre he querido una chaqueta de cuero, muy atrevida y todo eso. Dos, hace juego con mis botas. Tercero, y lo más importante, para cubrir la mitad superior del vestido.

Hasta ahora.

Sí, el vestido es corto, pero la parte más escandalosa es la espalda. La parte delantera es en V, nada demasiado indecente. Es la espalda, o más bien la *ausencia total* de espalda, lo que hace que el vestido sea tan escandaloso.

No hace falta mencionar que no llevo sujetador.

Al sentir sus ojos clavados en mí por detrás, me doy la vuelta despacio. Flynn traga saliva. La realización de que, sin la tanga, lo único que me cubre es un trozo de tela elástica rosa pálido, hace que un escalofrío viaje por mi piel.

La mirada de Flynn se fija en mi pecho. Donde mi estado sin sostén ha dejado en claro que puedo sentir un poco de frío sin la chaqueta.

—Estaremos bailando —Flynn afirma, tirando mi chaqueta en una silla antes de guiarme a la pista de baile con una mano en mi espalda expuesta. La sensación de su mano es suficiente para sorprenderme y hacer que me mueva hacia adelante. Pero vuelvo a mis sentidos al borde de la pista de baile.

—Yo no bailo. Nunca he dado ni dos pasos antes. —Tiro de su mano, intentando invertir la dirección—. Esto no va a funcionar.

Flynn me empuja desde atrás y me ayuda a pisar los tablones de madera elevados.

—Bailar es moverse como dos planetas orbitando alrededor del sol. —Me da la vuelta y me coge en brazos. Mi pelo, que había estado disperso alrededor de mis hombros, vuelve a flotar por mi espalda, cubriendo la mayor parte de mi piel expuesta.

Me pongo aún más rígida.

—¿Te estás burlando de mí?

Parece bastante confuso.

—No. ¿Por qué lo haría?

—Hum. —Recuerdo lo que me ha dicho Rose. Tal vez Flynn es diferente. Estadísticamente hablando, las probabilidades respaldan su teoría. Pero su analogía con el baile está completamente equivocada. —Pero bailar no se asemeja a los planetas orbitando el sol, ¿no crees? —digo, tratando de ignorar el temblor que recorre mi cuerpo cuando él se inclina hacia mí—. Quiero decir, los planetas orbitan alrededor del sol, pero no hay dos planetas que orbiten simultáneamente alrededor del sol. Cada uno tiene su propia trayectoria y tiempo de rotación, que supongo se puede comparar con el de las parejas en la pista de baile. —Levanto la vista por encima de su hombro, ensimismada. —En realidad, bailar country se parece más a la resonancia orbital de las lunas de Júpiter, en concreto las lunas galileanas.

—¿Resonancia orbital? —Flynn sonríe. Tiene una sonrisa tan sexy. Le hace brillar más la mirada.

—¿Hmmm?

—¿Mencionaste la resonancia orbital?

—Oh, sí. Resonancia orbital. —Doy gracias a las luces parpadeantes y a la tenue atmósfera general que ocultan mi cara roja como una remolacha, y vuelvo a mirar por encima de su hombro, lejos de su sonrisa que me distrae—. Es cuando dos cuerpos en órbita, como tú y yo, ejercen una influencia gravitatoria regular y periódica el uno sobre el otro. Así, mientras mantenemos nuestra trayectoria de rotación alrededor de la pista de baile, como hacen las lunas alrededor de Júpiter, también creamos nuestra propia órbita. Un círculo dando vueltas en un círculo.

—¿Te refieres a algo así?

De repente, estoy dando vueltas. Antes de que mis pensamientos puedan hacerme tropezar, o mis pies, las manos de Flynn vuelven a mí, guiándome hacia él de nuevo.

—¡Estoy bailando! —Me doy cuenta de que he estado bailando desde que Flynn me hizo hablar de órbitas—. ¡Me engañaste!

Pero no estoy enfadada, ni mucho menos. Me río largo y tendido por la emoción de ser realmente una de esas parejas que orbitan la pista de baile. Puedo sentir mi centro de gravedad

siendo controlado por una de sus manos en mi cadera mientras la otra agarra mi mano derecha. Las luces intermitentes se vuelven borrosas mientras me lleva por el piso, navegando a través y alrededor de las otras parejas como uno de sus autos impresionantes y macizos abriéndose paso entre el tráfico.

Todavía me estoy riendo cuando inclino mi cabeza hacia la suya.

Ya no sonrío, aunque sus ojos son suaves. Tiene una mirada en su rostro que no puedo clasificar, pero sea lo que sea hace que mi respiración se acelere. Soy consciente de lo pequeña que se siente mi mano en la suya. Manos que pueden construir cosas, crear y restaurar. Son grandes y tienen callos comparadas a las mías y de repente las quiero en todas partes. La mano en mi cadera se flexiona y se desplaza un poco más abajo, un dedo se sumerge debajo de la tela en mi espalda.

Me tropiezo.

—Woa, te tengo. —Se acerca hasta que nuestros cuerpos se alinean como imanes. El tira y afloja de nuestras fuerzas bailan una contra otra al ritmo de una canción country que no puedo nombrar pero que nunca olvidaré.

Todo lo que existe es su cuerpo moviéndose contra el mío. Empujando hacia delante, balanceándose, tirando hacia atrás. No puedo pensar, solo reacciono a sus movimientos. Estoy mareada. Respiro hondo y mis pechos se hunden aún más en su pecho. Huele bien. Dios, qué bien huele. Y está duro.

Muy seriamente duro.

ONCE
CUENTA ATRÁS

JACKIE

ESTOY en el auto de Flynn otra vez. El verde. Pero la diferencia que hace un baile y la ausencia de bragas es bastante significativa. Tan significativo como descubrir hielo en Júpiter.

Luego está el alcohol. Dulce Neptuno, el alcohol.

Culpo a Flynn. Y a Rose. Y a Trish. De hecho, todos mis nuevos amigos son malas influencias.

Espera un minuto. ¿Flynn es un amigo? No puedo evitar mirar hacia abajo mientras los músculos de sus muslos se agrupan y flexionan cada vez que cambia de marcha.

Operation Social Life no incluía chicos ardientes. Sólo amigos. Aprender a ser más sociable. Ayudarme a mí misma a ser más normal en entornos sociales para poder superar esos últimos obstáculos en mi camino para convertirme en astronauta. Pero no estoy segura de poder categorizar a Flynn como un amigo. No te excitan los muslos de tu amigo ni imaginas trazar los contornos de los abdominales de un amigo con tu lengua. ¿No? Sin mencionar nuestra cita, o el beso. El de lengua.

Podría atribuir mi fascinación por Flynn al alcohol. Pero incluso yo no puedo ignorar el hecho de que he estado hiperconsciente de él desde que irrumpió en la habitación de Rose sin camiseta y enojado. O cómo lo atacué como cesio en el agua. Boom.

Hmm, estoy pensando en reacciones químicas peligrosas. ¿Cuántos tragos tomé? Veamos, hubo el ron con cola inicial, luego el Sex On The Beach y el Blow Job. Después de bailar, la gente del bar trató de seducirme para que hiciera otra demostración de mi habilidad con las mamadas, pero Flynn lo impidió.

Me río.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Flynn.

—Habilidad con las mamadas.

El coche se desvía en la carretera.

—Mierda, Jackie.

Vuelvo a soltar una risita.

Después de un poco de agua y otro baile, Flynn me ayudó a volver a ponerme la chaqueta y me empujó hacia su auto. Iba a dar pelea. Honestamente. Pero una mirada a Rose y Trish, que se habían estado chocando los cinco una con la otra por la iniciativa de Flynn, y supe que no

recibiría ninguna ayuda de ese lado.

Bien, seamos honestos. Realmente no había querido ayuda.

Cierto, he estado alejando a Flynn después de ese beso completamente confuso, pero después de un cambio de imagen, aprender a moverme, los tragos con nombres sexuales y mi primera vez sexteando, he reconocido el hecho de que realmente *no quiero* alejarlo.

Además, Rose me había llamado la atención por mi lógica defectuosa. La lógica defectuosa es lo peor.

Flynn es mayor que Brian, más maduro. Ha trabajado duro para ser uno de los mejores en su campo y tiene un negocio exitoso. Eso requiere verdadera dedicación y empuje. Enfoque. Compromiso. Todas esas cosas son tan calientes como los músculos que ha acumulado. O, ya sabes, cerca de eso.

Las luces de un automóvil que pasa iluminan la cara de Flynn, haciendo que los huecos debajo de sus pómulos sean más pronunciados. Levanta la mano de la palanca de cambios y se la pasa por el pelo, apartando los mechones que se le han caído hacia delante. Las mangas de su camiseta están levantadas, dejando al descubierto los tendones de sus antebrazos. Deja caer su mano sobre la palanca de cambios mientras la otra descansa sobre la parte superior del volante. Bombeando el embrague y presionando el acelerador, cambia de marcha, sus movimientos fluidos.

A partir de las claves del contexto en algunas de mis novelas románticas, aprendí el concepto de ‘brazos de pornografía’, pero no fue hasta Flynn que realmente *lo entendí*. Un buen recordatorio de que la teoría y la práctica son dos cosas muy diferentes.

Él está tan bien.

Pero estoy descubriendo mucho más que eso. Él tiene sentido del humor. Es confiado, pero no engreído. Y parece que le agrado, incluso cuando soy una nerd con él. De hecho, *especialmente* cuando soy una nerd con él. A nadie le había gustado realmente ese lado mío antes.

Además, es el hermano mayor de Rose. Me gusta Rose, y a Rose le gusta Flynn, por lo tanto, está bien que me guste Flynn. Hay mucha lógica transitiva defectuosa en esa afirmación, pero voy a ignorarla activamente esta vez.

Hay más cambios, más flexión muscular. Me muevo en mi asiento, pero me congelo cuando siento que mi vestido se sube más. El cálido cuero acaricia mis nalgas.

La mano de Flynn se detiene en el volante. Está mirando de frente a la carretera, pero estoy bastante segura de que está siguiendo la progresión ascendente de mi vestido en su visión periférica.

Deja escapar un largo y lento suspiro, luego gira a la izquierda en Clear Lake Forest, serpenteando por el vecindario hasta su casa. Su impresionante y magnífica casa.

—¿Cuándo compraste esta casa? —Me inclino hacia delante para ver mejor cuando entra en el garaje. A la vez que intento bajarme el vestido disimuladamente.

El vestido no coopera.

Flynn acerca un brazo a mi visera y presiona el control de la puerta del garaje que está enganchado allí. Inhalo profundo, disfrutando de su olor. Mientras que yo probablemente huelo a alcohol y sudor, él huele delicioso. El aroma sexy me hace querer investigar si las compañías de colonias están embotellando feromonas o no. Pero estoy bastante seguro de que lo que estoy respirando es todo Flynn.

—Hace unos dos años. Un poco después de abrir el taller.

—¿Qué te hizo querer abrir...? Espera. ¿Es ese mi auto? —La puerta del garaje se abre por

completo, revelando mi viejo y oxidado Honda. Sin la abolladura.

—Sí, yo... —Flynn niega con la cabeza y sonríe, deteniéndose junto a él en el amplio garaje para tres autos. —Me había medio olvidado de que lo tenía aquí.

—¿Se te había olvidado que habías guardado mi auto en tu garaje?

Él asiente.

—¿Por qué tendrías mi auto aquí?

—Bueno... —Vuelve a pasarse la mano por el pelo—. Pensé que podrías intentar colarte en el taller cuando yo no estuviera para recuperar tu coche. Así que me lo traje a casa cuando terminé con él. —Resopla. —De esa manera *tendrías* que hablar conmigo sí o sí.

No tengo respuesta para eso. Primero, es un plan brillante. Segundo, demuestra que realmente le gusto. Tardo un momento en darme cuenta de que lo estoy mirando, con la boca un poco abierta.

Flynn se inclina y me acaricia la mejilla con su gran mano.

—Y tenía muchas ganas de volver a hablar contigo.

Me pasa el pulgar por el labio inferior. *Oh, vaya*. Estoy segura de que va a besarme hasta que se echa hacia atrás y sale del coche. Parpadeo un par de veces, intentando despejarme, mientras Flynn rodea el capó y me abre la puerta. Me tiende la mano.

Pongo la mano en la suya y balanceo las piernas fuera del coche, intentando no exhibirme ante él, pero estoy segura al noventa y nueve por ciento de que, cuando me pongo en pie, mi vestido tarda un segundo más en caer sobre las nalgas de lo que me gustaría.

¿Cómo lo sé? Lo sé porque Flynn respira agitadamente antes de acercarme a él.

FLYNN

UN HOMBRE solo puede aguantar hasta cierto punto y yo he llegado a mi límite. Demonios, lo alcancé cuando Jackie tomó ese trago de Blow Job. Lo alcancé de nuevo cuando deslicé la chaqueta de cuero por sus brazos desnudos, revelando la gran extensión de piel que quedaba visible de su vestido apenas existente, antes de que procediera a informarme sobre la metáfora orbital correcta para el baile country. Y lo alcancé cuando ella se rió, malditamente se rió, en mi auto mientras pensaba en habilidades de mamada. Pero ahora, ahora que he visto esas nalgas desnudas y blancas como la leche deslizándose contra el cuero tostado de mi auto, definitivamente llegué a mi puto límite.

Me inclino hacia abajo, el descenso se hace más fácil debido a sus tacones y la expresión de sorpresa en su rostro. Ya tiene la boca abierta y yo la rozo con la lengua. Mis palmas se deslizan bajo su chaqueta de cuero y suben por su espalda desnuda, estrechándola contra mí. La rodeo con cada brazo hasta que las yemas de mis dedos rozan los laterales de sus pechos, a los que puedo acceder con una facilidad sorprendente. Es ágil pero sólida, como un Lamborghini construido para las curvas de una pista de carreras. Sus brazos se cruzan entre nosotros, las palmas descansan sobre mi pecho, las yemas de sus dedos se enroscan en el cuello de mi camiseta.

Jackie sabe dulce, una mezcla de esos malditos tragos que bebió y cualquiera sea el sabor del brillo de labios que está usando. Me alejo lo suficiente como para arrastrar mis labios por su mandíbula y por su cuello.

Mierda, estoy duro.

¿Qué tiene que me vuelve tan loco? No importa si está hablando, quejándose, gritando o callada, simplemente *la deseo*. Quiero estar cerca de ella, dentro de ella.

Recordando cómo terminó nuestro último beso, me inclino lentamente hacia atrás, observando su cara sonrojada y sus gafas inclinadas, esperando su reacción. Sus ojos siguen cerrados y una sonrisa de Mona Lisa se dibuja en su rostro. No puedo evitarlo y vuelvo a inclinarme para frotar la punta de mi nariz contra la suya. El gesto es más dulce que sexy. Pero su sonrisa se amplía más después, así que, a la mierda, supongo que ahora soy dulce.

Sus ojos se abren. Así de cerca, adquieren una cualidad de búho detrás de sus lentes. Ojos cafés. No soy poética ni nada, y no estoy seguro de si hay algo sexy en el color marrón, pero en este momento, son los ojos más bonitos que existen.

—Jackie. —Vuelvo a tocar su nariz con la mía—. Tengo que llevarte dentro antes de que te arranque ese maldito vestido y te haga algo en mi coche por lo que otros coleccionistas de autos antiguos me matarían.

—Eso suena divertido.

—¿Entrar a la casa?

—Bueno, sí. Pero también lo de la cosa en el auto.

La aprieto fuerte y gimo.

—Jesús, cariño. Me vas a matar.

Suspira y se hunde en el abrazo, girando la cabeza para apoyarla en mi pecho.

—Ni siquiera me molesta cuando me llamas así.

—¿Cómo?

—Cariño. Usualmente detesto cuando otra gente me dice así. Pero me gusta cuando tú lo dices.

Dejo caer un ligero beso sobre su cabeza.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —La palabra sale de ella en un suspiro, los mechones alrededor de su cara bailan.

—Cariño, hay un buen número de cosas que espero hacer que te gustarán. —Cierro los ojos un momento y reúno las fuerzas necesarias para retroceder. Pero cuando lo hago, agarro su mano, reacio a renunciar por completo a su tacto.

Con los dedos entrelazados, conduzco a Jackie fuera del garaje y a través de la puerta lateral de la casa. Cuando enciendo las luces, se detiene a medio camino y me tira del brazo.

Por un minuto, me preocupa que tenga dudas, hasta que capto la mirada en su rostro. Con los ojos muy redondos, la boca abierta, la mirada aguda, aparentemente intacta por el alcohol, escanea cada superficie.

Todavía parece excitada, pero podría ser por mi casa.

Una parte de mí está orgullosa, similar al sentimiento cuando la gente aprecia una restauración particularmente significativa que he hecho. Y existe esta extraña satisfacción cavernícola de que la mujer que me gusta admira abiertamente la casa en la que he trabajado tan duro.

La era de mediados de siglo ha estado en mi radar desde que tuve en mis manos por primera vez mi escurridizo Boss 429 Mustang de 1969. La gente suele pensar que compré mi casa por la popularidad del programa *Mad Men*. Probablemente todos se reirían si les dijera que lo compré porque iba bien con mi auto.

—Esto es precioso, Flynn —dice Jackie, mientras recorre con la mirada los grandes ventanales y las puertas correderas de cristal que ocupan toda la pared trasera de mi casa—. ¡Y mira el techo! —Da un respingo y señala la viga a la vista del tejado inclinado.

Demonios, qué tierna es.

—Creo que te perdí. No deberías estar mirando mi viga. —Me acerco—. Al menos no la de ahí arriba.

Se ríe, pero se calla y exclama:

—¿Es una mesa Noguchi? —Se acerca al salón de planta abierta—. ¿Un sillón Eames original? —Pasando los dedos por el palisandro brasileño y el cuero, exclama—: ¡No puede ser!

Esto despierta la otra parte de mí. La parte que no está orgullosa, sino que está esperando que caiga el otro zapato. Esperando a que Jackie muestre sus verdaderos colores y empiece a hablar de dinero y...

—Creo que tu mesa de comedor cuesta más que mi alquiler anual. —Se ríe.

Ahí está.

Intento reírme con ella, pero sus palabras son como un puñetazo en el estómago, y ladea la cabeza cuando un sonido incoherente sale de mi pecho.

Me froto la nuca y bromeo:

—Eso no es decir mucho.

—Cierto —dice, todavía con una sonrisa—. Y es que me encanta este barrio, pero las casas suelen necesitar mucho trabajo.

Quiero preguntarle cómo sabe todo esto, pero tengo miedo de la respuesta. Esta chica cumple todos los requisitos y algo más, llevándome a una conciencia y una necesidad inmediatas y absorbentes. Lo cual es lo suficientemente aterrador por sí solo, pero la conversación que estamos teniendo ahora está desenterrando demasiados fantasmas y recuerdos dolorosos.

—La restauré poco después de comprarla. —Miro al techo y al suelo de terrazo, a cualquier sitio menos a ella—. Vino un equipo para los trabajos más pesados, pero casi todo lo hice yo.

—¿De verdad? Es impresionante. —Sus ojos se centran de nuevo en mí, y la forma en que se calientan al recorrer mi cuerpo alivia parte de la tensión que he estado sintiendo. Bueno, casi toda la tensión. Una parte de mí sigue tan tensa como cuando vi a Jackie en el bar.

—Sí, soy bueno con las manos —le digo, levantándolas para que las vea. Trato de distraerla de la semi erección que se aprieta contra el cierre de mi pantalón.

La atraigo hacia mí con un movimiento de mis dedos.

Sin apartar los ojos de mis brazos, se sonroja y da un paso adelante.

—¿Quieres que te muestre cuán bueno puedo ser con las manos? —Con su consentimiento, pongo las manos sobre sus hombros, empujo la chaqueta de cuero hacia el suelo y dejo al descubierto más de esa piel que me está volviendo loco.

Ella se contonea y el movimiento hace que sus pechos se balanceen.

Me quedo bizco por un momento.

—Jackie...

—No —me interrumpe, dejando caer la chaqueta al suelo—. Llámame cariño. Ahora no me siento como Jackie.

—Vale, cariño. —Pero sus palabras me confunden—. ¿Cómo *quién* te sientes?

—Me siento como el tipo de chica que en verdad llevarías a tu casa.

Oigo las palabras, pero no estoy seguro de lo que quiere decir. Supongo que se me nota en la cara, porque al instante da marcha atrás.

—No importa, puedes llamarme Jackie, está bien. Olvida que dije algo. —Se endereza las gafas y se levanta de puntillas para besarme, pero en ese momento mi cerebro por fin se pone al día. Y no estoy muy contento.

Levanto las manos para cogerle la cara y la obligo a mirarme a los ojos.

—Quiero dejar algo perfectamente claro.

—No, en serio, está bien. Te prometo que no hablaré más. Solo... —Respira hondo y sé que lo que dice a continuación le cuesta—. Solo bésame. Por favor.

No puedo evitar sonreír ante su dulzura, la fragilidad que me está mostrando. Pero no quiero que se sienta vulnerable. No conmigo.

—Jackie. Escucha. —De forma involuntaria, una de mis manos desciende por su cuerpo, se posa en su cintura y mi pulgar recorre el hueso de su cadera—. No sé qué clase de persona piensas que traigo a casa. Pero sea lo que sea lo que te estás imaginando, para. Nunca he traído a ninguna chica aquí antes. —Me río ante la mirada escéptica que me lanza—. En serio. —Me inclino y rozo sus labios—. Así que si te estás preguntando qué tipo de chica traigo a casa, te lo diré. Ella es preciosa. Completamente sexy. Lo que tiene en cuenta su cabello salvaje y largo y sus seductores anteojos de montura gruesa. Pero lo que realmente la convierte en la chica que me llevo a casa es que, cada vez que abre la boca, es como una maldita revelación.

Mis manos suben y rozan con los pulgares la piel sensible bajo sus pechos.

—Y esa chica eres tú, Jackie. Cien por ciento tú.

Cuando se lame los labios, tengo que contar hasta diez para recuperar el control.

Acorto la poca distancia que queda entre nosotros.

—Te juro que si hubiera tenido una profesora que se viera y sonara como tú cuando estaba en la universidad, habría prestado una tonelada de mierda más de atención a la clase. —Me río, rozando mi pecho con el suyo—. Eso, y probablemente me habría lastimado por ir caminando con una erección furiosa todo el tiempo.

—¿En serio?

—Mmm-hmm. —Bajo la cabeza y rozo la punta de su nariz con la mía—. Nunca dudes de que eres el tipo de chica que querría llevar a casa. Eres la chica que nunca pensé que diría que sí.

—Sí —susurra, con su aliento haciéndome cosquillas en el cuello.

Estamos tan cerca, casi frente a frente. Intento tomarme mi tiempo, asegurarme de que entiendo... lo que sea esto. Maldición, tal vez entonces ella podría explicármelo. Todo lo que sé es que esto no es temporal. Esto no es una noche, y esto significa... algo. Algo que no puedo nombrar, pero que está ahí, flotando como los vapores de un motor en llamas.

Esta vez, cuando intenta besarme, no la detengo.

DOCE

DESPEGUE

JACKIE

—LLÉVAME A TU HABITACIÓN. —Es mi voz, pero no suena como yo. Es jadeante pero segura. Como resultado de las palabras que dijo, que eran todo lo que no me había dado cuenta que necesitaba escuchar.

Mis manos recorren su espalda, enganchadas debajo de sus brazos, agarrando sus hombros. Él arrastra su boca de mis labios, los dientes rozan mi mandíbula y bajan por mi cuello. Mi cuerpo se presiona contra el suyo, pero no está lo suficientemente cerca. Agarro su mano, tirando de él a través de la habitación, más allá de la cocina y por el pasillo. Hago una pausa, sin saber qué habitación es la suya. Espero que Flynn se haga cargo y guíe el camino.

En cambio, soy enjaulada contra la pared por sus fuertes brazos, sus hombros se amontonan debajo de su camisa, sus ojos fijos en los míos. Toma mi boca.

No es lento. No es suave. Es todo lo que quiero.

Me agarra por el culo y me levanta, mis piernas automáticamente se envuelven alrededor de su cintura. Sus caderas empujan contra las mías, abriendo mis muslos, empujándose contra mi centro.

Oh. Dios. Mío.

Flynn se está frotando contra mí. Con la ropa puesta. Y es malditamente fantástico. Él besa y empuja y todo lo que puedo hacer es reaccionar. Gimiendo, arqueando la espalda, necesitando más fricción, más de todo.

—Espera. —Respirando con dificultad, Flynn levanta la cabeza.

—¿Que espere? —No puedo esperar. Nunca me he sentido tan viva. No me importa que haya pasado una eternidad desde que hice esto, o que nuestra única cita haya sido comiendo sándwiches en un local de comida rápida. No habrá ninguna espera.

—Estás borracha.

—No estoy borracha. —Sueno indignada a mis propios oídos. Pero en serio, si esta es la razón para que haya dejado de presionarse contra mí, se lo merece.

—Puede que no te des cuenta de que estás borracha. —Deja escapar un largo suspiro—. No quiero que te arrepientas de esto.

Meto el dedo en su pecho y lo pellizco. Con fuerza.

—Primero, me doy cuenta de todo. —Flynn abre la boca para replicar, pero yo sigo adelante

—. He pedido cuatro tragos esta noche. Sólo he podido terminar tres. Y dos vasos de agua. El alcohol tiene, de media, unos ochenta grados por trago. Con mi peso corporal de cincuenta y seis kilos... —Me encojo de hombros—. Vale, puede que pese más bien unos sesenta, el alcohol ha tenido algo más de tres horas para atravesar mi organismo, haciendo que mi nivel de alcohol en sangre esté entre 0,06 y 0,09. —Retiro el dedo de su pecho y lo subo para enderezarme las gafas que se me han torcido entre beso y beso.

Flynn gruñe.

No sé qué pensar, así que continúo.

—Así que, aunque no debería conducir ni manejar maquinaria pesada, empíricamente hablando no estoy borracha. —El pelo se ha escapado de la coleta que me ha hecho Trish y me hace cosquillas en la nariz. Me lo quito de la cara—. Además, los signos típicos del comportamiento en estado de ebriedad son la torpeza y la dificultad para hablar. Como prueba este interludio, creo que mi elocución está perfectamente intacta. Además, me gustaría señalar que estoy usando tacones. —Levanto una pierna y señalo mis botas nuevas. —Nunca uso tacones. Y hasta ahora, sólo me he tropezado una vez, en la pista de baile, por lo que te culpo. Ya te dije que te dije que no sabía bailar.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Flynn.

—¿Es eso así?

Sheesh, esa sonrisa me hace cosas. Me muevo, obligándolo a él a hacer malabarismos con mi peso y empujarme más fuerte contra la pared. Tal vez debería sentirme mal por hacer que sea difícil sostenerme, pero luego siento su erección contra mí y dejo de sentirme culpable.

Me aclaro la garganta y fijo mis ojos en algún punto por encima de su hombro, ordenando mis pensamientos. Un hábito floreciente mío, al parecer.

—Sí. Porque, como ves, el alcohol afecta a varios neurotransmisores, incluido el cerebelo...

—¿Jackie?

—¿Qué? —Parpadeo y vuelvo a mirarle.

—No estás borracha.

—Bueno. Es evidente. —Ladeo la cabeza, sin entender la necesidad de su afirmación—. ¿No acabo de explicar eso?

—Oh, sí, cariño. Me lo has dejado claro. Me lo has dejado muy *muy* claro. —Enfatiza sus palabras con un movimiento circular de sus caderas, haciendo que mi mente se quede en blanco, antes de dar un paso atrás. Mis piernas caen al suelo con un golpe seco.

Una vez que recupero el equilibrio, se arrodilla frente a mí y empieza a quitarme las botas. Mi larga melena cae hacia delante como una cortina cuando miro hacia él, ocultándonos del mundo.

Sin las botas, sus dedos suben y me rodean por detrás de las rodillas.

—Ahora, ¿dónde estábamos? —Baja la cabeza hasta el dobladillo de mi vestido. Empuja mi centro, inhalando una respiración profunda. Llamas de calor sobre mi cuerpo. —*Maldita sea*, Jackie. Hueles tan bien. —Sus manos suben un poco más—. Me encantan tus feromonas.

—Umm, Flynn, debería decirte que...

El aire frío se arremolina alrededor de mis caderas.

—Mierda, Jackie. —Me mira—. ¿No llevas bragas?

Debería estar avergonzada, debería alejarme. Debería decirle que mi situación actual sin ropa interior no se debe a que normalmente vaya como Dios me trajo al mundo, sino a que las tanguas son el demonio. Pero no digo nada, sólo asiento, mis anteojos se deslizan por el puente de mi nariz.

—Mierda. —Me toca el culo con una mano y con la otra busca el núcleo de mi deseo, encontrándome húmeda y deseosa—. Oh, Jackie. Chica traviesa.

Me estremezco por ese toque, tan poco acostumbrada a este tipo de placer. Este deseo. Hay tanto sentimiento. Demasiado sentimiento. Mis piernas comienzan a temblar.

Se inclina y besa suavemente el pequeño parche de rizos antes de que sus manos me dejen. Abro la boca para protestar, pero estoy en sus brazos, siendo llevada por el pasillo antes de que pueda hablar.

Ni siquiera puedo mirar alrededor antes de ser arrojada al centro de la cama. Pero honestamente, en este punto, toda mi atención está en Flynn. El colchón se hunde cuando él se arrodilla en la cama, subiéndose sobre mí a cuatro patas. Se queda allí, entre corchetes, mirándome. Es como si estuviera tratando de memorizar mis características, aunque por mi vida que no sé qué encuentra tan interesante.

Entonces una mano se levanta para quitarme los anteojos. Sentado sobre sus patas traseras, dobla con cuidado los brazos de los marcos y se estira para colocarlos en la mesita de noche. Parpadeo un par de veces, reenfocando. Flynn lo hace más fácil para mis ojos miopes al inclinarse, su peso en un brazo, su otra mano barriendo el contorno de mi mejilla antes de deslizarse por mi cuello. Se detiene allí, apretando por un momento. Es deliberado y, aunque al principio es extraño, siento que la presión dominante reverbera en mi cuerpo. Su mano continúa hacia abajo, acariciando el costado de mi pecho antes de agarrarlo. Él acaricia y acaricia hasta que mi pezón se siente como si estuviera cortando la fina tela de mi vestido. Me retuerzo, levantando mis piernas más alto, tratando de apaciguar el dolor que está construyendo.

Su pulgar roza mi pezón, arrullándome aún más en el aturdimiento erótico en el que estoy inmersa. El fuerte pellizco y giro llega como una sorpresa y me quejo, mi vestido ahora subido sobre mis caderas. Completamente expuesta, su atención deja mi pecho, su mano acaricia mi sexo.

No puedo evitarlo, gimo. Necesito más. Y si la sonrisa en su rostro sirve de algo, él lo sabe.

Presión ligera y toques como susurros. No es suficiente, pero lo es todo. Sus dedos están resbaladizos por mi creciente deseo y se deslizan por mi sexo, volviéndome loca.

Despacio, desliza un dedo en mi interior. Gimo. Una vez dentro, enrosca la punta del dedo, golpeando ese punto secreto que ni siquiera mi vibrador favorito encuentra sin titubear. Se me ponen los ojos en blanco.

Su pulgar roza mi clítoris mientras aumenta la presión en el interior. Me está derribando, destrozándome con cada golpe y toque. Mientras sus dedos continúan con su ritmo y presión enloquecedores, su boca encuentra el pulso en mi cuello. Sus labios permanecen allí, al principio suavemente y luego tirando, succionando mi tierna carne en su boca. La sombra áspera de su barba barre el toque sedoso de su boca y lengua, las sensaciones opuestas hacen que mi cuerpo se estremezca.

Insegura de qué hacer y abrumada por las sensaciones, paso mis dedos por su cabello. Me mira a los ojos y nos miramos el uno al otro. En ese momento, veo con una claridad asombrosa que no tiene nada que ver con mi vista. Lo veo, y al hacerlo, sé que él me ve. Todo de mí.

Él bombea con más fuerza, sus dedos continúan su danza sobre mi piel sensible. Canta sonidos de aliento cuando mis caderas se elevan al ritmo que él ha establecido.

Cierro los ojos para concentrarme en la explosión que se avecina, pero empuja su frente contra la mía susurrando:

—Ábrete para mí.

Mis ojos se encuentran con los suyos. El verde en el suyo es más intenso, aunque su belleza

pasa desapercibida en este momento mientras la llamarada solar debajo de mi piel se acumula, el calor infunde mis huesos.

Y luego me golpea, el repentino destello de brillo me ciega a todo menos a la sensación de energía que desgarrar mi cuerpo, encrespándose en mi columna.

Grito mientras me desmorono, los suaves besos de Flynn y el fácil toque ordeñan los últimos temblores de mi cuerpo. Pasa una cantidad incalculable de tiempo antes de que vuelva en mí.

La realidad de dónde estoy y con quién estoy invade gradualmente mi cerebro. Aún así, nada tiene sentido. Lo que acaba de suceder generalmente solo les sucede a las heroínas de los libros, a las doncellas salvadas por los vaqueros y a otras mujeres además de mí.

Mis ojos se enfocan en Flynn, en su suave mirada antes de que frote su nariz contra la mía. El movimiento simple y entrañable casi me hace llorar.

Rara vez hago algo sin analizar los resultados, estudiar las variables. Delinear los procedimientos.

Pero en ese momento, mirando las profundidades insondables de los ojos de Flynn, como los agujeros negros que me recuerdan, no pienso. Simplemente lo empujo sobre su espalda, me pongo a horcajadas encima suyo y tiro de mi vestido por encima de mi cabeza. Me dió un orgasmo que rivalizó con el destello repentino de una llamarada solar.

Es justo que él vea estrellas ahora.

FLYNN

SANTA MIERDA.

Nunca ha habido una mujer más hermosa en la Tierra. El cabello de Jackie cae alrededor de su cuerpo desnudo como una maldita diosa que emerge del mar. No soy un poeta de ninguna manera, pero cuando me enfrento a los senos perfectamente redondeados de Jackie, rebotando ligeramente por su repentina toma de posesión sexual, y rematados con pezones rosados oscuros y deliciosamente apretados, apostarí a mi preciado Mustang a que podría escribir el mejor maldito soneto desde Shakespeare.

Había estado tratando de ser bueno. Mi plan había sido sacarla y luego dejarla dormir. Dijo que no estaba borracha y yo le creo. Incluso sobrio, ¿a quién se le ocurriría esa adorable conferencia sobre los niveles de alcohol en la sangre y el funcionamiento del maldito cerebelo, por el amor de Dios? Pero el sexo no es mi juego final con Jackie. Nunca lo ha sido. Así que pensé que deberíamos movernos lentamente, tomarnos nuestro tiempo.

Postergar el sexo hasta que al menos haya podido llevarla a una cita real.

Pero cuando miro el objeto de mi deseo a la cara, o en este caso, el pecho, descubro que me falta algo en el departamento de caballería. Ella es una contradicción entre asertiva y tímida que me tiene la polla hecha un nudo. Simplemente *la deseo*.

Sus dedos agarran la parte inferior de mi camisa y me acurruco hacia adelante, ayudándola a quitármela. El movimiento lleva mis labios al nivel de sus pezones y sería negligente si no prestara un poco más de atención a estas bellezas. Son la perfección, como Jackie.

Muevo mi lengua en una provocación rápida antes de prenderme de ellos como un hombre muerto de hambre. Se inclina hacia adelante, su peso cae sobre sus brazos mientras se apoya a cada lado de mi cabeza, empujándome hacia atrás en la cama. Beso, estiro y tironeo un seno con

mi boca mientras palmeo el peso del otro. Sus caderas comenzaron a ondularse sobre mis jeans, la tela áspera se frota contra mi pene, casi haciéndolo estallar.

Sus manos alcanzan mi cinturón, buscando a tientas la hebilla. Tengo un último pensamiento sobre frenarla, pero cuando su mano envuelve mi polla, mi mente se queda en blanco y es mi turno de levantarme del colchón. Le doy un último beso a sus pechos antes de hacer rodar a Jackie debajo de mí.

—¡Espera! Yo quería...

Le beso la boca con fuerza antes de ponerme en pie y acercarme a la mesa de noche.

Los lentes de Jackie descansan encima y la imagen se graba a fuego en mi cerebro tanto como lo hace la imagen de ella acostada desnuda en mi cama. Los gruesos marcos negros dejan aún más claro con quién estoy y cuánto me ha costado esta mujer en particular, como el viejo auto que conduce.

Agarro un condón del cajón y me quito el resto de la ropa, quedándome desnudo junto a la cama. Mi polla sobresale ante su mirada lujuriosa. Estoy tan duro que es doloroso. Sus ojos están clavados en mi pene, y juro que casi puedo escuchar su mente científica midiendo el ajuste anatómico. Sus rodillas se aprietan juntas, su respiración se vuelve jadeante.

Extiendo una mano para rodear su tobillo y abrirlo. Con la otra mano, me acaricio. Lo que podría ser un error, ya que el movimiento hace que Jackie se lama los labios como si estuviera a punto de consumir un sabroso manjar.

Cristo.

Sé que quiere envolver esos labios a mi alrededor, tal como lo hizo con ese vaso de chupito, pero no puedo permitir que eso suceda todavía. No duraré. Y la primera vez que me venga, necesito estar dentro de ella.

Sin apartar la mirada de ella, me pongo el condón y vuelvo a subir a la cama. Inmediatamente envuelve sus piernas a mi alrededor, acercándose más.

Hago una pausa y la miro a los ojos.

—¿Esto está bien?

—¿Otra vez con eso de si estoy borracha? —Arruga la frente—. Porque te hago saber que, aunque el alcohol puede aumentar el deseo, en realidad puede mermar la capacidad sexual, sobre todo en los hombres. Así que si tienes problemas para *sentirte capaz*...

Corté sus palabras devorando su boca, y esta vez lo escuché; de hecho, sí gruño. Su maldita inteligencia y actitud van a acabar conmigo.

Inclino sus caderas hacia arriba y, con un solo movimiento, estoy allí, deslizándome dentro de ella. Sus paredes aprietan mi polla con el mejor y más doloroso placer que jamás haya experimentado. Ese empuje es como un gatillo, y de repente estoy desatado. Levanto sus piernas, enganchándolas debajo de mis brazos mientras empiezo a empujar hacia atrás y luego hacia adelante. Nuestros movimientos crean una corriente eléctrica que cruje sobre el metal.

Es sexo ruidoso, el mejor tipo. Gemidos y gruñidos, todos murmullos incoherentes que sólo resaltan lo placentero que es todo. O tal vez en realidad está diciendo cosas, cosas sucias, pero mi mente está demasiado ebria de sensaciones para comprender.

El sudor brilla en su piel y un rubor se extiende desde las raíces de su hermoso cabello hasta las puntas de sus pezones endurecidos.

Me muevo, subiendo mis manos para agarrar sus delgadas muñecas, arrastrándolas por encima de su cabeza. Luego planto mis rodillas en el colchón antes de empezar a moverme de nuevo.

Mis ojos se encuentran con los de ella, mi sangre ruge en mis oídos, palpitando al ritmo

acelerado de mi corazón. Los ojos de Jackie se agrandan, pero no aparta la mirada ante esta intimidad repentina. Debería desconcertarme, dejar que alguien me mirara a los ojos, me viera en carne viva y expuesto en este momento. Pero no es así. En cambio, la forma en que sus pupilas se dilatan me alimenta, y bombeo más fuerte y más profundo. Cada embestida golpea mi pelvis contra su clítoris, generando más presión. Pronto no hay nada más que los sonidos de nuestra respiración, la piel golpeando y el golpe de la cabecera contra la pared mientras nos concentramos en el placer que se enciende entre nosotros.

Y luego ya está ahí. Su espalda se arquea, sus paredes internas se cierran alrededor de mí. Empujé una vez, dos veces más antes de quedarme quieto, ebrio de placer, mis ojos todavía fijos en los de ella mientras gemía.

—Cariño...

TRECE METADATOS

JACKIE

MI BOCA se siente como la superficie árida de Marte, y me duelen lugares que no habían sido tocados por nadie en mucho tiempo.

Oh, dulce Neptuno, ¿qué he hecho?

Flynn. Lo hice con Flynn.

Cuando mi corteza cerebral vuelve a estar en línea, todos los detalles de la noche anterior pasan por mi cerebro, provocando que una sonrisa lenta se extienda por mi rostro.

Santo cielo, lo hice con *Flynn*.

Le dije a Flynn que no estaba borracha anoche y no lo estaba. Pero a la brillante luz de la mañana, puedo decir, con absoluta certeza, que esos tragos seguramente habían bajado mis inhibiciones. ¿Realmente...?

Sí. Sí, lo hice.

Mi sonrisa se ensancha más.

Estoy boca abajo, con un brazo sobre el borde de la cama. Impresionante. *Súper elegante, Jackie*. Suavemente, tiro de mi mano hacia mi cara y me doy la vuelta.

La otra mitad de la cama está vacía. Uh.

En el lado negativo, su ausencia desencadena una pequeña chispa de pánico en mi pecho. Pero por el lado positivo, Flynn no está allí para presenciar mi cara de resaca, que estoy bastante segura incluye baba seca en la comisura de mi boca y manchas de rímel debajo de mis ojos.

Me incorporo, complacida de notar que no me siento enferma. Solo sedienta. Mirando a mi alrededor, me doy cuenta de lo que no había visto anoche. Ya sabes, ya que había estado tan ocupada ocupándome.

Una ventana de popa encima de la cama deja entrar mucha luz natural. Entonces, Flynn es madrugador o puede dormir bajo la luz del sol cegador. Con su trabajo como mecánico y el hecho de que no está en la cama en este momento, estoy pensando en lo primero. Paredes azul claro, muebles de roble color miel y, por supuesto, la enorme cama tamaño king en la que estoy acostada.

Su habitación se siente como la Tierra en comparación con mi dormitorio espacial. No voy a pensar mucho en eso.

Lo veo todo un poco borroso y busco mis lentes. Están justo donde Flynn los dejó anoche,

bien doblados sobre la mesita auxiliar. Sonrío al pensar en el cuidado que tuvo con ellos, incluso en el calor del momento. Me los pongo para seguir observando con perfecta claridad.

La puerta del armario está abierta. Es un vestidor, así que no puedo ver más allá de la pila de ropa sucia en el suelo. El resto de la habitación está bastante ordenada. No hay ropa tirada ni platos sucios ni desorden.

Mi vestido y mi chaqueta están sobre una silla cerca de lo que supongo que es la puerta del baño. A la luz del día, no me apetece mucho volver a ponerme el vestido. Especialmente sin coraje líquido o presión de grupo de chicas. Sigo escuchando para ver si siento a Flynn, pero no oigo nada. Deslizándome fuera de la cama, camino de puntillas hacia la cómoda. Seguramente después de anoche tengo derecho a robar una camiseta y tal vez un par de bóxers.

Hago una pausa. Tal vez no. Quiero decir, Flynn no estaba ahí para darme los buenos días cuando me desperté. Además, mi ropa está dispuesta para mí, tal vez esa es su forma de decirme que me vaya.

Santo cielo. ¿Está sucediendo de nuevo? ¿Terminó ahora que hemos tenido sexo?

Jadeando, me vuelvo a sentar en la cama y lucho por calmar mi respiración. Una vez que estoy setenta y cinco por ciento segura de que no voy a hiperventilar, empiezo a procesar las razones para no reaccionar de forma exagerada.

Uno, anoche decidí que Flynn *no es* como Brian.

Dos, me gusta Flynn. Superando a la mitad el hecho de que es demasiado bueno para mí, es dulce. También es un hermano cariñoso, un mecánico talentoso. Y le gustan mis lentes.

Tres, soy una mujer adulta. Soy ingeniera de la NASA y una maldita genio. Yo puedo con esto.

Y cuatro, si Flynn resulta ser un imbécil, simplemente dejaré una crítica mordaz de su taller en Yelp como la mujer madura que soy.

Sintiéndome más tranquila, me levanto, agarro mi vestido y me dirijo a la puerta sin abrir.

Sí, es el baño.

Veó mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. Una gran cantidad de luz natural ayuda a iluminar la evidencia de las actividades de la noche anterior. Quemaduras de barba en mi cuello y oh, wow, en mis muslos también. Dios, tengo malditos chupetones en la clavícula.

Con mis casi treinta años y tengo chupetones.

Aunque, considerando que nunca antes había tenido un chupetón, estoy un poco satisfecha conmigo misma.

Me encojo de hombros con el vestido por encima de la cabeza y observo el resto del daño. Mi pelo es... grande. No hay otra forma de describirlo que no involucre palabras como nido de ratas o plantas rodadoras.

Encuentro una botella de enjuague bucal en el armario a la que le doy buen uso y me froto la cara con agua para deshacerme de cualquier resto de maquillaje. Siento la piel tirante, pero es mejor que enfrentarme a Flynn por primera vez después de una noche de sexo con ojos de mapache.

De vuelta en el dormitorio me pongo la chaqueta. En un bar abarrotado y con poca luz, mi vestido se veía bien. A la luz fresca y molesta del día, ni siquiera creo que pueda clasificarse como un camisón, y mucho menos apropiado para la vista del público.

Salto cuando mi teléfono vibra. Palpando la parte delantera de mi cuerpo, lo encuentro en el bolsillo de mi chaqueta. Notificaciones de correo electrónico de trabajo. Puedo revisar esos más tarde. Pero lo que me llama la atención son los muchos mensajes de textos de anoche.

Rose: *¡Tus habilidades con los Blow Jobs son legendarias!*

Rose: *Revisa la despensa y recuerda: ‘Sin globo no hay fiesta’.*

Trish: *Ignora a Rose. Diviértete, dulzura.*

Hago clic en una serie de fotos que Rose envió de anoche. Hay varias selfies de nosotras poniendo caras tontas, una foto de una Trish desprevenida, un primer plano de mi escote y luego una de Flynn y yo bailando.

Contrastando con un fondo borroso de bailarines girando, Flynn y yo parecemos solos en la pista de baile. De perfil, mi cabeza está echada hacia atrás por la risa. Ese es el momento en que me di cuenta de que había estado bailando durante toda mi conferencia sobre resonancia orbital. Me veo feliz, ligera, despreocupada.

Pero no es mi imagen congelada lo que capta mi atención. Es Flynn.

Sus ojos están atentos. Enfocado solo en mí. Una sonrisa juega en sus labios mientras me sostiene contra él. Se ve... cautivado. Cautivado *por mí*.

¿Conoces ese viejo dicho de que una imagen vale más que mil palabras? No estoy segura de poder encontrar mil para describir esta foto cálida, pero la expresión en el rostro de Flynn me hace sentir mejor sobre enfrentarlo esta mañana. Me meto el teléfono en el bolsillo, respiro hondo y, metafóricamente, me subo las bragas de niña grande, ya que todavía no tengo ninguna, antes de caminar por el pasillo hacia la cocina.

Santo Mercurio.

Flynn lleva un Henley ajustado de manga larga, con las mangas levantadas, pantalones de chándal grises bajos y descalzo. Está manipulando una sartén y una espátula sobre la hornalla encendida. Y si eso no es suficiente para causar palpitaciones en el corazón, su cabello está revuelto y sus labios fruncidos hacia un lado. La barba incipiente que adorna su barbilla me recuerda a las quemaduras por roce entre mis piernas. Siento que mi cara se sonroja justo cuando me mira, espátula en mano. Su rostro está en blanco, como si lo hubiera despertado de un sueño. Luego parpadea, una sonrisa lenta se dibuja en su rostro.

—¿Santo Mercurio?

Mierda. ¿Lo dije en voz alta? Abro la boca y...

—¡Mierda! —Flynn baja de golpe la sartén y sacude la mano. —Lo siento. —Me mira, un poco avergonzado. —Me quemé. Y a nuestro desayuno también, por lo que parece. —Se pasa la otra mano por el pelo y se pone la otra en la cadera. —Pero hago buen café. —Saca una taza de un armario. —O al menos, Rose me dice que lo hago.

—¿Está Rose aquí? —Por favor, que Rose no esté aquí.

—No. Anoche me mandó un mensaje diciendo que se quedaría en casa de Trish.

—¿En serio? —Camino hacia los taburetes guardados bajo la isla.

—Sí, pero esa es Rose. —Se encoge de hombros. — La chica tiene un apartamento de puta madre en el centro, pero nunca lo usa.

Saco un taburete y me siento. La gran isla nos separa y lo agradezco porque, cuando me siento, el vestido vuelve a subir por mis piernas.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto, mirando hacia la encimera cubierta de huevos rotos, un bol, un batidor y un cartón de leche abierto. Hay salpicaduras y derrames por todas partes.

Se acerca a la cafetera y sirve una taza.

—No. Solo estaba haciéndonos el desayuno. O, al menos, intentándolo. Normalmente solo como cereales, pero hoy había pensado en ir un poco más allá. —Levanta el cartón de leche. — ¿Cómo te gusta el café?

—No bebo café. —Joder, debería habérselo dicho antes de que me lo sirviera.

Flynn enarca las cejas.

—¿En serio? ¿Cómo es que no bebes café? —Deja la taza en la isla—. Yo soy un inútil si no me tomo una taza por la mañana.

Avergonzada por algo tan trivial como que no me guste el café, así como por la situación general de qué hacer después de anoche de amor caliente, para mi horror, empiezo a balbucear.

—Bueno, durante mi primera semana de universidad, el grupo de estudio al que me asignaron hizo una pausa para tomar café. Nunca había tomado café y no sabía qué pedir. En retrospectiva, debería haber preguntado a alguno de mis compañeros, pero quería encajar. Ya me daba cuenta de que no les hacía gracia quedarse con la bebé de la clase.

Flynn me lanza una mirada.

—Fui a la universidad a los dieciséis, ¿recuerdas? —Asiente, y eso me hace divagar de nuevo—. En fin, cuando me tocó pedir, pedí lo mismo que el tipo que tenía delante. Resulta que era un americano fuerte. Después de obligarme a beberlo, tuve que correr a mi dormitorio a vomitar. Estuve con temblores el resto del día. Nunca más quise beber café. —Me subo los anteojos por la nariz y me obligo a dejar de hablar, concentrándome en recogerme el pelo detrás de las orejas y cruzar las manos sobre la encimera que tengo delante.

Flynn se ríe.

—Sí, entiendo que esa experiencia te arruinara el café para el resto de tu vida.

Se hace el silencio durante un rato y pienso que no me extraña no tener más amigos. O citas. Estoy bastante segura de que los recuerdos tristes y embarazosos de la infancia no están en la lista de temas apropiados para la mañana después del sexo. Especialmente si los recuerdos de la infancia ocurrieron en la universidad.

—Bien, entonces nada de café para ti. ¿Jugo de naranja? ¿Agua? —Deja la taza llena en el fregadero.

Le sonrío agradecida.

—Agua estaría bien. Gracias.

Flynn abre otro armario y saca una botella de agua.

—Aquí tienes. ¿A menos que quieras hielo y un vaso...?

—No, así está bien. —Me tomo mi tiempo para desenroscar la tapa y colocarla con suavidad sobre la encimera, estudiando las finas estrías de gris en la encimera de mármol blanco.

—Y ahora, para el desayuno.

Acomoda dos platos y me pone uno delante. Dos huevos con las dos yemas rotas, tostadas quemadas y tocino. Flynn examina los platos y suelta un fuerte suspiro.

—Sé que suena raro, pero nunca había intentado freír un huevo. Rose o Holt siempre hacían el desayuno. —Vuelve a mirar la sartén—. Hice revueltos antes, pero creo que añadí demasiada leche. Estaban blandos como la mierda.

A pesar de su aspecto poco apetecible, levanto una tostada quemada y le doy un mordisco. No quiero que Flynn piense que no aprecio su esfuerzo. Me aseguro de que mi rostro permanece pasivo mientras hago crujir los restos carbonizados del pan. Tomo un buen trago de agua para tragarlo. Decidida, voy a por los huevos. No están malos exactamente, pero no sabía que los huevos fritos se pudieran ponerse tan duros. Como el tenedor no los corta, agarro un cuchillo para hacerlo.

Flynn explota en una carcajada.

—Para, por favor. Te agradezco que lo intentes, pero casi me rompo un diente con este tocino. No vale la pena. —La comisura de su boca se levanta en esa sonrisa sexy que me encanta.

La imito con la mía.

—No están *tan* mal.

—Sí lo están. —Se levanta y recoge los dos platos. Después de dejarlos en el fregadero junto a la taza de café desperdiciada, se vuelve hacia el armario y saca dos cajas—. ¿*Lucky Charms* —dice agitando una caja—, o *Apple Jacks*? —pregunta agitando la otra.

Suelto una risita. ¿Quién iba a decir que me gustaba reírme?

—Me ofende que me hagas esa pregunta. Siempre *Lucky Charms*.

Se pone la caja de *Lucky Charms* sobre el pecho.

—La chica de mi corazón.

Una extraña sensación me recorre. No de vergüenza, sino de calidez, casi como una manifestación física de felicidad, que fluye bajo mi piel. Lo cual es una locura. Me estoy volviendo loca.

Me aclaro la garganta e intento entablar una conversación normal y no balbucear al azar.

—Siendo tu familia propietaria de un rancho, ¿qué te hizo querer ser mecánico?

Genial, ahora me lo imagino con su overol de mecánico y un sombrero de vaquero. Respiro hondo por la nariz y lo suelto despacio por la boca mientras Flynn sirve los cereales y toma el envase de leche que aún está en la encimera.

—Durante un tiempo no estuve muy seguro de lo que quería hacer. —Menea la cabeza—. No, eso no es cierto. Supongo que siempre me encantaron los autos, pero no tuve las agallas de seguir este camino hasta hace poco.

No puedo imaginar a Flynn nada menos que seguro de sí mismo. Incluso la forma en que estaba allí haciendo un desayuno que no tenía ni idea de cómo hacer, parecía seguro de lo que estaba cocinando. Me resulta fascinante.

Apoyo el codo en la encimera y la barbilla en la palma de la mano.

—Cuéntamelo todo.

CATORCE EMERSIÓN

FLYNN

A JACKIE le gustan los *Lucky Charms*.

Resulta que es una chica de cereales que odia el café. Me encanta descubrir estas cosas sobre ella. Cosas pequeñas. Cosas íntimas. Como que se convierte en una mujer salvaje cuando el placer la vuelve loca.

—No he trabajado con coches hasta hace unos años. Como te dije, fui a la universidad durante años.

—¿Dónde fue eso?

—Baylor.

Ella asiente.

—Es una buena universidad.

—Sí, supongo.

—¿No te gustó?

—La verdad es que no recuerdo mucho. Pasé, pero no con gran éxito. Todavía estaba jodido por la pérdida de mis padres y actuaba como un imbécil. Básicamente sólo me iba de fiesta.

—Oh.

Mis hombros se tensan, pensando en mi pasado: un niño estúpido con demasiado dinero, una carga en mis hombros del tamaño de Texas y lleno de resentimiento por la muerte de mis padres. Pero la sensación de vacío que acaba de golpear mi estómago proviene de la decepción solapada de Jackie.

—Me especialicé en empresariales, pensando que... — Me callo, no queriendo entrar en el lado del negocio petrolero del rancho de mi familia. En lugar de eso, agito la cuchara en el aire con indiferencia. —Bueno, por suerte abrí los ojos y fui a Formación Profesional.

—¿Y te gusta trabajar en el taller?

—Síp. No me imagino siendo feliz haciendo otra cosa.

—Esa es realmente la clave, ¿no? Hacer algo que te gusta.

—Supongo que lo es.

—Los dos tenemos mucha suerte de poder hacer lo que nos gusta y ganarnos la vida con ello.

No me molesto en decirle que no tengo que ganarme la vida haciendo nada. Que incluso si mi taller fuera más gastos que ingresos, estaría bien. Que tengo más suerte de lo que ella

imagina. No estoy seguro de por qué. Me contó sobre su madre, su extraña relación con su padre y los recuerdos incómodos sobre ser más inteligente que todos sus compañeros mientras crecía. La culpa que siento es más que por saber que estoy omitiendo cosas a propósito; es porque me siento injusto con ella al hacerlo. Pero aún así, no se lo comparto.

Intento preguntarle sobre la NASA, pero parece más interesada en mi taller y en la restauración de autos antiguos. Al igual que cuando le expliqué lo del puenteado, ella lo absorbe todo. Tengo la sensación de que Jackie podrá reiterar todo lo que le diga como un experto después de una única conversación.

—¿Conoces la historia entre los astronautas y los Corvette? —pregunta Jackie.

—No. ¿Qué pasa con eso? ¿Muchos astronautas tienen ese tipo de auto?

—Bueno, solían ser así. —Deja la cuchara y se inclina hacia mí.

Me siento orgulloso de mí mismo cuando evito mirar sus piernas.

—Alan Shepard era un gran fan de los coches deportivos. Muchos lo eran. —Se levanta el puente de los lentes. —Los astronautas, me refiero. —Mira hacia un lado—. Supongo que tiene sentido, porque en los primeros tiempos los astronautas eran adictos a la adrenalina. ¿De qué otra manera se explicaría su deseo de amarrarse a un transbordador construido por el mejor postor, conectado a un cohete que literalmente crea explosiones debajo de ellos para impulsarlos hacia lo desconocido? —Sacude la cabeza, como para despejarse.

Lo sé todo sobre ellos, ya que me habían criado dos de los más grandes adictos a la adrenalina que hay.

—Perdón, ¿en qué estaba? —pregunta Jackie.

Me aclaro la garganta y me concentro en el presente.

—¿Los Corvettes?

—Ah, sí. —Se mueve hacia delante, sus rodillas rozan el lateral de mi muslo, y mis dedos se aprietan alrededor de la cuchara. —Entonces, Alan Shepard era conocido por llegar a los entrenamientos de la NASA conduciendo un Corvette. Y después de convertirse en el primer estadounidense en el espacio, General Motors le regaló un Corvette con un interior personalizado, completado con indicadores de altímetro, como lo usaría un piloto de cohete.

Jackie no podría ser más perfecta. Me está enseñando algo sobre autos, mientras me causa una erección sólo con respirar. Intento fingir despreocupación.

—Brutal. Debía de ser, ¿qué, un 61?

—Del 62 —dice con un gesto de la mano—. Pero eso fue solo el principio. Después de Shepard, ya no se permitía regalar autos a nadie, por miedo a que pareciera que el gobierno respaldaba a GM. Pero un concesionario de Florida sorteó la ley y ofreció a todos los astronautas un contrato de alquiler de un Corvette por un dólar. Además, podían volver a alquilar un modelo nuevo cada año por el mismo precio.

El vestido le sube por las piernas mientras hace un gesto.

Vuelvo a centrarme en sus ojos.

—Vaya. Supongo que se gana bien siendo astronauta.

—Por desgracia, el apogeo de los astronautas tratados como estrellas de rock ha terminado. Lo cual creo que es estúpido. Son *mucho* más geniales que las estrellas de rock.

Me hace reír el puchero en su cara. Es raro que una mujer consiga que un hombre se ponga cachondo y se ría al mismo tiempo.

Tomo nota de que tengo que investigar los automóviles del 62.

Empuja los cereales de su bol. No queda ni una nubecita. Puede que no tenga vicio por la cafeína, pero mi chica es definitivamente golosa.

Otra cosa que me gusta de ella.

No puedo recordar haber querido conocer a alguien como quiero conocer a Jackie. Y quiero que ella me conozca a mí también.

Las mentiras por omisión que se han ido acumulando entre nosotros me están afectando. Quiero...

La banda sonora de *Odisea en el Espacio* resuena en el comedor.

Jackie da un respingo y coge el teléfono del bolsillo de la chaqueta.

Probablemente no sea el mejor momento para decirle que confisqué la tanga que encontré en su otro bolsillo. Estoy reflexionando sobre el hecho de que eso significa que Jackie todavía está sin ropa interior, cuando veo su rostro mientras revisa la pantalla.

—¿Qué pasa?

Jackie gira a mi alrededor y corre hacia sus botas junto a la puerta, empezando a ponérselas.

—Me tengo que ir.

Aunque me quedo un instante fascinado al ver su culo desnudo al aire mientras intenta meterse los pies en las botas, en unas cuantas zancadas estoy a su lado, acariciándole la cara con la mano.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Hice algo mal?

Parpadea una vez y su expresión se suaviza.

—No, no, claro que no. Perdona. Solo me había olvidado sobre Boondoggle's.

—¿Boondoggle's? ¿El bar?

Ella asiente.

—No te sigo.

—La tripulación que está en la Estación Espacial va a bajar hoy. Necesito estar ahí. —Se agacha de nuevo, tratando sin mucho éxito de meter su pie descalzo en una bota—. Jules me va a matar.

—Espera. —Tengo que cerrar los ojos para pensar, para no quedarme mirándole el culo—. ¿Tienes que ir a un bar para hablar con astronautas? ¿Y quién es Jules?

Parece renunciar a sus botas y se endereza, levantando los brazos para enrollar su cabello en una especie de moño.

Honestamente, no debe tener ni idea de lo que está haciendo. Entre agacharse sin bragas y empujar hacia afuera sus senos sin sostén mientras arregla su cabello, mi mente sigue estancada.

—Es algo que los astronautas hacen a veces para decir gracias. Acaban de completar una caminata espacial hace un tiempo, y aunque los resultados apestaron, todo lo demás salió bien. La NASA tiene un acuerdo con Boondoggle's donde pueden organizar una videoconferencia afuera y todos pueden reunirse y saludar a la tripulación y beber cerveza que pagaron los astronautas. Algo así como Facetime desde el espacio. O Skype. —Se encoge de hombros—. Es algo que hacemos desde hace años.

—¿Y Jules? —pregunto, tratando de seguirle el ritmo.

—Jules es una amiga. Está en la Estación Espacial. Fue ella la que me forzó a salir aquella noche cuando conocí a Rose. —Jackie baja las manos, rindiéndose con el pelo.

—Así que fue ella, ¿no? Supongo que tendré que agradecérselo. —Le acomodo un mechón suelto detrás de la oreja y le enderezo los lentes; me encanta cómo parece relajarse con mi tacto. —Pero ¿por qué va a matarte?

—¿Quién? Oh, Jules. Una larga historia que involucra una movida para chantajearme. —Se apoya en la pared, tratando una vez más de ponerse las botas. Por fin se calza una. —. En resumidas cuentas, si no aparezco hoy, ella le dirá a Ian que quiero, y cito, «montarlo duro».

Todos los pensamientos sobre el culo desnudo de Jackie, sus dulces ojos y su cerebro sexy se anulan con un pensamiento: *Mierda que no.*

—Voy contigo.

QUINCE
PARADA EN BOXES

FLYNN

EL PELO de Jackie es un tornado en el viento.

Me encanta.

Me ha pedido que baje las ventanillas y ahora lucha por sujetarse el pelo con las dos manos.

—¿Segura no quieres que suba las ventanillas?

—No, no. Lo tengo. —Finalmente parece anclárselo a un lado de la cabeza con una mano, con el codo apoyado en la puerta del coche. Pasamos junto a la NASA de camino a su apartamento, con la brisa de Clear Lake azotando el coche—. ¿Sabes qué tipo de auto conduce Ian?

Su interés por su compañero de trabajo, aunque sea sobre automóviles, disminuye mi buen humor.

—Un Tesla S P100D. —Puede que no me guste Ian, pero incluso yo tengo que admitir que el hombre tiene un auto de puta madre. De cero a cien en dos coma cinco segundos.

—Qué trabalenguas —dice.

Resoplo, pensando en dónde podría trabarle la lengua. En la boca. En los pechos. Un poco más abajo.

—¿Qué? ¿Qué es tan gracioso?

Bueno, no hay manera en que vaya a decirle eso.

—Estaba pensando en la resonancia orbital.

—¿En serio? —Da un pequeño brinco en el asiento, parece contenta.

Me río, recuperado el buen humor.

—No te emociones tanto, la verdad es que no recuerdo lo que es. Para mí, sin embargo, la resonancia orbital es un trabalenguas. Un Tesla S P100D es *un fenómeno*.

—Ya lo veo. —Su cabeza se inclina hacia atrás, dejando al descubierto el cuello largo y delgado que me encanta. Es tan sexy, con el pelo suelto bailándole alrededor de la cara—. ¿Cuánto crees que cuesta un auto así?

Ahí se va mi buen humor de nuevo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Estoy pensando que quizás sea tiempo de una mejora.

Aprieto la mandíbula un momento antes de responder.

—El Tesla de Ian te costará unos ciento treinta y cinco grandes.

—¿En serio? —Se incorpora en su asiento, con un puño aún cerrado alrededor de su pelo. — Ian debe estar forrado.

Me dan ganas de decir: «No tanto como yo», pero no lo hago. Uno, porque no tengo cinco años. Y dos, me odiaría a mí mismo si recurriera a tratar de ganarme el afecto de Jackie con dinero. Y luego también está el hecho de que, si le dijera que soy millonario después de haber tenido tantas oportunidades para mencionarlo, me preguntaría por qué le resté importancia al rancho antes. Así que me lo trago, junto con la inquietud que siento.

—¿Ian y tú...?

Una ráfaga de viento le revuelve el pelo y no puedo ver su expresión.

—¿Qué pasa con nosotros?

Nosotros. Gracias a Dios por la fuerza del volante de mi Mustang, de lo contrario se me habría roto en los puños cuando llego a su complejo de apartamentos.

—Te llamó «cielo» el otro día.

—Lo hizo, ¿no es así? —Jackie frunce los labios. —Había estado queriendo preguntarle sobre eso.

Paro en el sitio vacante para el auto de Jackie en el estacionamiento.

—Supongo que debería haber vuelto en mi propio auto. No se me había ocurrido —dice.

Intento no insistir en el hecho de que no haya respondido a mi pregunta sobre Ian.

—Todo forma parte de mi plan. De esa forma tendrás que volver a mi casa más tarde.

Se sonroja y veo cómo los tonos rojos bajan por su cuello y entre sus pechos. *Maldita sea.*

Vuelvo a estar de buen humor.

Me inclino y le beso el cuello, mordisqueándole hasta la oreja.

—¿Vas a invitarme a pasar esta vez? —le pregunto.

—¿Hum? Oh. Claro, por supuesto. Pero debo advertirte, las chicas estuvieron anoche antes de que saliéramos y medio dejaron una explosión de ropa por todas partes. —Salimos del coche y rodeamos la entrada—. Parece mi propia explosión de rayos gamma personal —refunfuña.

La agarro de la mano mientras nos dirigimos a las escaleras, sonriendo.

—¿Explosión de rayos gamma?

—Explosiones extremadamente energéticas. Son los eventos electromagnéticos más brillantes que se conocen en el universo.

La dejo ir delante de mí en las escaleras, porque soy un caballero, no porque así consigo mirar su culo balancearse.

—¿Explosiones extremadamente energéticas? —pregunto, con los ojos pegados a la parte inferior de su vestido—. Sí, eso suena como Rose.

Mi broma la hace sonreír por encima del hombro cuando llegamos al final de la escalera. Una pierna en el descanso, la otra detrás de ella en el último escalón, el culo ligeramente visible asomando por el dobladillo del vestido, su sexy pelo revuelto sobre un hombro, los anteojos sobre la nariz y una amplia sonrisa... y juro por Dios que casi la tiro al suelo ahí mismo para hacerla mía. Afortunadamente, me quedé mudo y Jackie continúa su camino hacia la puerta, con las llaves en la mano.

Verla en la puerta me recuerda tanto a aquel primer viaje a casa, en el que quise hacer algo más que besarle la mejilla, pero me abstuve, sabiendo entonces que aquella chica era algo más que un simple ligue. Me inclino hacia adelante y la aprisiono, queriendo estar más cerca de ella. El candado hace clic con el giro de su muñeca, pero en lugar de abrirla, se gira en mis brazos.

—Nunca he traído a un chico aquí antes. —Se ajusta los lentes y parece tan inocente que me

cuesta no sentirme como el gran lobo feroz. Me cuesta todavía más que no me guste.

—¿En serio? —*Púdrete, Ian, yo llegué primero.*

—Sí. Realmente no... Quiero decir que no he...

—¿Jackie? —Me inclino y rozo ligeramente mi nariz contra la suya.

—¿Sí?

—Voy a besarte ahora.

—Oh. Bueno.

Bajo la cabeza, rozo sus labios una vez antes de aumentar la presión. Me tomo mi tiempo, saboreándola, dejando que mi lengua haga pequeñas caricias entre beso y beso. Espero a que sus manos se aparten de sus costados y se aprieten contra mi camisa antes de separarme. Cuando aún tiene los ojos cerrados, la rodeo con la mano, giro el pomo y abro la puerta.

—Vamos a entrar para que puedas cambiarte y llegar a Boondoggle's a tiempo. —Y para que Ian sepa que ella no quiere cogérselo, porque ya me está cogiendo a mi.

Sus ojos se abren con una sonrisa.

—Bien.

En el apartamento, enseguida me fijo en el sofá y en que es diez veces más increíble que el mío. Y me imagino esa mesa de cocina en mi rincón de desayuno.

Jackie cruza la pequeña sala hacia otra puerta y vuelve a centrar mi atención en ella.

—No tardaré. Ponte cómodo.

—Lo haré.

Me tomo mi tiempo deambulando por el apartamento. Con lo pequeño que es, no se tarda mucho.

Oigo correr el agua y tengo que respirar hondo unas cuantas veces después de imaginar a Jackie mojada y caliente bajo el rocío de la ducha. Buscando distraerme, me acerco para mirar varios marcos apoyados contra la pared. Muevo uno y luego otro hacia adelante, inclinando la cabeza hacia un lado para leer lo que resultan ser varios diplomas. En su mayoría de la Universidad de Stanford, pero también hay bastantes certificados y premios de la NASA.

Estos deberían colgarse. Miro el espacio limitado de la pared, enojado porque ella no tiene un lugar para sus logros. Deberían exhibirse de manera destacada, un testimonio de todo su arduo trabajo. Automáticamente pienso en la pared de mi vestíbulo. Es un espacio que el decorador dijo que sería bueno para una pequeña oficina.

Jesús, ya la hago mudándose conmigo en mi cabeza. Contrólate, hombre.

Con cuidado, apoyo los marcos de nuevo contra la pared y me alejo.

Además del sofá fresco y la mesa de la cocina, todo parece haber salido directamente de una venta de garaje o de un dormitorio universitario. Estoy a punto de sentarme en el sofá cuando escucho voces desde donde Jackie había desaparecido. No demasiado orgulloso para fisgonear, me apoyo en la pared al lado de la puerta y escucho.

—Estaba pensando en mis zapatillas, unos jeans y quizá uno de los tops nuevos que has traído. —Se oye un ruido sordo. —Lo siento, se me había caído el celular. Espera, déjame ponerte en altavoz. No puedo revisar toda esta ropa con una mano —dice Jackie.

Se oye un revoltijo y luego llega la voz de mi hermana. Pongo los ojos en blanco. Rose no necesita que le pongan el altavoz para que se la escuche.

—¿Qué te pasa con las zapatillas? —pregunta Rose.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te vistes como una adolescente.

—Las Chucks son geniales —insiste Jackie.

—¿Chucks?

—Sí, así se llaman las Converse All Star: Chucks. Por el jugador de baloncesto Charles Taylor, que las usaba y las vendía. Muchos jugadores de baloncesto las llevaron después, al igual que los atletas olímpicos. Incluso los soldados las llevaban en el entrenamiento básico durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Por qué sabes todo eso? No importa, no contestes. Lo sabes todo.

Quiero abofetear a mi hermana por ese comentario, sobre todo cuando Jackie se queda callada.

—Lo siento —dice Rose—. Estoy siendo una perra. Solo quiero saber por qué llevas, a pesar de su interesante historia, lo que ahora se considera calzado de adolescentes sin desvirgar.

La voz de Jackie suena pequeña al principio.

—No es calzado de adolescente. —Otra pausa—. Bueno, quizá lo sea, pero son geniales. Hay fotos por toda la NASA de John Glenn llevando Chucks durante su entrenamiento como astronauta.

—A veces me pregunto qué tan abarrotado debe estar tu cerebro. —Rose suspira—. En fin. El apogeo de John Glenn fue antes de que tú nacieras. ¿Por qué esta obsesión? Es como si quisieras vivir y vestir como un tipo de los sesenta.

—Me gusta la NASA y su historia. No hay nada raro en eso.

—Eres estúpidamente lista. No lo entiendo. Podrías estar diseñando un satélite interestelar, ganando millones en la industria privada o inventando una maldita máquina del tiempo. ¿Por qué esta obsesión con la NASA?

Jackie murmura algo y yo pego la oreja a la puerta.

—¿Qué? —pregunta Rose.

—Porque a mi mamá le encantaba, ¿de acuerdo?

—Espera. ¿Qué? Pensé que tu mamá...

—Sí, murió justo después de que yo naciera. Mi papá nunca habla realmente de ella, pero cuando yo era pequeña, encontré todas estas cosas de la NASA que ella coleccionaba. Recortes de prensa de la época de la carrera espacial, libros de astronomía. Resulta que ella era una gran nerd del espacio. Trazaba estrellas y una vez incluso fue a Florida para ver un lanzamiento. Ella era una verdadera fanática de la NASA.

—Oh.

—Así que, cuando me hice mayor, empecé a leer sobre el *Mercury 7* y todas las misiones Apolo. Me encantaba la idea de que el espacio era el último territorio inexplorado. —Lleva más ropa de un lado al otro de la habitación—. Era el único tema del que mi papá me hablaba que no era sobre su investigación o mis calificaciones. Y... No sé, creo que mi mamá habría pensado que el que yo trabajara en la NASA era genial, también.

—Sí, Jackie. Estoy segura de que lo haría.

Tuve que esforzarme para oír a mi hermana. Por una vez está hablando a un nivel de decibeles normal.

Jackie solloza y eso es todo lo que puedo soportar. Entro en la habitación.

—¡Flynn! —está precariamente envuelta alrededor de sus pechos.

—¿Ese es mi hermano? —Rose chilla en su tono normal.

—Sí, Rose. —Me dirijo al teléfono que está sobre la cama—. ¿Puedo preguntar por qué le gritas a Jackie por teléfono?

—No estoy gritando. Solo estoy ayudando a una hermana con algunas opciones de ropa.

Doy un paso detrás de Jackie y la rodeo con mis brazos por la cintura. Le acaricio el cuello y

bajo hasta su hombro. Se ríe.

—Ew. Asqueroso, amigo. —Rose hace sonidos de náuseas—. Ugh. Esa es mi señal para colgar. Los veo en un rato. —La pantalla se queda en blanco.

—¿Cómo que «los veo en un rato»? —pregunto.

—Sí. Llamé para pedir consejo sobre ropa y Rose pensó que una reunión de trabajo de la NASA completa con astronautas sonaba a que lo íbamos a pasar bomba.

—¿Pasarlo bomba? —Muevo mis manos por sus costados y bajo la toalla.

—Palabras de Rose. —Su voz suena un poco estrangulada.

—Hmmm. —Gimo contra su cuello y tiro la toalla al suelo.

Desnuda y húmeda por la ducha, la piel de Jackie se siente como fuego líquido. Arriba y abajo, suave y duro, paso mis manos por su cuerpo. Cuando agarro sus pechos, se arquea contra mí, apretando su culo contra mi entrepierna. Mis ojos se ponen en blanco mientras mi pene palpita contra mis jeans.

Una mano tira de su pezón, mientras que la otra se mueve entre sus muslos, sumergiéndose en la humedad de su interior.

—¿Estás bien? —murmuro.

—¿Hmm?

Metó otra vez el dedo.

—¿Estás adolorida?

—No. Yo... estoy muy bien. —Me agarra el culo con los brazos, mostrándome lo bien que está.

Mi pecho retumba de placer y agrego un dedo, estirándola, mientras mi pulgar rodea su clitoris. Presionando y rechinando, Jackie comienza a hacer sonidos salvajes y desesperados.

Me encanta esto. Jackie deshecha.

—Eso es, cariño. Déjame oírte. —Pellizco más fuerte su pezón y ella se sacude en mi agarre antes de ponerse rígida. Un gemido profundo sale de su garganta.

Después de que se van los temblores finales, deslizo mis dedos de ella y giro su cuerpo en mis brazos. Tiene los ojos medio cerrados y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Dónde están tus lentes?

—En la mesita de noche. —Su voz se queda sin aliento—. ¿Por qué?

La acompaño un paso hacia atrás hasta que sus piernas se encuentran con la cama. La inclino hacia atrás, su cabello húmedo se extiende sobre su edredón blanco, el brillo de la ducha ahora es un brillo de sudor de su orgasmo. Parece un ángel pornográfico y malditamente me encanta.

—No te muevas.

Agarro sus anteojos de una pila de libros y vuelvo a colocarme frente a Jackie, cerniéndome sobre ella. Apoyando mi peso en un puño, le coloco los lentes con el otro. Luego vuelvo a levantarme, admirando la vista.

Mi genio y maravillosamente pornográfico ángel.

Me quito la ropa, saco un condón del bolsillo y me quito los jeans de una patada. Jackie empieza a levantarse sobre los codos, pero la detengo y le repito:

—No te muevas.

Se lame los labios ante mi orden y se acomoda de nuevo en el colchón.

Puedo sentir mi pene palpitando mientras me pongo el condón. Nunca nadie me había puesto así de duro antes. Me agacho y agarro sus piernas, una en cada mano, tirando de ella hasta que su culo se encuentra con el borde de la cama. Apoyo sus tobillos en mis hombros. La vista sólo se pone mejor.

Gruño cuando mi primer empuje golpea profundamente dentro de ella. Tengo que morderme el labio con fuerza para evitar correrme mientras me veo deslizándome dentro y fuera de ella, mi polla resbaladiza por su humedad. Miro a Jackie, sus ojos enmarcados por sus anteojos, las manos apretando el edredón, y me invade la necesidad de dominar.

—Tócate.

Y lo hace. Mi hermosa genio aprieta sus pechos mientras rebotan por mis golpes.

—Pellízcate los pezones.

Y lo hace.

—Más fuerte.

Ella gime en respuesta, ya sea por mi orden o por el acto, no lo sé. Pero es tan jodidamente caliente.

Me agacho y alzo su culo con mis manos para poder golpear más profundo en su interior. Después de algunas embestidas certeras, la cabeza de Jackie se agita mientras sus manos dejan sus senos para golpear el colchón.

—¡Flynn!

El sonido de mi nombre resonando en la habitación me hace perder el ritmo, mis embestidas son lentas, luego rápidas, luego lentas otra vez, hasta que el caos del momento se rompe con mi orgasmo y aprieto las caderas contra las suyas hasta que ella me sigue hasta la línea de meta.

JACKIE

FLYNN SE ARRODILLA y mis piernas siguen apoyadas en sus hombros. Desliza una mano por debajo de mis nalgas, la desliza sobre mi vientre y entre mis piernas, donde aún puedo sentir la fricción de sus embestidas.

—Te ensucié por completo de nuevo. Se le levanta la comisura de un lado de la boca. —Lo siento.

Le devuelvo la sonrisa.

—No, no lo sientes.

—No, no lo siento. —Se ríe y extiende las manos.

Pongo mis manos en las suyas y me levanta. Mis pechos rebotan ligeramente en su cara. Se inclina y besa con suavidad cada pezón antes de levantarse y vestirse.

Observo mientras balancea su peso para subirse los pantalones, sus músculos se agrupan y se contraen con sus movimientos.

Buen Dios, el hombre es la encarnación viva de uno de los héroes en mis portadas de novelas románticas. Me arriesgué a echar un rápido vistazo al estante donde descansa mi colección. *Por favor, no dejes que mire hacia ahí.*

Camino en la dirección opuesta hacia mi tocador y saco algo de ropa interior y calcetines. Hay tangas nuevas en el suelo de la aventura de compras de Rose, pero no voy a soportar esa tortura de nuevo.

Trato de evitar el espejo. Dios conoce el estado de mi cabello. Me arriesgué a mirar y suspiro. Cabello sexual definido. Lo levanto y trato de girarlo en algún tipo de orden. Fracaso.

Al menos no estoy usando esa lamentable excusa de vestido. No estoy segura de que mis compañeros de trabajo me reconozcan si apareciera con el aspecto de una prostituta recién

cogida.

—¿A qué viene tanta ropa nueva? —Flynn recoge una blusa de seda del suelo, arrugada por el sexo.

—Rose me compró un montón de cosas ayer. —Me pongo las bragas negras de algodón, intentando no distraerme más con Flynn mientras me visto.

—¿Rose compró todo esto? —Una mirada graciosa pasa por su rostro mientras observa la pila de ropa esparcida por la habitación, todas con las etiquetas todavía puestas. Estoy demasiado ocupada tratando de ubicar mis senos en las copas de mi sostén sin parecer una completa idiota por analizarlo.

—Sí.

Flynn suspira, inclinando la cabeza hacia el techo. Se queda quieto.

—Mierda, Jackie. —Me mira y señala hacia arriba—. ¿Tú lo hiciste?

Casi me había olvidado de mi galaxia personal.

—Oh. Sí. —Se me calienta la cara. Debe pensar que soy una tremenda nerd.

—Es increíble.

Dejo escapar un suspiro.

—¿En serio?

—Sí. De verdad. —Sacude la cabeza y sonrío, sin la mirada de antes.

Algo se apodera de mí ante su mirada, y me dan ganas de compartir con él algo que nadie más sabe.

—Yo... quiero ser astronauta.

Sus cejas se arquean.

—¿De verdad?

Intento acomodarme el pelo alborotado detrás de las orejas.

—Hum... Sí. Todavía no se lo he dicho a nadie, pero ya superé la ronda inicial de requisitos y entrevistas.

—Eso es... Wow, Jackie, es genial.

Aunque suena un poco rígido, siento alivio. No sé por qué su opinión significa tanto, pero la verdad es que sí me importa.

—¿Pero no es eso en serio peligroso? ¿Ser astronauta?

Recojo una falda vaquera del suelo. No creo que me sienta cómoda con muchas de las cosas que me ha comprado Rose, sobre todo delante de mis compañeros de trabajo, pero una falda vaquera me parece una mejora con respecto a mis jeans habituales.

—Estadísticamente, ser astronauta no es tan peligroso. Los leñadores, los camioneros e incluso los agricultores tienen tasas de mortalidad más altas que los astronautas. —Me subo la falda y me detengo cuando me abrocho el botón superior al darme cuenta de lo corta que es. Hmmmm. Estoy pensando en preguntarle a Flynn su opinión, pero una mirada a sus ojos y veo que está a favor de la falda—. Además, la NASA ha avanzado mucho desde los sesenta.

Intento no pensar en toda la piel que tengo al descubierto en las piernas y agarro mis Converse del suelo, al final de la cama. Supongo que han tenido mejores días. Las suelas siguen pegadas a la tela, pero están desgastadas por el uso, y el blanco ya no es realmente blanco. Tal vez Rose tenga razón. Quizá me visto como una chica de secundaria. Tomo las botas de anoche y empiezo a ponérmelas. Es mucho más fácil cuando llevo calcetines.

—¿Por qué no te pones tus Chucks? —pregunta Flynn.

Levanto la cabeza.

—¿Las llamas Chucks?

—Por supuesto. ¿Quién no?

Creo que se me parte la cara con la amplitud de mi sonrisa.

—¿De verdad no te importa que use zapatillas?

—¿Por qué iba a importarme? Estás muy sexy con tus Chucks.

Me duelen las mejillas. A lo mejor sí se me va a partir la cara, aunque sea empíricamente imposible.

—Además puedo seguir mirando esas piernas kilométricas que acabo de tener apoyadas en mis hombros.

—Oh.

Me quedo parpadeando hasta que Flynn se acerca y me da un beso rápido.

—Si me quedo aquí y veo cómo te sacudes para ponerte más ropa, no nos iremos nunca de este apartamento. —Luego me toca la nariz una vez y me deja para que me vista. Aturdida, escudriño la habitación intentando decidir qué camisa nueva debo ponerme cuando veo el reloj en la mesita de noche.

¡Mierda!

Llego tarde. Y yo nunca llego tarde.

Pero mientras recojo mis Chucks del suelo, sigo sonriendo.

DIECISÉIS
BANDERA AMARILLA

FLYNN

EL PORCHE de Boondoggle's está lleno. Al parecer, la NASA organiza un *happy hour*. Incluso si su hora feliz es más como un almuerzo. Tomé la mano de Jackie mientras caminaba por el estacionamiento y la apreté antes de subir las escaleras, pero parece demasiado distraída para darse cuenta.

Se me ocurre que Jackie pasa mucho tiempo distraída. Cuando da una conferencia sobre un tema, tiene un enfoque láser, pero el resto del tiempo su mente parece estar corriendo en un millón de direcciones diferentes. Probablemente por eso nunca se da cuenta de toda la atención que le dan los hombres.

Como ahora.

—¡Jackie! —Ian se abre paso entre la multitud para llegar hasta ella. Lleva una camisa de vestir planchada y pantalones con los que cualquier tipo iría a una boda, mierda. Para un bar—. No sabía que estarías aquí —dice una vez que nos alcanza—. Normalmente no vienes a estas cosas.

Ella murmura algo acerca de interferir y chantajear astronautas, pero no creo que Ian esté prestando mucha atención. Los ojos del hombre están mirando la ajustada camiseta negra sin mangas que cubre el pecho de Jackie y la falda de tiro bajo, que deja al descubierto una pulgada del estómago. Para darle crédito al chico, su vistazo es sutil, así que tal vez esa sea otra razón por la que Jackie no tiene ni idea.

Jackie tira de su falda más hacia abajo con su mano libre, lo que solo ensancha la extensión de piel que se muestra en su cintura. Se me escapa un suspiro.

Sé que no debería estar enojado con mi hermana. Quiero decir, cuando se puso la cosa, ciertamente aprecié cómo se veía Jackie en la falda. Pero, maldita sea, no había tenido en cuenta que la ropa que Jackie elegiría era la que Rose, con su gusto menos que femenino, había comprado. Entonces, no sólo la falda es corta, sino que la parte superior es ajustada. Ahora tendré que luchar contra las malas intenciones de los demás y calmar las mías.

La mirada de Ian viaja hacia mí, luego hacia nuestras manos entrelazadas. *Así es, amigo. Ella está aquí conmigo.*

Jackie intenta aflojar mi agarre, pero aprieto con más fuerza. Ha pasado mucho tiempo desde que me sentí así por alguien, y no estoy por encima de las maniobras de hombre de las cavernas

para asustar a la competencia.

—Ian, te acuerdas de Flynn. Flynn, Ian. —Hace un gesto entre nosotros con la mano libre.

Asiento con la cabeza.

—Sí, me acuerdo de Flynn. —Ian parece algo divertido mientras nos indica que le sigamos entre la multitud—. Será mejor que toméis asiento mientras podáis. La tripulación llamará en cualquier momento —nos avisa cuando llegamos a una mesa libre.

—Gracias. —Jackie se mueve para sentarse, pero duda. Las mesas son estilo picnic, con bancos adjuntos. No hay forma de que pueda sentarse en un asiento de esos con esa falda sin mostrar algo a alguien.

Tuerzo los labios para no sonreír.

—¿Algún problema, cariño? —Le suelto la mano y espero a ver qué hace.

Jackie mira fijamente al banco.

—No. Solo necesito... —ladea la cabeza y observa el asiento de madera— pensar un momento.

Luego se sienta y gira sobre su trasero con las piernas estiradas, en un movimiento ligero. Lo hizo tan rápido que no he podido ver nada.

Y yo debería saber. He estado muy atento.

Levanto una pierna y me pongo a horcajadas sobre el banco para poder abrazar a Jackie con mi cuerpo. Apoyo una mano en la parte baja de su espalda.

Ian parece haber captado el mensaje, pero también podría dejar que el resto de sus compañeros de trabajo entiendan que está saliendo con alguien. Hablando de compañeros de trabajo, parece decidida a evitar sus ojos, a pesar de sus intentos de captar los de ella.

Si lo pienso, en realidad no me había invitado. ¿Está avergonzada de mí? A fin de cuentas, solo soy un mecánico. Ciertamente, podría ser capaz de comprar y vender a estas personas dos veces, pero ellos no lo saben. Demonios, *Jackie* no sabe eso. Al menos, espero que no lo sepa. Levanto mi mano de su espalda, a punto de preguntarle si quiere que me vaya cuando alguien le grita.

—¡Yuju, Jackie! ¡Estamos aquí! —Trish se ha puesto de pie en los escalones del porche del bar, agitando el brazo como una reina de la belleza a la que acaban de coronar. Rose está a su lado intentando evitar ser golpeada por ellos. Veo que sus ojos se desvían hacia la esquina del bar, pero antes de que pueda seguir su línea de visión, veo a mi hermano detrás de ella.

Todo mi cuerpo se tensa. Llevo mucho tiempo sin ver a Holt. De hecho, la última vez que estuvimos en la misma habitación, él se acababa de coger a Beth.

Rose vuelve a centrar su atención en Trish.

—¿Yuju? —Pone los ojos en blanco y se dirige a nuestra mesa—. Dios santo, Trish, entre Jackie y tú, juraría que estoy pasando el rato con las gemelas Bobbsey. ¿Por qué no empiezas a decir «Hola caracola, vecina»? Maldita sea.

—Rose, modales —le amonesta la voz fuerte y familiar de Holt.

Sonrío a pesar de lo incómodo que estoy. Había olvidado que la misión vital de Holt es conseguir que nuestra hermana hable como una dama.

Trish llega a la mesa y le echa en cara a Rose.

—Sí, bueno, el hecho de que sepas quiénes son las gemelas Bobbsey anula cualquier argumento que estuvieras intentando hacer.

—Oye, mi abuelo me leyó esos libros, así que cierra la boca. ¿Y quién te crees que eres diciendo cosas como «anula»? ¿Quién eres ahora? ¿Jackie? Una genio es suficiente.

Eso borra la sonrisa de mi cara y miro para ver si las palabras descuidadas de mi hermana han lastimado a Jackie. Pero ella me sorprende riéndose. Lentamente, se pone de pie, con

cuidado de bajarse la falda antes de saludar al resto de sus compañeros.

—Chicos, estos son mis amigos Rose, Trish y Flynn.

Trish vuelve a hacer la gran ola y Rose simplemente sonrío, echando los hombros hacia atrás y poniendo una mano en su cadera. Todos en el porche parecen paralizados con los recién llegados, y estoy feliz de estar incluido, incluso si ella me acaba de llamar un amigo.

Veo a Ian lanzando una mirada particularmente intensa en dirección a Trish.

—Holt, ¿verdad? —pregunta Jackie, girándose hacia mi hermano.

Holt ha estado observando a Rose, pero mira a Jackie al oír su nombre.

—Sí, señora. —Él inclina su sombrero de vaquero hacia ella y extiende la mano. Jackie parece derretirse un poco por toda la vibra de vaquero en lo que Holt siempre ha sido bueno, y una llamarada de celos me golpea fuerte y rápido. Me paro antes de que Jackie pueda tomar la mano de Holt, listo para plantar un puño en su rostro sonriente. Pero antes de que pueda levantar el brazo, me interrumpen.

—Santa mierda, Jackie. No te andas con chiquitas.

Todos, incluyéndome a mí, se vuelven hacia la barra en la parte trasera del porche donde se ha instalado una pantalla. En la pantalla, una linda morocha con apretados rizos en espiral hace un guiño. Miro a Jackie para verla poner los ojos en blanco a la mujer.

—Yo también me alegro de verte, Jules.

—¿Vas a presentarme a estos hombres tan atractivos? —insiste Jules.

Jackie suspira.

—Éste es Flynn, es mi...

—Cita —la interrumpo, antes de que repita que soy su amigo—. Soy su cita. —Rodeo la cintura de Jackie con un brazo.

—Ya veo. Bueno, hola, cita de Jackie. —Vuelve a guiñar el ojo—. Soy Jules. —Sus ojos siguen su camino hasta mi hermano—. ¿Y cuál es tu nombre, vaquero?

—Holt West, señora. —Vuelve a inclinar el sombrero, esta vez hacia la cámara.

—Mmmm... me gusta lo que veo. —Jules le lanza un beso y yo me quedo de piedra al ver que las mejillas de mi hermano se ponen rojas. Los ojos de Jules vuelven a Jackie—. Bien hecho, zorra, bien hecho.

Todos en el bar se ríen mientras músculos que no sabía que había tensado se relajan un poco.

Jackie se sonroja y entrecierra los ojos hacia la pantalla.

—La voy a matar en cuanto vuelva a la Tierra —murmura.

—Dulce Josafat —Los ojos de Trish se cruzan con los de Jackie—. ¿Los astronautas pueden decir cosas como «zorra»?

—Este es un canal de transmisión privado, no se emite públicamente ni nada. Básicamente pueden decir lo que quieran —dice Ian, acercándose a la mesa, sin dejar de mirar a Trish.

Jackie se inclina hacia mí.

—Algo que Jules definitivamente aprovecha.

Huelo su pelo mientras mis dedos se deslizan sobre la piel expuesta de su cintura.

—Así que esa es la chantajista, ¿eh?

La cámara se aleja y el resto de la tripulación, flotando en el aire, aparece a la vista. Hay una mujer además de Jules y tres hombres. Todos visten polos con parches de la NASA y pantalones cargo. Los vítores suben, la gente grita saludos mientras levanta sus copas.

—Esa espero ser yo algún día —susurra Jackie, dedicándome una tímida sonrisa.

Me obligo a asentir, aunque no puedo evitar esperar que no suceda. Jackie puede tener sus estadísticas y ser capaz de ignorar las preocupaciones por la seguridad, pero recuerdo las

tragedias del *Challenger* y el *Columbia*.

Intento sacudirme el pesimismo cuando nos volvemos a sentar, y Rose, Trish, Ian y Holt me siguen. Todos comienzan a agarrar vasos, a servirse cerveza de las jarras en el centro de las mesas y a hablar. Sólo en Texas las jarras de cerveza son un elemento básico del almuerzo. Pero en medio de toda la actividad, veo los ojos de Rose rebotando entre Holt y yo, como si estuviera esperando un quiebre. Incluso el ceño de Jackie se frunce como si ella también se diera cuenta de que algo no se siente bien.

Espero que la vieja ira y el resentimiento surjan a través de mí. Y lo hace, no es de extrañar, ya que Holt ni siquiera se disculpó. Pero lo que me sorprende es darme cuenta de que el dolor se ha calmado. Ya no es un pinchazo afilado en el pecho, sino más bien el dolor de un tejido cicatricial al tocarlo. Realmente estoy demasiado preocupado por Jackie. Con este nuevo sentimiento de satisfacción que no he tenido desde, bueno, nunca. Es un poco desconcertante cuánto impacto tiene esta genio rubia en mi vida después de solo una semana.

Pero Jackie quiere ser astronauta. Quiero decir, ella seguro como la mierda es lo suficientemente inteligente. ¿Cuántas personas tienen un doctorado a los veintinueve años? Y todos esos premios apilados contra la pared en su casa. Pero... ¿El espacio?

Mi papá, siendo piloto de carreras, siempre se ponía en peligro. No ayudó que mi mamá insistiera en correr carreras con él en el circuito clandestino. Eran los mejores buscadores de emociones. Dejándonos a Holt, Rose y a mí atrás para perseguir cualquier subidón de adrenalina que pudieran encontrar. No necesitaban hacerlo. Eran asquerosamente ricos magnates del petróleo. Aparentemente eso no fue suficiente para ellos. Demonios, ser padres no era suficiente para ellos. Y ahora la chica cuya mano estoy sosteniendo quiere amarrarse a sí misma a un cohete. Un escalofrío me recorre la espalda y trato de disimularlo encogiéndome de hombros y alcanzando mi cerveza.

Fue hace mucho tiempo, pero recuerdo cuando murieron nuestros padres. Compitiendo con un montón de otros adictos a la adrenalina, asumiendo riesgos que no tenían derecho a tomar con tres niños en casa. Era una carrera callejera clandestina, así que todo lo que se necesitó fue un bache a alta velocidad, y el auto que mi papá había restaurado con mucho cariño giró y volcó hasta que parecía nada más que una lata de cerveza aplastada.

Mi madre había sido una cazafortunas. No hay forma de evadir eso. Pero lo único que mi mamá y mi papá tenían en común, además del amor por el dinero, era su amor por las carreras. Mi papá amaba los autos y mi mamá amaba la emoción. Y a expensas del deporte, sin duda. No eran la presencia paterna más estable, pero eran nuestros padres y habían muerto haciendo algo egoísta y peligroso.

Puede que no sepa mucho sobre ingeniería aeroespacial, pero sé que, si un simple bache puede matar tan fácilmente, viajar en un cohete a la Estación Espacial tiene que ser muchísimo más peligroso.

Todas las conversaciones y risas a nuestro alrededor me distraen, lo cual es bueno, porque, como diría el abuelo, preocuparse por el futuro es tan efectivo como mear en el viento.

Jackie se sonroja durante la charla del grupo de la NASA, usando una extraña mezcla de acrónimos y términos de ingeniería como un segundo idioma. No entiendo la mayor parte, pero entiendo la pasión, y Jackie la tiene a raudales cuando se trata de la NASA. No voy a arruinarle esto con mis propias inseguridades o la mierda de mi familia.

Ignoro la ansiedad que se acumula en mi pecho al pensar en Jackie en el espacio, e ignoro a mi hermano. Tal vez a Jackie no le ofrezcan el puesto de astronauta. Y tal vez sea hora de que Holt y yo superemos el pasado.

Tal vez.

JACKIE

Tengo a un mecánico de autos caliente envolviéndome mientras estoy sentada en un bar un domingo. Pasé la última media hora presentando a mis compañeros de trabajo a mis amigos y a Flynn. Una chica del trabajo me chocó los cinco cuando le presenté a Flynn. Jules incluso hizo que todos se pararan frente a la cámara para poder "tener una mejor vista".

Pensé que era especialmente interesante cuánto disfrutaba Jules hacer que Holt se sonrojara. No cuestiono el interés de todos. Los West son un grupo de hermanos atractivos. Flynn con sus ojos azules verdosos y su pelo castaño claro. La irónica y dulce belleza campestre de Rose. Y ahora Holt, alto, moreno y guapo, con un acento cerrado y un sombrero de vaquero.

Flynn me acaricia el cuello y veo suspirar a Rebecca del sector de Cargas. No puedo creer que esta sea ahora mi vida. La Misión Vida Social está funcionando. Choque de puños victorioso mental.

—¿Tierra a Jackie? —Rose me llama desde el otro lado de la mesa.

Parpadeo y vuelvo a concentrarme.

—¿Mmm?

—Trish ha decidido que Holt no es su tipo. —Holt escupe en su vaso de cerveza mientras Trish se encoge de hombros disculpándose—. ¿Dónde están todos los astronautas atractivos? —Rose señala la pantalla con el pulgar—. Ya sabes, los que actualmente están en tierra que son más fáciles de atrapar.

—Jesús, Rose —murmura Flynn.

Su aliento me hace cosquillas en el cuello, enviando escalofríos por mi columna. Se me resbalan los anteojos por la nariz, pero antes de que pueda ajustarlos, el dedo índice de Flynn vuelve a colocar los marcos en su lugar. Estuvo mirando a Rose, sacudiendo la cabeza con exasperación cuando me ajustó los lentes. Sé que estoy analizándolo más de lo que debería. Pero es que el movimiento era tan fluido, tan natural, que me hizo sentir... no sé, importante para él de alguna manera.

Yyyyyyy... necesito dejar de pensar así. La razón emocional no es una cosa, no importa cuánto quiera que lo sea. Flynn probablemente tiene buenos reflejos o algo así.

—Holt, nos hemos quedado sin cerveza. Ve a traernos otra. —Rose empuja la jarra vacía hacia su hermano.

Doy un salto, lista para cambiar la dirección de mi tren de pensamientos.

—¡Yo la traeré! —Flynn empieza a objetar, pero le corto—. No, en serio. Los astronautas pagan, ¿recuerdas? Solo tengo que enseñarles mi identificación. —Me saco el cordón del bolsillo y me lo paso por la cabeza.

—Geek chic, nena. —Rose asiente ante mi placa.

—Sí, claro. En la NASA nos preocupamos mucho por la moda. —Levanto la pierna sobre el banco.

Rose se ríe.

—Así que al final decidiste que las tangas no son para ti, ¿eh?

Me quedo paralizada. *Maldita sea.*

—¡Rose! —Trish golpea el brazo de Rose.

—¿Qué? Sólo estaba diciendo...

La superficie de Marte no tiene nada que envidiarle a mi rostro con el tono actual que está adquiriendo, estoy segura. Me apresuro a ir a buscar la cerveza cuando Flynn tira de mi brazo, poniendo mi cara al nivel de la suya. El primer beso es ligero. El segundo, no tanto.

—¡Atrápalo, nena! —grita alguien.

Al final, no me avergüenzo de haber enseñado la ropa interior. De hecho, me quitaría el sujetador y las bragas por otro beso.

En lugar de eso, controlo mis hormonas embravecidas y me dirijo hacia el bar del porche. Está repleto, así que decido probar suerte adentro.

La ráfaga de aire acondicionado enfría mi piel sudorosa. La gente dice que te acostumbras al calor de Texas.

Mienten.

Me inclino hacia adelante en la barra menos concurrida, identificación en mano. La NASA lanza una gran cantidad de dinero en el camino de Boondoggle's, por lo que, aunque es un poco desvergonzado, agito mi identificación para obtener un servicio más rápido.

Tengo un caliente mecánico de automóviles al que volver. Un caliente mecánico al que *le gusto*.

Perdida en mis sueños, no me doy cuenta de que alguien ha ocupado el espacio a mi lado hasta que habla.

—¡Bueno, pero mira si eres hermosa!

Miro por encima del hombro y veo a una mujer digna de un anuncio de Victoria's Secret de pie a unos centímetros de distancia, apoyada en la barra como si fuera suya. El cabello rubio brillante y elegante cae en una sacudida precisa y en ángulo. Me recuerda a una muñeca Barbie, especialmente con los tacones aguja increíblemente altos. Y su vestido se asemeja al que usé en Big Texas, excepto que el suyo es más corto y ajustado y no lleva chaqueta. Pensando en términos de Flynn, lo describiría como no exactamente legal para andar en la calle.

Ni una sola peca estropea la piel profundamente bronceada de esta mujer. Su ceja izquierda se arquea sobre un ojo muy maquillado mientras devuelve mi estudio de su persona con el suyo propio. Todo lo que puedo pensar es: ¿quién usaría eso para almorzar en un restaurante/bar familiar?

Miro a mi alrededor, pensando que está hablando con otra persona. Pero no creo que ella estuviera llamando 'hermosa' al hombre barrigudo y de barba larga que está a mi otro lado.

—¿Perdona? —pregunto, volviéndome hacia ella.

—Dije que eres hermosa. — Su sonrisa se ve rígida y mezquina, mientras que la piel bronceada de su frente y alrededor de sus ojos es tensa y anormalmente suave, antinatural.

—¿Gracias? —Busco algo agradable que responder, ya que estoy bastante segura de que es el protocolo social correcto, pero definitivamente no creo que sea linda, ni creo que compararla con una muñeca Barbie vaya a quedar muy bien. Me conformo con—: Tú debes de tener unas piernas excepcionalmente tonificadas para caminar con unos tacones tan altos.

Sus labios se tuercen, como si no pudiera decir si estoy pasándome de lista o no. Honestamente, no me reconozco a mí misma. Solo sé que me siento extremadamente incómoda hablando con ella. Y para alguien que normalmente se siente incómodo en situaciones sociales, eso es decir bastante.

—Tú debes ser su capricho del mes. —Hace un puchero, y su brillo labial une sus labios.

¿Eh?

—Flynn —continúa, cuando es obvio que no capto su insinuación—. Puedo ver cómo una

mujer de tu... ¿estilo?... podría interesarle durante un rato. —Ella enseña los dientes—. Siempre le han gustado los autos únicos y excepcionales. Pero después de arreglarlos y conducirlos durante un tiempo, se aburre y los cambia. Parece que esta vez consiguió hacer un verdadero arreglo superior. —Me lanza otra mirada condescendiente—. Cariño, de verdad, ¿esas son zapatillas? —Se ríe. Y no de forma muy amable.

Mis manos se cierran en puños al oír «cariño». No creo que nunca antes haya querido golpear a alguien en toda mi vida, pero quiero desesperadamente golpear sus labios demasiado carnosos para ser naturales.

—¿Quién *eres* tú?

—¿Yo? Soy Beth. —Hace una pausa, como si yo debiera saber lo que significa.

—¿Beth qué?

Su expresión decae por un momento, pero se recupera al segundo siguiente.

— Soy la chica con la que Flynn West quiere casarse.

Mi boca se abre y es suficiente para devolverle esa mirada de suficiencia a su rostro.

—¿Casarse?

—Así es, pequeña. —Agita sus puntiagudas y pulidas garras hacia mí—. Es posible que le intereses lo suficiente como para que quiera abrirte el capó y descubrir cómo marcas, pero yo soy el clásico al que seguirá regresando. —Se pasa ambas manos por los costados del cuerpo, luego vuelve a mirarme los pies y se ríe de nuevo. Su risa es suave, profunda y sexy. Y maliciosa.

Lo bastante maliciosa como para que no pueda corregir su metáfora defectuosa. Los coches no marcan, los relojes sí.

—Flynn solo está tonteando, cariño. Se dará cuenta de que su lugar está conmigo. Siempre lo hace.

El bar se transforma en un túnel a mi alrededor y de repente estoy de vuelta en la universidad, escuchando al chico que me gustaba bromear con sus amigos sobre mí, sobre cómo finalmente se cogió a la nerd. Solo que ahora la cara de Brian es la de Flynn y la risa suena como la risita aguda de una mujer.

—Aquí tienes tu jarra. —El camarero la deja en la barra y el golpe me hace dar un respingo. Mira a Beth sonriendo—. ¿Y qué puedo traerte *a ti*?

Beth se relame los labios y se inclina hacia adelante, efectivamente dándome la espalda.

Y así, soy olvidada.

Mirando el todo extrañamente simétrico de esta mujer, me pregunto cuánto tiempo le tomará a Flynn olvidarme también.

Recojo la jarra y me dirijo hacia afuera. Me quedo allí por un momento contemplando la escena. Trish está hablando con Ian. Holt mira la pantalla mientras Jules se exhibe, haciendo volteretas en gravedad cero. Flynn se sienta de espaldas a su hermano, pero le sonríe a Rose. Es una escena que hace un momento me hubiera hecho sentir como si estuviera viviendo el sueño.

Alguien me golpea con fuerza por detrás y la mitad de la jarra de cerveza se derrama, empapando mis Chucks.

—Uy. Lo siento. —Beth tiene su mano sobre su boca, pero no puede ocultar la sonrisa detrás de ella. Me roza y se va pavoneándose hacia los escalones.

Muevo los dedos de los pies en mis zapatillas empapadas, las lágrimas arden detrás de mis ojos.

—¿Jackie? —Rose se levanta y me mira. Su atención se centra en Beth, que está junto a otra rubia—. ¿Pero qué mierda...? —Se acabó la habitual sonrisa afable y dulce. Rose se ve aterradora, y con la forma en que la rubia junto a Beth se endereza y retrocede, estoy segura de

que ella piensa lo mismo.

Rose está arriba y sobre el banco, caminando hacia las dos mujeres antes de que pueda respirar hondo y recuperarme.

Flynn también se pone de pie, mirando a las mujeres que Rose se acaba de cargar.

—¿Qué demonios, Holt? ¿No te basta con follarte a mi ex, ahora también la invitas a salir? ¿Qué demonios está mal contigo?

Todas las cabezas de mis compañeros de trabajo giran alrededor de la barra, asimilando el nuevo drama que traje a la puerta.

Holt abre la boca, pero nunca tiene la oportunidad de hablar.

Porque en ese momento, se desata el infierno en la ISS.

Las sirenas suenan desde los altavoces junto al bar. Todos se estremecen y se tapan los oídos. Las pequeñas luces LED de emergencia parpadean en amarillo sobre la estación blanca de la pantalla.

Me olvido de Beth y mis zapatos mojados. Dejo la jarra y corro hacia la cámara.

—¡Jules! —grito por el micrófono.

Los astronautas han comenzado a impulsarse en diferentes direcciones, haciendo zoom a través del televisor, y Jules se agarra a una de las manijas de la pared para estabilizarse, mirando a la cámara.

—Tengo que irme, zorra. Pero si pudieras ir al CCM para arreglar esta mierda, te lo agradecería. —Gira la cabeza un momento mientras habla con Bodie fuera de la pantalla—. Sí, entendido. —Se vuelve hacia mí—. Parece que el segundo EXT no está sincronizado como esperábamos. —Sus palabras suenan a ella, pero su tono hace que se me ponga la piel de gallina. Me lanza un beso, se acerca a la cámara y la señal se apaga.

Giro y observo la multitud de personas que ahora buscan a tientas sus teléfonos o se dirigen al estacionamiento. Veo a Ian en su celular cerca de las escaleras. Me mira a los ojos y me hace señas. Maniobro a través del caos, pero Trish me intercepta a mitad de camino.

Ella agarra mis hombros en sus manos.

—Jackie, ¿qué está pasando? ¿Estás bien?

—Algo está mal en la estación. Tengo que irme.

Baja la mirada hacia mis zapatos mojados durante un instante antes de apretarme los hombros.

—Bueno, buena suerte, dulzura. —Me abraza y se aparta de mi camino.

—Gracias —le digo, ya en camino hacia Ian. Cuando llego, los dos bajamos corriendo las escaleras hasta su auto. Miro por encima del hombro y veo a Flynn empujando a Holt mientras Rose se tira al suelo del porche con Beth y la otra rubia.

—Jackie, ¿vienes? —pregunta Ian.

Aparto la mirada de Flynn y vuelvo a Ian. Tiene la puerta del acompañante abierta.

—Sí, ya voy.

DIECISIETE
CONTINGENCIA CRÍTICA

FLYNN

ME NIEGO A CENTRARME EN BETH. Mi visión de túnel es todo para Holt y el deseo de darle un puñetazo en la cara. Ya era bastante malo que apareciera hoy, pero ¿arrastrar mi pasado con él? ¿Delante de Jackie y sus compañeros de trabajo? No lo dejaré pasar.

—No puedo siquiera creerlo, hombre —le digo, poniéndome delante de Holt.

Retrocede y levanta las manos.

—Tranquilízate, Flynn. Yo no la invité, mierda.

Que Holt diga «mierda» me hace detenerme a medio golpe. Mi hermano odia maldecir.

—No la he visto desde que la eché de mi cama —continúa.

Puedo ver y escuchar a la gente dando vueltas, con más prisa que de costumbre, pero mi mente no lo procesa. Me está costando entender a Holt en este momento.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Me acosté con ella una vez, Flynn. *Una vez*. No la he vuelto a ver desde entonces.

Se ve tan jodidamente serio que no puedo evitar creerle, lo que extrañamente me enoja más, ya que había estado esperando liberar algo de esta ira reprimida.

Una pequeña mano descansa sobre mi brazo y me giro, esperando a Jackie. En cambio, Trish está allí, con los ojos muy abiertos.

—Rose. Necesito que alguien me ayude con Rose. —Me empuja hacia las escaleras, donde Rose se revuelca por el suelo, golpeando a Beth y a Pam. Si hubiera tenido una cuerda, no me cabe duda de que mi hermana ya las habría atado del cuello.

—Jesús —murmuro, dando zancadas y levantando a Rose por las axilas.

—¡Suéltame! Aún no he terminado con estas zorras. —Rose se retuerce en mi agarre, tirando de mi hombro.

—Cálmate. —Miro el vestido roto y la nariz ensangrentada de Beth y el ojo hinchado de Pam —. Relájate, hermanita. Ya ganaste.

La respiración de Rose se acelera y sus ojos siguen pegados a Beth.

—Jodidamente que lo hice.

—Como la mierda. —Beth se apresura a levantarse. Cuando finalmente lo logra, pasa lista: uno de sus tacones se ha roto en la pelea.— Tu hermana necesita que la examinen de la cabeza.

Rose arremete de nuevo.

—Te voy a...

Giro, dándole la espalda a Beth. Esto crea una barrera para Rose y también me impide darle a Beth un momento más de mi tiempo. Mi hermana se limpia la nariz con el brazo, dejando una mancha de sangre.

—¿Qué demonios, Rose? —Holt se une al grupo, acercándose a nuestra hermana.

—No empieces conmigo. Alguien tiene que tomar una posición en contra de este desperdicio de ser humano, y no estoy muy contenta con tu forma de hacerlo —le suelta a Holt, que se sobresalta—. Esta —continúa Rose, señalando a Pam con el pulgar por encima de mi hombro— pensó que se vengaría de que Flynn rechazara su puto culo en mi fiesta. Llamó a la perra del infierno y le dijo dónde estaba él. Una vez que vieron a Jackie, decidieron divertirse un poco con ella.

—Espera, ¿qué? —Miro a Pam, que tiene la decencia de sonrojarse y mirar a sus pies, avergonzada. Beth, por otro lado, parece demasiado satisfecha de sí misma para alguien que acaba de recibir una paliza en su culo—. ¿Jackie?

—Oh, ¿ése es su nombre? ¿La desafortunada con anteojos? —Beth se ríe—. Solías tener estándares, Flynn.

Una banda se aprieta en mi pecho al pensar en esta mujer venenosa esparciendo su veneno sobre Jackie.

—Sí, y eran mucho más malditamente bajos de lo que son ahora, Beth. —La sonrisa abandona su cara, pero el tirón en mi pecho permanece.

—Arrinconó a Jackie —me susurra Rose—. En el bar.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —La banda aprieta un poco más.

El comportamiento alegre habitual de Rose se ha ido, en su lugar una chica seria e intensa con la que no estoy acostumbrado a tratar.

—La vi, Flynn. Vi a Jackie cuando salió con la cerveza, Beth estaba justo detrás de ella. —Intenta acercarse a Beth, que retrocede. Más alto, pregunta—: ¿Qué le dijiste? Te juro por Dios que te pegaré tan fuerte que te sacaré el bótox de un golpe si no me dices lo que le dijiste a Jackie. Deja de meterte con mi familia

—¿Familia? —Beth resopla—. Por favor, esa chica nunca será una West. —Sonríe—. Además, no dije *mucho*.

Rose arremete y yo la suelto, demasiado aturdido para ser de ayuda.

Pero tanto Holt como Trish se ponen delante de Rose, Trish nos llama la atención diciendo:

—Ella se fue. Jackie se fue.

—¿Qué? —Rose gira, escaneando la muchedumbre mucho más reducida ahora.

—¿No escucharon las sirenas, chicos? El bar acaba de apagar los parlantes, junto con la sesión de Skype de los astronautas. —Todos nos giramos hacia la pantalla, ahora en blanco—. Algo pasó en la estación. —Trish se dirige a mí—. Te estuvo buscando, pero tú estabas... ocupado.

El peso se hunde más en mi pecho. Miro las pocas caras que quedan en la multitud, con la esperanza de ver la de Jackie. Pero está claro que Trish tiene razón; Jackie no está allí. De hecho, nadie de la NASA permanece en el porche del bar. Solo mi desordenada familia y dos perras impías.

—¿A dónde fue? —le pregunto.

—A la NASA, creo. —Trish frunce el ceño y mira hacia el aparcamiento—. Se fue con Ian.

La risa de Beth llega a mis oídos, pero se corta en cuanto el puño de Rose conecta con su cara.

JACKIE

EL DIRECTOR DE VUELO PRINCIPAL, Sean, gesticula a la pantalla de proyección iluminada con imágenes de los paneles dañados y los cables expuestos de la estación.

—Bien, gente, aquí es donde estamos parados. Más temprano, mientras la mayoría de ustedes animaba y bebía con la tripulación, sonó una alarma de falla. —Escanea la sala—. La segunda computadora EXT ha estado teniendo problemas de sincronización desde temprano esta mañana. Al principio eran cosas menores como no responder a comandos básicos. Pero durante la sesión de chat de video en Boons, el EXT de repente dejó de responder a los comandos del propulsor. Si empeora, esto amenaza a toda la estación, así como a los astronautas que se encuentran dentro.

Es una reunión de emergencia desastrosa. La gente está sudorosa, huele a cerveza y probablemente uno o dos miembros del equipo estén demasiado intoxicados para ser productivos, pero todo está en juego.

—No podemos reiniciar el segundo EXT sin que el primero esté operativo —dice uno de los miembros de CHRONUS.

—No me digas. —Sean mira en dirección a CHRONUS—. La cuestión es cómo lo arreglamos.

Hay una pausa antes de que Gary, del Programa de la Estación Espacial Internacional, se atreva a dar un paso al frente.

—Tenemos a los astronautas trabajando en la construcción de una nueva EXT en la estación, pero no es operativa sin los materiales de la *Progress*, y no tiene previsto acoplarse hasta después del periodo beta.

Uno de los internos empuja la puerta.

—Hemos confirmado escombros dirigiéndose hacia la estación.

—Jesús bendito —murmura Sean.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto, mi mente recorre varios escenarios y resultados.

—Impacto estimado en diez horas —dice el interno.

Asiento con la cabeza.

—¿Tenemos una lectura estimada de dónde podrían impactar?

—Apunta al centro de la caja de pizza.

La «caja de pizza» es un contenedor imaginario creado por la NASA. Tiene un kilómetro de profundidad por veinte de ancho y veinte de largo, con el vehículo en el centro. Cuando las predicciones indican que los escombros pasarán lo suficientemente cerca como para preocuparse, los Centros de Control de Misión en Houston y Moscú trabajan juntos para desarrollar un curso de acción. Suele ser una maniobra evasiva o, en caso de impacto o la imposibilidad de evacuar, se deba de ejecutar el traslado de la tripulación de a bordo a la nave espacial *Soyuz*.

Ian toma la palabra.

—¿Podemos adelantar el lanzamiento de la *Progress*?

—Negativo —dice Gary—. Debido al ángulo beta, la *Progress* no puede acoplarse hasta la semana que viene.

El ángulo beta determina el tiempo que la ISS pasa bajo la luz directa del sol, absorbiendo energía solar. Por ello, es crucial a la hora de determinar cuándo puede lanzarse con seguridad un transbordador.

Todo el mundo está en silencio.

Mi mente se concentra en la tarea que tengo por delante.

—Comienza a cerrar las escotillas —le digo a Sean.

Cuando se enfrenta a un posible impacto, cerrar las escotillas entre las diferentes secciones de la estación ayuda a preservar la presión y el funcionamiento de aquellas secciones que no son golpeadas por la basura espacial que se dirige hacia ellos.

—¿Por qué empezar ahora? —dice Sean—. El EXT es nuestra prioridad.

—No, la tripulación es nuestra prioridad.

Sean parece que va a discutir, pero cambia de opinión e inclina la cabeza para que continúe.

—Vi a la tripulación cuando sonó la alarma. Ya han estado en alerta desde que se cayó el EXT-1. Están al límite. Dales algo que hacer que no sea esperar a construir un ordenador que nunca se podrá construir. Que sean útiles iniciando los procedimientos de evacuación de emergencia un poco antes. —Miro alrededor de la sala—. Mientras tanto, trabajaremos en la falla EXT desde aquí.

—Tienes razón. La tripulación es lo primero —dice Sean—. ¿Pero por qué no intentar maniobrar la ISS lejos de los escombros primero? Y después iniciamos los procedimientos de emergencia.

—Porque ya no podemos confiar en que el EXT-2 reciba nuestras órdenes. No sabemos si maniobrá la estación a tiempo, pero al menos podemos minimizar los daños de cualquier impacto y poner a salvo a la tripulación.

—Cuando se cierren las escotillas, ¿crees que deberían refugiarse en la Soyuz? —pregunta alguien.

Si las escotillas están cerradas, la tripulación podrá ingresar a la Soyuz, el bote salvavidas esencial de la estación, y esperar a que pase la colisión. Si, después de la colisión, la presión y el soporte vital se dañan, pueden regresar a tierra. O si el EXT-2 falla por completo.

—Tal vez. Pero esperemos que para entonces tengamos un plan para poner la estación de vuelta en funcionamiento —respondo, con la mente puesta en resolver ese problema.

—Llamaré al Director a la zona de mando para que dé la orden de comenzar a cerrar las escotillas. Mientras tanto, todos tienen treinta minutos para limpiar la mierda y comenzar a pensar en una solución alternativa o una solución para esta tormenta de mierda en la que estamos metidos. —Sean mira el reloj—. La cuenta atrás para la evacuación comienza ahora. —Coge el teléfono para transmitir la información a los que trabajan en Control de Misión.

ESTOY SIENDO RIDÍCULA. Y poco profesional. Mi enfoque habitual se ha visto dañado por una Barbie de tamaño natural.

Nada de lo que Flynn haya dicho o hecho debería hacerme creer lo que dijo Beth. Quiero decir, sí, ella obviamente lo conoce de alguna manera. Y sí, la idea de que ella es de hecho su ex hace que mi interior se sienta pequeño y vacío. Pero al menos debería darle el beneficio de la duda. No es como si yo le hubiera contado sobre mis exes. O ex, más bien.

Entonces, cuando le envío un mensaje de texto a Trish y le pregunto si todo está bien, y ella responde que la policía está arrestando a Rose en Boondoggle's, uso el descanso obligatorio de media hora que Sean ordenó para robar el auto de Ian.

Técnicamente, no lo robo. Dejo una nota. Una nota que puede haber estado escondida debajo

de una pila de papeles que arrastré accidentalmente sobre su escritorio cuando tomé las llaves de su cajón. Pero como sea.

Y aparte, los Tesla son increíbles. Quiero decir, he estado pensando en comprar algo con un ambiente de restauración vintage, al estilo de mis héroes del Mercury Seven, pero este auto podría hacer que me decante por uno más comercial.

Me detengo en el estacionamiento de Boondoggle's y salgo del auto. Me estoy regañando por quitarme tiempo libre del trabajo durante una emergencia, tiempo que estoy bastante segura de que Sean quería que usáramos para ducharnos y vestarnos apropiadamente. Pero todo eso se detiene cuando veo a Rose sentada en los escalones hablando con un oficial de policía. Digo hablando, pero en realidad es más como coquetear. Ella está sonriendo y parece completamente despreocupada.

—¿Va a usar esas esposas, agente? ¿O son sólo para presumir? —Rose se apoya en los codos y mira al agente que tiene encima suyo.

—Señora, no creo que se esté tomando la situación en serio. —Es joven y atractivo, y apuesto a que el enrojecimiento de sus mejillas no es por el calor.

—Oh, me lo estoy tomando en serio. Mi abogado está en camino.

—¿Tienes abogado? —le pregunto.

Rose gira la cabeza en mi dirección, se levanta y me abraza antes de que pueda pronunciar la última sílaba.

—Jackie, ¿estás bien? ¿Qué te ha dicho Beth? ¿La NASA explotó o algo así?

—Estoy bien. Estoy en un descanso. La NASA no ha explotado, pero no tengo mucho tiempo. Trish me mandó un mensaje diciendo que estaban por arrestarte. —Ignoro la pregunta de Beth y vuelvo a mirar al agente, el Señor Atractivo, que ahora veo por su placa de identificación que es T. Harrington—. ¿Qué pasó?

—Nada de lo que preocuparse —interrumpe Rose.

—Señora, está siendo acusada de agresión por parte de dos mujeres diferentes —afirma el agente Harrington.

Rose le lanza una mirada y de repente se interesa mucho por sus zapatos.

—Es solo un tonto malentendido —me dice ella.

—Ya veo. —Miro por encima de su hombro y veo a Holt sentado en una de las mesas de picnic hablando con otro agente, con una mujer rubia que más o menos recuerdo haber visto antes. La chica parece un poco desaliñada—. ¿Dónde está Flynn?

—Está...

—¿Señorita West? —Un hombre bajo y regordete se dirige a Rose—. Soy John Watson de Myers, Simon y Schwartz.

—¿Watson? Con todo el dinero que paga mi familia, ¿el bufete envía a un interno? ¿Dónde está Myers? Suelo tratar con él —exige Rose.

—Lo siento, señorita West. Ha sido imposible contactar con Myers o el resto de los socios, ya que es domingo. Yo, un socio junior, era el que estaba más cerca de usted en este momento. —Mira al agente Harrington—. Y me dijeron que el tiempo apremiaba.

—Ah, sí. Supongo que sí. —Le da una palmada en la espalda—. Muy bien, Johnny, vayamos a la comisaría y ocupémonos de este asunto. —Le tiende las manos al oficial—. Espósame.

—Eh... —Harrington se frota la nuca con la mano—. Aunque está usted arrestada, no creo que sea necesario.

—Aguafiestas. —Rose se vuelve hacia mí—. Bien, tengo que ocuparme de esta tontería primero. Deberíamos arreglar para tomar algo más tarde.

—Bueno... Pero casi seguro que no podré, con el problema en la NASA y todo eso.

—Ah, sí. —Frunce el ceño, pero se anima al segundo siguiente—. ¿Y si cenamos mañana?

—Ya veremos, Rose. —Me río—. Tengo que irme, aunque esperaba hablar con Flynn.

La expresión de Rose se apaga.

—Se ha ido. No te preocupes por Flynn. Está bien. Deberías irte para que la policía no te interrogue a ti también y llegues tarde al trabajo.

Su comportamiento cambia tan rápido que no tengo tiempo para procesarlo o preguntarle qué le pasa antes de que me rodee con el brazo y me lleve de regreso al estacionamiento.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —Mira a su alrededor.

—Robé el auto de Ian. —Señalo el Tesla.

—¿Lo robaste?

—Yo, eh, lo tomé prestado —digo, sin mirar al agente Harrington.

Rose se ríe.

—He sido una mala influencia para ti, por lo que veo —dice, echando un vistazo al brillante auto plateado de Ian—. Bueno, nena. Hasta luego. Haré que Flynn te llame. —Luego saluda con la mano como si se fuera de vacaciones en lugar de meter la cabeza en el asiento trasero de una patrulla de policía. Su abogado se acerca a su auto y los sigue.

—Jackie.

Doy un respingo y veo a Trish asomando la cabeza por la esquina.

—¿Trish? ¿Estás bien? —Tiene las manos retorcidas delante de ella y no deja de mirar a los otros policías que toman declaración a la gente del bar.

—Eh, sí. —Mira por encima de mi hombro hacia donde Rose se había ido en la patrulla—. ¿Crees que estará bien?

—¿Rose? Estará bien. O sea, es Rose, ¿no? —Hago lo que puedo para tranquilizarla, ya que Trish parece realmente asustada.

—Vale, voy a volver dentro. Holt dijo que me llevaría a casa cuando terminara de hablar con la policía.

—Lo siento, Trish. Te llevaría yo, pero debo volver al trabajo cuanto antes.

—No te preocupes. De verdad. —Señala el bar de vinos de al lado—. Iré a por una botella de vino y tú ve a encargarte de la NASA, dulzura. —Aunque dice y hace cosas normales, parece forzado. Un rápido vistazo a mi reloj me dice que tendré que averiguar todo lo que ha pasado aquí más tarde.

Troto de regreso al estacionamiento, mis zapatos rechinan con cada paso. Estoy a punto de subirme al auto de Ian cuando veo el Ford Mustang Boss de Flynn todavía estacionado en el mismo lugar de antes. Me vuelvo hacia el porche, pero no lo veo. Estoy a punto de llamar a Holt cuando veo a Flynn al costado del edificio.

Se me va el aliento tan rápido que siento que me han lanzado al vacío del espacio.

Beth, aunque una Beth más despeinada y magullada, está apoyada contra la pared. Y Flynn la tiene aprisionada entre sus brazos, al igual que me había tenido, dos veces, afuera de la puerta de mi apartamento. Los músculos de sus hombros se tensan por apretar y sus antebrazos se flexionan por soportar su peso. El movimiento levanta su camiseta en la espalda, mostrando una porción de piel donde sus caderas estrechas se encuentran con sus jeans. Desde este ángulo, no puedo ver su rostro, pero puedo ver el de Beth y ella está muy contenta.

Su risa esta vez es profunda y ronca cuando levanta las manos para acariciar el rostro de Flynn.

Antes de que puedan besarse, giro sobre mis empapadas Chucks y me deslizo dentro del

Tesla.

Realmente alcanza las 60 mph en 2.5 segundos.

DIECIOCHO

A PRUEBA DE FALLOS

FLYNN

FLEXIONO MIS BRAZOS contra la pared. Es tratar de desmoronar ladrillos con mis propias manos o estrangular a la mujer frente a mí. El sudor gotea por mi cuello. No por el calor, sino por el esfuerzo de toda la fuerza de voluntad necesaria para permanecer en su presencia y no cometer violencia.

Beth continúa divagando sobre cuánto me extraña y cuán obvio es que no la he superado y blablabla. Dulce Jesús, ¿cómo demonios pensé alguna vez que amaba a esta persona? Nunca he estado tan agradecido con mi hermano como lo estoy ahora por encender el fuego debajo de mi culo que me obligó a salir de la ciudad. Incluso si encendió ese fuego follándose a mi ex-novia.

—Solo fue un malentendido, Flynn.

No estoy seguro si está hablando de lo que le dijo a Jackie o si honestamente está tratando de decir que interpreté mal lo de la polla de Holt metida en ella. Me sorprende riendo, pero me detengo tomando una respiración profunda y dejándola salir lentamente. ¿Quién hubiera pensado que alguna vez encontraría humor en esta situación? Me siento bastante lejos de eso ahora.

Tengo que agradecerle a Jackie por eso.

—Siempre fuiste sólo tú, Flynn. —Beth hace un puchero y me pasa las garras por el pecho.

Intento no poner los ojos en blanco, pero no lo consigo.

—¡Eh! —Estampa su pié, olvidada del tacón roto y se balancea hacia un lado—. Sabes que tengo razón. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. —Respira hondo y me pone en la cara sus pechos inflados por un cirujano. Les ha aumentado una talla o dos desde que estábamos juntos—. Ya ha pasado suficiente tiempo, cariño. Olvidémoslo y sigamos con nuestra vida. —Pone los ojos en blanco, como si yo no superara el hecho de que me usó por mi billetera y luego se folló a mi hermano—. Y no te preocupes, no estoy enfadada por esa chica. Sé que tenías que desahogarte.

Necesita callarse por su propia seguridad. Y no solo me refiero a mí. Si Rose la escucha soltar esta mierda, tendré otra pelea en mis manos. Es solo por el bien de mi hermana que me llevé a Beth. Todo para que Rose no se meta en más problemas con la policía. Antes de que llegaran, Rose mencionó que no era la primera vez que se enredaba a golpes con Beth. Dios sabía lo que pasó la última vez, pero una segunda ofensa con la misma persona no sería buena para Rose.

—Sé que me echas de menos, Flynn. —Beth levanta las manos para acunarme la cara.

—No me toques, maldición —le digo, harto de jugar al mediador.

Las manos de Beth se congelan y vuelven a caer a sus costados.

Los neumáticos chirrían cuando alguien sale del estacionamiento. Me giro para vislumbrar un automóvil plateado que gira hacia la carretera.

—¡Flynn! Préstame atención. —Intenta dar otro pisotón, pero solo consigue tambalearse de nuevo—. O iré a hablar con la policía —canturrea.

La mirada que le doy hace que sus ojos se agranden.

—Quiero decir...

—¿Cómo creías que iba a funcionar esto, Beth? ¿Vuelves a meterte en nuestras vidas y esperas que alguno de los hermanos West te acepte de nuevo? Déjame adivinar: ¿tu último *sugar daddy* se cansó de tu drama? ¿Buscas otro hombre rico con el que prostituirte para disfrutar de un estilo de vida de lujo?

Beth palidece.

Sé que estoy siendo duro, pero ya no me importa.

—Estoy con Jackie ahora.

Al oír su nombre, a Beth se le iluminan los ojos.

—No puedes pensar de verdad que *esa chica* encajaría en el lugar de donde venimos. No está en nuestra liga, Flynn. Sé realista.

—Jackie está tan por encima de tu liga que ni siquiera tiene gracia la comparación. Tiene un maldito doctorado. Es una genio e ingeniera de la NASA. Cómo demonios pensabas que podrías competir con ella, no lo sé.

Esta vez Beth pone los ojos en blanco.

—¿Crees que porque alguien tenga unos cuantos títulos le interesa menos tu dinero?

La mano del pecho me aplasta los pulmones.

—No sabes de lo que estás hablando.

Se ríe, como una hiena que entra a matar.

—¿Que no lo sé? Sé exactamente de lo que hablo. ¿Cuántos préstamos estudiantiles tuvo que sacar para pagar todos esos títulos de genio? Ni siquiera puede permitirse ropa decente. Esas zapatillas ridículas, por el amor de Dios. Y, sin embargo, se rodea de gente con dinero—. Su boca se inclina hacia arriba—. ¿Quién era ese refinado hombre con el que se fue? ¿El del Rólex y el Tesla?

—Es lo tuyo poner precio a todos los hombres en la sala, Beth. No todos necesitan zapatos de quinientos dólares.

Me da palmaditas en el brazo como una niña pequeña y mis músculos, ya tensos, se vuelven de piedra.

—¿Qué pensabas que te iba a decir? ¿Que te está engañando y a su compañero de trabajo hasta que decida quién puede ofrecerle una vida mejor? ¿Que le gusta usar ropa barata? —se burla Beth—. Por favor. La vi mirando mi ropa cuando hablamos. Prácticamente babeó.

Guardo silencio, pero eso no detiene a Beth.

—Todo lo que tenía que hacer era mencionar algunos de los regalos que me diste cuando estábamos juntos —se echa el pelo hacia atrás para mostrar los pendientes de diamantes que le regalé un año por su cumpleaños— y se le iluminaron los ojos. Prácticamente podía ver los engranajes girando en su cabeza, preguntándose cuánto tiempo tendría que esperar y qué hacer para acelerar el proceso.

—Mientes. —Y sé que está mintiendo. A Jackie no le importan las cosas materiales. Pero

una sensación de asco se apodera de mí cuando pienso en la enorme deuda que debe tener. Soy un imbécil privilegiado por no pensar en ello. Mi título simplemente se pagó con dinero de bolsillo, un vuelto, ni siquiera una gota en el balde de la fortuna de los West.

—¿Lo hago? ¿O eso es lo que quieres creer, Flynn? Tú mismo has dicho que es una importante ingeniera de la NASA. ¿Qué podría querer alguien así de *un mecánico*? —Escupió la palabra—. ¿Pero un heredero de la fortuna de la Petrolera West? Oh sí, eso sí puedo verlo.

—No todos son unos trepadores sociales codiciosos como tú, Beth.

Beth se ríe tan fuerte que me da un tic en la mandíbula.

—Oh, pobre, dulce y delirante hombre. Tan parecido a tu padre.

La mención de mi padre me hace apartarme de la pared.

—La paseas en tu auto de medio millón de dólares, la llevas a tu casa de lujo gigante, ¿y crees que no se ha dado cuenta? Dijiste que era inteligente, ¿no? ¿Alguna vez has buscado tu nombre en Google? Porque estoy bastante segura de que ella lo ha hecho.

Por mi mente pasan imágenes de la cara de Jackie cuando estaba sentada en mi coche y cuando echó un vistazo a mi casa. Me las sacudo.

—Flynn West, el chiste andante de la élite petrolera de todas partes —dice Beth con un suspiro de satisfacción.

Me vuelvo a meter en su espacio.

—Tengo noticias frescas para ti, Beth: se ríen de ti. —La miro de arriba abajo, asegurándome de no ocultar ni un ápice de mi desprecio—. ¿Crees que le gustas a la gente de nuestra clase? Eres el maldito entretenimiento. Caminando como si fueras más poderosa que todos, rompiéndote la espalda para ganarte unos billetes que sigan alimentando tus hábitos de compras.

Es el turno de Beth de ponerse rígida.

—Ya te metiste con mi familia una vez, Beth. Si vuelves a meterte con ellos o con Jackie, acabaré con tu ascenso social.

—¿De qué estás hablando?

—¿Crees que ya no tengo conexiones solo porque me ensucié las manos con mis 'autos estúpidos'? Piensa otra vez. Estarás en la lista negra de todos los eventos en Houston. Tendrás suerte si te invitan a una fiesta barata en el bosque cuando termine contigo.

—¿Crees que tienes tanta influencia? Eres un simple mecánico estos días, Flynn.

—Pero *yo no*.

Me giro para encontrar a Holt a mi lado.

Beth cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Qué vas a hacer, Holt? ¿Follarme otra vez?

—Dios, no. Una vez fue suficiente para lograr sacar a mi hermano de tus garras de cazafortunas. No podrías pagarme suficiente para que vuelva a tocarte. Ni siquiera soporto estar así de cerca de ti como ahora.

Beth se queda con la boca abierta. La mía también.

—No pienses ni por un minuto que Flynn no puede cumplir su amenaza. O yo. Lo sé todo sobre tus actividades estos últimos años. Conozco tus deudas, y a tus proveedores.

Los hombros de Beth caen contra la pared.

—¿Todavía te gusta esnifar un poco cuando sales de fiesta, Beth? —pregunta Holt, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No sé de qué me estás hablando. —Su voz es chillona.

—¿No? Porque tengo un video que demuestra lo contrario.

—¿Qué...?

—Vete. —Holt da un paso adelante y Beth se encoge todavía más—. Tú ya no nos conoces. No vas a hablar con nosotros ni de nosotros. Ni siquiera nos vas a mirar a lo lejos. Y no hace falta decir que no presentarás cargos contra Rose y vas a convencer a Pam para que haga lo mismo.

Beth frunce el ceño.

—Como sea. Ustedes, los West, se creen tan geniales...Pues piénsenlo de nuevo. Todos ustedes no son más que basura —responde antes de marcharse a toda prisa.

Holt y yo nos quedamos en silencio, mirando cómo Beth habla con uno de los policías, luego se lleva a Pam a su coche y se va.

—¿De verdad tienes un vídeo de ella comprando drogas? —le pregunto.

—No.

Lanzo una carcajada, provocando la sonrisa de Holt.

—¿De verdad te la follaste para que la dejara?

—Sí —admite, con la sonrisa desvaneciéndose de su cara.

Sacudo la cabeza.

—Eso es retorcido, Holt.

—Lo sé. —Se levanta el sombrero, se pasa la mano por el pelo y vuelve a colocárselo—. Pero recuerda cómo eras en el rancho, Flynn. Te metiste con esa parte de la sociedad, yendo a fiestas, pensando que tu mierda no apestaba. Tenías pasión antes de Beth, sueños de tener tu propio taller. Intenté hablar contigo sobre eso, sacar el tema de la mierda estúpida en la que ella te estaba hundiendo. Todas las facturas que te adjudicó. No escucharías. —Se frota la nuca—. Dejaste de trabajar en autos. Incluso dejaste que te convenciera de trabajar en el lado corporativo de la Petrolera West. Un trabajo de escritorio, de entre todas las cosas. Después empezó a hablar de anillos de compromiso y penthouses. Odias esas cosas, hombre. Esa iba a ser tu vida y sabía que serías tan miserable como...

—¿Papá?

—Sí. —Holt suspira—. Yo no podía soportar que eligieras a alguien como mamá. Te mereces algo mejor.

—Deberías haber hablado conmigo de todas maneras. Por el amor de Dios, Holt. Me había dado cuenta de lo que era ella un mes entero antes de encontrarla en tu cama.

—Pero aún estabas en casa. Y ella seguía dando vueltas alrededor, esperando. Quería más para ti, así que me aseguré de que te fueras. Si lo que hacía falta para que te fueras era que me odiaras, valió la pena. —Me mira a los ojos cuando dice—: Sé que fue una cosa horrible de hacer, pero no lo lamento. No lo lamento, porque funcionó. Te fuiste. Estás haciendo lo que amas. Y si esa chica de hoy es una indicación, encontraste a alguien digno de ti, para variar.

Nos quedamos un rato en silencio, viendo pasar los barcos en el lago al otro lado del terreno, escuchando a la gente bebiendo en el porche, ahora que la policía se ha ido. Las palabras de Beth sobre Jackie resuenan en mi cabeza. Estoy a punto de preguntarle a Holt qué piensa cuando Trish interrumpe.

—¿Yuju? —Se asoma por la esquina del edificio. —Los policías se han ido, pero ¿se olvidaron de que su hermana está en la comisaría?

Holt y yo decimos al unísono.

—Diablos.

—Mierda.

HORAS MÁS TARDE, me encuentro en la sala de descanso del Centro de Control de Misión, en medio de un grupo de reflexión. La tripulación a bordo de la ISS está ocupada cerrando las escotillas de los módulos, siguiendo el protocolo. Nadie en la NASA puede encontrar la manera de sincronizar EXT-2 sin tener primero EXT-1 operativo y no hay forma de arreglar el EXT-1 averiado sin que el EXT-2 funcione a pleno rendimiento.

—Más allá de los escombros programados para impactar en cinco horas, los astronautas no pueden permanecer en la estación a largo plazo sin que las computadoras EXT mantengan y regulen el calor y la energía de la ISS. Especialmente ahora, justo antes de que entremos en un período beta. La estación se convertirá en una barbacoa donde da el sol y en un congelador donde está en la sombra —dice Sean a la sala —.

—¿Qué tal usar la *Soyuz* para maniobrar la estación? —pregunto.

Ian niega con la cabeza.

—Pensamos en eso durante el descanso, pero después de un análisis de datos recordamos la larga reunión con la estación después de su lanzamiento. Las dieciocho horas adicionales de aproximación a la estación quemaron mucho combustible de propulsión. No hay suficiente gasolina para maniobrar la estación fuera del camino de escombros y llevar a los astronautas de regreso a casa de manera segura, en caso de que necesiten realizar una evacuación de emergencia.

—¿Qué clase de tormenta de mierda *es* esta? —grita Sean, haciendo saltar a la mayoría de los presentes en la reunión—. ¿Cómo es posible que tengamos dos fallos EXT, poco combustible y un posible impacto por basura espacial, todo al mismo tiempo?

Nadie responde.

Me remuevo en mi asiento, mucho más cómoda desde que me cambié la ropa del bar. Ian me atrapó devolviendo sus llaves a su escritorio. La mirada en mi rostro debe haberle dicho que había estado al borde de un colapso nervioso, porque todo lo que hizo fue pasarme su bolso del gimnasio y decirme que podía agarrar lo que quisiera de lo que había ahí.

Actualmente estoy sentada en una reunión de alto nivel con varios hombres de traje, vestida con una enorme camiseta de Harvard y pantalones cortos de baloncesto de hombre ceñidos. Mis pies son grandes, pero las zapatillas para correr de Ian todavía van unos centímetros más allá de mis dedos. No me importa. Son mejores que mis Chuck empapadas en cerveza que tristemente tiré a la basura.

Por un minuto, me preocupo por lo que pensaría Flynn, yo usando la ropa de otro chico. Especialmente la de Ian, después de toda esa escena privada cuando me dejó en la puerta de la NASA y me besó. Pero luego hago un giro mental de los ojos. Puedo ser inteligente, pero me han engañado. De nuevo.

Flynn no es serio conmigo. Quiero decir, ¿qué esperaba? ¿Me enseña cómo conectar un auto, tengo sexo con él y luego vivimos felices para siempre?

Me congelo.

Flynn. Auto. Cables.

Dulce Neptuno.

Me adelanto en mi asiento. "Trae los esquemas". Puede que haya gritado, porque todos los ojos se vuelven hacia mí, sobresaltados.

—¿Del vehículo ruso? Están ahí. —Ian señala la pantalla.

— No, olvídate de los giroscopios. El EXT-1: necesito los esquemas de los cables externos

que van desde afuera de la estación a la caja.

Sean asiente y los internos salen corriendo de la habitación para conseguir los esquemas. Apenas percibo el caos, con la mente en el cableado. La estación espacial es mucho más complicada que un simple motor de automóvil, pero el arreglo debería ser igual de sencillo...

Ian apoya una mano en mi brazo, trayéndome de vuelta a la habitación.

—Los esquemas deberían estar listos en un minuto.

—Bien. —Miro a Sean—. Haz que Jules y Bodie preparen los trajes espaciales.

Vance Bodaway (alias Bodie) es un astronauta ingeniero de vuelo que está a bordo de la ISS con Jules. A Bodie le encantan las ideas innovadoras tanto como a ella, así que lo que tengo planeado los entretendrá un rato.

Sean levanta ambas manos.

—Espera un minuto. ¿Qué estás pensando exactamente? Necesito más información antes de ordenarle a algunos miembros de la tripulación que detengan los procedimientos de escotilla de emergencia y se tomen una hora para ponerse el equipo EVA.

—No tenemos un minuto. Como dijiste, les tomará una hora vestirse, luego otra para la caminata espacial que estoy planeando. Y si lo que les digo que hagan no funciona, todavía tendrán dos horas para volver a la estación, quitarse el equipo y dirigirse a la *Soyuz* con el resto de la tripulación.

—Yo no puedo... —comienza a decir Sean.

—Vamos, Sean. Se trata de Jackie. *Sabes* que, si está tan segura de una idea, tiene que ser buena —dice Ian.

Le doy las gracias con la cabeza.

—En el peor de los casos, Jules y Bodie pierden un poco de tiempo poniéndose sus trajes —termina Ian.

Sean mira de Ian a mí.

—Bien. —Agarra el teléfono y da la orden al director en la zona de mando. Cuando cuelga el teléfono, se sienta y me mira—. Entonces, doctora Jackie Darling Lee. ¿Qué tiene planeado exactamente?

Respiro hondo.

—Vamos a hacerle un puenteado a la estación espacial.

DIECINUEVE
EL FINAL DE LA CUENTA REGRESIVA

FLYNN

MI HERMANA tararea mientras rebusca en la despensa de mi cocina. Como si no hubiera estado arrestada y casi encarcelada.

—No me puedo creer que no sea la primera vez que te detienen por pegar a Beth —le digo a Rose—. ¿Me interesa saber qué pasó?

Rose asoma la cabeza por la despensa, mirándome a los ojos.

—Ya sabes cuándo fue. —Desaparece de nuevo un momento y sale con una bolsa de galletas—. Por eso tengo mis propios abogados. —Tira la bolsa sobre la encimera—. Y por eso le pagué a Beth la primera vez y le hice firmar papeles diciendo que nunca podría demandarme. Sabía que no había terminado de causar problemas. —Abre de un tirón la puerta de la heladera y murmura—: No soy estúpida.

—Eso aún está pendiente de demostrarse —digo, pero me río por lo bajo, recordando la cara que puso nuestro hermano en comisaría—. Pensé que a Holt le iba a dar un ataque de ansiedad—. Durante una hora, Holt se encerró con el abogado de Rose después de haber descubierto las peleas anteriores. Se había enfadado aún más cuando el abogado de Rose no le dijo nada debido a la confidencialidad con el cliente.

Rose toma el envase de leche y se aclara la garganta.

—Hablando de Holt, parece que ya se llevan mejor. —Su voz es esperanzadora.

Después de nuestra varonil y sincera charla luego de haber tenido que tratar con Beth, mi hermano y yo nos hemos estado llevando mejor. O al menos se ha disipado gran parte de la tensión y el resentimiento. Holt volvió caminando de regreso al rancho después de la comisaría. Creo que ambos vamos a tomar esta nueva reunión un día a la vez.

Me acerco a ella, apartándola del camino.

—Sí. —Sonríe, luego tomo un refresco de la heladera. Hoy me di cuenta de cuánto me había estado controlando mi ira. Estaba tan consumido por eso que dejé que me cegara a lo que es importante: la familia. Y ahora, Jackie. Así que estoy dejando ir la ira. Es más fácil de lo que pensé que sería. Mi hermano es un idiota, pero al menos estaba tratando de ayudar.

—Eso es bueno. —Se sirve un gran vaso de leche y bebe un buen trago—. Me estaba cansando de hacer de intermediaria entre ustedes dos, idiotas.

—Lindo bigote, amigo —le digo, revolviéndole el pelo.

—¡Ey! Cuidado. —Rose agacha la cabeza y se limpia el bigote de leche con el dorso de la mano—. Todavía tengo ese look de recién arrestada. Es difícil de falsificar. Tengo que aprovechar al máximo el toque de real que me da. —Sonríe antes de abrir la bolsa de galletas.

—Lo que tú digas —digo poniendo los ojos en blanco.

—No te olvides de llamar a Jackie —dice con la boca llena de galletas—. Tuvimos un fallo cercano antes.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuando Beth y Jackie hablaron en el bar? —Tomo un sorbo de refresco—. Beth me contó lo que hablaron. —Me encojo de hombros—. O al menos su versión de la historia.

—Eh, sí. Yo no me creería nada de lo que diga esa zorra. —Ella sacude la cabeza—. Hablo de cuando Jackie volvió después de que llegara la policía.

Dejo la lata con cuidado sobre la mesada.

—¿Regresó?

—Sí. Estaba lista para ir a buscarte, pero yo sabía que estabas con Beth, así que la guíé de vuelta a su auto. —Se mete otra galleta en la boca—. Menos mal que la saqué de allí. Lo último que Jackie necesitaba era verte a ti y a la loca de tu ex acurrucados en el bar. Puede que Beth esté malditamente loca y además endemoniada, pero está buena. Ninguna chica quiere pensar que su hombre se cogió a alguien como ella.

Me quedo muy quieto.

—No estábamos en el bar, Rose.

—¿De qué hablas? —murmura Rose con otra galleta en la boca—. Si te fuiste para ahí cuando llegó la policía.

—Hasta que el gerente nos pidió que saliéramos porque Beth estaba gritando como una loca. Estábamos en el estacionamiento.

Nos miramos. Rose traga saliva.

—Jackie habría dicho algo si te hubiera visto, ¿verdad? —pregunta Rose, con los ojos llorosos mientras se traga la galleta. Levanta el vaso de leche para intentar tragárselo.

Vuelvo a reproducir esa parte del día, cuando acorralé a Beth contra la pared solo para evitar que le cuente a la policía. Desde el estacionamiento eso no se hubiera visto bien. Compruebo mi celular.

—No ha estado respondiendo a mis mensajes ni a mis llamadas de más temprano.

—Está en el trabajo. Hay una emergencia en la NASA, ¿recuerdas? —La voz de Rose suena insegura, por lo que sé que estoy en problemas.

Una vez más, analizo mentalmente mi interacción con Beth. Nadie gritó mi nombre, ni siquiera vislumbré un cabello rubio salvaje subiendo los escalones del porche desde donde había estado parado. Pero luego me golpea. Mi mente se detiene en la única cosa que me había distraído de aislar a Beth.

Aquel automóvil plateado.

—Espera, ¿cómo llegó al bar? Su coche está en mi garaje —digo, rezando estar equivocado.

—En el Tesla de Ian.

—Mierda.

NUNCA ME HABÍA ALEGRADO TANTO por mi factura de cable astronómica. Tengo que pagar por

una gran cantidad de otros canales para tener todos los canales especializados que se ocupan de las restauraciones antiguas y las carreras. Pero junto con ese costoso paquete está NASA TV. No había forma de que pudiera llegar al sitio con toda la seguridad y sin identificación. Estoy bastante seguro de que hacer una escena en la puerta no me haría ganar el cariño de Jackie. Pero Jackie había mencionado NASA TV una vez, así que hojéo hasta que lo encuentro.

Aparentemente, NASA TV brinda cobertura en vivo de lanzamientos, caminatas espaciales y otros eventos de la misión, así como también las últimas noticias y archivos de video. Lo que me interesa en este momento son las imágenes en vivo del Centro de Control de la Misión. El canal muestra un montón de escritorios con varias computadoras apiladas encima. Cada escritorio largo está atendido por dos o tres personas. Luego están las personas de pie en el centro de la habitación.

Hay tres. Una de ellas es Jackie.

Junto a ella hay dos hombres, uno con traje y otro con pantalones beige y polo. Por alguna razón, Jackie lleva una camiseta de gran tamaño y pantalones cortos de gimnasia. Ella también tiene un auricular puesto y le está haciendo un gesto a uno de los hombres. No hay mucho sonido. Un montón de murmullos y sonidos de tecleo, pero eso es todo.

Se siente realmente extraño poder verla, lo que está haciendo, y que ella no sepa que la estoy mirando.

Rose se sienta en el borde de mi sofá con su computadora portátil sobre las rodillas, siguiendo las noticias actuales y la televisión de la NASA. Resulta que mientras yo estaba ocupado teniendo una pelea familiar de basura blanca, Jackie había estado tratando de salvar la Estación Espacial Internacional y su tripulación. Hablando de perspectiva.

No creo que tenga su teléfono con ella, pero saco el mío y le envío un mensaje de texto de buena suerte de todos modos. Por si acaso.

Me sorprende ver que Jackie gira la cabeza hacia uno de los escritorios. Agarra un celular y mira la pantalla. Frunce el ceño antes de dejar el teléfono sobre la mesa boca abajo. Su expresión se aclara cuando Ian le hace señas para que se acerque a otra mesa. Camina hacia él, dejando atrás su teléfono y mi mensaje.

Eso no es bueno.

JACKIE

ME CONCENTRO en los esquemas proyectados en la pantalla frente a mí. Sentada en una mesa, junto con la mayoría de los altos mandos de la NASA, me sorprende no estar nerviosa. Ni siquiera me ajusto los anteojos. En cambio, me hago cargo.

—Pueden ver los cables dañados en las tomas que la astronauta Starr hizo del EXT-1 durante el EVA después de que fue impactado. Lo que tenemos que comprobar son los cables que siguen pasando por debajo del panel exterior. —Miro al equipo de ingenieros eléctricos reunido a un lado de la sala—. ¿Qué les dicen los planos?

—De acuerdo con el boceto eléctrico, los cables continúan debajo del panel e incluso se enrollan para aflojarse. Deberían tener suficiente para cortar y volver a conectar —responde uno de ellos—. Si eso falla, podemos hacer una pinza doble alrededor de la sección dañada.

Me dirijo a la división EVA.

—¿Cuál es nuestra línea de tiempo? ¿Qué tan rápido pueden Jules y Bodie salir por la puerta?

Los astronautas siempre van de dos en dos, el clásico sistema de compañeros. Aunque Jules dirigirá la maniobra, Bodie será su apoyo.

—Están preparados. Solo tienen que conectarse los cascos y llegar a la esclusa.

Camino de un lado a otro con lo que parecen zapatos de payaso en mis pies. Cualquier persona que realice una caminata espacial debe despresurizarse para evitar el síndrome por descompresión, o "las curvas", que sucede cuando alguien está expuesto a una caída rápida de la presión externa y las burbujas de gas nitrógeno en expansión en el torrente sanguíneo escapan demasiado rápido. Para evitar esto, una hora antes de la caminata espacial, un astronauta se pone el traje espacial completo y respira oxígeno puro dentro de la esclusa de aire sellada mientras la presión disminuye gradualmente. Una vez que el área alcanza la presión adecuada, el astronauta se empuja a sí mismo a través de la escotilla de aire y sale hacia el espacio.

—Tendrán tanto la correa de sujeción como la mochila propulsora SAFER, ya que no sabemos cuánto tiempo puede llevar esto —continúa un ingeniero de EVA.

Los EVA suelen tardar semanas en planificarse. No horas. Hay una lista detallada de procedimientos, que se siguen al pie de la letra. En comparación, lo que he planeado es como darle pinturas y un pincel a un niño pequeño y esperar un Rembrandt.

¿Todas esas películas sobre astronautas que saltan a sus trajes y luego se sumergen en el espacio para salvar el día? Sí, no tanto. Incluso esta caminata espacial organizada apresuradamente está torciendo el protocolo casi hasta el punto de ruptura.

—De acuerdo. Asegúrense de que Jules tiene su cinturón de herramientas completamente equipado con tijeras, cables, todo. No queremos un fracaso simplemente porque se olvidó de empacar correctamente su bolso —dice Sean.

Ian suelta una carcajada.

—Jesús, Sean. Deberías alegrarte de que sea una emergencia. De lo contrario, Recursos Humanos te patearía el culo por ese comentario.

Sean lo desestima con un gesto y rueda los ojos, murmurando algo sobre la mierda de la zona segura de los millennials. Todos fingen que no pueden oír, pero las risas continúan.

Me muevo hacia la puerta, mi nerviosismo estallando con una sonrisa rígida.

—Vayamos a reconectar esos EXT.

LAS GRANDES PANTALLAS del Centro de Control de la Misión muestran varias imágenes del interior y exterior de la ISS, y ahora incluyen una cuenta regresiva para el impacto estimado de los escombros. Jules y Bodie han tenido tiempo de despresurizarse adecuadamente. Veo algo parpadeando por el rabillo del ojo. La pantalla de mi teléfono se ilumina con una notificación de mensaje de texto.

—Ya pueden ir a la escotilla —instruye Sean a los astronautas por el auricular.

—Houston, estamos en camino —responde Jules.

Jules puede ser una vaquera espacial, pero cuando se trata del trabajo, ella se concentra. Casi no suena como ella misma en las llamadas de radio. Lo que probablemente sea algo bueno, ya que llamar "zorra" a una Directora de Vuelo en televisión nacional no es el tipo de relaciones públicas que la NASA busca en estos días.

Todos los ojos en la habitación están pegados a la pantalla mientras Jules y Bodie trabajan juntos para abrir la escotilla y hacerla girar contra la pared interior. Aprovecho el momento para levantar mi celular.

Flynn: *Buena suerte, cariño.*

¿En serio? Pasa de besarse con la muñeca Barbie que es su ex a enviarme mensajes de texto como si fuera mi novio en el lapso de unas pocas horas. Tal vez tenga un trastorno de personalidad múltiple. O tal vez Rose está equivocada: él es como Brian y *puedo* llegar a la conclusión de que los hombres no quieren a las chicas nerd.

—La escotilla EVA está abierta y guardada. —La profunda voz de Bodie llega a través de los altavoces—. Cambiando la fuente de energía del traje a modo batería.

Suelto el teléfono con más fuerza de la necesaria y respiro hondo. «*Enfócate*».

—¿Jackie?

Ian me hace señas para que me acerque a la zona de mando EVA.

Me olvido de Flynn por el momento y me concentro en Ian.

—¿Sí?

—Sólo quería mostrarte las especificaciones del traje, y los niveles de batería y oxígeno, para que lo tengas en mente mientras hacemos de vaqueros en este rodeo espacial.

—¿De vaqueros? —Me río, pensando en mis novelas románticas y en cómo a Jules le encantaría la comparación—. Gracias, Ian.

Sonríe y da la orden de cerrar las válvulas de depresión.

—Válvulas de depresión cerradas —responde Jules.

—Estación, visores abajo —ordena un controlador de vuelo EVA. Los visores de los trajes espaciales están recubiertos con una fina capa de oro. Ayuda a filtrar los rayos nocivos del sol, lo que en Junio, en periodo beta, es sumamente importante. La visera también protege al astronauta de las temperaturas extremas.

Jules y Bodie comienzan a maniobrar hacia la estructura de Starboard Zero, en el lado que mira hacia el espacio del laboratorio U.S. Destiny. Es la pieza central del almacén de la estación donde se alojan los rayos solares, los radiadores y los circuitos de refrigeración, así como los EXT-MDM. Afortunadamente, la esclusa de aire está justo debajo, por lo que no tienen que ir muy lejos.

Se adjunta una cámara al casco de Bodie, lo que brinda a todos en el Centro de Control de la Misión una vista práctica. Junto a la pantalla que se alimenta de la cámara de Bodie está la cuenta regresiva. Cuatro horas. Parece mucho tiempo, pero en el espacio todo lleva mucho más tiempo, y cuando tienes que tener en cuenta la hora extra necesaria después de la caminata espacial para la descompresión, cada minuto cuenta.

Jules y Bodie se toman su tiempo, moviéndose en tándem, asegurándose de asegurar los ganchos de seguridad en sus amarres a la estación a medida que avanzan. Los astronautas siempre parecen moverse en cámara lenta por la falta de gravedad, pero en realidad, conectados a la estación espacial, viajan a 17,150 millas por hora. Eso es 1.76 millas por segundo.

Lo que les pido a Jules y Bodie que intenten es similar a que un cirujano realice una cirugía a corazón abierto con guantes de invierno mientras se monta en una montaña rusa.

Sin presión ni nada.

Para cuando llegaron al almacén de Starboard Zero, yo estaba sentada. La adrenalina que ha estado bombeando a través de mi sistema desde que sonaron las sirenas en Boondoggle's está desapareciendo. La voz de Jules llega a través de los auriculares y me obliga a ponerme de pie otra vez.

—Houston, los EXT están al alcance.

Bodie desengancha uno de sus anclajes y se tira hacia delante para anclarla junto a EXT-1.

Jules llega desde el lado opuesto del almacén de la ISS y se ata entre EXT-1 y EXT-2.

—Houston, estamos en posición —transmite Bodie.

—Estación. De acuerdo, muchachos, deben mirar las transmisiones de cable que se alejan de EXT-1 y 2, las que fueron golpeadas por el meteorito hace unas semanas —aconsejo por los auriculares—. Los manojos de cables expuestos fueron impactados, pero necesitamos que desatornillen el panel que oculta el resto de los cables.

—Houston, recibido. Comienzo a desatornillar el panel —dice Jules, iniciando el procedimiento de caminata espacial que redacté hace apenas una hora.

Esta parte de una caminata espacial es algo tediosa. Cada vez que un astronauta hace un movimiento, tiene que anunciarlo verbalmente al CCM, aunque podemos verlos en la pantalla de las cámaras situadas en sus cascos. Y aunque memorizan el procedimiento único de cada EVA antes de vestirse, enviamos comandos verbales a los astronautas para cada paso a través de sus comunicadores. Es redundante, pero protocolario. Y dado que el protocolo ha salvado vidas varias veces a lo largo de la larga e ilustre historia de la NASA, no jodemos con él.

En el monitor, Jules saca el taladro a batería de su mochila y lo ata a su traje y lentamente, muy lentamente, desenrosca el panel al lado del cable con alambres carbonizados y rotos. La punta del taladro es magnética, lo que ayuda a Jules a mantener el control. Aun así, veo que un tornillo se aleja flotando.

—Mierda —Aparentemente, Jules se olvidó de la transmisión pública.

Ian y yo nos miramos el uno al otro, luchando contra la necesidad de sonreír.

—Estación. ¿Qué fue eso, astronauta Starr? No podíamos oírte aquí abajo.

—Hum, nada, Houston. Sólo perdí un tornillo. Tengo repuestos en mi bolso.

Sean cubre su micrófono y mira a Ian.

—Y por eso siempre me aseguro de que los astronautas lleven su bolso. —Una suave carcajada recorre el Centro de Control, rompiendo la tensión que ha ido en aumento desde que Jules y Bodie salieron de la esclusa.

—Houston, panel retirado —Jules narra mientras le entrega a Bodie el panel grande. Incapaz de atar el panel a sus trajes, Bodie apoya los pies en los pasamanos de la estructura de la estación y usa las manos para sujetar el panel para que no salga volando.

Su luz ilumina los cables debajo del panel.

—Houston, los manojos de cables están intactos.

Gracias al cielo. Libero un suspiro agitado.

—Estación. Excelente. Estamos listos para hacer el puenteadado. —Hojeo los esquemas extendidos sobre la mesa—. Estación, necesito que desacoples el conector ciego en el extremo posterior de EXT-1, en la interfaz J1/P1. ¿Los ves?

—Afirmativo, Houston. Los veo, y están a mi alcance —dice Jules.

—Bien, Estación. Agarra el cable con tapa P1 que viene del RPC 4. Debería haber una cavidad abierta a la derecha, donde no hay ninguna caja conectada. Esa es la conexión que vas a usar.

—Houston, lo veo.

—Vas a tener que atravesar por encima. Detrás de la cara abierta debe haber tres cables. Desactiven y destapen la conexión J1/P1 —les ordeno.

El CCM se queda en silencio mientras Jules sigue las órdenes. Cuando llega a la zona, le pregunto:

—¿Tienes suficiente longitud para mover el cable destapado hasta la conexión EXT J1?

Hay una larga pausa.

—No. Está demasiado apretado —responde Jules.

Esta vez Sean maldice.

Bodie gira la cabeza hacia los cables del armazón, iluminando los monitores con la imagen.

—Espera, Houston, hay bridas que enrutan el manajo de cables a lo largo de la estación, incluido el cable que necesitamos. Si Jules corta las bridas, tendrá suficiente longitud para llevar el cable a la conexión adecuada.

Una cosa que mucha gente no sabe: a la NASA le gusta mantener las cosas unidas con cinta aislante y clips. En serio.

Sean habla en su auricular.

—Estación. Espera. —Se levanta de su escritorio y se acerca a donde estoy. Huele a sudor y a café. Pero, claro, ¿y quién no apesta en este momento? —Si aflojamos esos cables, ¿causará algún daño potencial o mal funcionamiento a los que aún están operativos?

Llamo a uno de los ingenieros y repito la pregunta.

—Negativo —responde—. Ese grupo tiene las cicatrices cuatro a seis. Todas están inutilizadas y tapadas. —Las cicatrices son como llamamos a las infraestructuras viables, pero no utilizadas, específicamente para necesidades futuras.

Sean me da el visto bueno con un movimiento de cabeza.

—Estación, corta la brida —digo—. Pero cuidado con los alicates. No necesitamos más desafíos.

—Houston. Entendido.

El tono de Jules me tranquiliza más de lo que lo hubiera hecho un Xanax en este momento. Puedo decir que ella está firmemente en control de la situación. Esa mujer es una leyenda en ciernes. Sólo puedo desear estar allí arriba con ella.

—Bodie, mueve tu cabeza gorda. Necesito más luz.

—Soy un poste de luz glorificado, ¿no?

Dios, adoro a estos dos.

Unos minutos más tarde, con los alicates en la mano, Jules corta las bridas a lo largo del tramo de metro y medio.

—Estación, ¿te dió suficiente margen? —Si no, volvemos al principio y evacuamos. En un puenteado de verdad, puedes cortar cables, quitarles el revestimiento y conectarlos, como me enseñó Flynn. Pero cables calientes en manos de astronautas no es algo bueno. Una chamuscada y sus trajes espaciales podrían despresurizarse. Necesitamos las cicatrices intactas para que esto funcione.

—Oh sí, Houston. Estamos listos—, dice Bodie en su micrófono.

Me permito una pequeña sonrisa. Pero mi cuerpo sigue tenso. Aunque lograr la conexión adecuada es una parte importante del plan, pueden ocurrir muchos otros fallos antes de que hayamos terminado.

—Estación, extiende el cable hasta la interfaz J1.

Durante los siguientes quince minutos, observamos cómo Bodie gira la cabeza de un lado a otro mientras Jules tira del nuevo cable y maniobra alrededor del armazón para llegar al panel de conexión de EXT-1. Al final tengo que volver a sentarme. Estoy agotada de esperar.

Todos observan cómo Jules intenta conectar el cable, pero no lo consigue. Vuelve a intentarlo. No va.

—Houston, la tercera es la vencida. Cable conectado.

—Excelente, Estación. Jules, necesito que vuelvas a asegurar el panel externo. Bodie, comprueba que todas las conexiones estén seguras.

Una vez hecho esto, Sean se dirige a la zona de mando CRONUS.

—Manden el comando para enviar EXT-2 a un estado de diagnóstico.

Un estado de diagnóstico iniciará FDIR, un programa de software que detecta fallos, los aísla y trata de recuperarlos. Una vez completado, podemos hacer que EXT-1 vuelva a funcionar si el puenteado ha funcionado.

La espera es insoportable. Cada línea de datos que el FDIR muestra en los monitores hace que mi corazón lata más fuerte. Por suerte, cada dato sigue su ciclo sin fallos.

—FDIR completado con éxito. La conexión es viable. EXT-1 activado en estado primario y recibiendo comandos —anuncia la zona de mando CRONUS.

La sala se llena de aplausos, la gente grita, aplaude y se abraza. Ian deja su zona de mando para darme vueltas mientras me abraza y nos reímos los dos.

—Eres una maldita genio, Jackie —me dice, dejándome en el suelo. El giro desacomodó mis anteojos, y me congeló cuando Ian los vuelve a colocar en su lugar. No se da cuenta de mi postura de estatua, pasando a estrechar la mano de Sean y felicitar al resto del equipo. Con dedos temblorosos, reajusto mis marcos, pensando en Flynn y preguntándome si está con Beth en este momento exacto.

Aunque estoy abrumadoramente feliz por el resultado de la caminata espacial, mi sonrisa es forzada cuando hablo con Jules y Bodie a través de mis auriculares.

—Estación, tenemos dos EXT en pleno funcionamiento. Pueden volver a entrar.

Haciendo caso omiso del protocolo de bucle público, Jules simplemente responde:

—Lo conseguiste, zorra. Lo conseguiste.

VEINTE

DIAGNÓSTICO

JACKIE

LOS ZAPATOS de Ian nunca serán los mismos. No he podido levantar los pies por completo mientras caminaba a casa, mi agotamiento es como una dosis extra de gravedad en mis extremidades. Arrastrar, agrupar. Arrastrar, agrupar. Ha sido mi tema musical desde que finalmente dejé el Centro de Control hace un rato, dirigiéndome a mi apartamento.

Debería haber tomado un aventón con alguien en el trabajo, pero la mayoría de mis compañeros de trabajo se dirigían a celebrar, retomando donde lo habíamos dejado en Boondoggle's. Yo no. No creo haber estado nunca tan cansada. Físicamente, sí. No dormí mucho anoche y la mayor parte del tiempo he estado de pie y caminando de un lado a otro desde que sonaron las alarmas en la ISS. ¿Mentalmente agotada? Chequeado. Si cierro los ojos, todavía veo planos eléctricos y estructurales, así como códigos de comando que pasan bajo mis párpados.

He estado mental y físicamente exhausta antes. Por lo general, no al mismo tiempo, pero aún así. Nada nuevo. El verdadero asunto es mi estado emocional. Nunca entendí realmente lo que la gente quería decir con emocionalmente exhausto hasta que la adrenalina se desplomó cuando Jules me llamó zorra después de que EXT arrancó de nuevo. Después de eso, podría haberme deslizado hasta el suelo y haberme estrellado. Pero mantuve mis pies debajo de mí, incluso con las muchas palmadas de felicitación en mi espalda, hasta que Sean llamó y nos mandó a casa, el próximo turno del CCM tomó el relevo.

Afortunadamente, no informaremos nada hasta mañana. Y tengo la sensación de que voy a necesitar todo el tiempo de recuperación que pueda tener. Tan agotador y estresante como fue la caminata espacial, aún así hizo algo bueno por mí. Mantuvo mi mente alejada de Flynn.

Finalmente doy la vuelta a mi complejo de apartamentos. No es necesario ingresar un código, ya que la puerta aún está rota. Giro mental. Necesito agregar "desplazarse por los listados de bienes raíces" a mi lista de tareas pendientes, junto con un nuevo...

Me detengo en seco en el estacionamiento y parpadeo. Mi auto está en mi espacio de estacionamiento asignado. Meto los dedos debajo de los lentes y me froto los ojos, enderezo las monturas y vuelvo a comprobar el número de plaza de estacionamiento. Todavía está allí. No es que nadie más tenga el mismo auto que yo, pero aún así, tenía que verificar. Porque si está aquí eso significa...

Tomo una inhalación profunda.

No lo hagas. No te atrevas a hacerlo, Jackie. No llorarás.

Mis fosas nasales se ensanchan mientras tomo varias respiraciones profundas, cerrando los ojos hasta que siento que el escozor detrás de mis párpados se enfría. Una vez que estoy segura de que estoy bajo control, sigo caminando hacia las escaleras, deliberadamente sin mirar el recordatorio de que Flynn y yo terminamos. Sin recordar cómo no había querido darme mi auto, ya que aseguré que de esa forma tendría que volver a verlo. Porque si recuerdo, entonces tengo que enfrentar la conclusión lógica de que él simplemente no quiere que vaya a verlo de nuevo. Que lo que vi en el estacionamiento de Boondoggle's era más que mi perspectiva sesgada, que era real y verdadero.

Mi pié se engancha en la parte delantera de los peldaños varias veces mientras subo al tercer piso. Paso a paso me concentro en mis pies, deseando llegar a mi cama. Si puedo colapsar en mi espacio seguro, estaré bien. Puedo arreglar todo mañana. Solo necesito desconectarme y dormir. Reiniciarme, como reinicié la ISS esta noche.

Tal vez, si tengo suerte, mañana pueda encontrar una manera de conectar mi mente, poner en marcha las sinapsis en mi cerebro. Repto al último descanso. Sólo unos pocos pasos más y estaré allí.

—¿Jackie?

¿Flynn? ¿Por qué está Flynn sentado frente a la puerta de mi departamento? Parpadeo varias veces, pero al igual que con mi auto, la imagen frente a mí no cambia. Observo fijamente sus brazos que descansan sobre sus rodillas, sus largas piernas con botas levantadas hacia su pecho. Sus ojos parecen pesados y su pelo es un desastre. Se ve tan *bien*.

—¿Jackie? ¿Estás bien?

Supongo que me lo pregunta porque no respondí la primera vez. Esta vez tampoco puedo responder. Tal vez empecé el reinicio mental demasiado pronto.

Lentamente, mete más las piernas, se empuja contra la puerta y se levanta.

—Te vi —dice. —En el canal de la NASA, quiero decir—. Inclina la cabeza hacia abajo, mirándome a los ojos. Como si tratara de leerme. —Me alegro mucho de que todo haya salido bien, de que tu amiga Jules esté a salvo.

Sigo con la mirada fija, sin procesar realmente lo que está pasando. Me pregunto si estoy teniendo un colapso mental. Parece una conclusión lógica para el día que he tenido.

Da un paso hacia mí y se detiene.

—Lo siento, Jackie. Lo siento mucho. Por lo de antes. Lo de Beth.

Al oír eso, noto que me estremezco, que el nombre de esa mujer me golpea el pecho. Él lo ve y da otro paso adelante, con las manos extendidas.

—Lo siento, Jackie. Debería haber ignorado todo ese desastre de situación y haber estado a tu lado cuando pasó todo lo de la NASA. —Se pasa la mano por el pelo y respira hondo—. Me quedé en shock. Nunca pensé que volvería a verla. Demonios, nunca *quise* volver a verla.

Algo debe de estar entendiendo, porque siento que inclino la cabeza y frunzo las cejas. Intento comprender qué quiere decir la última frase y en lo que significa.

Flynn debe de leer mi confusión, porque acorta la distancia que nos separa y me aprieta los bíceps con sus brazos.

—No quiero a Beth, Jackie. Por favor, di que lo sabes. Por favor, di que sabes que nunca te haría eso a ti.

Abro la boca, pero algo se me atasca en la garganta. Intento aclararla, pero mi voz sigue siendo áspera cuando hablo.

—No quieres a Beth. —No estoy segura de si lo estoy preguntando o sólo intento repetir lo

que dijo para que mi mente apagada lo asimile.

—Dios, no. —Me envuelve en sus brazos—. A ti, Jackie. Solo te quiero a ti.

Podrían ser sus palabras. O la sensación de sus brazos a mi alrededor. O incluso el hecho de que ha tomado la mayor parte de mi peso corporal en su fuerte abrazo, aliviando mis músculos agotados por la tensión épica de mantenerme en pie.

Sea lo que sea, enciende algo dentro de mí. Pero en lugar de poner en marcha mi cerebro, estoy bastante segura de que Flynn acaba de reiniciar mi corazón.

Y lloro.

FLYNN

EL PELO de Jackie me hace cosquillas en la nariz. Hago desaparecer el picor y me concentro en la sedosidad de su piel desnuda bajo las yemas de mis dedos mientras los muevo arriba y abajo por su espalda.

Después de que ella lloró contra mi pecho fuera de su apartamento, la levanté, la llevé adentro y la puse en el borde de la cama. Mientras cerraba el lugar, la escuché arrastrarse hacia el baño. Unos minutos más tarde, salió descalza, todavía con pantalones cortos de gimnasia de gran tamaño y una camiseta. La desnudé, retiré las sábanas de su monstruosa cama en forma de nube y la arrojé. Parecía tan pequeña, sus pecas más prominentes contra la ropa de cama blanca, sus largas pestañas descansando en sus mejillas.

Me costó, pero me moví para alejarme. El sofá tenía mi nombre por todas partes, y estaba bien durmiendo allí. Bien con ser alguien en quien pudiera apoyarse, con quien contar, sin ataduras. Solo había dado un paso cuando, más rápido de lo que pensaría que alguien tan exhausto podría hacerlo, Jackie tomó mi mano y tiró de mí hacia ella.

Los presentadores de noticias dicen que Jackie es una heroína, que su idea de puentear las computadoras salvó la Estación Espacial Internacional. Y lo es, pero también es sólo una persona. Una persona que tuvo uno de los días más estresantes de su vida, nada ayudada por el drama de mierda que dejé caer en su puerta. Hay un límite para lo que una persona puede aguantar, y Jackie excedió ese límite hoy.

Estaba más que medio dormida, con los ojos cerrados, el cuerpo envuelto en su nube, pero aún tenía un agarre de acero. No fue hasta que murmuré que necesitaba quitarme los zapatos antes de meterme en la cama que me soltó la mano. Pero ella abrió un ojo, manteniéndome en su punto de mira mientras me quitaba los zapatos, los jeans y la camisa y volvía a subirme a la cama.

A pesar de lo cansada que estaba, no fue hasta que me acosté completamente junto a ella, apretándola con fuerza contra mí, que sentí que su cuerpo finalmente se relajaba y se dormía.

No estuve allí para Jackie antes, pero estaré aquí para ella ahora. No puedo simplemente aparecer en su puerta después de lo que ocurrió. Jackie es inteligente, fuerte y capaz sin mí. Pero en este momento, con su cabello haciéndome cosquillas en la nariz, mi brazo entumecido por abrazarla fuerte y portando una dolorosa erección, sé que estoy justo donde necesito estar. Asegurándome de que ella esté a salvo.

VEINTIUNO

BANDERA NEGRA

FLYNN

TODAVÍA NO ME las arreglo para hacer un huevo revuelto.

Lo cual es probablemente la primera lección sobre 'Valerse por sí mismo 101', también conocido como 'ser adulto'. Aún así, ya acepté que nunca ganaré esa insignia, tanto que si mi supervivencia algún día depende de que cocine huevos, soy un hombre muerto certificado.

El queso a la parrilla, sin embargo, es una historia diferente. Domino el juego del queso a la parrilla.

Voy a cocinar para Jackie esta noche. Para ser justos, el queso a la parrilla es lo que cocino la mayoría de las noches que no salimos a comer ni compramos comida para llevar, pero a ella no parece importarle. De hecho, estaba tan llena de gratitud cuando se lo hice después del trabajo la semana pasada que juro que casi llora.

Personalmente, creo que tiene la vara demasiado baja. Aunque, después de que me contó sobre el imbécil de su ex, tiene sentido. Incluso en mis años de ser más idiota, nunca había hecho apuestas sobre cogerme a una chica. Ese es un nivel de bajeza completamente mayúsculo. Y saber que ese imbécil está a solo cuarenta y cinco minutos en Houston, jugando para el equipo de béisbol de mi ciudad, irrita. Irrita bastante. Pero parte de la razón por la que Jackie se abrió conmigo, además de querer explicarme por qué había asumido tan rápidamente lo peor cuando me vió con Beth, fue que prometí que le dije que no haría nada con respecto a ese dato sobre la identidad y paradero de su ex. Lo cual fue una promesa fácil de hacer antes de escuchar toda la historia. ¿Ahora? Quiero golpearle el culo con su propio bate. Aunque ahora me arrepiento de esa promesa, Jackie y yo hemos recorrido un largo camino desde entonces.

Han pasado dos semanas desde la caminata espacial de emergencia, desde la noche en que llevé a Jackie a casa y la abracé mientras dormía, exhausta por el estrés y la preocupación. A la mañana siguiente hablamos. Le expliqué las causas de la aparición de Beth en Boondoggle's, completa con la historia de fondo incestuosa de Holt y ella habiéndose acostado. Nos habíamos comprometido verbalmente con nuestra relación, por lo que no habría más anomalías confusas (palabras de Jackie). Y luego hablamos un poco más. Hemos hablado sobre nuestra infancia, nuestras aspiraciones y cómo nuestras relaciones pasadas influyeron en nuestro presente. Y seguimos hablando. Incluso hemos hablado de las cosas pequeñas, como que Jackie piensa que las tostadas de aguacate están sobrevaloradas y que creo que los autos sin conductor serán el

primer paso hacia el Armagedón. Ahora sé que estaba loca de miedo por su amiga Jules durante la caminata espacial, pero dejó de lado su miedo y buscó una solución, como la genio ruda que es. Y sé que quiere un perro y dos hijos, como yo. Bueno, si me saliera con la mía, sería más como cuatro niños y dos perros. Pero, ya sabes, lo suficientemente cerca.

Nuestras charlas han continuado todas las noches después del trabajo cuando ella viene a mi casa en su Honda de mierda. Hemos salido un par de veces, reuniéndonos con Rose y Trish, pero la mayoría de las veces pedimos comida para llevar o muestro mis habilidades culinarias con queso a la parrilla. Pruebo un queso nuevo cada vez. Soy así de asombroso.

Han sido dos semanas geniales.

Estoy tratando de no perder mi tarjeta de hombre por lo feliz que me hace, pero está cerca.

Inteligente, hermosa y divertida. Jackie es la trifecta, seguro.

Oigo que se abre la puerta del garaje, lo que me da unos minutos para poner la mesa.

Y por poner la mesa, me refiero a servir los sándwiches en platos de papel y dejarlos caer sobre el mostrador. Dos botellas de agua, una manzana cada uno, y listo. Gourmet en su máxima expresión.

La puerta de la lavandería se abre y se cierra.

—¿Flynn?

Sí, así es, no sólo le di a Jackie mi control remoto extra del garaje, sino que también tiene una llave de la casa. Esta mierda va en serio.

—Hola, nena, en la cocina —grito por el gran salón, arrancando dos trozos de papel de cocina para utilizarlo como servilletas.

Jackie entra saltando en la habitación de esa forma tan especial que hace cuando está excitada. No se pone a dar brincos, pero está muy cerca.

Se detiene delante de mí y sonrío.

—Hola.

Me inclino y la beso, mi parte favorita del día. Bueno, si no contamos la hora del dormitorio.

Me retiro y rozo ligeramente su nariz con la mía.

—Bien, suéltalo.

Se inclina y me pone las manos en el pecho.

—¿Cómo sabías que tenía algo que contarte? —Hace un puchero adorable.

Vuelvo a tocar su nariz con la mía.

—No importa cómo. Cuéntame. ¿Qué te tiene tan contenta? —Señalo los platos de papel—. Además de mi impresionante cena, claro.

Jackie mira la mesa y suelta un suspiro de felicidad. Me encanta cómo le gustan las cosas pequeñas.

Y entonces vuelve a concentrarse, llena de energía otra vez.

—Nunca creerás quién me llamó hoy.

—Bueno, si nunca lo voy a adivinar, será mejor que me lo digas. —Me acerco a sus caderas y la atraigo hacia mí. De lo que me arrepiento cuando vuelve a ponerse de puntillas y casi me golpea la nariz con la frente.

—¡La oficina de astronautas! Han llamado para concertar mi entrevista final, Flynn. —Ella está saltando por completo ahora y estoy momentáneamente distraído de sus palabras debido a las cosas maravillosas que su exuberancia está haciendo por sus pechos.

Para mi decepción, deja de saltar y levanta el pulgar y el índice, separados solo unos centímetros.

—¡Estoy *así* de cerca de convertirme en astronauta! ¿Te lo puedes creer? —Y entonces

vuelve a botar mientras mis piernas se quedan clavadas en el sitio, como si estuvieran cargadas de plomo.

—Espera. ¿Qué? —Le pongo las manos en los hombros para que no se mueva. La miro a los ojos—. ¿De qué estás hablando?

Mi tono debe de sorprenderla, o eso o la intensidad de mi mirada, porque me mira divertida antes de sacudírmela.

— El último paso en el proceso de contratación de astronautas. Ya sabes, el que he estado pasando, del que te hablé.

Me zumban los oídos y la pesadez en las piernas se me ha extendido al pecho.

—Me dijiste que pasaste la primera ronda, pero pensé que convertirte en astronauta era un proceso jodidamente largo, y muy duro o algo así. ¿No es básicamente imposible?

—Bueno, sí, pero...

—¿Y por qué estás tan emocionada? Quiero decir, te sostuve mientras llorabas no hace ni dos semanas. Y me dijiste que gran parte de eso era lo asustada que habías estado por Jules. Pensé que eso te haría retractarte de este ridículo plan.

Jackie se aparta de mi agarre, mis manos se deslizan fuera de sus hombros.

—¿*Ridículo*?

Parte de mi cerebro sabe que estoy en espiral. Que necesito dar un paso atrás y un par de respiraciones profundas y no decir algo de lo que me arrepienta. Pero la mayor parte huele los motores en llamas, escucha el metal derrumbándose, se ahoga con la devastación del inevitable choque. Parece que no puedo separar el final de mis padres de la historia de los accidentes del transbordador espacial, las alarmas de seguridad de la ISS y la desgarradora sensación de que Jackie está en peligro constante.

—Es demasiado peligroso.

Jackie suelta una risa nerviosa.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Continúo mirándola.

—Te das cuenta de que, estadísticamente hablando, los mecánicos y aquellos que conducen autos antiguos sin todas las características de seguridad modernas tienen más probabilidades de lesionarse que los astronautas, ¿verdad?

Sigo sin decir nada. No puedo. Solo veo metal retorcido y fuego.

Me pone una mano en el brazo.

—Seguro que si te doy todas las...

—No —me oigo decir.

Ya no veo la cara de Jackie. Está borrosa, a pesar de estar a un palmo de distancia. Pero la oigo, su voz tímida y temblorosa.

—¿Qué quieres decir?

Pestañeo varias veces y vuelvo a enfocar su hermoso rostro.

—Quiero decir que no, que no puedes ser astronauta. —Se estremece—. No si quieres estar conmigo.

VEINTIDÓS TIEMPO REAL

JACKIE

ME DIÓ UN ULTIMÁTUM. Elegir entre Flynn y convertirme en astronauta. Elegir entre el sueño que he perseguido toda mi vida y el hombre al que he llegado a amar.

Amar. Es casi tan increíble como el ultimátum. Ambas no menos ciertas cuanto más repito las palabras en mi cabeza.

No he visto a Flynn en una semana. No desde que lo miré, atónita, con los ojos probablemente tan abiertos como esos platillos voladores que la gente cree que el gobierno esconde en el desierto de Nuevo México. Cuando permaneció estoico, con la mandíbula apretada, los puños apretados a los costados, inamovible, simplemente di un paso atrás y me alejé. A mi auto de mierda. Conduje hasta mi departamento de mierda y retomé donde lo había dejado en mi vida de mierda antes de Flynn.

Y ese es el truco. Tan inteligente como todos me dicen que soy, nunca me di cuenta de lo horrible que era mi vida, hasta que dejó de serlo.

Por extraño que parezca, a medida que mi vida amorosa ha estado implosionando, mi vida laboral está despegando como un proverbial cohete. Estoy de vuelta en mi consola de mando en el Centro de Control de la Misión, mis problemas personales metidos en su propio pequeño compartimento en el fondo de mi mente. Sean está actualmente en su séptima taza de café del día. Jules y Bodie están a salvo, con la ISS de nuevo en pleno funcionamiento.

Incluso tuve mi entrevista de astronauta ayer. Pude liberarme de la neblina en la que me habían arrojado las demandas condicionales de Flynn el tiempo suficiente para responder con un mínimo de inteligencia las preguntas que Roger McAllister, el Jefe de la Oficina de Astronautas, y Jorge Salazar, el Director de Operaciones de Vuelo, me hicieron.

Y aunque han pasado dos semanas desde la emergencia EXT de la NASA, los medios de comunicación y los reporteros todavía están acampados en la NASA. He hecho todos los audios que RRHH me ha requerido, y eso es todo. Pero mi reticencia no ha impedido que los reporteros se refieran a Jules, Bodie y a mí como los salvadores de la ISS. Me dió dolor de cabeza cuando puse los ojos en blanco después de escuchar eso. A quienquiera que se le ocurrió ese titular se le deberían quitar las credenciales periodísticas.

Pero estoy segura de que eso no es lo que el equipo de relaciones públicas con el que acabo de pasar unas horas quiere que diga en mi próxima entrevista en Fox News. Que la NASA insiste

en que haga.

Inhalación profunda.

Voy a ignorar todo en mi vida que no involucre este momento en el Control de la Misión. Fingiré que todo ha vuelto a la normalidad. Decisiones normales y cotidianas en tiempo real con la tripulación y la tecnología de la estación. No hay basura espacial inminente, no hay cableado, no hay notificaciones de texto con ringtone de bocinazos y, con seguridad, no más lágrimas. Solo mi vida normal y cotidiana, mala o no.

—¿Jackie?

Giro la silla para callar a quien me llama, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—¡Sí eres tú! —Hacia mí camina Brian Hampson, el nuevo campocorto de los Astros de Houston y el hombre que me quitó la virginidad.

Esto es tan *anormal*. Pero sigue siendo muy mierda.

Está con un grupo de cuatro hombres muy altos, muy grandes. Para completar su grupo hay una mujer con una cámara y una credencial de prensa alrededor de su cuello. Brian me pone de pie y me envuelve en un fuerte abrazo antes de que tenga la oportunidad de responder. Una cámara parpadea.

—¡Nada de fotografías con flash! —grita Sean en un susurro, uno de sus superpoderes. La periodista se encoge de hombros, pero ajusta su cámara.

Brian se echa hacia atrás, mirándome, mientras mantiene un ángulo perfecto para la fotografía.

—¿Cómo te ha ido?

—Hum, ¿genial? —Un rápido vistazo a CCM me hace desear haberme dado de baja o haberme tomado esas vacaciones que todos decían que me merecía. Intento alejar el rubor que me amenaza y me aclaro la garganta—. ¿Y tú?

Nos gira para que estemos frente al fotógrafo, con el cartel de Centro de Control detrás de nosotros.

—Bien, gracias —dice, dirigiéndose a mí, pero posando para la cámara.

Y él lo está. Bien, eso es. Siempre lo ha estado, pero los últimos años han ensanchado sus hombros y esculpido sus brazos en bandas de acero. Bandas de acero que todavía están a mi alrededor.

Me ajusto los lentes y doy un paso atrás.

—¿Qué haces aquí?

Hace un gesto a los hombres que tenemos delante.

—Me han fichado los Astros de Houston, así que querían que viera los sitios de interés. —Vuelve a posar, desplazando su peso, y creo que... sí, está flexionando el brazo. Lleva el pelo más largo. Dejó atrás el corte corto de la universidad y lo sustituyó por una media coleta. Sabe peinarse mejor que yo—. Algunos chicos del equipo me van a llevar en un tour por la NASA. Buenas relaciones públicas, con la reciente cobertura informativa. —Recorre la sala con la mirada, probablemente como lo hace un miembro de la alta sociedad en los banquetes, tratando de encontrar a gente más importante y adinerada. Brian parece resignado a que yo sea su única interlocutora por el momento.

—Ya veo.

—¡Eres la heroína de la NASA! Está en todas las noticias —dice Brian, llamando mucho la atención de mis compañeros.

Antes de que pueda hacerle callar y maniobrar de vuelta a mi zona de mando, la fotógrafa salta entre nosotros, acorralándome hasta que estoy en medio de todos los jugadores de béisbol, y

toma más fotos.

—Por mucho que adore toda esta mierda de reunión, esto es el Centro de Control de Misión y ustedes, muchachos, necesitan cerrar la boca. Algunos de nosotros estamos trabajando aquí —dice Sean desde su zona de mando.

—Lo siento, Sean —le digo.

—No podemos enfadarnos demasiado con la *heroína*, ¿verdad? —Sean me guiña un ojo y siento que se me calienta la cara—. Además, tu turno ha terminado. —Nos hace señas a todos hacia la puerta—. Ve a llevar a tus amigos famosos a comer, Jackie.

—No creo que...

—Eso suena genial —dice Brian—. Gracias por la idea, grandulón.

Casi vale la pena volver a ver a Brian solo para presenciar la expresión de pura indignación en la cara de Sean por haber sido llamado «grandulón». Casi.

ESTOY SENTADA FRENTE A BRIAN, el triturador de mi corazón virgen, en una mesa para dos.

En un restaurante de sushi, ese, según Brian, es *el* lugar para almorzar. Por supuesto que Brian querría comer en un restaurante de alto perfil.

Ni siquiera me gusta el sushi.

Cuando salimos de la NASA, Brian me llevó a su Audi biplaza. Los otros jugadores de béisbol se fueron a hacer una barbacoa. Ni siquiera se habían despedido, lo cual pensé que era grosero hasta que recordé... a Brian. Estoy segura de que ya ha cabreado a sus colegas de su nuevo equipo.

Cuando llega el mesero, Brian ordena por los dos sin siquiera consultarme.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo todos estos años? —pregunta—. Además de salvar la Estación Espacial y todo eso.

Me habría sorprendido su interés si su tono no hubiera sido tan obviamente burlón. De repente, retrocedo diez años, sentada en la biblioteca, dándole clases de matemáticas básicas mientras sus amigos se ríen desde unos estantes más allá. Como si fuera la memoria de mis músculos, mis hombros comienzan a rodar hacia adelante y mis ojos se clavan en la superficie de la mesa.

—No mucho —digo, enojada conmigo misma por ser tan débil.

—Sí, supongo que entre todas esas cosas geek que siempre te han gustado, no te queda mucho tiempo para nada divertido. —Coge una especie de vaina de judías que ha traído un camarero y empieza a colar las judías con los dientes. Continúa hablando con la comida en la boca—: En parte por eso he venido. Hacerte pasar un buen rato, llevarte a algunos eventos que van a pasar alrededor de la ciudad. —Hace muchos gestos con la mano. La que sostiene una cáscara de vaina vacía. La astilla verde y viscosa se mueve de un lado a otro con cada movimiento—. Quizá te invite a algún acto publicitario de los Astros.

Le miro sin comprender. No puede estar pidiéndome salir en serio. No después de lo que hizo en la universidad. No sin siquiera reconocerlo o disculparse por ser... ¿Cómo le había llamado Rose? Oh. El rey de los malparidos.

—Pensé en hacerte un favor. Sacarte de la central de nerds, dejarte ver cómo vive la otra mitad. Hay algunos banquetes para los que debería tener una cita y serías perfecta con toda la publicidad que has estado recibiendo.

Vaya. Sí habla en serio.

En los últimos días he sido bombardeada con solicitudes de los altos mandos de la NASA. De gente de relaciones públicas. De periodistas. De Rose y Trish por mensaje de texto. Y he ignorado por la única persona que he amado. Todo lo cual me he sentido completamente mal preparada para enfrentar. Estar mal equipada no me sienta bien. Estoy muy cansada de estar mal equipada.

Llevo los hombros hacia atrás y miro a Brian directamente en su bonita y desagradable cara.

—No.

Deja caer la vaina de judías para coger los palillos.

—Sí, hay una gran fiesta en River Oaks esta semana, además de un baile benéfico el próximo fin de semana. Me imaginé que todo el ángulo de Astro-Astronauta se haría viral. —Se ríe, aparentemente divertido de su propia astucia. Y parece que no me escucha.

—No —repito más alto.

La mano de Brian se detiene a medio camino de su boca, un trozo de pescado crudo cae de sus palillos.

—¿No?

—Ya me has oído. No.

Parece sorprendido y confuso a partes iguales. Confundido, probablemente porque nadie lo ha rechazado antes. Sorprendido, probablemente porque soy yo quien lo está rechazando.

—Oh. Por. Dios —Una adolescente se acerca a nuestra mesa, brincando de felicidad.

Brian alisa su ceño fruncido y se echa hacia atrás en su asiento, mirándola. Es probable que esté evaluando si es mayor de edad o no.

—Déjame adivinar, ¿fanática de los Astros? —Deja los palillos en la mesa. —Quieres un autógrafo, ¿verdad? —Mete la mano en el bolsillo y saca un rotulador.

La chica mira a Brian.

—¿Eh? —Me mira a mí—. Usted es la doctora Jackie Darling Lee, ¿verdad?

Parpadeo. Brian vuelve a fruncir el ceño.

No entiendo por qué sabe mi nombre.

—Sí. —Esbozo la palabra, insegura de adónde va esto.

—¿Lo eres? Eso es *tan* genial. —Parpadeo sorprendida cuando se vuelve hacia su familia, que está en una mesa un poco más lejos que la nuestra—. ¡Sí es ella!

Brian habla.

—Mira, niña, ¿quieres una selfie conmigo o qué? Estamos un poco ocupados aquí.

La chica salta al oír su tono y yo pongo los ojos en blanco. Alargo la mano y le toco el brazo, redirigiendo su atención.

—Perdona, ¿qué decías? —pregunto.

Ella entrecierra los ojos hacia Brian en una de las mejores miradas de adolescente molesta que he visto antes de responderme.

—Básicamente *salvaste* a la NASA. Yo también quiero trabajar ahí. Tal vez podría trabajar en la división de Carga Útil. He leído que ayudan a organizar todos los experimentos que realizan los astronautas en el espacio. He estado sacando muy buenas notas en todas mis clases de ciencias y leí que tú también. No soy muy buena en matemáticas, pero mis padres dijeron que me conseguirían un tutor para que pueda tomar algunas clases de apoyo. También he estado yendo al Campamento Espacial todos los veranos en Space Center Houston y espero ir al más grande en Alabama el próximo año. Incluso estoy pensando en ingresar a la Fuerza Aérea para poder ser piloto. A la NASA le encanta la experiencia militar, ¿no? —Se queda un poco sin

aliento después de hablar.

Mi sonrisa es amplia y genuina por primera vez desde que salí de casa de Flynn. Siempre me hace feliz ver a mujeres jóvenes interesadas en la exploración espacial.

—Eso es realmente genial. La NASA realiza algunos experimentos bastante sorprendentes en el espacio. Siempre estamos buscando cosas nuevas para probar y personas para probarlas. Y es cierto que en el pasado la mayoría de los astronautas tenían antecedentes militares, pero ahora no siempre es así. Ingenieros, científicos e incluso profesores se han convertido en astronautas. —Miro a su familia, que sonríe en nuestra dirección—. ¿Cuál es tu nombre?

—¿Mi nombre? —Los ojos de la chica se abren de par en par y por un momento creo que ha olvidado su propio nombre—. ¡Megan! —grita, hace una mueca de dolor y luego repite en voz más baja. Le arranca a Brian el rotulador de la mano y me lo tiende junto con una servilleta—. ¿Puedes firmar esto?

Brian protesta.

—Por supuesto. —Hablo por encima de él y garabateo en la servilleta.

Megan lo lee en voz alta:

—¿Qué intentarías conseguir si supieras que no puedes fallar? Jackie Darling Lee.

Sonrío.

—No soy tan filosófica. La cita suele atribuirse a Robert Schuller, un pastor estadounidense que la utilizaba en sermones y libros inspiradores. De algún modo, la NASA la adquirió, y debo decir que encaja.

—Eres increíble. —Megan sujeta la servilleta con ambas manos—. Gracias, doctora Lee.

Deslizo el rotulador sobre la mesa hacia Brian.

—Llámame Jackie. Seguro que lo harás tarde o temprano cuando trabajes en la NASA a mi lado.

No estoy preparada cuando se lanza hacia mí, pero mis brazos la rodean automáticamente y se tensan un momento. Ella se endereza, saluda con la mano y se dirige de nuevo a su mesa. Una mujer mayor, probablemente su madre, me saluda con una sonrisa.

—¿Puedes creer, semejante perdedora? —Brian se ríe, tirando de un pulgar en su dirección—. ¿No se va a sentir como una imbécil cuando se dé cuenta de que perdió la oportunidad de conseguir mi autógrafo? Quiero decir, en serio, ¿cuánto puede valer *tu* firma? —Se echa algo de comida a la boca con los palillos mientras contemplo la posibilidad de arrebatárselos de la mano y apuñalarle la garganta.

Sin darse cuenta de mis pensamientos homicidas, Brian continúa:

—Pero esto podría beneficiarnos. Cuando vengas conmigo a estas cosas, puedes conseguir el voto de los nerds y yo el de la gente genial. A la gente le encanta ese tipo de basura. Estaremos en la cima de la alta sociedad de Houston en poco tiempo. Probablemente también en Hollywood. —Traga saliva—. Tampoco hace daño que conozcas a gente como Rose West.

—Espera. ¿Cómo sabes que conozco a Rose?

—Últimamente sales en muchas de sus fotos de Instagram. Así es como me di cuenta de que estabas aquí. —Apuñala otro trozo de pescado con los palillos—. No podía creer que *tú* conocieras a un West. —El pescado se cae de nuevo. Debería usar un tenedor.

—¿Qué quieres decir con «un West»? —¿Y por qué está siguiendo a Rose en Instagram?

El camarero interrumpe antes de que pueda responder, preguntando si todo está bien. Ignorando, o simplemente sin importarle que no he tocado mi plato, Brian asiente y le hace un gesto con la mano para que se vaya. Sigue hablando, incluso mientras se mete más comida. Acerca de cómo los West son un antiguo apellido muy conocido en Houston. Luego está

divagando sobre fotos publicitarias, patrocinios y cómo los dos podríamos obtener miles solo por aparecer en fiestas. No me molesto en decirle que, como empleada del gobierno, no puedo aceptar dinero para ese tipo de cosas. O hacerle cualquiera de las muchas preguntas de seguimiento que tengo sobre su interés en los Wests. No me molesto en decir nada. Me imagino que cuanto más hable o pregunte, más tardará.

En cambio, me pregunto por mi yo de dieciocho años. ¿Había sido tan ingenua? ¿No sabía yo qué tipo de idiota era él? Tal vez fue porque había sido el primer chico que me mostró ese tipo de atención. Pero ese hilo de pensamiento muere cuando hojeo mis recuerdos como una presentación de diapositivas. Brian fue el primer chico al que *le permití* que me mostrara ese tipo de atención. Puede que no haya sido popular, siendo la chica más joven en la escuela secundaria y la universidad, pero, si soy honesta conmigo misma, tuve otras oportunidades. Simplemente me interesaba más la escuela que los chicos. Brian probablemente se había comunicado conmigo porque lo había impulsado una apuesta, un motivo oculto que lo hacía reacio a retroceder. Pero Flynn...

Flynn lo había logrado porque había sido el primer hombre a quien consideré digno de mi tiempo mental. En lugar de tener la cabeza siempre llena de cosmos, probabilidades y ángulos matemáticos, me tomé un tiempo para pensar en él. De su sonrisa, de su risa, de sus manos. La forma en que parecía amar mis anteojos, mi cuerpo, pero lo mejor de todo, mi mente. Él es el único chico con el que no me había resentido por ocupar espacio en mi proceso de pensamiento. Pensar en él me hace tan feliz como pensar en la ciencia. Más feliz, incluso.

Es una gran sacudida para mis sentidos cuando vuelvo a enfocar y veo a Brian al otro lado de la mesa. ¿Por qué estoy aquí? Estoy más allá de esto, más allá de él y de los sentimientos de insuficiencia con los que solía dejar que me llenara. Me levanto de mi asiento, con la intención de irme, cuando la mano de Brian agarra mi brazo.

—¿Adónde vas? ¿No has oído lo que te he dicho? Podríamos ganar mucho dinero si...

—Deja de hablar. —Intento zafarme de su brazo.

—¿Cómo dices? —Me aprieta la mano y hago una mueca de dolor.

—He dicho que dejes de hablar. —Tiro de mi brazo, sin preocuparme por los moretones que aparecerán más tarde—. Y suéltame. —Pero su mano me aprieta con más fuerza y utiliza su fuerza bruta para empujarme de nuevo a la silla.

—No había terminado de hablar. Y nadie me dice que me calle. —Me señala con el dedo. Eso no me gusta. No me gusta nada de esto.

En unos segundos calculo los ángulos probables y el par de torsión necesario.

—Jesús, ni siquiera me estás escuchando, ¿verdad? Siempre he odiado cuando te despistas. Esperaba que hubieras superado esa mier...

Agarro su dedo y aplico la cantidad correcta de presión en un ángulo hacia adelante, lo que inmoviliza a Brian sin romperle el hueso. Aunque también he calculado eso si intenta algo. Se queda con la boca abierta y palidece.

Lentamente, me levanto de mi asiento, asegurándome de mantener el ángulo necesario para garantizar la cooperación física de Brian. Cuando intenta mover el otro brazo en mi dirección, aplico más presión. Grita.

—Ni lo intentes —le digo.

Baja el brazo libre mientras yo me alejo de la mesa. Para evitar que se le rompa el dedo, tiene que arrodillarse.

—Me vas a romper el puto dedo. Soy jugador de béisbol, maldita perra. Necesito mis dedos para jugar. Te voy a malditamente demandar. —Ahora que se le ha pasado el susto, tiene la cara

roja y se le forman gotas de sudor en la frente.

Y la gente piensa que las matemáticas son para los débiles. Con unos pocos cálculos, una nerd como yo ha puesto de rodillas a un neandertal.

—Y yo necesito que... dejes... de hablar. —Doy un paso hacia él, su cabeza se echa hacia atrás para mirarme—. No vuelvas a hablarme. Tuviste suerte de que decidiera ir a un restaurante *contigo*. Tú no eres lo bastante bueno para *mí*. ¿Entiendes? —Utilizo una infinitesimal cantidad extra de fuerza en su dedo, lo que resulta en un gemido satisfactorio de Brian—. No me importa ganar dinero ni hacer apariciones contigo. No me importa formar parte de la élite de la sociedad o maximizar tu exposición en las redes sociales. Y te aseguro que no me importas tú ni tus dedos de beisbolista. Demándame y todo el mundo sabrá que una chica te pateó el culo. Y no cualquier chica, una nerd. —Suelto su dedo y retrocedo fuera de su alcance—. Y ahora esta nerd tiene mejores cosas que hacer y gente más importante con la que hablar.

La gente aplaude mientras giro sobre mis talones y me dirijo a la puerta antes de que Brian pueda recuperarse. Cuando cruzo el umbral, el calor me golpea. Me tomo un momento para dejar que mis pulmones se adapten antes de pisar fuerte hacia mi apartamento.

VEINTITRÉS
MOTOR DETENIDO

FLYNN

—¿QUÉ *demonios* haces aquí?

Levanto la vista desde debajo del capó de un Barracuda de 1975 para ver a Rose corriendo por el garaje.

He estado en el taller desde el amanecer de esta mañana después de otra noche de insomnio. Cuando llegó el resto de mi equipo, una mirada a mi cara fue suficiente para que me dieran un gran rodeo. Han aprendido esa lección de la manera más difícil en los últimos días. Aparentemente, sin embargo, mi ira no desconcierta a Rose.

—No quiero oírlo —le digo.

—¿Oír qué? —Llega a mi lado, con las manos en las caderas y las botas de vaquero golpeando.

—Lo que sea que vayas a decir.

Me inclino sobre el motor. El tipo que dejó el Barracuda ayer dijo que necesitaba un carburador nuevo. Pero después de revisar las bujías, volví a evaluar. A menudo, un problema eléctrico parecerá similar a un problema de combustible. Eso es algo que me gusta de arreglar autos: identificar el problema, arreglarlo y seguir adelante. Es una de las cosas que me encantan de Jackie. Ambos analizamos y arreglamos mierda.

Mi mano aprieta la llave inglesa.

—Se supone que deberías estar acostado en la cama con Jackie en este momento, haciéndole cosas indescriptiblemente sucias mientras te disculpas por ser tan imbécil. Y eso es *después* de que golpeaste a su exnovio idiota.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. —Rose gira sobre su pie y se inclina bajo el capó, poniéndose en mi cara.

—¿De qué demonios estás hablando, Rose? —Me encorvo hacia delante, apoyando el brazo en el guardabarros—. Jackie es la que no me ha llamado. Ella sabe dónde estoy parado. La pelota está en su cancha.

—Tú. Eres. Un. Estúpido. —Rose puntúa cada palabra con una puñalada en mi esternón—. Te dejé decir esa mierda de que Jackie eligió un trabajo peligroso antes que a ti porque pensé que necesitabas escuchar lo egoísta que estabas siendo. O tal vez necesitabas algo de tiempo para sacar la cabeza de tu culo. Obviamente, no eres tan inteligente como te había dado crédito.

Me encuentro torciendo mis labios, conteniendo réplicas enojadas, porque sé que Rose tiene razón. Pero ella todavía no lo entiende. Ella era demasiado joven para recordar cuando el abuelo se rompió el cuello montando ese semental, y luego en el internado cuando Holt atendió la llamada sobre el accidente automovilístico de mamá y papá. Pero yo tenía la edad suficiente para sentir el dolor de todas esas pérdidas. Me he estado enamorando de Jackie desde la primera vez que deslizó esos lentes por su nariz frente a mí. Y no puedo soportar perder a nadie más que amo.

Rose cruza los brazos sobre el pecho y me mira encorvada bajo la capucha.

—Entonces, ¿estás diciendo que no te importa que su ex se pusiera físico con ella y la empujara en público?

El tintineo de mi llave al golpear el motor resuena en el silencio del garaje. Me enderezo y me giro hacia mi hermana.

—¿Qué mierda...?

Puede que mi ira no la perturbe normalmente, pero lo que sea que estoy mostrando ahora seguro asusta a Rose. Da un paso atrás. Pero eso no detiene su actitud sarcástica.

—Una fan de la NASA estaba grabando un vídeo de Jackie cuando ocurrió. Lo grabó todo. Lo publicó y etiquetó la cuenta de Twitter de la NASA. Viral en un instante. —Rose chasquea los dedos—. Por suerte para ti, Jackie parece muy versada en defensa personal. —Rose me mira por debajo de la nariz, lo cual es impresionante ya que mido casi medio metro más que ella.

—Mierda, Rose, yo... —Me paso la mano por el pelo—. ¿Defensa personal? ¿Se encuentra ella bien? ¿Alguien llamó a la policía? Tal vez debería...

—No, idiota. El momento de jodidamente actuar ya pasó. Te dije que no iba a esperar para siempre tu disculpa.

—Yo...

—Quiero decir, ella piensa que eres un puto mecánico, Flynn. Por el amor de Dios, ella ni siquiera sabe lo que *significa* ser un West. Y aún así la chica te ama. —Me mira con desprecio—. Y, sin embargo, tú, la persona a la que acudió primero con la noticia de que estaba a un paso de conseguir el trabajo de sus sueños, quiere que lo rechace. —Se da golpecitos con el dedo en la barbilla—. Wow, ¿a alguien más le parece un déjà vu ésto? ¿Como cuando un pequeño privilegiado de mierda renunció al negocio petrolero para abrir su propio taller mecánico porque era *su* sueño? ¿Y qué hizo su novia en ese momento? Le dió un ultimátum, si no recuerdo mal. ¿No es así, Flynn?

Abro la boca, pero no sale nada.

Ella exhala despacio, con los ojos brillantes.

—Puede que te preocupes por ella, pero seguro como la mierda que no la mereces.

Mierda. Ella tiene razón.

JACKIE

BIG Y RICH están cantando sobre salvar un caballo y montar un vaquero mientras yo me acuesto en mi cama en ropa interior, tratando de refrescarme después de conducir a casa desde el trabajo. El aire acondicionado de mi auto se estropeó. Por supuesto que sí.

Así que llegué a casa y me di una ducha fría, tratando de dejar de sudar y relajarme después

del largo día que acababa de tener. Un día de lidiar con las secuelas de las malditas payasadas machistas de Brian Hampson y el video de la posterior patada en el culo que le di. O más bien de la doblada de dedos. Sin embargo, aunque no es tan preciso, decir que le pateé el culo suena mejor que decir que le torcí los dedos.

Necesito un plan. Un procedimiento para ayudarme a superar este lío. Mmm. Al ver que Operation Social Life no funcionó tan bien, quizás más bien sea mejor una lista de cosas por hacer.

Paso uno, comprar un auto nuevo. Esto debería ser divertido. Un auto nuevo implica investigación. Me encanta la investigación. Pero ahora, pensar en autos me hace pensar en Flynn. Y eso me pone triste. Supongo que compraré la misma marca y modelo que tengo ahora, pero nuevo. No será tan increíble como uno de los autos antiguos de Flynn, pero espero que me dure otros diez años. Suelto un suspiro, preguntándome cuántas cosas que normalmente me traerían alegría ya no lo harán más, porque me recordarán a Flynn.

Paso dos, lidiar con la pesadilla publicitaria del video de la pateadura en el culo a Brian. Por sí mismo, no creo que el video hubiera sido tan malo, incluso con la celebridad que es Brian. Sin embargo, cuando se tiene en cuenta el hecho de que los medios todavía intentan llamarme una de los salvadores de la NASA, y la noticia filtrada de que estoy entre los primeros candidatos para la nueva generación de astronautas, el equipo de relaciones públicas de la NASA me tiene en marcación rápida.

Big y Rich dejan de cantar, solo para recomenzar menos de diez segundos después. Rose es tenaz, le concedo eso. A menos que apague mi teléfono, lo cual me han dicho expresamente que no haga en caso de que Relaciones Públicas necesite discutir algo conmigo para la próxima entrevista que me han pedido que haga, voy a escuchar el tono de llamada de Rose toda la noche. Un tono de llamada que ella personalmente seleccionó. Estoy completamente a favor de Big y Rich, pero esto está acabando con mi nuevo amor por la música country.

Al siguiente llamado, respiro hondo y atiendo el celular.

—No digas nada —le exijo.

—Yo...

—No. Me toca hablar a mí. ¿Bien? —Se queda callada, así que supongo que ha captado el mensaje—. Tú y yo estamos bien. Lo siento, por haber estado esquivando tus llamadas. Primero fue el fallo de la ISS, luego lo de Flynn y Beth, luego todo parecía estar bien. Más que bien, fue... bueno, fue increíble. Y luego, con la misma rapidez, no lo fue. Y ahora el estúpido video. —Respiro hondo, enojada porque me pican los ojos—. Me siento tan agotada. No estoy acostumbrada a este tipo de cosas. —Hago un gesto en el aire con la mano libre, aunque Rose no está ahí para verme—. No creo que esté bien equipada para lidiar con esta montaña rusa emocional.

Ella sigue en silencio.

—Ahora mismo, no tengo espacio en la cabeza para lidiar con lo que sea que haya pasado entre Flynn y yo. Y sé que es tu hermano y quieres defenderlo. —Rose hace un sonido, pero se calla—. Pero ahora mismo no puedo escucharlo. —Me aclaro la garganta—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Jackie.

—Así que tú y yo estamos bien. Pero nada de hablar de Flynn, ¿bien?

—Si eso es lo que quieres.

Exhalo un largo suspiro y parpadeo varias veces, intentando controlar mis emociones. Escalofríos se expanden por mis piernas cuando mi temperatura corporal finalmente empieza a bajar.

—Entonces, ¿Jackie? —pregunta Rose después de otro silencio.

—Dime.

— Solo necesito decir dos cosas que involucran a Flynn. Pero solo para que no te agarren desprevenida más tarde.

—Yo...

—Te prometo que no lo estoy defendiendo, es información que necesitas.

—Bien —digo con un suspiro.

—Uno, le conté a Flynn lo del video y lo que pasó en el restaurante. Y dos, no voy a defender a mi hermano. De hecho, hace poco le dije que era un imbécil y que no te merecía.

Escuché lo que ella dijo. Incluso creo, inconscientemente, que he calculado lo que significa. Pero todo lo que puedo manejar decir es muy poco yo:

—Rose. ¿Qué mierda...?

—Vaya —respira Rose—. Has dicho ‘mierda’.

Se me escapa una risita.

—Sí. Supongo que sí.

—No pasa nada. A veces necesitas un ‘mierda’.

Después de una pequeña pausa, ambas empezamos a reír, yo acurrucada en la cama hasta que las lágrimas caen de mis ojos.

—¿Jackie? —pregunta Rose.

Cierro los ojos, intentando sacar fuerzas. No estoy segura de poder soportar más anuncios de parte de Rose.

—¿Sí?

—¿Podrías enseñarme esa cosa de los dedos en defensa personal? Tengo la sensación de que podría serme útil la próxima vez que tenga que pelearme.

—Sí, Rose. Claro que sí. Para eso están las amigas.

TODAVÍA ACOSTADA EN ROPA INTERIOR, aunque las sombras en la pared se han movido y oscurecido con el tiempo, mi teléfono suena de nuevo. Por una vez, es el tono de llamada estridente estándar con el que se programó originalmente.

Miro la pantalla, molesta cuando veo el código de área de Houston. Probablemente debería atender y ver qué quiere quienquiera que sea, en lugar de quedarme aquí tirada como un bulto en el futuro previsible como había planeado.

—¿Diga?

—¿Doctora Lee? Soy Roger McAllister.

Me incorporo rápidamente, casi perdiendo el control del teléfono.

—Sí, eh... —Me aclaro la garganta—. Buenas noches, señor McAllister. ¿En qué puedo ayudarle?

—Puede empezar por ocupar el puesto de astronauta.

—Santo Mercurio.

—¿Doctora Lee?

—Perdón, perdón. Yo, bueno, estoy en shock.

Se ríe entre dientes.

—No debería. No después de su entrevista final, además de encontrar la solución para la falla

de EXT y encabezar la caminata espacial de emergencia.

—Yo...

—Entonces, ¿qué dice? ¿Puede darme una respuesta, o necesita hablar con su familia y seres queridos primero?

¿Familia y seres queridos? Doy una respiración profunda, pensando en Flynn. De lo que mis próximas palabras significarán para él. Para nosotros. Pero luego pienso en mi padre, en lo solidario que me ha sido toda la vida, aunque algo poco ortodoxo al demostrar que le importa. Y luego pienso en mi madre y sus álbumes de recortes de la NASA y su amor por el espacio.

—No hace falta esperar. Tengo mi respuesta —Y realmente no hay otra respuesta. No porque quiera esto más que a Flynn y la vida juntos que pensé que estábamos creando. Sino porque al hacerme elegir, no me dejó otra opción—. Acepto, señor. Tomaré el puesto.

VEINTICUATRO ASCENSO

FLYNN

LA CAGUÉ. A lo grande.

Pensé en volver a la casa de Jackie, pero ¿qué diablos diría? ¿Qué dice un chico que básicamente permitió que su chica fuera empujada por otro chico porque estaba demasiado jodido por su pasado como para ser hombre y decir que estaba equivocado?

Mierda, es mucho peor cuando lo digo en voz alta en mi cabeza.

En cambio, le rogué a Rose que me ayudara, y cuando rogar no fue suficiente, le prometí una verdadera cena familiar con ella y Holt si me daba la dirección de Brian Hampson en el centro. Lo que de alguna manera tenía, y estaba dispuesta a compartir, ya que no se relacionaba directamente con Jackie o "romper el código de chicas". Lo que sea que eso signifique.

Luego llegué a Houston y usé mi apellido para engrasar la palma de la mano del administrador del edificio del condominio para obtener acceso al maldito garaje. A veces es bueno ser un West en Houston.

Afortunadamente, no tengo que esperar mucho para que llegue Hampson. El imbécil sale de su Audi vestido de pies a cabeza con ropa deportiva de diseño, con gafas de sol en un garaje subterráneo, con un dedo entablillado. El tipo tiene una jodida media coleta en el pelo, por el amor de Dios. Sólo por eso ya necesita que lo pongan en su lugar.

Pero la media coleta no es la razón por la que estoy aquí.

—Ey —grito, llamando la atención del tipo.

Sonríe cuando me ve bajarme del coche y caminar hacia él. Saca un rotulador del bolsillo.

—Siempre tengo tiempo para mis fans —dice.

Le odio a tantos niveles que no sé ni por dónde empezar.

Me detengo a medio metro, dejando que toda la rabia que siento aflore a la superficie.

—No soy un fan.

—¿Qué...?

Mi puño le golpea en la cara y le echa la cabeza hacia atrás antes de caer al suelo. La media coleta amortigua su caída.

Honestamente, para jugar de campocorto, su tiempo de reacción es una mierda.

Cuando se queda tendido en un charco, le doy un empujón con la bota, que le arranca un gemido bajo.

Qué llorón.

Me agacho para asegurarme de que este imbécil oye cada palabra.

—Vuelves a poner una mano sobre Jackie, incluso vuelves a pronunciar su puto nombre, y acabaré contigo. Físicamente. Financieramente. Socialmente. *Acabaré* contigo.

Me levanto, paso por encima del jugador que gime y me meto en mi Mustang Boss. Flexiono el puño hinchado y luego agarro con fuerza el volante.

Primero tengo que ir al taller. Tengo trabajo que hacer.

¿Y después? Después me merezco una buena borrachera.

—¡ENCIENDE la tele! —Rose sale volando por la puerta lateral y corre hacia el televisor.

Doy un respingo al oír su voz atronadora y levanto la cabeza del sofá.

—¿Rose? —Seis de la tarde y sigo con la resaca de la noche anterior, después de terminar por fin mi proyecto. Me llevó una semana entera de trabajo sin parar, pero valió la pena.

—¿Dónde está? —Se gira a un lado y luego al otro antes de empezar a arrancar almohadones. Almohadones en los que estoy acostado actualmente—. ¿Dónde está el puto control remoto?

—Maldita sea, Rose. Espera. —Me levanto del sofá, entrecerrando los ojos mientras la cabeza me da unos golpes insoportables detrás de los ojos—. Cálmate, está justo aquí. —Agarro el control de la mesita del centro y se lo doy.

Rose se gira hacia la tele, la enciende y empieza a surfear por los canales como una campeona.

—¡Fox News! ¿Qué número de canal es Fox News?

—Rose, vas a romper el...

—¡Ajá! —Rose hace un gesto triunfal hacia el televisor—. Ahí está.

Sentada en una silla roja en un estudio de redacción está Jackie. Bueno, se parece a Jackie, pero no. Esta Jackie está infinitamente más pulida. Tiene el pelo recogido en una especie de giro que suelo ver en mujeres mayores que conducen un Mercedes sedán de cuatro puertas. En lugar de su uniforme habitual de jeans y Converse, lleva un pantalón de traje real con tacones. Se ve tan cómoda como un Corvette de 1978 atravesando el desierto. Al menos todavía lleva sus lentes.

Esos malditas anteojos sexys.

La pantalla se divide, mostrando a su amiga Jules y otro chico flotando en la Estación Espacial Internacional. Holt camina alrededor del sofá y se sienta. Rose toma la silla.

—Doctora Lee, astronautas señorita Julie Starr y señor Vance Bodaway, gracias por estar hoy con nosotros —dice la presentadora y luego se ríe entre dientes—. Bueno, quizá no *aquí*, en su caso, señorita Starr y señor Bodaway, pero gracias por tomarse el tiempo de llamarnos desde la estación.

—No hay problema, Vanessa. Puedo llamarte Vanessa, ¿no? Y espero que me llames Jules. ‘Señorita Starr’ suena como una concursante de un concurso de belleza.

—Solo Bodie para mí, señora —dice Vance.

—Y estoy bastante seguro de que a Jackie le parece bien dejar todos sus títulos, ¿verdad, Jackie? El doctor Lee es su padre. —Jules guiña un ojo a la cámara. Jackie empieza a poner los ojos en blanco, pero se detiene a medio camino, mira a la cámara y se sonroja.

—Por supuesto. —Vanessa aparta la cabeza de Jules para dirigirse a Jackie—. Vamos al grano, ¿les parece? —Ante la mirada perdida de Jackie, continúa—. Como operadora de vuelo de la NASA, tienes muchas tareas diferentes relacionadas con la seguridad de los astronautas y el funcionamiento de la estación. Pero de todo lo que haces, ¿qué te dió la idea de hacer un puenteado en la Estación Espacial Internacional?

—Un mecánico. —Otro sonrojo.

—¿Un mecánico? —La periodista enarca las cejas para que siga elaborando su respuesta. Jules sonríe desde el monitor y le hace un gesto a Jackie para que continúe.

—Sí. Es, ah, era un amigo. —Jackie se aclara la garganta y se remueve en el asiento, frotándose las palmas de las manos en los pantalones—. Un poco antes me enseñó a hacer un puenteado en un auto.

—No serás ladrona de autos por casualidad, ¿verdad? —Vanessa se inclina hacia adelante como si estuviera teniendo un momento privado con Jackie. Como si fueran dos mujeres conversando y no estuvieran siendo filmadas en la televisión nacional. Jackie se pone más roja.

—Me dijo que no era ilegal si era tu propio auto.

La reportera se ríe junto con Jules y Bodie, lo que parece sorprender a Jackie. Se relaja un poco en la silla.

—Entonces, ¿cómo acabaste haciendo un puenteado en un automóvil? —pregunta Vanessa.

—Mi amigo me iba a llevar a casa desde el trabajo. Pero por accidente le tiré las llaves por una alcantarilla. —Jackie se sube los lentes a la nariz—. Tuvo que hacerle un puenteado a su auto para arrancarlo.

—Tremendo amigo.

—Sí. Lo era.

Me estremezco ante el tiempo pasado, el martilleo en mi cabeza se intensifica. Rose me fulmina con la mirada. La frase «si las miradas mataran» adquiere un nuevo significado.

—En fin —prosigue Jackie—, mientras estaba conectando su auto, me llevó a través de la secuencia del procedimiento. Y más tarde, cuando estábamos en la sesión informativa de emergencia sobre las fallas informáticas en la ISS, de repente me di cuenta de que estábamos pensando en algo demasiado complejo. Todo lo que la estación realmente necesitaba era una solución al daño sufrido por el impacto de los escombros. Omita los cables corroídos y podríamos arrancar el EXT-1 externamente.

—Ya veo —asegura la reportera, pero su expresión dice lo contrario.

—Eso nos daría la oportunidad de reiniciar el EXT-2, que se comportaba de manera errática debido a una actualización de software. Dos pájaros de un tiro, por así decirlo. Fue sencillo, de verdad. A cualquiera se le habría ocurrido, estoy segura.

—Jackie está siendo modesta —salta Jules, atrayendo la atención de todos hacia el monitor del plató—. La verdad es que es la operadora de vuelo más inteligente que tenemos en la NASA. ¿Sabías que tiene no uno, sino dos maestrías y un doctorado? Y solo tiene veintinueve años.

—Podría dejar por los suelos a cualquiera de los que flotamos por aquí arriba —añade Bodie. Jackie vuelve a ponerse roja.

—Sobre todo los que no son más que postes de luz glorificados, ¿verdad, Bodie? —Jules sonríe.

Bodie se ríe y la empuja fuera del marco. Ella vuelve a subir delante de la cámara utilizando las barandillas que hay a lo largo de la pared de la estación, devolviéndole la risa. Ambos parecen relajados, incluso felices. No están en peligro inminente. ¿Y yo quería que Jackie renunciara a eso? Soy un imbécil.

—Sí, tienes un historial impresionante, Jackie. —La presentadora echa un vistazo al bloc de notas que tiene sobre el regazo—. Jules mencionó antes a tu padre. El doctor Gerald Howard Lee es un reputado científico con varias patentes en el campo de la química. Supongo que la manzana no cayó muy lejos del árbol, ¿no es así?

—Mi padre y yo tenemos intereses diferentes, pero él siempre me ha animado en los míos. —La respuesta de Jackie parece ensayada. Levanta la mano, como si fuera a pasársela por el pelo, pero se detiene al encontrarse con el tirabuzón. Vuelve a bajar la mano y unos mechones le caen a un lado de la cara.

—Es posible que no tengas ninguna patente que yo sepa, pero como una niña prodigio recibiste una beca académica completa en Stanford después de ganar el Premio Siemens de Matemáticas, Ciencias y Tecnología con solo dieciséis años. Tienes dos maestrías, una en física con énfasis en astronomía y otra en aeronáutica y astronáutica, que luego completaste con un doctorado.

Jackie asiente y se ajusta los anteojos cuando se le resbalan.

—Pero lo más impresionante, además de salvar la Estación Espacial Internacional —Vanessa hace una pausa para sonreír a la cámara— es que también recibiste la beca MacArthur.

—Fui muy afortunada. —Vuelve a frotarse las palmas de las manos en los pantalones.

—Por eso la llaman la ‘Darling’ de la NASA —dice Jules con una sonrisa burlona, riéndose de su propio juego de palabras sobre el nombre de Jackie.

Jackie se encoge de hombros y murmura:

—Al menos yo no soy la Starr de la NASA.

Y todos se ríen.

—Me siento un poco excluido aquí. Creo que también me gustaría tener un apodo —dice Bodie.

—Bodie, ningún apodo que te quedara bien sería apto para todo público —bromea Jules.

Jules y Bodie continúan su intercambio de palabras para la cámara, mientras Jackie parece aliviada de que no se centren en ella.

Hablan un poco más antes de prometer un anuncio especial después de la pausa publicitaria.

—Santa. Maldita. Mierda —dice Rose, con los dedos volando sobre su teléfono.

—¿Qué? —pregunto, sin apartar los ojos del televisor.

—¿Eso de Siemens...? —pregunta mientras lee la pantalla de su teléfono. Se ríe entre dientes —. Suena a semen.

Me pongo las manos a ambos lados de la cabeza, intentando aliviar el martilleo.

—Rose. Concéntrate.

Me mira, con los pulgares sobre la pantalla.

—¿El premio? —le pregunto, para ayudarla.

—Ah, sí. Jackie ganó como cien mil grandes —dice Rose.

—¿Qué?

—Sí. —Rose vuelve a mirar el teléfono—. ¿Y la beca MacArthur? Eso es más de medio millón.

—¿Qué?

Rose me mira extrañada al ver la expresión de mi cara.

—¿Por qué te sorprende tanto? ¿No lo sabías?

Pienso en todas esas veces que Jackie y yo pudimos haber hablado sobre dinero, instancias en las que habría sido un paso tan natural explicar los antecedentes de mi familia y, a su vez, ella podría haber compartido esto conmigo. Pero cada vez que surgía el dinero, me alejaba o

simplemente cerraba la conversación. Porque tenía miedo de que el dinero cambiara su visión de mí. Como Beth. Como mamá con papá.

Náuseas que no tienen nada que ver con el alcohol restante en mi sistema se elevan en mi garganta.

—¿No lo sabías? —repite Rose cuando no respondo. Baja la mirada un momento—. Espera. Pero le contaste lo de nosotros, ¿no? Quiero decir, ustedes dos iban muy en serio antes de que la cagaras. Tuviste que contarle lo del petróleo y el rancho.

—La verdad...

—¿Flynn?

—Hum, no. No se lo dije.

Rose sacude la cabeza.

—No me extraña que me metiera todo ese dinero en el bolso a escondidas después de que le comprara esa ropa. —Se ríe—. Aunque conociendo a Jackie, lo habría hecho de todos modos. —Me lanza una mirada mordaz—. Sabes, Holt y tú me hicieron ir a un terapeuta después de la muerte de mamá y papá. Pero empiezo a pensar que eran ustedes dos los que necesitaban ayuda. Se esfuerzan tanto por no repetir sus errores, que siguen cometiendo otros más idiotas.

—¿Qué quieres decir?

—Hum, Holt acostándose con tu ex y pasando todo su tiempo trabajando. Decidido a mantener vivo el legado del Rancho West. Tú, preocupado de que todas las mujeres sean unas cazafortunas como mamá y alejando a Jackie cuando su trabajo soñado no incluye algún pequeño cubículo seguro detrás de puertas de acceso de seguridad.

Terminados los anuncios, Rose vuelve a la televisión.

Las noticias vuelven con un primer plano de Vanessa.

—Hola y bienvenidos de nuevo. Soy Vanessa Hughes. El segmento de hoy trató sobre el reciente paseo espacial de emergencia en la NASA y los hombres y mujeres llamados los salvadores de la Estación Espacial Internacional. —Se gira para mirar a otra cámara—. Los primeros astronautas de Estados Unidos fueron elegidos en 1959. Hombres procedentes del servicio militar, en su mayoría pilotos. A lo largo de los años, el grupo de individuos altamente selectivos de la NASA elegidos para los vuelos espaciales ha evolucionado. Ahora, tanto hombres como mujeres de todos los orígenes han volado con orgullo al espacio bajo la bandera estadounidense. —La cámara se aleja, haciendo un paneo lateral, donde siete hombres y mujeres están alineados con monos azules de la NASA.

Jackie está en el centro.

—Hoy continúa ese proceso de selección. Aquí están los siete hombres y mujeres elegidos para ser la próxima generación de astronautas. —Se vuelve hacia el grupo y les aplaude—. Enhorabuena, chicos.

—Mierda —respira Rose—. Lo ha conseguido.

El presentador sigue la línea, presentando a los nuevos astronautas. Un hombre de la Academia de la Fuerza Aérea con una maestría del MIT. Una mujer de la Academia Naval con una beca Gates Cambridge. Un nativo de Colorado que se doctoró en geología por la UCLA.

Cuando se han establecido todas las credenciales y se han hecho los anuncios formales, Vanessa pregunta por la familia y las aficiones personales. A lo largo de la fila, cada astronauta habla de su marido, su mujer, sus prometidos y sus hijos. Cuando llega a Jackie, se limita a decir «soltera» y pasa a hablar de su amor por las estrellas.

Esa sola palabra es un puñetazo en las tripas y tardo un momento en volver a respirar con normalidad.

—Eres mi hermano. Y te quiero —dice Rose, sin dejar de mirar la pantalla—. Pero a veces puedes ser un puto imbécil.

No digo nada. ¿Qué *puedo* decir? Soy un puto imbécil.

VEINTICINCO RECAPITULACIÓN

JACKIE

—¡SANTO Mercurio! —grita Rose, riéndose a mi costa—. Quiero decir, de verdad, chica, ¿*eso* es lo que dijiste después de saber que vas a ser astronauta? —Más risas.

Rose y yo estamos sentadas en la barra del Big Texas, en una esquina, mientras Trish sirve las bebidas desde el otro lado. Rose tiene un periódico en la barra delante de nosotras. Y no un periódico cualquiera, sino un periódico con el titular *Santo Mercurio* escrito en letras grandes y antiguas.

Los periodistas me están matando. Simplemente me están matando.

Y no le tengo mucho cariño a McAllister, quien les dió esa anécdota. Estaba preparada para llevármelo a la tumba. Estúpido jefe de Astronautas.

—No quise decirlo en voz alta, ¿sabes? —murmuro entre dientes. Rose sigue riéndose.

—No pasa nada, dulzura. Parece que te ha hecho ganar más el cariño del público. —Trish me da palmaditas en el brazo como si fuera una niña. Como no es alta ni mucho menos, el hecho de que pueda alcanzarme significa que debe llevar unos tacones muy altos para poder ver y servir por encima de la barra. Doy gracias por mi altura, ya que no los necesito.

Los tacones anchos de mis botas vaqueras parecen ser todo lo que puedo manejar. Y por mucho que las ame, el recuerdo de Flynn arrodillándose ante mí para quitarme las botas antes de hacer el amor me hizo tirarlas en la esquina más recóndita de mi armario.

Así que estoy usando un nuevo par de Chucks en el bar esta noche. Rose me las dió. No sé cómo lo logró, pero consiguió que alguien decorara el parche de Converse en el lateral con un símbolo de la NASA con lentejuelas. Estoy bastante segura de que se supone que no debes usar el símbolo de la NASA de esta manera sin permiso, pero son demasiado geniales para que no las use.

Trish acaba de servirme mi tercer trago, así que me siento un poco mejor de lo que normalmente me siento conmigo misma. Creo que beber puede tener algo en común con la G-Force. Después del impacto inicial en el sistema, todo comienza a sentirse bastante bien.

También volví a usar mis jeans. Rose argumentó que los jeans no eran para salir a menos que tuvieran pedrería, pero la mirada que le di debió haberla enmudecido, porque no me presionó más. Especialmente cuando accedí a dejar que quemara mis jeans viejos a cambio de que yo usara los nuevos ajustados que me compró. Puede que esté usando zapatos con pedrería, pero

trazo la línea con un culo deslumbrante.

Trish termina de llenar los pedidos de bebidas y apoya un codo en su lado de la barra.

—¿Qué me perdí? —pregunta.

—Creo que es hora de una recapitulación —digo con la copa en la mano.

Trish se inclina para escuchar.

—¿Una qué?

—¿Es eso cuando le jalas los pantalones a alguien? — pregunta Rose.

Está muy seria y me encanta.

—No, chiflada —le digo, empujándole el hombro—. Es después de que se haya llevado a cabo una operación o misión. Las personas involucradas se sientan y discuten el propósito del experimento y los aspectos positivos o negativos de su resultado.

—Espera, ¿qué experimento? —pregunta Rose—. ¿Estaba borracha cuando pasó esto? La última vez que experimenté cuando estaba ebria, casi me despierto casada con una mujer — Sonríe y suspira—. Ahh, Las Vegas.

Trish se queda con la boca abierta.

—Oh. Por. Dios. No, simplemente no.

Rose y yo nos reímos ante la expresión de asombro de Trish.

—¡Esperen! —dice Trish, recuperándose y agitando sus manos—. Me acuerdo de la Misión Vida Social. —Me guiña un ojo—. Siempre supe que serías mi cliente más interesante, dulzura.

Rose se endereza en su taburete.

—¿Cómo es que no sabía de esto?

—Sí te lo dijimos. No te acuerdas porque estabas borracha tirada en el suelo —responde Trish con una sonrisa burlona.

—Ah, sí. Bueno. Eso tiene sentido. —Rose deja de hacer pucheros y nos saluda con su bebida.

Tomo un sorbo de la mía.

—Después de cada operación, es bueno revisar lo ocurrido para que las operaciones futuras tengan más éxito.

—Estoy dentro para la próxima operación. No quiero perdmela otra vez —dice Rose.

—Tuviste una gran parte en ésta —la tranquilizo—. Aunque no lo supieras.

—Demonios, sí. —Ella asiente.

—Bueno, nos conociste —empieza Trish—. Así que eso es un éxito. —Levanta su botella de cerveza hacia nosotras.

—¡Escuchen, escuchen! —Rose grita y todos chocamos los vasos antes de devolverlos—. Y te enfrentaste a ese maldito de Hampson —continúa después de que bajemos nuestras copas.

—Sí, así fue. Creo que nunca habría tenido la confianza para hacerlo si no fuera por ustedes y por Fly... —Se me corta la respiración. Toso y doy otro sorbo a mi bebida para disimular.

Al ver la mirada que se dirigen Trish y Rose, tengo la sensación de que no engaño a nadie.

Pero, sorprendentemente, Rose no se aprovecha de mi desliz con Flynn. En lugar de eso, chilla y grita:

—¡Y ahora eres un *ASTRONAUTA*! —Echa la cabeza hacia atrás con la última palabra y su voz resuena por encima de la música. La gente se detiene y se queda mirando. Rose devuelve la mirada y se levanta apoyando los talones en el último peldaño del taburete.

Me apresuro a agarrarla por las caderas para estabilizarla.

—¿Han oído eso, Big Texas? ¡Mi amiga aquí es una maldita astronauta!

La gente aplaude y levanta sus copas en mi dirección. Un par de jóvenes abuchean a Rose y

ella les lanza un beso.

Las risas se suceden y Trish le quita la bebida de la mano a Rose antes de que la derrame al volver a sentarse. Bueno, derramarla más de lo que ya lo ha hecho, al menos.

Luego brindamos por el éxito de la Misión Vida Social el resto de la noche. Cada vez que nuestras copas chocan me siento triunfante.

No cuento el tiempo que paso buscando a Flynn entre la multitud. Finjo que mi corazón no da un vuelco cada vez que veo a una pareja girando en la pista de baile. Y me niego a reconocer la frecuencia con la que echo un vistazo a mi celular.

Aproximadamente el ochenta por ciento de la masa del universo está formado por un material que los científicos no pueden observar y que denominan materia oscura. No emite luz ni energía. Aunque el concepto está bastante aceptado, no hay pruebas sólidas que apoyen su existencia. Flynn es mi materia oscura. Por lo tanto, no me siento culpable por no incluir a Flynn en mi tabla de éxitos de la misión.

Busco entre las caras del bar una vez más. No, ninguna culpa en absoluto.

ME DESPIERTO con una longitud dura presionada contra mi espalda. Por un momento, sonrío pensando en Flynn. Pero cuando el resto de mi cuerpo sufre espasmos de dolor, me doy cuenta de que es la barra de metal del sofá cama.

Recuerdos borrosos de baile en línea al ritmo de *Space Oddity* de David Bowie y diciendo la cuenta regresiva de despegue para cada toma que hicimos, me vienen a la mente mientras chasqueo los labios, tratando de encontrar humedad. He tenido más resaca este mes que en toda mi vida.

Oigo que alguien se mueve y abro los ojos un milímetro. Cabello largo y oscuro. Trish.

—Por favor, dime que no duermes en esta cosa con regularidad —murmuro.

—Ey, ese sofá fue gratis —me dice, demasiado despierta después de la noche que hemos pasado—. Lo encontré a un lado de la carretera.

—¿Qué? —Me caigo del colchón y me golpeo la cabeza con algo que tengo encima.

Trish se ríe tanto que apenas la oigo tragar la frase «Es broma».

—Eso fue algo horrible para hacérselo a una amiga —la regaño.

—No sé, a mí me pareció malditamente gracioso —dice, secándose los ojos.

—Si hubiera sabido la cruel persona que eres nunca habría aceptado quedarme aquí. —Me froto la cabeza y busco mis lentes—. ¿Por qué acepté quedarme aquí?

—Cuando Rose se enteró de que nunca habías estado en una fiesta de pijamas, sintió que teníamos esa infancia no vivida. —Trish se apoya en la encimera de la cocina y bebe un sorbo de café—. Supongo que olvidó que mi casa es una caravana.

Rose abre de golpe la estrecha puerta del cuarto de baño, contiguo a la cocina.

—No entres ahí —advierte, cerrando la puerta tras de sí—. Durante al menos cinco o diez minutos.

—Qué asco —dice Trish, frunciendo la nariz.

—Oye, crecí con dos chicos —se defiende Rose—. Échales la culpa de mi falta de modales.

Encuentro mis anteojos en el suelo a mi lado y me los pongo, parpadeando cuando las cosas se enfocan. El sofá está contra un lado del remolque con un televisor montado frente a mí, la cocina y el comedor a la izquierda y un baño y un dormitorio a la derecha. Hay una cama

plegable de dos plazas colocada sobre el sofá en el que dormí, básicamente haciendo literas. Eso explica el gran bulto en forma de huevo que ahora tengo en la frente.

Veo a Trish mirar en mi dirección. Se muerde el labio y me doy cuenta de que está nerviosa por lo que pienso de su casa.

—Esto es una pasada —le digo, fijándome en la forma redondeada del techo—. ¿Es uno de esos Airstreams plateados?

—Sí.

—Es alucinante. Parecen naves espaciales.

Trish sonrío a su taza.

—¿Puedes arrancar e irte cuando quieras? —pregunto.

—Esa es la idea. —Trish llena otra taza de la cafetera—. Es mejor que tener que buscar piso cada vez que me mudo, supongo.

—Espera, ¿te mudas mucho? —pregunta Rose—. Porque eso no entra en mis planes. Vas a tener que quedarte por Clear Lake, cariño.

—Tus planes, ¿eh? —Trish sonrío a Rose y me tiende la taza.

—Oh, no bebo café. Lo siento.

—No pasa nada, cariño. —Trish deja la taza en la encimera—. Tengo jugo de naranja si quieres. —Señala una nevera del tamaño de un dormitorio.

Empiezo a levantarme, pero Rose me hace señas para que me siente.

—Te quiero, pero no necesito tus tetas en mi espalda mientras estamos en la cocina. —Se agacha y abre la nevera—. Te traeré jugo.

Me quedo sentada en el sofá, ya que no hay espacio para maniobrar alrededor de dos personas para llegar al pequeño comedor en el otro extremo del remolque. Por suerte, Trish se acerca a mí y empuja la litera de arriba contra la pared para que pueda sentarme erguida.

Rose sirve un vaso de jugo de naranja y se lo da a Trish, que a su vez me lo da a mí. Después de guardar la botella, echa un vistazo a la taza de Trish.

—Solo los bichos raros toman café negro, Trish. —Rose toma de la encimera la taza que rechacé. —Ni siquiera le pones azúcar. Eso no está bien.

—Cuando creces sin dinero para azúcar o leche, te acostumbras —dice Trish encogiéndose de hombros.

Nos quedamos en silencio. De repente me doy cuenta de que eso es lo más personal que Trish ha comentado sobre su vida.

—Bueno, eso me ha puesto en mi sitio —murmura Rose.

Trish le saca la lengua y la tensión pasa.

—De acuerdo, soy la nena mimada que pone leche y azúcar en el café —dice Rose, procediendo a verter una generosa ración de leche en su taza. De hecho, tiene que tirar un poco de café al fregadero para que quepa toda la leche—. Jackie se las arregla sin él y Trish, aparentemente la chica mala del grupo, lo toma negro. —Termina de prepararse el café con una cucharada de azúcar y le da un sorbo—. ¿Quién diría que el café era tan malditamente metafórico?

Trish resopla.

—No sé si reírme del hecho de que eres la nenita del grupo o asombrarme de que sepas lo que significa metafórico.

—Oye, yo sé mucha mierda.

—Sí, sabes mucha mierda —digo. —Eso suena bastante acertado.

Rose se queda un segundo con la boca abierta.

—¿Era un chiste no relacionado con la ciencia? —Mira a Trish y luego a mí de vuelta—. ¿Y usaste una mala palabra? —Me saluda con su taza. —Sabía que sería una buena influencia para ti.

—Buen Señor. —Trish pone los ojos en blanco.

—¡Ey! —Me levanto del sofá, esta vez con cuidado, y me escurro junto a Rose y Trish hasta una estantería abierta al otro lado de la cocina—. ¿Son los libros de Audrey Cole? —Tiro de uno para confirmarlo.

—Sí. —Trish se sonroja.

—Esto es genial —digo—. Ahora tengo al menos una amiga que no puede burlarse de mí por mi colección. —Giro el libro para que Rose lo vea—. Me encanta Audrey Cole. Es una de mis favoritas.

—Santa mierda. No me extraña. —Rose le echa un vistazo a la portada—. Si el libro es tan bueno como ese modelo, yo también tengo que empezar a leer sobre desgarradores de sostenes.

—No les llames así. Son románticos —dice Trish, haciendo pucheros.

—Da igual. Ese vaquero tiene un buen paquete de abdominales. —Rose señala al hombre de la portada, a horcajadas sobre un caballo y sujetando una gruesa cuerda—. Me gustaría saber si tiene otro paquete igual de bueno también.

—Lo sabrás en la página 56 —le digo.

—¡Qué dices! —Rose me arranca el libro de la mano y empieza a hojear las páginas—. Son unas perras sucias, muy sucias. Sabía que había una razón por la que me gustaban ustedes dos.

VEINTISÉIS
INYECCIÓN DE COMBUSTIBLE

JACKIE

LEÍMOS todas las escenas de sexo de Audrey Cole. En sus ocho libros. Cuando terminamos, estoy ruborizada y necesito una ducha fría con urgencia.

—Audrey Cole es una genio —afirma Rose mientras se abanica.

Asiento con la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

Trish sacude la cabeza con una sonrisa y se sirve otra taza de café. Había estado callada mientras Rose y yo leíamos todas las novelas de Cole, pero parecía contenta.

Cuando se acaba el café y los libros, Trish nos lleva a Rose y a mí a casa en su camioneta.

—Es una furgoneta bastante genial —dice Rose, apreciando el modelo clásico de Ford—. Me gustan sobre todo las antiguas. Antes de que se volvieran cuadradas y aburridas.

Ella está sentada en mi regazo en el asiento del pasajero. Aunque la camioneta tiene un asiento de banco, la palanca de cambios de mango largo hace que sea imposible sentarse en el medio. Rose había insistido, ya que es más baja que yo, en que tenía que estar arriba. Intenté explicar cómo la densidad de masa y el peso no tienen nada que ver con la altura, pero había sido una causa perdida.

—Deberías llevarla al taller de Flynn. Podría dejarla como nueva. Le encantaría poner sus manos en una caravana vintage como ésta.

Me quedo inmóvil ante la mención de Flynn. Veo que Trish me corta la mirada mientras cambia de marcha.

—Eh, quiero decir...

Palmeo torpemente el hombro de Rose.

—Está bien. —Me aclaro la garganta—. Trish *debería* llevarlo a West Auto. He visto lo que puede hacer con los coches antiguos. Es increíble.

Hay un silencio antes de que Trish hable.

—Tal vez lo haga, pero estoy acostumbrada a que esté oxidada.

Rose resopla.

—¿Por qué todas mis amigas se piensan que conducir bloques de óxido es genial? Ustedes son muy raras.

Unos minutos después llegamos a mi complejo de apartamentos.

Lo primero que veo es el auto en mi plaza.

No es el mío.

Mi primer pensamiento es que alguien robó mi auto. Pero, dado que eso es improbable, mi segundo pensamiento más lógico es que mi automóvil finalmente implosionó con óxido y mi arrendador no perdió el tiempo cediéndole mi espacio de estacionamiento a otra persona.

Pero entonces *realmente* miro el auto.

—Para. Frena la furgoneta —grito.

—Cariño, *estamos* paradas —me dice Trish.

—Oh.

Rose murmura en voz baja:

—Ya era hora, estúpido.

—¿Qué? Ya era hora, ¿qué? —Miro a un lado y a otro entre la parte de atrás de su cabeza rubia y el brillante Corvette blanco de 1962 aparcado en mi plaza—. ¿Tú hiciste esto?

—¿Yo? Oh, no. —Se ríe—. Pero puede que tenga que dejar de aplicarle la ley del hielo a mi hermano. Primero, le da una paliza a ese imbécil y ahora...

—Espera. ¿Qué imbécil? —le pregunto.

—Eh...

—Dulzura, ¿no quieres ir a ver tu auto nuevo? —interrumpe Trish. Sin esperar mi respuesta, abre la puerta. Rose se escabulle de mi regazo, se arrastra sobre la palanca de cambios y sigue a Trish a la salida. Permanezco sentada en la furgoneta unos segundos más intentando comprender este nuevo giro de los acontecimientos mientras espero a que mis piernas recuperen la sensibilidad.

Una vez que se reanuda la circulación en mis muslos, aunque todavía sin respuesta a la presencia del auto, salgo.

—Ahí estás, chica. Por fin.

Me giro y veo a Paulie apoyado en la cochera, con sus habituales pantalones caídos de golpeador de mujeres puestos.

—¿Qué? ¿Me estabas esperando, Paulie?

Asiente y me lanza algo. Sin pensarlo mucho, lo atrapo. Abro el puño y veo una llave de auto sujeta a un llavero con el emblema de la NASA que descansa en mi palma.

Paulie me saluda con dos dedos en la sien.

—Y gracias por el auto, linda. Amy podrá ir a más clases sin tener que usar el autobús.

—Espera, yo...

—Dos tipos lo dejaron anoche. Tu chico dijo que ya lo había arreglado para que yo no tuviera que hacerlo. Además, me dió trabajo. —Mira al suelo, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Flynn te contrató? —Vuelvo a mirar el llavero—. Es genial, Paulie.

—Gracias, linda. —Se da la vuelta para irse, pero se detiene—. No estoy seguro de qué clase de nombre es Flynn, pero cualquier hombre que da a su mujer un auto así y una oportunidad a un tipo como yo no puede ser del todo malo. —Paulie se aleja, pero me habla por encima del hombro—: Pero si resulta ser un pendejo, díselo a Paulie. Jefe o no, le patearé el culo.

Rose se ríe.

—Um, sí. Lo haré. Gracias, Paulie —grito. Pero ya ha doblado la esquina y se ha perdido de vista.

—Amiga, sí que conoces a gente interesante —dice Rose, poniéndose a mi lado y mirando hacia donde ha desaparecido Paulie.

Despacio, maniobro alrededor de Rose y camino hacia la parte delantera del Corvette. Ahora entiendo por qué me resulta tan familiar. Es una réplica exacta del modelo que General Motors le regaló a Alan Shepard después de que se convirtiera en el primer estadounidense en el espacio. Incluso tiene indicadores de altímetro.

Flynn me construyó un auto de astronauta.

—Santo Mercurio —suspiro, todavía mirando el automóvil. Alargo la mano para tocarlo, pero me detengo cerca del capó por miedo a estropear la pintura. Miro a Rose y luego vuelvo al auto—. No lo entiendo.

—¿Qué hay que entender? —Se encoge de hombros—. Mi hermano ama los autos. Te ama a ti. Supuse que tarde o temprano sacaría la cabeza del culo y juntaría a sus dos amores.

—Espera... ¿qué? —Giro para mirarla—. Él no me ama... Dijo que no podría estar conmigo si me convertía en astronauta.

Rose entrecierra los ojos.

—Quiero que conste que creo que mi hermano puede ser un poco idiota.

—Eh, bueno. —Trish suelta una risita al final.

—Sin embargo, teniendo en cuenta que nuestros padres murieron en un accidente automovilístico, puedo ver por qué él podría haber enloquecido un poco de más porque sobre el hecho de que te fueras al espacio.

—Estadísticamente hablando, volar al espacio es mucho más seguro que conducir un auto.

—Dulzura, sé que eres súper inteligente, y a todos nos encanta eso de ti —dice Trish.

—Especialmente a Flynn —añade Rose.

Trish asiente y continúa:

—Pero a veces las estadísticas y la lógica no bastan para superar los miedos y las emociones. Al menos no al principio.

—Oh. —De repente, la reacción de Flynn a mi entrevista, basada en la emoción y no en los datos, tiene más sentido.

—Además, Flynn se tomó la molestia de golpear a un famoso jugador de béisbol que intentó maltratar a su amada.

—Rose, cariño. No puedes burlarte más de Jackie y de mí por nuestras novelas románticas si vas a usar palabras como «amada».

—Por favor. Apuesto a que es porque acabamos de leer todos esos romances que hablo como un Lord del siglo XVIII.

—Espera, espera —digo—. ¿Flynn golpeó a Brian?

Rose se balancea sobre sus talones.

—Sip.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—Creo que fue el día después de que intentara empujarte en aquel restaurante. —Me mira—. Y creo que sabes por qué.

—Pero... él me dijo... —Me quedo perdida en mis pensamientos y en mi reflejo en la pintura brillante.

—Bueno, dijera lo que dijera mi estúpido hermano, se las arregló para tirar al suelo a Brian de un puñetazo —dice Rose con disgusto—. Uno pensaría que un atleta profesional sería más duro que eso.

Trish se acerca a mí y me pone la mano en el brazo, dándome un suave apretón.

—Quizá deberías ir a hablar con él, dulzura.

Parpadeo y miro hacia otro lado.

—Soy astronauta. Me dijo...

—De acuerdo. —Rose interviene, con las manos extendidas—. Creo que todos estamos de acuerdo en que mi hermano ha dicho un montón de estupideces. Pero empezó a trabajar en este auto antes de trazar esa línea de mierda en la arena contigo y siguió trabajando en él aún después. —Se encoge de hombros—. Así que las acciones hablan más que las palabras y todo eso, ¿verdad?

—Espera. ¿Tú sabías sobre esto? —pregunto señalando el automóvil, con la voz aguda y chillona.

Trish pisa fuerte.

—¿Y no *me* lo dijiste?

—Mierda. —Rose nos lanza una mirada suplicante a las dos—. Yo, bueno... Se suponía que sería una sorpresa. —Retrocede hacia la camioneta.

Trish la sigue, murmurando:

—Yo no necesitaba que me sorprendieran.

—Bien, te lo compensaré, no te me pongas *trishte*. —Rose sube al camión, sonriendo ante el ceño fruncido de Trish—. Ven, vamos a Cavender's y te compraré unas botas nuevas.

—Espera. ¿Iremos ahora a Cavender's? —pregunto.

Rose sacude la cabeza, con el pelo rubio alborotado.

—Tú no, cariño. Tienes que quedarte aquí y pensar qué hacer con el idiota de mi hermano. Dios sabe que no necesito estar cerca si empiezan a revolcarse —imita el tener arcadas—. Y si le das un rodillazo en los huevos, no quiero sentirme obligada a interponerme entre ustedes para mantener la paz. —Asiente para sí misma—. Así que sí, están por su cuenta. —Se asoma por la ventana y mira en dirección a Trish—. Pero parece que le debo a esta chica un nuevo par de botas. Y debo volver a comprar su amistad y todo eso.

Trish se burla y abre la puerta del conductor.

—La amistad no se compra, Rose. Y no tienes que comprarme botas.

—Ah, ¿sí? ¿Así que no has estado babeando por esas ridículas botas de flecos rojos? ¿O era otra enana sureña?

—Oh, te refieres a las Liberty Black... —Trish se corta—. Ey, espera un minuto. ¡No soy ninguna enana!

—Bueno, no eres...

—¿Dónde está Flynn? —grito, atrayendo de nuevo su atención hacia mí.

Rose esboza una de sus sonrisas ladinas y tengo la sensación de que mi vida va a ser muy divertida con ella. Agotadora, pero divertida.

—Está teniendo una gran fiesta de llanto varonil en el rancho.

—¿Rancho?

—Sí. Holt me envió un mensaje anoche. —Le hace un gesto a Trish para que suba.

Con una sonrisa, Trish sube a la camioneta, enciende el motor y da la vuelta en el pequeño estacionamiento. Antes de arrancar, baja la ventanilla y Rose se inclina sobre su regazo.

—El Rancho West está en la parte noroeste de la ciudad. —Me dice la dirección y me lanza un beso.

—Buena suerte, dulzura —canta Trish antes de marcharse con Rose.

Me quedo mirando cómo la caravana desaparece por la carretera 1 de la NASA, sin pestañear. Poco a poco, todo empieza a tener sentido. Me da esperanza. Me da fuerzas.

Vuelvo corriendo al Corvette, abro la puerta y me pongo al volante. Flynn había reconstruido este auto con amor, eso es obvio. Todo parece sacado de la línea de montaje, pero sé que tuvo

que revisarlo. Los indicadores del altímetro están hechos a medida. Esto tomó tiempo. *Tuvo* que haber estado trabajando en ello desde su ultimátum. Y si eso es cierto, tal vez Rose tenga razón. Tal vez *no hemos* terminado. Quizá mi sueño de tener la carrera por la que tanto he trabajado también pueda implicar a un mecánico sexy esperándome en casa cuando vuelva de la órbita.

Paso las manos por los asientos de cuero negro y luego las enrosco alrededor del volante antes de centrarme en el problema que tengo entre manos.

No sé conducir un auto con marchas.

VEINTISIETE DESMODULACIÓN

FLYNN

SIEMPRE ME HA ENCANTADO MIRAR por la ventana la extensión de tierra de pastoreo que ha pertenecido a la familia West durante generaciones. Gran parte de esa tierra ahora está invadida por maquinaria petrolera, pero no se puede ver desde este punto de vista.

Una garceta desciende en picado hacia el estanque, el agua ondea desde su aterrizaje. Sí, me encanta este rancho. Aunque ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí.

Holt da vueltas en la cocina haciendo café. O el alquitrán que le gusta etiquetar como café. Ya que el café de mi hermano me ayudó a quitarme lo peor de la resaca, no debería quejarme.

Significó mucho que Holt me pidiera que viniera a visitarlo después de que me ayudó a dejar el auto de Jackie anoche. Incluso si sé que probablemente sea más para vigilarme que cualquier otra cosa. Y viendo que trabajar sin parar durante días para terminar el Corvette de Jackie me había costado mucho de mi, me alegro por el resto.

Miro a Holt a través del hueco entre el comedor y la sala de estar, todavía sorprendido por la falta de resentimiento que siento hacia él.

Holt se quema en la taza, agitando los dedos en el aire.

—Maldición.

Sonríó ante su impropio y me dejo caer con fuerza en el sofá.

—Maldita sea, Flynn, ¿por qué no puedes sentarte en un sofá como una persona normal? —Lleva dos tazas al salón—. Si lo rompes, lo pagas.

Sí, mi hermano mayor me había echado de menos.

—Sí, señora —digo con un saludo fingido.

—Idiota. —Holt me entrega la taza y se sienta en el sillón reclinable.

Doy un sorbo a mi café y balbuceo.

—Jesús, Holt. Avisa a un muchacho la próxima vez que hagas café irlandés, ¿quieres?

—Anoche casi te ahogabas en whisky, pensé que no te darías cuenta. —Los labios de Holt se curvan en una sonrisa—. Así que creía que con otro sorbo de alcohol se te pasaría la resaca. El whisky en tu café es todo lo que tendrás hoy. Escondí el resto.

—Por favor, como si no conociera todos tus escondites.

Holt se limita a resoplar.

Agarro el control remoto antes de que él pueda y enciendo la tele.

—Probablemente vuelva a Clear Lake mañana. Tengo muchas remodelaciones pendientes... ¿Qué demon-...?

—¿Esa es Jackie? —pregunta Holt.

No contesto. Simplemente me siento y subo el volumen. Los dos primeros planos, uno de Jackie que había visto en su placa de identificación de la NASA y otro de Brian Hampson en su tarjeta de béisbol, aparecen en la esquina superior derecha de la pantalla, mientras que la estación de noticias reproduce un video en el otro lado.

Mis manos agarran mi taza mientras observo lo que solo había escuchado hasta ahora. Jackie de pie, tratando de alejarse. Brian agarrándola del brazo y arrastrándola. Empujándola hacia atrás en su asiento.

Mi visión se estrecha. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy de pie hasta que Holt me agarra del brazo, ahora chorreando café caliente.

—Voy a destruir a ese hijo de puta.

Holt me quita de la mano la taza medio vacía.

—Bueno, definitivamente puedo ver por qué pensarías que necesitas hacer eso, el gran hombre que eres y todo, pero creo que Jackie se encargó bien de él. —Hace un gesto a la televisión con la mano libre.

Vuelvo a centrarme en la pantalla, donde Brian está de rodillas, con la cara contorsionada por el dolor, mientras Jackie le da un tirón al dedo índice del malnacido. Parece feroz, concentrada y jodidamente hermosa. Sus anteojos resbalan por su nariz mientras empuja a Brian hacia atrás.

Esos malditos anteojos.

Las imágenes y el video desaparecen para mostrar una mesa redonda de mujeres.

—Lo que acaban de ver es un video de la Darling de la NASA, la recién nombrada astronauta, la doctora Jackie Darling Lee, que se ha hecho viral. Se la puede ver defendiéndose de un hombre, y no de un hombre cualquiera, sino el nuevo jugador de béisbol de Houston, Brian Hampson. El departamento de Relaciones Públicas de los Astros emitió un comunicado en el que afirman que el equipo está investigando el incidente y que los Astros no tolerarían ningún comportamiento de este tipo por parte de sus jugadores —dice una de las señoras.

Otra mujer dice que la violencia está fuera de control en el deporte profesional.

Y otra alaba los conocimientos de defensa personal de Jackie.

—Una mujer extraordinaria.

Sacudo el brazo y me paso la mano por la camisa para secarme los restos de café.

—Lo es, ya lo sabes —dice Holt.

—¿Es qué?

—Extraordinaria.

Me vuelvo a sentar en el sofá.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué no estás con ella ahora?

—No me la merezco, hombre.

—Flynn...

Vuelvo la vista a la televisión, que ahora muestra imágenes de Brian saliendo del entrenamiento, con el ojo morado cubierto por unas gafas de sol de diseño. Sonríe a la cámara, asegurando que el video ha sido exagerado. Entrecierro los ojos y me levanto de la silla.

—Ya está. Iré a la ciudad.

—Flynn, no lo hagas. —Holt intenta bloquearme el paso, pero lo esquivo—. Será peor para Jackie si vuelves a enfrentarte a Hampson y te vinculan con ella —me grita.

En la puerta principal, arranco las llaves del gancho de la pared.

—No lo harán. —Y seguro que no deberían, ya que me aseguré de que mi soborno al administrador del edificio incluyera la desconexión momentánea de la grabación de la cámara de seguridad del garaje.

—¿Quieres arriesgarte? ¿Con Jackie empezando pronto el entrenamiento de astronauta?

—Mierda. —No conozco la política de la NASA sobre ex idiotas, de la que supongo que ahora formo parte junto con ese maldito de Hampson. Vuelvo a maldecir, no quiero tener nada en común con ese imbécil.

Vuelvo a enganchar las llaves en el gancho, demasiado inquieto para volver a sentarme.

—Supongo que tendré que montar en mi otro Mustang entonces.

JACKIE

LO LOGRÉ. Creo. Casi.

De acuerdo, técnicamente lo logré. El letrero en el arco de metal, entre dos tramos de cerca, tiene las palabras Rancho West escritas en hierro.

Pero justo cuando llego a la puerta, me detengo.

De nuevo.

Todo esto de la transmisión manual es más difícil de lo que pensaba. Ni siquiera quiero pensar en todos los dedos del medio que se agitaban en mi dirección o las bocinas que tocaban mientras avanzaba por el carril lento de la autopista. Dejé que me pasaran todos, incluso los camiones de dieciséis ruedas, para poder mantener la cantidad de cambios al mínimo. Lo bueno es que no me había detenido tanto hasta que salí de la interestatal. La desventaja es que está casi oscuro, el viaje de cincuenta minutos me tomó el doble de esa cantidad de tiempo.

Empujo el embrague y el freno para encender de nuevo. Aparentemente, puedo guiar a los astronautas que vuelan a miles de millas en el espacio sobre cómo conectar equipos complejos valorados en miles de millones de dólares mientras usan el equivalente a guantes para la nieve, pero no puedo hacer un cambio y agarrarme lo suficientemente rápido como para no detenerme en un camino de tierra.

Impresionante.

Pongo el auto en movimiento de nuevo, al Corvette no le gusta el viaje lleno de baches. Lucho por mantenerlo en primera y evitar agujeros o surcos obvios. Esas grandes camionetas que conducen todos en Texas tienen mucho más sentido ahora.

Entre la velocidad de caracol y la longitud del camino de entrada, me toma un tiempo llegar a la casa. Hay mucha tierra.

Paso algunas dependencias en el camino y veo un enorme granero de tablillas blancas detrás de la casa. Digo casa, pero en realidad, es una mansión. El estilo es el de una antigua casa de campo completa con un porche envolvente y postes Queen Anne. Sin pretensiones en todos los sentidos, excepto cuando se trata de tamaño. Tres pisos y múltiples columnas de ventanas.

Supongo que criar ganado es un negocio lucrativo.

Me estoy acercando a la casa principal cuando me detengo de nuevo. Esta vez, no por el camino lleno de baches, sino por el mini orgasmo que me atraviesa por la vista más magnífica que he visto en mi vida.

Flynn a caballo.

Está cabalgando con fuerza hacia el granero, ralentizando su caballo cuando llega a la carretera principal. Lo siguiente que sé es que estoy parado junto a mi auto con la puerta abierta. Tengo que mirar hacia atrás para asegurarme de que me acordé de pisar el freno. No lo hice.

Salto de nuevo y tiro del freno, luchando por salir de nuevo antes de que Flynn pase.

Pero Flynn ya debe haberme visto, ya que se detuvo a unos metros de distancia. El sol poniéndose detrás de él, tanto su pecho como el del caballo agitados por el esfuerzo lo hacen parecer una especie de jinete angelical. Un jinete vaquero angelical muy, muy caliente.

Abro la boca, pero no sale nada. Mi mente se queda en blanco.

Bueno, eso no es del todo cierto. Es solo un láser enfocado en los muslos de Flynn agarrando la silla, el sudor empapando su camisa y sus manos sosteniendo las riendas sin apretar, como si montara a caballo todos los días. Como si fuera un verdadero vaquero.

Me estremezco por una réplica del mini orgasmo.

VEINTIOCHO BANDERA A CUADROS

FLYNN

ME RECLINO EN MI SILLA, tratando de aliviar mi repentina erección. No es fácil. Ha estado a media asta desde el momento en que vi el pelo rubio de Jackie al volante del auto que reconstruí. Luego se bajó del Corvette vintage, una pierna larga a la vez.

Maldición.

Me remuevo de nuevo, pero mi cremallera está tratando de hundirse en mi pene, así que la única opción para aliviarme es desmontar y apretar la erección.

Cambio las riendas a una mano y balanceo mi pierna sobre el costado de mi caballo, mis botas levantan polvo cuando aterrizo. Estoy bastante seguro de que saludarla con la mano y agitando la polla no es la mejor manera de recuperar a Jackie.

Jackie se protege los ojos contra el sol y le hace un gesto al animal.

—¿Ese es tu caballo?

—Sí. Este es Boss. —Le acaricio el cuello—. Es un Mustang.

—¿Como tu auto?

Me sorprende que haga la conexión, aunque evito darle demasiada importancia. Como Jackie es una genio, estoy seguro de que nada escapa realmente a su atención.

—El caballo vino primero. —El sudor me resbala de la frente hasta los ojos. Me levanto el dobladillo de la camisa para limpiarme el escozor.

Cuando vuelvo a levantar la vista, Jackie está apoyada en el lateral de su coche.

Doy un paso adelante.

—Ey, ¿estás bien?

Se pasa una mano por la frente.

—Sí —dice, con la voz entrecortada—. Sí, sí. Bien.

El sol pega fuerte sobre nosotros, incluso a estas alturas del día. Ni siquiera un susurro de brisa alivia el calor. Boss me da un codazo en el hombro, impaciente por su cepillado y su comida.

Jackie se aparta del coche y da un paso hacia mí, metiéndose las manos en los bolsillos traseros.

—Deberíamos hablar. —Se balancea sobre los talones de sus Converse. Tienen brillantes—. Sé que le diste un puñetazo a Brian.

Mierda. Me paso la mano por el pelo. Mi oportunidad de convencer a Jackie de que apoyo su carrera de astronauta probablemente se reduzca si ella sabe que fui y agredí públicamente a su ex. Sin duda, me espera una conferencia sexy como la mierda sobre usar el cerebro en vez de la fuerza.

Mi polla se retuerce al imaginarlo.

—Lo siento. De verdad.

—No lo sientas. —Se encoge de hombros—. Es el rey de los malparidos.

Me río entre dientes.

—¿Otro término de Rose?

Ella asiente.

Nos miramos un momento, el silencio me hace estremecerme.

—¿Te gusta? —pregunto, señalando el auto.

Ella se ilumina y una amplia sonrisa se dibuja en sus ojos detrás de los lentes.

—Me encanta. —Dirige su atención al Corvette y pasa la mano derecha por el techo—. Pero no deberías haberlo hecho. Seguro que te costó una fortuna.

Me invade la inquietud, pero la alejo.

—Deberíamos hablar. —Boss tira de las riendas—. ¿Me sigues al granero? —Inclino la cabeza hacia la carretera.

Ella asiente, sus lentes se deslizan hacia abajo. Empiezo a guiar a Boss al granero y Jackie me sigue a distancia.

Una vez que Boss está en su establo, le doy una bolsa de alimento y le doy un cepillado rápido. Jackie está callada todo el tiempo, pero sus ojos nunca me dejan. Puedo sentir su mirada, incluso cuando estoy de espaldas. Me pregunto qué estará pensando. Me pregunto qué se necesitará, en todo caso, para que ella acepte mis disculpas.

Ya le había dado el Corvette. Había sido lo único que se me ocurrió que podía decir todo lo que quería decir pero no sabía cómo. Que creo en ella. Que apoyo sus sueños. Que la amo.

Me detengo ante un pensamiento verdaderamente horrible. ¿Condujo el Corvette hasta aquí solo para devolverlo? Ella no puede. *Necesito* que acepte ese auto. Dejo el cepillo y cierro la puerta del establo.

—Jackie...

Jackie se lanza sobre mí. Tropiezo al dar un paso atrás, la puerta del establo me mantiene erguido. Ella está en todas partes. Sus manos están a través de mi cabello, luego una se desliza debajo de mi camisa, raspando sus uñas a través de mi pecho y alrededor de mi espalda. Su otra mano la sigue, pero toma un desvío más allá de mi cinturón, agarrando mi pene, que ahora vuelve a estar completamente atento.

Cuando sus dedos me palmean a través de la tela, sus lentes se deslizan por su nariz, inclinándose hacia un lado. Le arranco los anteojos de la cara con la otra mano y los coloco sobre el fardo de heno junto al establo. Luego nos muevo a ambos por el pasillo y la apoyo contra la pared adyacente, empujando un muslo entre sus piernas, dándome el apoyo que necesito para liberar mis manos.

Quiero tocarla. *Tengo* que tocarla.

Las cosas han pasado de cero a cien en un abrir y cerrar de ojos y amo cada maldito segundo.

—Soy rico —digo, en un suspiro entre besos, aunque no recuerdo haber tomado la decisión consciente de hacerlo.

—Bien. —Jadea y vuelve a acercar su boca a la mía.

Me retiro.

—Quiero decir, tengo mucho dinero, Jackie. Mi familia lo tiene. Del rancho.

Ella asiente, despreocupada, con los ojos fijos en mi boca.

—Tenemos mucho dinero, como... millones. —Todavía tengo las manos en su culo, pero se han quedado quietas, esperando a que asimile lo que le digo.

Inclina la cabeza hacia un lado, con los brazos alrededor de mi cuello, pensativa.

—¿Como millones o millones de verdad?

—Millones de verdad.

—Quién iba a decir que la ganadería era una actividad tan lucrativa.

Mis labios se elevan.

—¿Ganadería?

—¿No es ese el término cuando llevas un rancho? —Ella frunce el ceño—. Cuando la gente cría peces para alimentarse se llama piscicultura. Vi un documental sobre ello.

—Ya veo.

Deja de fruncir el ceño y me mira por encima del hombro.

—Era fascinante. Me recordó a...

—¿Jackie? —Mis manos aprietan su culo.

—¿Eh?

—Estábamos hablando de mis millones.

Se le cierran los ojos.

—En realidad, estabas a punto de explicarme el término correcto para hablar de ganadería.

—El rancho no es solo por el ganado que tenemos. Los West son la familia petrolera más rica de Houston. De ahí viene el dinero, en realidad.

—¿Del petróleo? —Frunce el ceño—. Pero entonces «rancho» no es la palabra apropiada. Al menos cuando uno se dedica a la agricultura, hay una correlación directa con un negocio que se ocupa de los cultivos. Llevar un rancho no tiene nada que ver con el petróleo. Eso es muy ambiguo.

Me asombra, pero no me sorprende, que se preocupe más por la terminología correcta que por el asunto del petróleo.

—Me encanta lo inteligente que eres. —Me inclino y paso mi barba por la sensible columna de su garganta—. Es muy sexy, cariño. —Me alejo cuando Jackie se retuerce en mi abrazo, viendo cómo un bonito rubor se extiende por su cuello—. También veo que de verdad no te importan mis millones.

Me mira y me pregunta:

—¿Por qué? No es mi dinero. —Frunce los labios un momento—. Aunque me gusta cómo este dato llena muchas lagunas.

Tiene esa mirada lejana en los ojos, como si estuviera revisando su archivador mental.

—¿Qué lagunas?

—El hecho de que tienes una casa de un millón de dólares en un terreno enorme en uno de los barrios más codiciados de Clear Lake y conduces un auto de medio millón.

Como un tonto, balbuceo:

—¿Cómo sabes todo eso?

—Quiero comprar una casa y un auto —afirma, como si fuera la respuesta más obvia—. No puedes hacer bien ninguna de esas cosas sin investigar el mercado.

—Investigaste el mercado. —Me paso la mano por el pelo—. Debería haberlo sabido.

—Sí. Y como los automóviles son bastante importantes para ti, también vi varias películas de carreras y he averiguado muchas cosas sobre todos los modelos de autos que vi en tu taller.

—¿En serio? —Nunca nadie se había interesado por mi trabajo. Beth seguro que no. Holt y Rose me apoyan, pero hasta ahí. Pero Jackie, una controladora de vuelo de la NASA, y ahora astronauta, se ha tomado el tiempo para aprender sobre los autos deportivos. Por mí.

—El último Mustang Boss de 1969 que se vendió, arreglado en lo que los entusiastas coleccionistas denominan estado «Cherry», se subastó por quinientos mil dólares en Naples, Florida, a principios de este año. Aunque los artículos que leí decían que era negro, pero me parece que la descripción no era correcta. Su verde, llamado jade negro es un color mucho más único y original.

Es como si a mi polla le salieran alas y quisiera volar.

—¿Qué? ¿Me he equivocado en algo? —pregunta Jackie, dándose cuenta de mi expresión de asombro—. Estoy bastante segura de que mis fuentes eran muy creíbles...

Choco mi boca contra la de ella, mis manos haciendo un túnel debajo de su camisa. No más conversaciones, no más revelaciones. Mi pene no puede soportarlo más. Mi corazón tampoco. Le digo a mi cerebro que se calle y saboree este momento. Estos sentimientos.

Tiro de su camisa hacia arriba y sobre su cabeza. Pongo una mano sobre mi hombro para quitarme la camisa, mientras Jackie se estira hacia atrás y se desabrocha el sostén. Tan pronto como se cae, mis manos se envuelven alrededor de sus tetas, su piel es tan cálida, tan suave.

Sus manos hacen un trabajo rápido en mi cinturón mientras palmeo sus pechos antes de deleitarme con ellos con mi boca. Pero cuando ella comienza a empujar mis jeans y bóxers hacia abajo, a regañadientes solté sus tetas para alcanzar mi billetera. La abro con una mano y saco el preservativo.

Ella observa, lamiendo sus labios como si tuviera hambre, mientras me lo pongo sobre mi polla.

La dejé en el suelo, lo suficiente para agarrar su cintura con las dos manos y tirar. Su botón superior salta y su cierre se abre, permitiéndome bajar sus pantalones y bragas por sus largas y fuertes piernas. Se las arregla para dar un paso antes de que esté sobre ella de nuevo, levantándola contra la pared y empujándola a casa.

—Mierda.

Mi maldición es recibida con un gemido. Jackie echa la cabeza hacia atrás, su largo cuello al descubierto, las cuerdas visibles mientras se arquea de placer. Tiene los ojos cerrados y su pelo forma un halo salvaje alrededor de la cara. El pecho se me tensa como una mano apretando el corazón.

Es jodidamente hermosa.

Jackie levanta la cabeza y me mira, con la mirada fija pero suave. Una de sus manos me acaricia la mejilla y su pulgar me roza la mandíbula.

—Flynn —susurra—. Te extrañé, Flynn. Te extrañé mucho.

La mano en mi pecho me estruja por última vez y desaparece, al igual que mi control. La levanto entre mis manos y luego la suelto, la caída de su peso me empuja más adentro de ella.

Grita mi nombre, las yemas de sus dedos muerden mi piel.

—Dios, Jackie. —Hago una pausa, disfrutando del momento en que ella se aprieta a mi alrededor antes de que una urgencia de movimiento haga que mis caderas golpeen las suyas con fuerza y rapidez.

Enredo la mano en su pelo y la retuerzo hasta que su cara queda en el ángulo justo para mi beso. Mi lengua baila con la suya mientras ella me empuja con las manos en los hombros, ayudándome a penetrar con más fuerza que antes.

Encontramos un ritmo, por salvaje que sea, y lo seguimos. Es mejor que conducir, mejor que

cabalgar. Mierda.

Jackie es la mejor sensación del mundo.

Me aprieta, todo su cuerpo se congela mientras se contrae alrededor de mi polla mojada. Empujo una vez, dos veces más, hasta que mi propio orgasmo me golpea, me aprieta contra ella, intentando abrirme camino dentro suyo, igual que ella lo ha hecho dentro de mi corazón.

VEINTINUEVE
MISIÓN COMPLETADA

JACKIE

MI CABEZA descansa contra la pared del granero, mi rostro inclinado hacia arriba. Las partículas de polvo bailan en los haces de luz que se disparan a través de las puertas del granero, como una lluvia de meteoritos en el espacio. Ambos respiramos con dificultad, sudando por el esfuerzo. El olor a sexo y transpiración se mezcla con heno y caballos. Pienso en todas las escenas de sexo ambientadas en graneros de mis novelas de vaqueros. Eso más la imagen de Flynn en su caballo antes y mis paredes internas reprimieron a Flynn en una réplica de placer. Flynn gime.

Me inclino hacia adelante para darle besos en la clavícula y el hombro, mientras mis dedos bailan en remolinos arriba y abajo de su espalda. A medida que nuestras respiraciones se equilibran, puedo escuchar a los caballos arrastrando los pies en sus establos, la maquinaria en marcha en la distancia.

—Soy astronauta —le digo en voz baja, sin querer romper el hechizo, pero también necesitando saber si esto ha sido para él un momento fugaz de locura o el principio de algo como yo esperaba.

—Lo sé. —Apoya su frente contra la mía—. Y no podría estar más orgulloso.

Inspiro profundamente por la nariz, una amplia sonrisa se apodera de mis labios.

—¿De verdad?

—De verdad. —Se aparta lo suficiente para besarme los párpados—. Te amo, Jackie.

Se me acelera el corazón al oír sus palabras, deseando que sean verdad, pero también recuerdo la forma en que desestimó tan fríamente mis sueños la última vez que hablamos.

—¿Me amas? —No puedo evitar la incertidumbre en mi voz.

Suspira y se queda pensativo antes de responder.

—Mi madre no amaba a mi padre.

Siento que mis ojos se abren de sorpresa.

—¿Ella... no lo amaba?

—No. Ella quería tener un cierto estilo de vida. Así que convenció a mi padre para que dejara el rancho y convirtiera su afición por los autos en una profesión. —Da un paso atrás, alejándose de mí. Espera hasta que recupero el equilibrio antes de retirar su contacto el tiempo suficiente para ocuparse del condón y tirarlo a un cubo de basura cercano. Se vuelve a meter en los jeans y me abraza de nuevo—. Viajaban por el mundo, llevaban un estilo de vida exuberante. Cuando

nació Holt, se quedaron un tiempo en el rancho, pero no duró mucho. Lo dejaron con nuestros abuelos para seguir su camino. Yo llegué y fue lo mismo. Venían a casa por breves períodos, lo suficiente para que recordáramos quiénes eran, pero no mucho más. Siete años después murió la abuela y el viejo se puso firme, diciéndoles que tenían que volver a casa.

Mis manos no dejan de recorrer su piel, manteniendo el contacto. Haciéndole saber que estoy aquí, que lo escucho.

—Yo era joven, pero incluso yo recuerdo lo infeliz que era mi madre, aunque mi padre parecía capaz de disipar lo peor de su mal humor. —Resopla—. Pero cuando nació Rose, las cosas cambiaron. Se volvieron más difíciles. —Sus grandes manos aprietan mi cintura como si estrangularan los recuerdos que pasan por su mente. Respira hondo y suaviza su tacto.

—Mamá se mudó por un tiempo, vivió en la ciudad. Apenas la veíamos. Papá intentó sustituir al abuelo, que se estaba haciendo demasiado viejo para llevar adelante las cosas solo. Pero al cabo de un tiempo, después de que Rose preguntara demasiadas veces por su madre, papá fue a intentar traerla de vuelta.

Se queda callado un rato, concentrado en sus caricias. Pasando sus manos por mi cuerpo frío. Cuando las yemas de sus dedos se deslizan por el puente de mi nariz, me arriesgo a romper la paz del momento hablando.

—¿Y lo hizo? ¿Volvió a casa?

—Durante un tiempo. —Menea la cabeza—. Pero creo que sólo lo aprovechó para convencer a mi padre de que hicieran otra gira en el circuito de carreras—. Se ríe de forma muy desagradable—. Lo cual era una locura, porque para entonces ya había pasado su mejor momento como piloto. —Suspira—. Pero él fue.

Flynn se pone en cuclillas delante de mí, me desenreda los jeans y las bragas y me ayuda a deslizármelos por las piernas.

—No ganó lo suficiente como para que les invitaran a las mejores carreras, las más prestigiosas. Entonces un día nos avisaron que habían muerto en un amasijo de metal aplastado en una pista de carreras no autorizada. Supongo que como no había muchas reglas en las carreras ilegales, mi madre decidió subirse al auto con mi padre. —Se endereza delante de mí—. Probablemente solo quería otra inyección de adrenalina.

Lo rodeo con los brazos, juntando nuestros cuerpos.

—Lo siento mucho, Flynn —digo, sabiendo que mis palabras, cualquier palabra, son inadecuadas.

—Ella no era la mejor madre, y él no era el mejor padre, pero eran mis padres. Y crecí odiándolos. —Aprieta su abrazo—. Por eso tardé tanto en ceder a abrir mi propio taller. Me recordaba demasiado a ellos. —Se echa hacia atrás y se inclina para mirarme a los ojos—. Y por eso me asusté el día que me hablaste de la entrevista.

—Flynn, yo...

—Sabiendo que otra persona a la que amaba me dejaría para hacer algo tan peligroso, yo simplemente... me volví un poco loco.

—Oh, Flynn. Lo siento mucho. —Intento ordenar mis emociones para encontrar las palabras adecuadas para hacerle entender—. Yo no... Quiero decir, no es que quiera *dejarte*, es sólo...

Sacude la cabeza.

—No tienes nada que lamentar, cariño. Y sé que no estás tomando una decisión como la que tomaron mis padres. —Debo de parecer escéptica porque continúa—: Lo sé, de verdad. —Me roza los labios con un beso—. Pero cuando me contaste lo de la entrevista y que era el último paso para ser astronauta, lo único que se me pasó por la cabeza fue la posibilidad de perder a

alguien a quien amo. No pensaba con claridad. —Otro beso—. Por favor, créeme, nunca quise que dijeras que no a tus sueños. Siempre creí en ti, incluso después de haberme comportado como un completo idiota.

Le sonrío.

—El auto.

Me devuelve la sonrisa.

—Esperaba que entendieras lo que significaba.

—Bueno, gracias a ti, ahora hablo idioma automotriz, así que tengo una idea bastante clara de lo que significa que un hombre reconstruya un auto para una mujer. —Alargo la mano y toco el borde de su sonrisa con la punta de los dedos—. Especialmente un auto de astronauta. —Miro a mi alrededor, entrecerrando los ojos. Flynn recoge mis lentes del fardo de heno que hay junto a nosotros y me ayuda a ponérmelos—. Gracias. —Parpadeo varias veces y mis ojos se centran.

—Te amo. —Sus palabras me producen un cosquilleo en todo el cuerpo.

—Te creo. —Apoyo la frente en la suya.

Sonríe y me acaricia el pelo.

Pongo las palmas de las manos en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón.

—Y yo te amo a ti.

El cuerpo de Flynn se paraliza un instante antes de enrollar mi pelo alrededor de su mano, obligándome a levantar la barbilla.

—Antes de que vuelvas a besarme, tengo algo más que decirte.

—¿Y qué es? —me pregunta, con los ojos atentos.

—He ideado otro protocolo —susurro contra su boca—. Un procedimiento de relación.

—Procedimiento, ¿eh? —Su boca roza la mía, su otra mano aprieta mi camiseta.

—Mm-hmm. —Mis manos bajan hasta sus caderas y rozan su espalda. Llevo los dedos bajo su cintura y le agarro el culo.

—¿Y cómo se llama este procedimiento?

Se lo susurro, de repente avergonzada, esperando que no se ría.

Su sonrisa es lenta y tan dulce que se me aprieta el pecho.

—Operación Felices Para Siempre —murmura, tocando su nariz con la mía—. Me gusta.

EPÍLOGO

Cinco años después

FLYNN

MIRO mi reloj por quinta vez. Luego ajusto el telescopio que Jackie me regaló para Navidad este año, asegurándome de que las coordenadas estén bien establecidas.

Conduje hasta el rancho para esto, así tendría menos luces ambientales ensuciando el cielo. Ya había vuelto loco a Holt preguntándole repetidamente si había despejado de ganado el campo norte para mí, apagado todos los sensores de movimiento y los de riego alrededor de la propiedad, y le había pedido que verificara dos y tres veces la potencia y las baterías de tres dispositivos de Internet portátiles diferentes que había comprado. Finalmente me empujó por la puerta hace veinte minutos y conduje hasta el medio de uno de los campos. Nada más que hierba y cielo por millas. Cuarenta minutos antes de lo previsto.

Saco el corazón de origami de mi billetera que nunca tiré. Se ha convertido en una especie de talismán que toco cada vez que la extraño o estoy nervioso por ella. Así que se ha ido desgastando mucho.

Jackie hizo muchas cosas emocionantes pero aterradoras en los últimos años en su camino hacia la realización de su sueño. Y esta noche es una gran parte de ello. Miro mi reloj de nuevo.

No quiero extrañarla.

Pasan cinco minutos. Mi pierna comienza a rebotar, sacudiendo la silla plegable en la que estoy sentado.

Otros cinco minutos.

Estoy a punto de tragarme la botella de whisky que traje cuando "*Rocket Man*" de Elton John enciende mi computadora portátil, el sonido hace ecos por el campo vacío.

Lanzo el whisky al suelo y me abalanzo sobre el enlace de aceptar llamada.

—¿Flynn?

Y ahí está, la chica más preciosa del mundo. Ahora del universo. Su cabello largo está recogido en una cola de caballo que flota lejos de su cabeza. Ella está agarrando una manija montada en la pared, tratando de mantenerse centrada en la cámara. Su anillo de matrimonio de titanio que hace juego con el mío, pero más delgado, rodea su dedo anular izquierdo. Los hice a medida. Titanio, el material utilizado en las naves espaciales, con una tira de meteorito en el centro. Incluso en tierra, tendrá un pedazo de espacio con ella.

—Ey. —Por suerte, mi voz suena tranquila y serena y no impregnada de la ansiedad en la

que me ahogaba hace unos segundos.

Jackie pone los ojos en blanco ante mi saludo.

—¿Estás listo? —pregunta, acercando la cámara a la ventana. Veo oscuridad y estrellas, y entonces el objetivo de la cámara se ajusta y la Tierra aparece enfocada.

—Wow.

—Lo sé, ¿verdad? —Jackie suspira—. Todavía no lo supero. —Está mirando por la ventana de uno de los módulos de la Estación Espacial Internacional, con la nariz casi rozando el cristal. Está de perfil, así que puedo ver tanto la vista como a ella. Y aunque la vista es asombrosa, es ella la que capta mi atención.

Las brillantes luces fluorescentes de la estación resaltan las pecas esparcidas por su mejilla. La delgada pendiente de su nariz es más pronunciada sin sus sexys lentes colocados encima.

Para ser un especialista en misiones en la ISS necesitas una visión veinte-veinte. Así que Jackie optó por hacerse una cirugía láser. Recibió un montón de mierda de sus compañeros astronautas cuando siguió usando sus anteojos después de la cirugía con sólo lentes de vidrio. Pero dijo que se sentía desnuda sin ellos y, viendo cómo me encanta desnudarla cuando los usa, las burlas no la molestaron.

Esta es la primera vez que ha pasado un período de tiempo sin ellos. Y aunque realmente amo esos lentes sexys como la mierda, la amo más a ella, y la expresión de asombro y maravilla que se muestra tan claramente en su rostro en este momento.

—Deberías verlo pronto —dice, interrumpiendo el flujo de mis pensamientos.

Miro al cielo.

—Aún no lo veo. —Escaneo las estrellas—. Veo el Carro Mayor.

—Esa, en realidad, es la *Ursa Major*.

—Escuche, señorita sabelotodo —le digo, bajando la vista hacia mi portátil—, mi abuelo me enseñó las constelaciones y no paró hasta que no se me metió en la cabeza que eso es el Carro Mayor.

Ella asiente, como dándome la razón.

—Supongo que sí se la conoce también como el Carro Mayor, pero el Carro Mayor es en realidad un asterismo, que forma parte de la constelación de la *Ursa Major*.

—Ah, ¿sí? —Me encanta cómo ladea la cabeza cuando se desvía por alguna de sus tangentes.

—Sí. También se llama Osa Mayor. La mitología romana cuenta que el dios Júpiter se enamoró de una mortal, Calisto. Juno, la esposa de Júpiter, la convirtió en osa en un ataque de celos. Cuando el hijo de Calisto la vio convertida en osa e intentó matarla, Júpiter intervino convirtiéndolo a él también en oso y arrojándolos a ambos a las estrellas para mantenerlos a salvo.

—Bueno, hablando de lanzar a las estrellas, creo que lo veo.

Se levanta y mira el reloj.

—Sí, estamos yendo para allá ahora mismo. —Su voz está llena de emoción, y si no fuera por la falta de gravedad, apuesto a que ahora mismo estaría dando ese adorable saltito con aplauso incluido.

Gira la cámara hacia la ventana, y en mi portátil puedo ver Norteamérica, oscura salvo por las luces concentradas de las zonas urbanas.

Vuelvo a mirar hacia arriba y veo una luz que cruza el cielo.

Apoyo el portátil para que ella pueda seguir viéndome mientras miro por el telescopio. Allí, entre las estrellas, está la Estación Espacial Internacional, viajando a más de veintisiete mil kilómetros por hora, unos ocho kilómetros por segundo.

Aunque mi telescopio es carísimo y probablemente el más tecnológicamente avanzado del mercado, teniendo en cuenta la charla que me había dado Jackie sobre él la mañana de Navidad, solo puede distinguir la forma de la ISS, y no a Jackie asomándose por una ventana. Pero sé que está ahí.

Mi chica. Mi astronauta. Mi esposa.

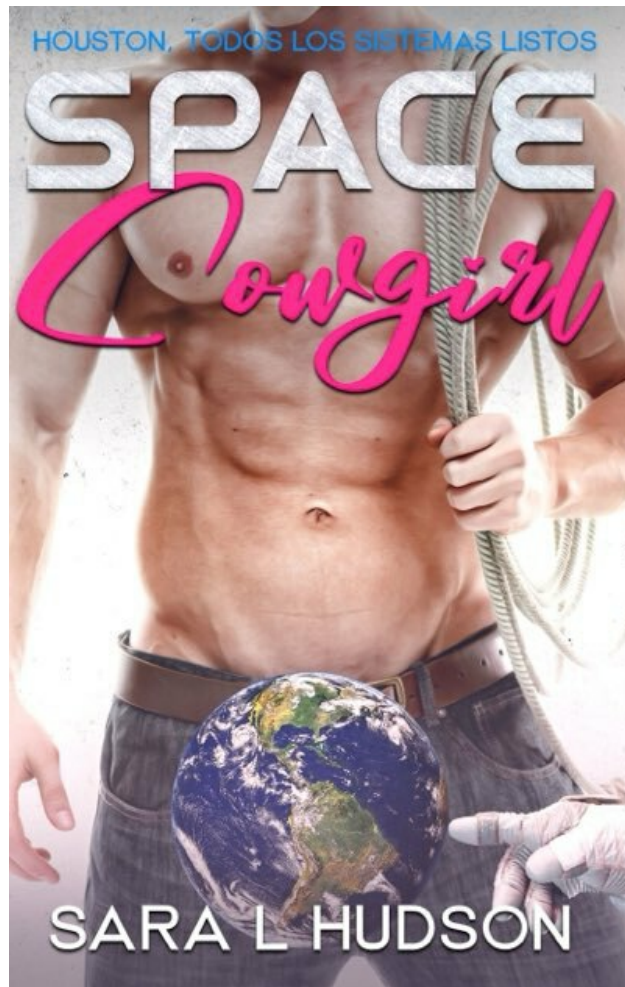
—Hola, Flynn —dice suavemente.

—Hola, cariño.



¿Quieres saber más?
Haz clic [AQUÍ](#) para obtener un epílogo gratuito!

SIGUIENTE EN LA SPACE SERIES



SPACE COWGIRL:

Houston, todos los sistemas en marcha

La astronauta Julie Starr sabe que no se gana nada sin sangre, sudor y cabello encrespado.

En su camino para convertirse en la Comandante más joven de la historia, no está dispuesta a dejar que un acosador descarrile sus objetivos. Tampoco un vaquero caballeroso y rico, para el caso.

Holt West no se mete con coqueteadoras. Y eso es exactamente lo que esta belleza boca-grande y fuera de este mundo es. Ya tiene suficiente en su plato tratando de recuperar el visto bueno de su familia, no necesita distraerse con su cabello rizado o esas piernas largas vestidas con pantalones de cuero.

Pero cuando el hermano de Holt y el mejor amigo de Jules deciden casarse, se juntan como padrino y dama de honor. Jules aprovecha la oportunidad para esconderse de su acosador mientras ayuda a su mejor amiga a planear la boda de su vida. Ella es una astronauta por el amor de Dios, ¿qué tan difícil puede ser planear una boda?

Holt se pasa de la raya y emprende una renovación a gran escala en el rancho West para la boda. Asegurándose de que cierta dama de honor luchadora y fanática del control se quede por mucho más tiempo.

Entre Jules compitiendo por un ascenso récord y Holt luchando una batalla perdida con su corazón, ¿pueden los dos unirse lo suficiente como para planificar una boda, detener a un acosador y decir sí al viaje de sus vidas?

¿O será esta una misión imposible?

[PEDIR AHORA](#)



SOBRE LA AUTORA



Sara L. Hudson era una niña salvaje de la costa este hasta que su esposo ingeniero de la NASA la empacó y se la llevó a Texas.

Ahora vive en Houston con su sabelotodo marido y sus dos adorables hijos.

Sara tiene una Maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Bath Spa, Inglaterra, y anteriormente ha sido publicada como reportera de noticias y columnista.

Sara también es profesora de Composición Inglesa, Literatura y Humanidades, siendo su curso favorito para enseñar el que creó sobre el Mundo de las Novelas Románticas.

Porque el mundo necesita amar y reír más.

xx Sara

www.saralhudson.com

